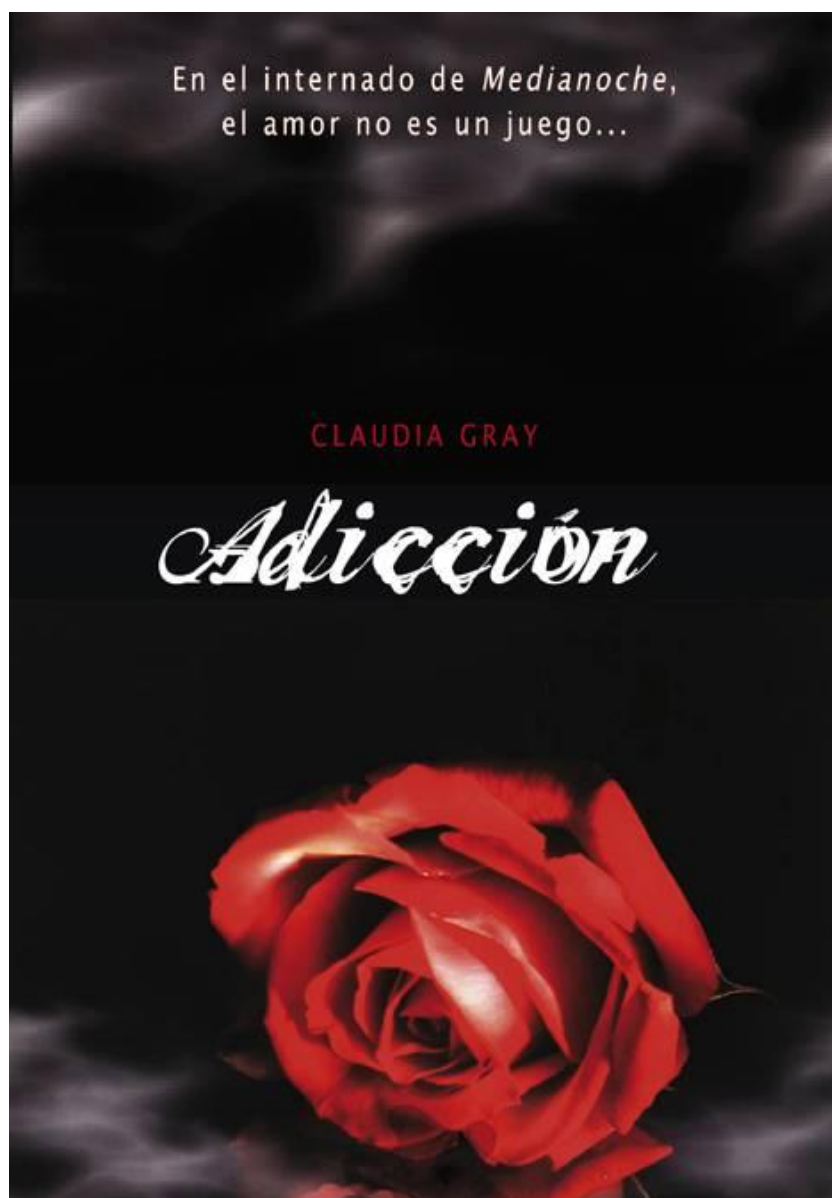


Adicción

Claudia Gray



ÍNDICE

Prólogo.....	3
Capítulo 1.....	4
Capítulo 2.....	11
Capítulo 3.....	23
Capítulo 4.....	29
Capítulo 5.....	41
Capítulo 6.....	55
Capítulo 7.....	66
Capítulo 8.....	88
Capítulo 9.....	100
Capítulo 10.....	112
Capítulo 11.....	120
Capítulo 12.....	128
Capítulo 13.....	140
Capítulo 14.....	158
Capítulo 15.....	171
Capítulo 16.....	190
Capítulo 17.....	195
Capítulo 18.....	211
Capítulo 19.....	220
Capítulo 20.....	227
Capítulo 21.....	238
Capítulo 22.....	248

PROLOGO

LA HELADA COMENZÓ A ACERCARSE LAS PAREDES.

Traspasado, miré las líneas de cordón de helada su camino a través de la piedra del cuarto de registros de la torre del norte. El patrón barrió el piso, cubriendo la pared, aún glaseando el techo con algo escamoso y blanco. Unos cristales pequeños, plateados de nieve colgaban en el aire.

Era todo delicado y etéreo - y completamente poco natural. El frío del cuarto cortaba profundamente sobre mi piel, bajando por mi medula. Si sólo no hubiera estado solo. Si alguien más pudiera haber estado allí para verlo, podría haber sido capaz de creer que era verdadero. Podría haber sido capaz de creer que estaba seguro.

El hielo crujió tan fuerte, salté. Miré, mis ojos quedaron muy abiertos y mi aliento se transformo en jadeos delgados, rápidos, la helada que graba con el agua fuerte su camino a través de la ventana oscureció la vista del cielo de la noche de afuera, bloqueando la luz de la luna, pero de algún modo yo todavía podía ver. Ahora, el cuarto poseía su propia luz. Todas las líneas de helada sobre la ventana rompieron su camino y que, no al azar, pero en un modelo misterioso, crearon una forma reconocible.

Una cara.

El hombre helado me miró fijamente. Sus ojos oscuros, enfadados fueron tan detallados que pareció como si él mirara a través de mí. La cara en la helada era la imagen más viva que yo alguna vez había visto.

Entonces el frío apuñaló mi corazón cuando comprendí: Él realmente miraba a través de mí.

Por una vez, yo no había creído en fantasmas –

Capítulo Uno

En la medianoche, llegó la tormenta.

Los nubarrones se deslizaron a través del cielo, tapando las estrellas. El acelerado viento me enfrió mientras un par de pelos de mi rojiza melena flotaban a través de mi frente y mis mejillas. Me puse la capucha de mi chubasquero negro y metí mi mochila mensajera debajo de él.

A pesar de la tormenta que se avecinaba, los terrenos de Medianoche seguían sin estar completamente oscuros. Solo lo conseguiría la total oscuridad. Los profesores de la Academia Medianoche podían ver en la noche y escuchar a través del viento. Todos los vampiros podían.

Claro, en Medianoche, los profesores no eran los únicos vampiros. Cuando empezase el curso dentro de un par de días, los estudiantes llegarían, la mayor parte de ellos igual de poderosos, ancianos e inmortales que los profesores.

Yo no era ni poderosa ni anciana, y seguía estando bastante a salvo. Pero era una vampira, en cierto modo – hija de dos vampiros, destinada a llegar a ser uno de ellos finalmente, y con mi propio apetito de sangre. Antes me deslicé delante de los profesores, confiando en mis propios poderes para ayudarme, al igual que la chiripa. Pero esta noche estaba pendiente de esta oscuridad. Quería que cubriese lo máximo posible.

Supongo que estaba nerviosa por mi primer robo.

La palabra “robo” hace que suene bastante ordinario, como si solo fuese a irrumpir en el establo de la señora Bethany y saquear el lugar buscando dinero o joyas o algo. Tenía razones más importantes.

Las gotas de lluvia empezaron a golpetear mientras el cielo se oscurecía a lo lejos. Corrí a través de los terrenos echando un par de miradas hacia las torres de piedra mientras me iba. Mientras me deslicé a través del resbaladizo y mojado césped hasta el cobrizo tejado del establo de la señora Bethany. Sentí el enfermizo punto de vacilación.” *¿En serio?” “ ¿Vas a irrumpir en su casa?” “ ¿Irrumpir en la casa de alguien?” Si incluso no te bajas música que no hayas pagado.”* Era bastante surrealista, alcanzando el interior de mi mochila y sacando mi tarjeta de la biblioteca plastificada para otro uso que el de sacar libros. Pero estaba decidida. Lo haría. La señora Bethany dejaba la escuela tal vez tres noches al año, lo que significa que esta noche es mi oportunidad. Deslice la

Adicción

tarjeta entre la puerta y el marco y empecé a hacer palanca a la cerradura.

Cinco minutos más tarde, seguía meneando la tarjeta de la biblioteca en vano alrededor de ella, mis manos ahora frías, húmedas y patosas. En la tele, esta parte parecía muy sencilla. Probablemente, criminales reales lo conseguirían en unos escasos diez segundos. De cualquier forma, cada segundo que pasaba era más evidente que yo era lo contrario a un criminal.

Rindiéndome al plan A, empecé a buscar otra opción. Primero las ventanas no parecían mucho más prometedoras que la puerta. Seguramente, podría haber roto el cristal y abrir cualquiera de ellas al instante, pero eso hubiese echado a perder la parte “*que-no-te-atrapen*” de mi plan.

Al doblar la esquina, vi bajo mi sorpresa que la señora Bethany se había dejado una ventana abierta – solo una rendija. Era todo lo que necesitaba.

Mientras deslizaba la ventana arriba lentamente, vi una hilera de violetas Africanas en pequeños tiestos de arcilla, situados sobre el alféizar. La señora Bethany los dejó en el lugar para que pudieran tener aire fresco y quizá un poco de lluvia. Era raro pensar que la señora Bethany se ocupaba de algo vivo. Cuidadosamente aparté los tiestos a un lado de manera que tuviera espacio para subirme a través de la ventana.

¿Entrando a través de una ventana abierta? “*También*” mucho más difícil que en la tele.

Las ventanas de la señora Bethany estaban bastante arriba del suelo, lo que significaba que para empezar tenía que, en cierto modo, saltar. Jadeando, empecé a introducirme, era difícil no caer plano al suelo de dentro. Intenté bajar primero con un pie. Pero me caí de la ventana precipitadamente, y no podía volver a medio camino. Uno de mis zapatos embarrados pegó un fuerte golpe a la ventana, jadeé, pero el cristal no se rompió. Me controlé para bajarme completamente y me dejé caer sobre el suelo.

“Ok,” murmuré mientras estaba sobre la alfombra trenzada de la señora Bethany, mis pies seguían estando arriba sobre mi cabeza, apoyados contra la repisa de la ventana y empapados de la lluvia. “Demasiado para la parte fácil.

“La casa de la señora Bethany parecía igual que ella, sentía igual que ella, incluso olía igual que ella – a una fuerte y cortante lavanda. Me di cuenta de que estaba en su dormitorio, de alguna manera me hacía sentir aún más intrusa. Aunque sabía que la señora Bethany había viajado a Boston para verse con

“posibles alumnos”. No pude evitar sentir que ella me podría pillar en cualquier segundo. Estaba aterrorizada de que me atraparán. Ya estaba acurrucada, recluyéndome dentro de mí misma.

Y luego pensé en Lucas, el chico que había amado – y había perdido.

Lucas no querría que yo estuviese atemorizada. El hubiese querido que fuese fuerte. Su recuerdo me dio valor, y me animó hasta que consiguiese mi trabajo.

Lo primero es lo primero: me quité mis zapatos enfangados, para no dejar huellas por la casa. Además colgué mi chubasquero en el pomo de una puerta cercana para que no goteara agua por todos los lados. Luego me fui al baño y cogí algunos pañuelos de papel para limpiar el desastre que había hecho y para limpiar mis zapatos. Metí los pañuelos en el bolsillo de mi chubasquero, así podría tirarlos en otro lugar. Si alguien era suficientemente paranoico para rebuscar en su propia basura para encontrar evidencias de que había habido un intruso, esa era la señora Bethany.

Era sorprendente que ella hubiese decidido vivir aquí, pensé. La academia Medianoche era magnífica, incluso grandiosa, todas las torres de piedra con sus gárgolas – muy de su estilo. Este lugar era apenas una casita. Por otra parte, aquí había privacidad. Podría creer que ella apreciaba ese detalle por encima de cualquier otro.

Su escritorio de la esquina parecía el lugar para empezar. Me senté en el duro respaldo de la silla de madera, apartando a un lado un marco de plata con la silueta de un hombre del 1900, y empecé a hojear unos papeles que encontré por ahí.

Querido señor Reed,

Hemos revisado con gran interés la solicitud de su hijo Mitch. A pesar de que es obviamente un estudiante excepcional y un agradable joven, lamentamos informarle –

Un estudiante humano que quería venir aquí- Uno que la señora Bethany había rechazado. ¿Por qué permitía que algunos humanos asistiesen en la Academia Medianoche y otros no? ¿Por qué permitía a “algún” humano entrar en una de las pocas fortalezas de vampiros que quedaban?

Queridos señor y señora Nichols,

Hemos revisado con gran interés la solicitud de su hija Clementine. Ella es obviamente una estudiante excepcional y una agradable joven, así que estamos complacidos de...

¿Cuál era la diferencia entre Mitch y Clementine? Por suerte, el sistema de archivo que utilizaba la señorita Bethany me llevó a sus solicitudes, pero estudiarlas no me dio ninguna respuesta. Ambos tenían una calificación media tan alta que ponía los pelos de punta y toneladas de actividades extracurriculares. Al revisar sus listas de logros me hizo sentirme como la persona más vaga del mundo. En sus fotos se les veía bastante normales – no eran guapísimos, no eran feos, ni estaban gordos, ni delgadísimos, simplemente normales. Los dos eran de Virginia – Match vivía en un apartamento edificado en Arlington, y Clementine en una vieja casa en el campo – pero sabía que los dos tenían que ser horrorosamente ricos para pensar en venir a esta escuela.

Por lo que yo podría decir, la única diferencia entre Mitch y Clementine era que Mitch era el afortunado. Sus padres lo enviarían a un corriente internado de lujo en la Costa Este, donde él se mezclaría con otros chicos mega ricos y jugarían al lacrosse o navegar o cualquier cosa que hacían en esos lugares. Mientras que Clementine cada segundo rodeada de vampiros. Incluso aunque ella nunca lo supiera, ella tendría la horrible sensación de que algo de aquí iba espantosamente mal. Ella nunca se sentirá segura. Incluso yo nunca me he sentido bien en la Academia Medianoche, y me convertiría en vampiro – algún día.

Las ventanas se iluminaron, y un par de segundos más tarde lo siguió un trueno. La tormenta pronto se haría más fuerte; era la hora de volver. Decepcionada retire las cartas y las coloqué donde estaban. Estaba tan segura de que esta noche conseguiría respuestas, pero en lugar de ello no he aprendido ni una cosa.

Mentira, me dije a mi misma mientras miraba mi chubasquero y los tiestos. Has aprendido que a la señora Bethany le gustan las violetas Africanas. Esto va a ser REALMENTE útil.

Enderecé las violetas del alféizar poniéndolas como estaban y me marche por la puerta de enfrente, la cual afortunadamente se cerraba automáticamente. Incluso esto la señora Bethany no lo dejaba a la suerte.

El viento azotaba la lluvia hacia mis mejillas mientras corría hacia la Academia Medianoche. Unas pocas ventanas de los apartamentos de la facultad todavía resplandecían, pero no era lo suficientemente tarde para que a estuviera preocupada de que alguien me viera. Apoye mi hombro contra la pesada puerta de roble, y se abrió obedientemente sin hacer mucho más que un chirrido. Cerrándola detrás de mí, me figuré que estaba fuera de peligro.

Hasta que me di cuenta de que no estaba sola.

Me pitaron los oídos, miré en el interior de la oscuridad del Gran Vestíbulo. Era un inmenso espacio abierto, sin rincones ni columnas donde esconderse, así que debería ser capaz de ver que era. Pero no podía ver a nadie. Me estremecí; de repente me pareció que hacía más frío, tanto que me pareció que estaba en una húmeda cueva prohibida en lugar de estar entre las paredes de Medianoche.

Las clases no empezarían hasta dentro de dos días más, así que los únicos que estábamos en la escuela éramos los profesores y yo. Pero cualquiera de los profesores me hubiese empezado a sermonear inmediatamente por haber estado fuera tan tarde en medio de una tormenta eléctrica. Ellos no me espiarían en la oscuridad. ¿Lo harían?

Vacilando di un paso al frente. “¿Quién anda ahí?” Susurré.

Nadie respondió.

Tal vez estaba imaginándome cosas. Ahora que lo pensaba, de momento no había oído nada. Simplemente lo había “*sentido*”, esa rara sensación que tienes cuando alguien te está observando.

Había estando preocupándome sobre gente que me miraba toda la noche, así que tal vez la preocupación me había alcanzado.

Después vi algo moverse. Me percaté que una chica estaba de pie a fuera del gran salón mirando a dentro. Ella estaba de pie, cubierta por un largo chal, en la otra parte de una de las ventanas, la única ventana clara en el vestíbulo en vez de una vidriera. Probablemente era de mi misma edad. Aunque estaba fuera, parecía completamente seca.

“¿Quién eres?” Di un par de pasos más hacia ella. “¿Eres una alumna?” “¿Qué estás –?”

Se había ido. No había corrido, no se había escondido – ni incluso se había movido. Un segundo estaba allí el próximo ya no estaba.

Parpadeando, miré detenidamente la ventana un par de segundos, como si ella reapareciera en el mismo lugar en cualquier momento por arte de magia. No lo hizo. Anduve hacia delante para intentar ver mejor, vi un ápice de movimiento, y salté, asustada – pero me di cuenta que era mi propio reflejo en el cristal.

“Bien, esto ha sido estúpido. Has entrado en pánico al ver el reflejo de tu propia cara”.
“Esa no era mi cara”

Pero debía haberlo sido. Si algún estudiante nuevo hubiera llegado hoy, lo habría sabido. Medianoche estaba tan aislada, encima de unas colinas, que era imposible imaginar que un forastero vagara por ahí. Otra vez mi hiperactiva imaginación había obtenido lo mejor de mí; “Tenía” que ser mi reflejo. Incluso no se estaba tan frío aquí, una vez que pensé sobre ello.

Una vez que dejé de temblar, me arrastré hacia arriba al pequeño apartamento de mis padres el cual había compartido todo el verano, en lo alto de la torre sur de Medianoche. Afortunadamente ellos estaban profundamente dormidos; podía oír los ronquidos de mamá mientras andaba de puntillas por el pasillo. Si papá podía dormir con ese ruido, también podría dormir durante un huracán.

Aún estaba asustada por lo que había visto abajo, y el estar mojada no mejoraba mucho mi humor. Pero nada de esto me molestó tanto como el hecho de que había fallado. Mi tentativa de robo no había servido para nada.

No era como si pudiese hacer algo por los estudiantes humanos en Medianoche. La señora Bethany no dejaría de admitirlos solo porque yo lo dijera. Además, tenía que admitir que ella había hecho de policía para asegurarse de que ningún vampiro chupase ni un sorbo de sangre.

Pero sabiendo que Lucas me puso al tanto de lo poco que había entendido sobre la existencia de vampiros, incluso pensando que yo había nacido dentro de este mundo. El me hizo ver todas las cosas de un modo diferente, me hizo hacer más preguntas y necesitar más respuestas. Incluso si nunca vuelvo a ver a Lucas, sabía que me había hecho un regalo haciéndome darme cuenta de la larga, y oscura realidad. Ya no daría nada de mí alrededor por sentado.

Después de que me deshice de mi ropa mojada y de que me acurrucase bajo las mantas, cerré mis ojos y recordé mi cuadro favorito, “El beso” de Klimt. Intenté imaginar que los amantes de la pintura éramos Lucas y yo, que su cara estaba cerca de la mía y que podía sentir su aliento sobre mi mejilla. Lucas y yo no nos habíamos visto en casi seis meses.

Eso fue cuando se vio obligado a escapar de Medianoche porque su verdadera identidad – cazador de vampiros de la Cruz Negra – fue revelada.

Continuaba sin saber cómo sobrellevar que Lucas perteneciese a un grupo que se dedica a destruir a mi especie. Ni estaba segura de cómo se sentía Lucas por

el hecho de que yo fuese un vampiro, algo de lo que no se dio cuenta hasta después de que nos enamorásemos. Ninguno de los dos escogió ser lo que éramos. Mirando hacia atrás, parecía inevitable que estuviésemos separados. Y ahora aún sigo creyendo, profundamente, que estamos destinados a estar juntos.

Abrazando mi almohada a en mi pecho, me dije a mi misma, “Al menos no tendrás dentro de poco no tendrás mucho tiempo para echarle de menos. *Pronto la escuela va a volver a empezar y tu estarás ocupada*”.

“Aguarda. ¿Te has rebajado a DESEAR que empiece la escuela?”

“De algún modo, he descubierto todo un nuevo nivel de patetiquismo”.

Capítulo Dos

El primer día de clase, poco después de despuntar el alba, comenzó la procesión.

Los primeros alumnos llegaron a pie. Salieron del bosque, vestidos con sencillez, la mayoría llevando únicamente una bolsa en bandolera. Creo que algunos de ellos se habían pasado toda la noche caminando. Miraban ávidamente el internado a medida que se acercaban, como si esperaran obtener de inmediato las respuestas que buscaban. Incluso antes de ver el primer rostro familiar – Ranulf, que tenía más de mil años y no comprendía la época moderna en lo más mínimo –, supe quienes eran los alumnos de aquel grupo. Eran los vampiros desorientados, los más viejos de todos. No daban problemas a nadie: se quedaban en un segundo plano estudiando, escuchando, intentando compensar los siglos perdidos.

Lucas se había mezclado con ellos el año anterior. Recordé como había emergido de la niebla con su largo abrigo negro. Aunque sabía que era imposible, no dejaba de escrutar los rostros de todos los alumnos que iban llegando, deseando poder ver otra vez su cara.

A la hora del desayuno empezaron a llegar los coches. Yo estaba en el pasillo de la zona de aulas, dos plantas por encima, de manera que podía ver los adornos de los capos: Jaguar, Leux, Verle. Había pequeños deportivos italianos y vehículos todoterreno lo bastante grandes como para que los deportivos aparcaran en su interior. Supe que aquellos eran los alumnos humanos porque ninguno venía solo. Casi todos venían acompañados de sus padres y de unos cuantos hermanos menores. Hasta conocí a Clementine Nichols, que llevaba los cabellos castaños recogidos en una coleta y tenía pecas en la nariz. Para mi sorpresa, la señora Bethany recibía a la mayoría en el patio, alargando la mano con la elegancia de una reina que recibe a sus cortesanos. Parecía querer hablar con los padres y les sonreía afectuosamente como si se estuvieran haciendo amigos para siempre. Yo sabía que estaba fingiendo, pero tenía que admitir que era buena. En lo que respectaba a los alumnos humanos, cuanto más rato se pasaban en el patio mirando las imponentes torres de piedra de la Academia Medianoche, más se le borraba la sonrisa.

“Estas aquí”.

Al volverme vi a mi padre, que había logrado levantarse temprano para la ocasión. Llevaba traje y corbata, como correspondía a un profesor, si bien sus rebeldes cabellos pelirrojos reflejaban más su auténtica personalidad. – Si – dije sonriéndole – solo quería ver qué pasaba, supongo.

¿Buscando a tus amigos? – Los ojos le brillaron cuando se situó junto a mí y miro por la ventana –. “O viendo que tal están los chicos nuevos”

¡Papa!

De acuerdo. Lo retiro. Alzo las manos. “Pareces un poco más contenta que el año pasado”.

“Lo contrario sería casi imposible, ¿no?”

“Supongo que tienes razón” dijo mi padre, y nos reímos los dos. El año anterior, yo había sido tan anti Medianoche que había intentado fugarme el día que llegaban los alumnos. Parecía que hubiera pasado una eternidad hasta entonces. “Oye, si quieres desayunar, creo que tu madre tiene la plancha caliente para hacer gofres”.

A pesar de que normalmente siempre bebía la sangre de los traslados clandestinos de la escuela, mis padres siempre se aseguraron de que me comiera la verdadera comida pues todavía era necesario. “Subo enseguida, ¿ok?”

“Ok.” Me toco el hombro antes de darse la vuelta para marcharse.

Yo eche un último vistazo al patio. Aun quedaban unas cuantas familias despidiéndose o arrastrando maletas, pero ya había empezado la tercera y última tanda de alumnos.

Todos venían solos en coches de alquiler. Había un par de taxis, pero casi todos los vehículos eran sedanes o limusinas alquilados. Cuando los alumnos se bajaban de ellos, con el lustroso pelo peinado hacia atrás, ya llevaban sus uniformes hechos a medida. Ninguno traía equipaje. Aquellos eran los alumnos que habían enviado sus muchas pertenencias por anticipación en las cajas y baúles que habían ido llegando a Medianoche en las dos últimas semanas. Para

Adicción

mi disgusto, vi a Courtney, una de las personas que peor me caía, saludando desenvueltamente a otras chicas. Era una de las muchas que llevaba gafas de sol. Eso significaba que la luz del sol les molestaba, lo cual significaba a su vez que llevaban un tiempo sin alimentarse a base de sangre. Debían estar haciendo régimen para parecer más delgadas y feroces.

Aquellos eran los vampiros que necesitaban ayuda para desenvolverse en pleno siglo XXI, si bien no habían perdido todavía el tren de los tiempos. Eran los vampiros que aún conservaban su poder, – y no pensaban permitir que nadie del internado lo olvidara. Siempre pensaba en ellos de la misma forma.

Eran el "prototipo Medianoche".

Pero cuando terminé mis bafles, bajé y el gran hall estaba lleno de estridentes risas y de alumnos conversando. Por un par de minutos, me sentí pequeña y empecé a merodear, hasta que oí una voz que me llamaba sobre el tumulto conmocionado, "Bianca!"

"Balthazar!" Sonreí y levanté mi mano por sobre mi cabeza, saludándolo entusiasmada. Él era un tipo grande, tan alto y tan musculoso que me podría haber intimidado la manera en que apartaba con "empujoncitos" a la multitud para abrirse camino hacia mí, si no tuviera esa sonrisa amistosa en el rostro.

Me puse de puntillas para abrazarlo firmemente. "¿Cómo estuvo tu verano?"

"Estuvo bien. Trabajé de artillero durante la noche en el puerto de Baltimore." Dijo con el mismo entusiasmo de cualquier persona que haya tenido sus vacaciones soñadas en Cancún. "Los chicos y yo hicimos amigos, fuera de los bares en su mayoría. Aprendí cómo jugar al pool. Empecé a fumar otra vez, también."

"Creo que tus pulmones lo resistirán". Nos sonreímos abiertamente, sin poder compartir la broma con el resto de los estudiantes humanos que andaban cerca. "¿Necesitas ayuda para organizar tu papeleo?"

"Ya está hecho y el escritorio de la señora Bethany." Todos los vampiros tenían que pasar sus vacaciones "ocupados en el mundo humano", como una

asignatura confirmada, y se requerían reportes sobre las experiencias el inicio de todos los años. Era como el endemoniado “¿Qué hice en mis pasadas vacaciones de verano?”

Baltasar echó un vistazo alrededor, “Está Patrice?”

“Todavía está en Escandinavia.” Había recibido una postal de los valles un mes atrás. “Creo que volverá en un año dos, supongo que conoció a algún chico.”

“Que mal” dijo Balthazar. “Esperaba encontrarme con algunas caras conocidas más. Quiero decir, antes de que venga esa persona desde las cuatro en punto...”

“Qué quieres decir?” traté de figurarme dónde estaban las cuatro en punto, pero luego su voz cortó el murmullo de la muchedumbre.

“Balthazar”. Courtney estiró una de sus manos hacia él, como si esperase que se la besara. Él se la sacudió una vez, luego la dejó caer. La brillante sonrisa de ella nunca flaqueó. “Has tenido unas maravillosas vacaciones? Yo estaba en Miami rompiendo las pistas de los clubes. Totalmente fantástico. Alguna vez tendrás que probarlo con alguien que sepa a qué lugares modernos ir.”

“Estoy sorprendida de verte aquí” dije. Sorprendida era una palabra mucho más bonita que molesta. “No pareciste disfrutar mucho el año pasado.”

Se encogió de hombros y dijo “Pensé en irme, pero la primera noche que estuve en Miami me di cuenta que lo que me tenía mal era que estaba usando la anteúltima estación de moda en vestidos. Y mis zapatos estaban como tres años atrasados. Lo artificial está de moda! Obviamente necesitaba un poco de renovación de conocimientos, por lo que creí que debería pasar unos meses más en Medianoche.” Nuevamente sus ojos estaban posados en Balthazar. “Además, siempre disfruto pasar el tiempo con mis viejos amigos.”

Entonces dije “Si quisiéramos aprender sobre moda, no iríamos a un lugar donde todas las personas usan uniforme.”

La boca de Balthazar se torció tratando de contener una sonrisa. Courtney puso sus ojos en blanco, pero su sonrisa se ensanchó aún más cuando se fijó en mis

ropas. “Y tú nunca te has interesado en aprender sobre moda, eso está muy claro.” Le dio una palmadita a Balthazar en el hombro. “Bueno, nos vemos luego.” Courtney se volvió y su largo cabello rubio se balanceó en su ritmo.

“Creo que trataré de llevarme mejor con ella este año”, murmuré. “Creo que no cambié tanto como pensaba”.

“No trates de cambiar. Eres hermosa siendo tú misma.”

Yo miré hacia otro lado tímidamente. Parte de mí pensó, *Oh, no, tendré que dejar a Balthazar otra vez*. La otra parte no pudo disgustarse porque él me haya dicho eso. Estuve tan sola este verano – sin Lucas, sin nadie – y el saber que a alguien de aquí le importaba algo de mí era como si me dieran un abrazo tibio luego de meses de frío.

Antes de que pudiera pensar en algo bueno que responder, el silencio cubrió al murmullo. Nos volvimos instintivamente hasta el podio, donde la señora Bethany se disponía a hablar.

Tenía puesto un delicado traje gris, más del siglo XXI a lo que ella acostumbraba a vestir, aunque resaltaba su severa belleza. El cabello oscuro de la señora Bethany estaba recogido en un elegante rodete, y un par de aretes brillante colgaban de sus orejas. Mientras miraba a los estudiantes, sus ojos oscuros se entornaron, como si fuéramos difícilmente visibles para ella.

“Bienvenidos a Medianoche”. Su voz recorrió al gran hall. Todo el mundo se enderezó. “Algunos de ustedes ya han estado aquí antes. Otros han escuchado sobre la Academia de Medianoche por años, tal vez por sus familias y se habrán preguntado si alguna vez podrían llegar a unirse a esta escuela.”

Era prácticamente el mismo discurso que el del año pasado, pero lo escuché de manera diferente esta vez. Oí las mentiras encubiertas cuidadosamente en sus frases, la manera en que le estaba hablando a los vampiros de la habitación que han estado aquí décadas o siglos.

Como si leyera mis pensamientos, me miró. Su mirada cortó en dos a la muchedumbre hasta llegar a mí. Me tensé, en parte, esperando a que me acusara de haber irrumpido en su casa mientras ella no estaba.

Pero hizo algo más sorprendente. Abandonó su podio.

“La Academia de Medianoche significa algo diferente para cada persona que viene aquí,” comenzó la señora Bethany. “Es un lugar de aprendizaje, un lugar de tradición, y para otros este lugar es un santuario.”

Solamente si eres un chupasangre nocturno, pensé. Algo más? Este lugar no era un santuario.

Con una mano, gesticulo alrededor de los alumnos nuevos, y sus larguísimas uñas brillaron rojizas con la luz que se filtraba por las ventanas. Para mi asombro, ella señaló a los alumnos humanos – pero, por supuesto, ellos no entendieron el por qué. “En plan de pasar la mayoría de su tiempo en Medianoche, tienen que aprender qué significa esta escuela para sus compañeros de clase. Ese es el porque yo elegí a los que entre ustedes tienen más experiencia para mantener a los nuevos alumnos con nosotros. Acójanlos entre sus alas. Interésense en sus vidas, sus gustos y sus pasados. Solamente de esa manera, la Academia de Medianoche podrá completar su gran esfuerzo.”

Algunos estudiantes aplaudieron con incertidumbre – los humanos que no sabían a qué se refería. “De acuerdo, eso fue raro”, murmuró Balthazar entre el murmullo. “Si no la conociera mejor, pensaría que la señora Bethany nos está invitando a ser amigables a todos y con todos.”

Asentí. Mi mente estaba trabajando. Por qué quería la señora Bethany que los vampiros se acercaran a los humanos? Si ella no quería que estos fueran heridos – y aún pienso que ella no lo quiere – qué fue eso del final?

“Las clases comienzan mañana.” La sonrisa superior y familiar había retornado al rostro de la señora Bethany. “Tómense este día para hablar con sus compañeros y conocer a los nuevos estudiantes. Estamos encantados de tenerlos aquí – a todos ustedes – y esperamos que pasen todo su tiempo en Medianoche.”

“Crees que está siendo más compasiva con nosotros?” Balthazar se volvió hacia mí cuando el tumulto comenzó a gritar.

“La señora Bethany? Difícilmente”. Por un momento consideré preguntarle a Balthazar sobre el misterio de la “política de admisión de humanos al colegio”. Él era inteligente, y a pesar de que respetaba a la señora Bethany, no tomó lo que ella dijo como un credo. Además, él había errado por el mundo por más de

tres siglos; probablemente tenía mucha experiencia y tomaría mi pregunta de un modo diferente al que lo haría alguien más y me respondería algo verdaderamente interesante. Pero tal vez Balthazar entendería que lo estoy preguntando por mi relación con Lucas, algo de lo que no quería acordarse.

Justo después, Balthazar saludó a alguien – sin decir a quién entre todo ese tumulto, especialmente debido al hecho de que probablemente fuera amigo de todos. “Te veo luego, de acuerdo?”

Le respondí después de que haya comenzado a caminar, “Definitivamente.”

Por un momento me sentí sola sin él. Estaba rodeada de vampiros – vampiros reales, sensuales y poderosos, con siglos de experiencia detrás de su belleza, de sus jóvenes rostros. Yo todavía no era completamente un vampiro, y la distancia entre nosotros no se había achicado mucho durante el año pasado en Medianoche. Todavía me sentía pequeña, inmadura e inconforme.

Razones de más para correr lejos de aquí por las escaleras, decidí. Tendría una nueva compañera de cuarto este año, y no podía esperar para decir hola.

Cuando entré en mi habitación, Raquel me miró. “Bienvenida al infierno.”

Estaba echada a lo largo de su colchón sin funda, con los brazos extendidos. Su gastada bolsa estaba abierta y desparramada por el suelo con sus ropas. Parecía que había sacudido su bolso, porque no podía creer que ella empacara sus cosas de esa manera.

“Es bueno verte, también”. Me senté en el borde de mi cama. “Creí que por lo menos estaría feliz de que seamos compañeras de cuarto este año”

“Créeme, eres la única razón por la que puedo aguantar pensar en estar aquí este año, también. A tus padres les gusta la corrupta señora Bethany o qué? Si les gusta, estaré obligada a agradecerles por mucho tiempo.

“No, es sólo por superficie”. Eso era bastante a mentirle. Aunque mis padres no le habían pedido a la señora Bethany ningún favor, tampoco le habían preguntado por qué admitió este año a un número tan grande de humanos – chicos y chicas. Además, ahora a mí también “debía agradarme” la directora. Aunque todavía comía regularmente comida humana, era considerada una vampira (y una de las que debía mantener sus secretos muy secretos, por la

alimentación dual); y era mejor que Raquel no supiera esto. Ni ella, ni ninguno de los otros estudiantes humanos.

Por eso pienso que compartir mi cuarto con Raquel fue una buena idea. Si hubiera sido otro ser humano, hubiera costado que se adaptara a mis curiosos hábitos que trataban de mantener en secreto a mis más curiosos otros hábitos.

“Entonces”, dije, tratando de sonar pacífica, “además de mi fascinante compañía, qué te hizo volver este año a Medianoche? Sé que no es eso lo que planeaste”

“No te ofendas, pero tu fascinante compañía no hubiera sido suficiente para traerme de vuelta.” Raquel rodó a un lado del colchón, por lo que pudimos vernos las caras mutuamente. Su oscuro cabello estaba, incluso, más corto que el año pasado; pero por lo menos, esta vez seguro que había ido a un peluquero que lo había hecho lucir bien, hasta un poco punk. “Les dije a mis padres que quería ir a otro lugar. Tal vez vivir con mis abuelos en Houston, ir al colegio allí. No quisieron escuchar. Medianoche es “privado” y “exclusivo”, y eso tendría que ser suficiente para mí, según ellos.”

“Aún sabiendo sobre – sobre Erich – ?”

Raquel contrajo su boca hasta hacer una mueca. “Dijeron que probablemente estaba coqueteando conmigo. Dijeron que yo era tan antisocial con los chicos que tendría que aprender “como hacer que me guste alguien en reciprocidad”.”

La miré horrorizada. Erich no era alguien que hubiera querido gustarle a Raquel porque quería ser su novio. Él había sido un vampiro que había querido atraparla y matarla. Raquel no sabía esto, pero entendió que había sido peligroso tenerlo cerca. Si yo les hubiera dicho a mis padres que alguien me había asustado como Erich la asustó, mi papá me hubiera cuidado hasta que me sintiera a salvo otra vez, y mi mamá probablemente hubiera agarrado un bate de bassetball para amenazar a cualquiera que haya asustado a su pequeña niña. En cambio, los padres de Raquel se habían reído de ella y la habían mandado otra vez al sitio que ella odiaba.

“Lo siento”, dije.

Ella se encogió de hombros. “Debí suponer que no me escucharían. Ellos nunca lo harían. Incluso cuando...”

“Cuando qué?”

Raquel no contestó. Como respuesta se volvió hacia la pared y me dijo, “Entonces, estamos atrapadas por Klimt?”

Tenía mi pintura del El Beso de Klimt debajo de mi cama. El Beso era tan importante para mi vida que había olvidado que Raquel nunca lo había visto. “Qué? No te gusta?”

“Bianca, esa pintura es muy cliché! Puedes ponerla en un imán de heladera, pero no acá”

“No me importa”. Tal vez es estúpido que te guste algo porque les gusta a todos los demás, pero más estúpido es que no te guste algo porque a nadie más le gusta. “Es hermoso, y es una de mis cosas favoritas, y está en mi parte de la habitación, así que, se queda.”

“Yo puedo pintar mi parte de la habitación de negro”, dijo Raquel en un contraataque.

“Eso no sería malo.” Me imaginé pegar estrellitas en la oscuridad de la habitación, o colgarlas desde el techo, justo como mi habitación cuando era pequeña. “Sería fabuloso para nosotras, pero creo que no lo sería para la señora Bethany, no nos dejará salirnos con la nuestra.”

“Quién dice que no le gustará?” Ha hecho todo lo posible por hacer de esta escuela un lugar escalofriante, por qué, entonces, no pintar todo de negro?”

Tuve una visión de las torres de la escuela en un brillante negro – que era lo único que necesitaba para verse mejor que el castillo de Drácula. “Incluso los baños, incluso las gárgolas. Pero creo que no podremos hacer a Medianoche más terrorífica, pero podemos intentarlo, o no?”

“Eso seguirá siendo mejor que estar en casa”. Los ojos de Raquel brillaron extrañamente cuando dijo esto – y me pareció que su espíritu era mucho más anciano que todos los vampiros que rondaban por aquí.

Quise preguntarle más acerca de lo que había pasado con sus padres, pero no supe cómo. Cuando estaba tratando de encontrar las palabras adecuadas, Raquel dijo bruscamente, “Vamos, ayúdame con ésta cosa.”

“Qué cosa?”

“Mi equipaje.”

“Oh”, dije, asintiendo mientras nuestros pies y cabezas se perfilaban hacia donde estaban sus cajas y bolsos. “Las cosas.”

Luego de que terminamos de hacer su cama y ordenar sus pocas cosas, Raquel quiso dormir una siesta. Sus padres no eran ricos, como la mayoría de las familias de los humanos de Medianoche; así que ella no había sido conducida hasta aquí por un lujoso Sedán, ella había tenido que tomar un autobús desde Boston, hacer algunas transferencias, y luego esperar por un taxi que la trajera hasta aquí. Estaba completamente cansada y cayó en un profundo sueño antes de que yo terminara de atarme los cordones para ir afuera.

Raquel está aquí en plan de estudios, creo. Eso significa que la señora Bethany debe estar pagando su estancia aquí, pero... Por qué haría algo así?

Todos los estudiantes humanos están aquí por alguna razón, pero Raquel probó que su razón no era el dinero. Pero, entonces, qué era? Era Raquel más importante que el resto?

Más preguntas sin una respuesta.

Me adentré en los jardines para ver cuánto había cambiado Medianoche, ahora que otros estudiantes estaban aquí. Los humanos estaban hablando entusiasmadamente, haciendo nuevos amigos, mientras los vampiros los miraban, relajados y condescendentemente.

Mi estómago se revolvió. Casi era la hora del almuerzo. Esperé ser la única vampiro que pensaba en comida mientras miraba a aquellos humanos, pero, probablemente, no lo era.

“Yo, Biancs!”

Nunca en la vida alguien me ha llamado “Biancs” antes, pero supe quién lo había dicho incluso antes de terminar de voltear. “Vic!”

Vic estaba mirándome en medio de los jardines, con una gran sonrisa en el rostro. Y, como usualmente hacía, había reajustado el uniforme de Medianoche; a pesar de que los colores eran los mismos, su corbata estaba decorada con una chica hula pintada, y su adorada gorra de Phillies estaba en su cabeza. Corrimos a los brazos del otro riendo, y me levantó tanto que mis pies perdieron el contacto con el suelo.

Para cuando me dejó en el piso, yo estaba mareada, pero seguía sonriendo. “Tuviste un buen verano? Recibí tus postales de Buenos Aires ,pero luego no oí más de ti”

“Después de toda la diversión del mar, me tuve que poner a trabajar. Woodson Enterprise tiene trabajos de verano y papá estaba solo. Ya sabes, hay que aprender el oficio familiar. Pero, cuando eres un interno? No aprendes sobre lazos, aprendes sobre cómo quiere la gente sus cafés! Me pasé el resto del verano tratando de recordar quién quería un Chocolate caliente. Seriamente lamentable. Estuviste aquí la mayor parte del tiempo?”

“Pasamos el cuatro de Julio en D.C. Mostly, mi madre nos llevó a pasear por los monumentos y esas cosas. Pero el Museo de Historia fue muy lindo – tenían algunos meteoritos que se podían tocar...”

La mano de Vic se dirigió a un dobladillo de mi sudadera. Traté de no llamar la atención por lo que había visto. Mi corazón empezó a latir más fuerte.

“Bueno, fue divertido. Por lo menos estuve lejos de este lugar una semana del verano, porque por más aburrido que sea durante el año, es mucho peor en las vacaciones, y aún más cuando estás prácticamente sola.” Yo estaba balbuceando, sin prestar atención a lo que decía. Algunas veces bajaba a Riverton en los fines de semana, y estuve bien... emm... sí...”

“Hablares más tarde”, obviamente, Vic se había dado cuenta de que yo no podía pensar en nada más que no fuera el papelito que había puesto en mi dobladillo. “Nos encontramos luego de comer? Puedes conocer a mi nuevo compañero de cuarto. Parece cool.”

“Si, de acuerdo.” Le prestaba tanta atención que, si me hubiera preguntado si quería que me cortaran la cabeza, le hubiera dicho que sí. La adrenalina fluía en mi cuerpo y me tensaba. “Nos vemos aquí?”

“Está bien”.

Sin otra palabra, corrí lejos de él, derecho hacia el pasillo con columnas de hierro del jardín. Afortunadamente, no había nadie ahí, lo que significaba que lo tenía todo para mí.

Subí los escaloncitos y me senté en otro. Revolví el dobladillo de mi sudadera y encontré un pequeño papelito que tenía escrita una sola palabra. Estaba dirigida a mí.

Por un segundo, no pude abrirlo. Sólo pude contemplar aquella letra que conocía tan bien. La carta había sido enviada a través de Vic hacia mí, por el compañero de cuarto de Vic del año anterior.

Lucas.

Capítulo 3

Bianca,

Sé que ha pasado mucho tiempo. Espero que no hayas estado revisando tu correo electrónico todo este tiempo esperando saber de mí; mi cuenta de Medianoche fue jaqueada, obviamente, y monitorean nuestra computadora central de la Cruz Negra.

Pero no parece que haya pasado tanto tiempo desde la última vez que hablamos. A veces siento que estoy hablando contigo todo el tiempo, cada segundo, y tengo que recordarme que tu no tas aquí para oírme, sin importar cuánto desee que lo estés.

No hay mucho sobre el verano a decir verdad. Fuimos a México por un par de meses, pero no hubo vóley en la playa o Coronas por una larga cacería. De hecho, la mitad del tiempo la pasé durmiendo en la parte trasera de la camioneta. Juro por Dios que todavía puedo sentir las lomas de metal contra mi espalda. No fue divertido.

Lucas no explicó por qué estaba en México, o quiénes eran los que habían ido con él. No lo hizo porque no era necesario; yo ya lo sabía. La Cruz Negra había viajado allí en una caza de vampiros.

La mayoría del tiempo, hacía un buen trabajo olvidando que el hombre al que amaba era un miembro de la Cruz Negra. Pero todavía pensaba que esa era la razón que separaba al mundo en dos mitades: la de él y la mía.

La madre de Lucas se convirtió en miembro de la Cruz Negra antes de que él naciera, por lo que fue unido al grupo – la única familia que había conocido. Le habían enseñado desde niño que los vampiros eran malos, y que matarlos era lo correcto.

Pero Lucas había aprendido que las cosas no eran así de simples. Aunque él se había enamorado de mí antes de saber que yo era hija de vampiros o de que algún día sería una de ellos, la verdad no había cambiado sus sentimientos. Nada me había sorprendido o conmovido tanto hasta el momento en que Lucas dijo que todavía me quería con él, que todavía me creía. Incluso después de que bebiera su sangre.

Si estás leyendo esto, significa que los vampiros no están hurgando entre las cosas de Vic. Obviamente, Vic no sabe que es lo que realmente pasa en Medianoche o que está

Adicción

tratando con vampiros. Eso significa que no es correcto ponerlo en peligro con algunas pequeñas notas de vez en cuando –de las cuales nos podríamos deshacer. Pero eso no es lo que quiero yo ni lo que quieres tú.

Oh, no! Me paré de repente, sujetando con tanta fuerza los papeles entre las manos, que se arrugaron todos. Lucas quería decir que era demasiado arriesgado para nosotros estar cerca? Que no nos podríamos volver a ver el uno al otro nunca más?

Si fuera un hombre mejor y más fuerte, debería alejarme de ti. Sé que te estoy pidiendo que estés en contra de tus padres, y con la señora Bethany siguiendo tus pasos, incluso que estés leyendo esta pequeña nota te pone en peligro. Debería ser fuerte y dejarte.

Pero no puedo, Bianca. He estado tratando de hacerlo durante semanas, y simplemente no puedo. Tengo que verte de alguna manera. Pronto, espero, porque no creo que pueda soportarlo durante mucho tiempo más.

Estaremos volviendo a Massachusetts pronto – no muy lejos de Riverton. Parece que algunos de nosotros vamos a estar vigilando alrededor de Amherst por el fin de Septiembre. No sé cuanto estaremos allí, pero creo que no será mucho.

Hay alguna manera de que puedas ir hasta Amherst la primera semana de Octubre? Si es así, nos encontraremos a la medianoche en la estación de Amherst – la noche del viernes o del sábado. Esperaré las dos noches si es necesario.

Creo que estaré fuera de base allí. Hace mucho tiempo desde que no nos vemos o hablamos; asique es posible que tu ya no sientas lo mismo por mí. Seguramente tus padres han trabajado en ti el concepto de la mala influencia que la Cruz Negra y yo representamos para ti; pero no puedo culparte. Además, una chica tan bonita no podría estar sola tanto tiempo... Tal vez estés con alguien más ahora, como ese chico Balthazar.

Recordando el sutil coqueteo de Balthazar esta mañana – y mi actitud con él, me sentí responsable – me sentí muy mal de repente; ya que Lucas había estado peor de lo que yo había admitido.

Si así es como las cosas son ahora, no puedo decir que estoy feliz por ti, porque “feliz” no es como me sentiría. A pesar de todo, lo entiendo. Te lo juro, sólo escíbeme en Amherst para que sepa...

Pero yo me siento de la misma manera que antes. Todavía te amo, Bianca. Pienso en ti y te amo más de lo que lo hice cuando nos dijimos adiós, y nunca podría haber imaginado que eso era posible. Si hay alguna oportunidad de que todavía sientas lo mismo, también, tengo que luchar.

De acuerdo, leyendo esta carta siento que no he dicho nada de lo que quería decir. No soy muy bueno con las letras. Creo que ya te has dado cuenta, no? Si vienes a Amherst, te juro que encontraré las palabras adecuadas para decir. O tal vez no necesite palabras totalmente.

Te amo.

Lucas.

Pestañé rápidamente para aclarar mis ojos llorosos. La carta se sacudió entre mis temblorosos dedos, y mi corazón se sintió como un tabor debajo de mi piel. En ese momento podría haber salido corriendo hacia Amherst, a través de la ruta y de las villas, y haber llegado en minutos –no, en segundos- si solamente supiera cómo; tal vez podría acallar mis ojos y desear estar allí. Lo quise desesperadamente.

A pesar de todo, el vínculo entre nosotros dos era muy frágil, solo estábamos conectados a través de papelitos contrabandeados y la promesa de vernos. Era todo lo que podíamos tener, porque probablemente Lucas estaba en lo cierto acerca del monitoreo de nuestros correos electrónicos. Para su total tranquilidad, la señora Bethany era una experta en todo tipo de tecnologías que le permitieran mantener el control total sobre la escuela. Sin duda el señor Yee los había jaqueado y la directora podía leer todas las cuentas de e-mails del colegio.

Ahora, estar conectado por el mail sonaba como algo imposible ahora que tenía la carta de Lucas en mis manos. Él había apretujado las páginas dentro de una estampa de bienvenida, y una muy inusual – sin mensajes escritos y con una foto de la constelación de Andrómeda. Lucas debió comprar algo como esto en un museo o un planetario. El recordaba como yo amaba las estrellas.

Reírme en el suelo me hizo ver y sentir mejor. Courtney y algunos de sus amigos paseaban juntos al borde del césped, riéndose como si fueran estudiantes humanos. Seguramente ese era su punto. El último año había estado tan intimidada por su presencia. Ahora parecía tan insignificante como

un zumbido volador en un picnic.

De todas maneras, su presencia me recordó que la mayoría de los vampiros de Medianoche sabían sobre la Cruz Negra y sobre Lucas. La carta que tenía en mis manos era la evidencia de que estaba comunicándose “con el enemigo”. Tendría que destruirle. Y pronto.

Por lo menos Lucas había elegido una imagen que podría ver siempre que quisiera por mí misma, una que nadie podía alejar.

“Esta es Andrómeda”, le dije a Raquel apuntando al cielo.

Estábamos tendidas en los jardines luego de cenar – nuestra cena regular. Hacíamos unos sándwiches de atún en nuestro dormitorio y luego de que Raquel se durmiera, yo tenía que encontrar el modo de poder beber unos sorbos de la sangre que tenía en termos en mi cabina de ropa. Día uno y mi tiempo de alimentación ya estaba complicada, tendría que hacer algo.

“Andrómeda?” dijo Raquel forzando la vista hacia arriba. Tenía el mismo descolorado sweater negro que había usado el año pasado. “Esa es de la Mitología Griega, verdad? Recuerdo el nombre, pero nada más acerca de ella.”

“Víctima del sacrificio, Perseo al rescate, la cabeza de Medusa, bla, bla.” Vic se acercaba con sus manos en los bolsillos. “Hey, ustedes conocen a mi compañero de habitación?”

Mis ojos se desorbitaron cuando me giré para ver a la figura al lado de Vic. “Ranulf?”

Ranulf agitó su mano en un gesto tímido. Su sofisticado cabello castaño todavía tenía ese corte de tazón que llevaba el año anterior – y, probablemente, desde miles de años antes que eso. Modernidad era un concepto olvidado y desconocido para él; cada clase era un reto para su comprensión, y no llegaba a absorber nada de esas simples clases. Y Ranulf era el hombre vampiro escogido para compartir su habitación con un humano? En qué podría haber estado pensando la señora Bethany?

“Hey, Ranulf.” Raquel no se paró para ofrecer su mano para saludar, pero para ser ella, incluso el hablar con un extraño era un inicio bastante amistoso. “Recuerdo haberte visto alrededor el año pasado. Te ves bien; no como Courtney y su despreciable patrulla”

Claramente Ranulf no sabía cómo reaccionar a eso. Luego de un momento de vacilación, él simplemente asintió. Por lo menos había aprendido a fingir.

“Mirando las estrellas, eh? Vic se desplomó detrás de nosotras sobre la hierba, con su usual irregular sonrisa. “Había olvidado que estaban en esto.”

“Si alguna vez hubieras visto mi telescopio nunca lo hubieras olvidado”

“Grande?”

“Enorme” dije con gusto. Mi telescopio era una de mis más preciadas posesiones- “Como si una especie de arrastre nos trajera aquí este noche. El cielo está increíblemente limpio.”

Vic levantó un dedo hacia el cielo y trazó un pequeño garabato “Y esa es Andrómeda, cierto?” Asentí. “La ves Ranulf?”

“Formas en el cielo?” Aventuró Ranulf sentándose tímidamente con nosotros.

“Si, las constelaciones. Necesitas que te las señalemos?”

“Cuando miro el cielo, no veo formas” dijo pacientemente Ranulf, “veo espíritus de los que murieron antes que nosotros, mirándonos todo el tiempo”

Me tensé esperando que los demás hagan preguntas que Ranulf nunca podría responder.

Raquel simplemente puso sus ojos en blanco, y Vic asintió despacio como si lo procesara “Eso fue profundo, chico”

Ranulf tuvo que pensar una respuesta apropiada “Tú también eres “profundo”, Vic”

“Gracias, chico” Vic palmeó el hombro de Ranulf.

Luchando contra las risas, rodé mis ojos nuevamente hacia las estrellas. La señora Bethany no había elegido a Ranulf para compartir un cuarto con un humano, había elegido a Vic para vivir con un vampiro. Aparentemente ella había supuesto que Vic no se alarmaría con los hábitos de sus compañeros de cuarto.

Una vez más ella había probado lo intuitiva que era – y lo bien que nos entendía a todos, incluso a Vic. En ese momento me puso feliz el hecho de haber destruido la carta de Lucas y la postal. Quería conservarlas por siempre, pero era demasiado arriesgado. Mientras tanto, todavía miraba las estrellas.

Tracé la forma de Andrómeda una y otra vez en el cielo nocturno. Octubre parecía estar a miles de años lejos; nunca podría estar lo suficientemente cerca.

Capítulo 4

A medida que iban pasando las semanas tuve que preguntarme – Cómo era que iba a llegar a AMHERST?

A los estudiantes no se les permiten guardar los vehículos en la academia de medianoche. No es que tenga uno que guardar en primer lugar, pero no podía pedir prestado un paseo, ya sea de un amigo.

"¿Por qué los estudiantes no están autorizados a tener coches?" Le pregunté a *Balthazar* en voz baja mientras caminaba a mi clase de inglés, en uno de los primeros días de escuela. "Mucha gente aquí han de conducir los coches, siempre que hayan coches que conducir. Pensarías que la Sra. Bethany confiaría en ellos al volante. "

"Estás olvidando que Medianoche existía desde mucho antes que el automóvil." *Balthazar* miró hacia abajo, en uno de esos momentos inoportunos que me recordaron que él era casi un pie más alto que yo "Cuando la escuela fue fundada, cada uno tenía caballos y carruajes, que son mucho más problemas para almacenar que los coches. Los caballos tienen que ser alimentados, y sus establos tienen que ser al cabo hacia fuera. "

"Tenemos caballos en los establos."

"Tenemos seis caballos. No trescientos. Es una gran diferencia cuando se trata de la alimentarlos -"

"Y esterco landó fuera de los establos", terminé por él, haciendo una cara.

"Exactamente. Por no hablar de que hay un montón de sentimientos heridos cuando la gente tiene hambre y de tomar el transporte de otras personas ".

"Apuesto". Pobres caballos. "Sin embargo, no es como cualquier persona estaría en peligro de chocar abajo una Toyota. Y hay mucho espacio alrededor, aquí, donde la gente podía estacionarse. Entonces, ¿por qué no ha cambiado la Sra. Bethany las reglas?"

Sra. Bethany? Cambiar una regla?

"Buen punto."

Sra. Bethany presidió su aula como un juez, presidió el tribunal: mirando hacia abajo en todos a su alrededor, vestido negro y, sin duda, ya en el cargo. "Shakespeare", dijo, su voz sonó que atravesó en toda la habitación. Cada uno de nosotros tenía una edición de cuero-limite de los trabajos completos de Shakespeare delante de nosotros. "Incluso los menos educados de ustedes han estudiado sus obras en algunos contextos antes de ahora".

¿Estaba yo imaginando cosas, o Sra. Bethany me miró cuando dijo "menos educados"? habiendo contado de la sonrisa en la cara de Courtney, tal vez yo no estaba imaginando. Cuando me encogí bajo mi escritorio y mire fijamente la tapa del libro

"Como todos ustedes ya conocen de Shakespeare, puede preguntar con razón - por qué aquí? ¿Por qué de nuevo?" Sra. Bethany gesticuló cuando ella habló, y sus uñas largas, espesas, acanaladas me recordaron las garras.

"En primer lugar, una comprensión profunda de Shakespeare ha sido uno de los fundamentos de la cultura occidental el conocimiento durante los siglos ahora, Podemos esperar que lo seguirá siendo durante siglos por venir".

La educación en medianoche no fue de preparación para la universidad, o incluso simplemente para hacer de usted más inteligente o más feliz. Se pretende llevar a los estudiantes a través de la larga e imposible vida de los muertos.

Esa esperanza de vida era algo que había intentado imaginarme desde entonces que fuera una pequeña niña y primero aprendí cuando era diferente de otros niños en jardín de infancia.

"En segundo lugar, estas obras han sido interpretadas de diversas maneras, ya que fueron primeros escritos. Shakespeare era un artista popular en su tiempo. Entonces él era un poeta y artista cuyas obras estaban destinadas a ser leídas por los estudiosos, no disfrutadas por las masas. En los últimos ciento cincuenta años, Obras de Shakespeare han reaparecido él en teatro. Así como su lengua llega a ser más extranjera al oído moderno, los temas que nos hablan

fuertemente de hoy - a veces en las maneras en que el propio de Shakespeare, podría quizás no haber pensado. "

Aunque la voz de la Sra. Bethany siempre me pone los nervios de punta, no pude evitar sentir que alientos vamos a tener al centrarnos en Shakespeare este año. Mis padres eran grandes aficionados a Shakespeare, ellos que me habían llamado así después de un personaje de LA GUERRA, diciéndome que habían estado seguros de cualquier nombre, pues Shakespeare se conocen desde hace centenares de años por venir. Papá había ido a ver actuar en él unas pocas obras de teatro, en los días en que William Shakespeare fue un dramaturgo sólo entre muchos que luchaban por la audiencia en Londres. Así que memorizar el Dirge Cymbeline antes de mi décimo cumpleaños, visto Baz Luhrmann Romeo + Julieta en DVD unas veinte veces, y aun se mantienen los sonetos mi estante. la Sra. Bethany podrían darme momentos difícil este año, también, pero al menos me preparó para ser cualquier cosa que podría lanzar a mi manera.

Una vez más, ella parecía haber escuchado mis pensamientos. Paseándose junto a mi escritorio, donde podía oler el aroma de lavanda que siempre parecía rodearla, la Sra. Bethany dijo: "Prepárese para tener preexistentes supuestos que pueden mantener sobre la obra de Shakespeare, en tela de juicio. Aquellos de ustedes que piensan que puede aprender todo acerca de las adaptaciones modernas de película harían bien en pensar de nuevo".

Reflexione la posible necesidad de una nueva lectura de Hamlet hasta que la clase fue terminada. Como todos archivamos fuera del salón de clases, vi a Courtney andando hasta Sra. Bethany, diciendo algo en voz baja, obviamente la esperanza de que no fuera escuchada.

Sra. Bethany no lo tenía. "No lo reconsiderare. Usted debe volver a enviar su informe, la Srta. Briganti, como el suyo era inadecuado".

"Inadecuado"? la boca de Courtney era una perfecta O, de indignación. "Encontrar la manera de entrar en los mejores clubs en Miami - que, al igual que, muy importante!"

"Bajo cierto estándar dudosa de la importancia, supongo que puede ser cierto. Usted no puede, sin embargo, presentar su informe en forma de números de teléfono garrapateados en servilletas de cóctel". Con eso, la Sra. Bethany barrido fuera del cuarto.

Courtney camino después de ella en una Huff de enfado. "Muy bien. Ahora tengo que escribir".

Deseaba que hubiera podido contar la historia a Raquel, quien detestaba Courtney tanto como yo lo hice y probablemente en un estado de ánimo después de Crummy nuestro primer día en la escuela que ella odio tanto. En lugar de ello, sólo estando en nuestra habitación esa noche, hablando de casi nada excepto lo que había sucedido en las clases.

Por desgracia, esa noche, Raquel salió del cuarto solo una vez. Su viaje del cuarto de baño me dio bastante tiempo para tragar saliva por cerca de dos tragos de sangre, no fue bastante. Me puse más hambrienta y más hambrienta, y finalmente insistí para que Raquel diera media vuelta apagado las luces temprano.

Una vez que finalmente parecía haberse dormido, golpeé con el pie de las cubiertas y escurrí de cama. Raquel No grito. Cuidadosamente retire el termo de sangre de su escondite. Andando de puntillas en el vestíbulo echando un vistazo alrededor para asegurarme de que nadie más estaba encima. La costa estaba clara.

Consideré mis opciones antes de darme prisa por el pasillo hacia la escalera. Las escaleras de piedra eran frías por la noche, sobre todo teniendo en cuenta que yo sólo usaba unos calzoncillos y una camisola de algodón. Sin embargo, el frío era una de las razones de que nadie probablemente pudiera entrar de esa manera en la oscuridad de la noche y encontrarme bebiendo sangre.

Tibio, pensé con hastío mientras que tomé el primer trago. Yo en el trance más temprano ese día, pero incluso el termo no podía mantenerlo caliente para siempre. No importaba. Cada bocado cobrizo fluía en mí como energía eléctrica. Sin embargo, no fue suficiente.

Deseo a la sangre más caliente. Me gustaría que estuviera vivo.

El año pasado, Patrice salía furtivamente todo el tiempo a escabullirse para la captura de las ardillas en la tierra. ¿Podría hacer eso? simplemente, como

capturar una ardilla? Yo, siempre pensé que no podía. Cada vez que lo había imaginado, me había pensado en la piel que se queda pegada en los dientes. Blech.

Cuando pensé sobre ello ahora, se sentía diferente. No pensaba sobre la piel o el rechinar o algo parecido a eso. En lugar de ello, pensé acerca de que tan diminuto latía el corazón muy rápido, como si yo podía sentir que el thrum – thrum – thrum contra la punta de mi lengua. Y que el sonido fuera tan bueno cuando mordía poco más abajo y todos esos pequeños huesos se quebraban, como palomitas de maíz estallando en el microondas –

Me hizo pensar eso? Eso es asqueroso!

Es decir, pensaba que era asqueroso – pero no siento repugnancia. Todavía sentía como una ardilla viva como la cosa más deliciosa en la tierra, por debajo de la sangre humana.

Cerrando mis ojos, me acordé de lo que había sido gusta beber la sangre de Lucas mientras yacía debajo de mí, embrague de mí en sus brazos. Nada puede comparar a eso.

Algo crujió bajo la escalera.

"¿Quién está ahí?" dije, asustada. Mis palabras hicieron eco. Más tranquila repetí, "¿Quién está ahí? ¿Alguien?"

Una vez más, me parece haber oído: un sonido extraño de chisporroteo, como romper el hielo. El chisporroteo vino más cerca, como si viajara hasta las escaleras. Apresuradamente atornille la tapa atrás de mi termo, de modo que ningún estudiante humano me vería beber sangre. Me metí en el pasillo y trate de averiguar qué podría estar causando ese el sonido.

¿Había una niña furtivamente fuera de los dormitorios para un aperitivo, al igual que el que he tenido? El sonido es un poco como los chasquidos de los cubitos de hielo después de que caen en el agua. Luego me ahogue en una risita cuando me pregunte si!

Era algún chico, infiltrando aquí para visitar a la chica que le gustaba. Tal vez ni siquiera fue una persona. Podría ser un edificio antiguo en respuesta a la profundización de otoño frío.

Los crujidos se acercaron. El aire a mi alrededor instante fue frío, como si hubiera me abierto una puerta de un congelador. Mi pelo estaba parado de punta, y la piel de gallina apareció en mis brazos. Mi respiración parecía niebla, y una vez más Sentí que alguien me estaba mirando.

Más abajo en la escalera, vi una luz vacilante. Fluctuó como una vela, pero la luz era un brillante azul verde, el color de una piscina. Cintas de iluminación ondearon por las piedras. Parecía que Medianoche estaba bajo el agua.

En ese momento yo estaba temblando de frío, y perdí mi agarre en el termo. En el momento en que choco ruidosamente en el piso, las luces desaparecieron, y el aire a mí alrededor se calentó nuevo al instante.

Esa no era mi imaginación, no era la reflexión de alguna luz. Pero, entonces, qué diablos era?

La puerta más cercana al corredor se abrió de repente. Courtney estaba en el marco con un sexy pijama rosa, y su rubio cabello atolondrado sobre su cara. "Qué te pasó?"

"Lo siento", murmuré bajando la vista y alzando mi termo. "Tuve que salir para comer y creo que perdí el control..."

Eventualmente tendría que haberle dicho a alguien lo que acababa de ver, pero Courtney era la última persona en el mundo con la que quería compartir mis confidencias. Incluso el haber admitido que dejé caer mi termo hizo que pusiera sus ojos en blanco.

"De acuerdo, la próxima vez sólo atrapa un ratón, como hace la gente normal", y se volteó hacia su habitación, pero en la mitad del camino me miró y dijo, "Creo que eso apesta."

"Tirar mis termos, o lo de los ratones?"

"Tener que salir de tu habitación para comer. Eso te pasa por elegir a esa

insignificante como compañera de cuarto”

“Raquel no es una insignificante!”

“Sí, claro...” Luego, cerró la puerta.

Esperen, acaso Courtney estaba tratando de ser simpática conmigo sin insultarme a mí, sino a Raquel?

Sacudí mi cabeza negándolo. La idea de que Courtney estaba tratando de ser simpática casi me hace olvidar aquella luz extraña. Casi.

Cuando les dije a mis papás que estaría acampando el viernes por la noche ya que habría una lluvia de meteoritos, no me molestaron por estar fuera en el bosque. Los alrededores de la Academia eran totalmente seguros, por lo menos, si era un vampiro. Sabía que ellos no se fijarían si realmente habría una lluvia de meteoros, lo que era algo bueno, porque no la habría. Pero preguntaron muchas otras cosas, y en mi histeria, les pregunté por qué.

“Porque nos parece que podrías llevar a algunos compañeros contigo”, dijo mi mamá cuando nos sentamos el domingo a cenar: lasaña para mí, y grandes vasos de sangre para todos. Billie Holiday sonaba en el estéreo, cantando sobre un amor en el que había creído alguna vez. “Tal vez podrías ir con Archana, parece una buena chica.”

“Mmm, sí, creo.” Archana era una vampira india, cerca de los seiscientos años, y la conocí el año pasado en una clase de Historia, pero difícilmente nos habíamos dicho diez palabras la una a la otra. “Pero no la conozco bien, y si fuera a invitar a alguien, invitaría a Raquel, pero a ella no podría importarle menos la astronomía.”

“Estás pasando mucho tiempo con Raquel”, papá dio un gran sobro a su vaso de sangre. “No sería bueno que tuvieras otros amigos?”

“Amigos vampiros, quieres decir? Siempre me dicen que no sea una snob, lo que significa que sea más humana que vampira aquí. Qué pasó con eso?”

“No quiero que seas una snob. Pero no es eso de lo que hablo.”, papá dijo gentilmente. “La cuestión es que serás un vampiro algún día y en unos cientos

de años, Raquel morirá, y tu vida habrá recién comenzado. Quién estará contigo en ese entonces? Te trajimos aquí para que hagas amigos que puedas conservar, Bianca.”

“Eso no estaría mal.” Lo sabía, pero no tenía la misma idea que ellos. El último año, no había querido nada más que esconderme en mi loca casa, solos nosotros tres, pero ahora quería mucho más, y eso incluía a Raquel.

Balthazar caminaba por el borde de los terrenos de granja, mientras uno de sus brazos tenía una máscara que cubría su cara. Tenía que admitir que estaba increíblemente elegante con su traje blanco, que resaltaba su poderoso cuerpo y lo hacía parecer estar tallado en mármol.

Y yo? Yo me eché un vistazo en el espejo de mi habitación y suspiré. La palabra “elegante” no era la adecuada para mí, más bien me parecía al Teletubbie blanco perdido. Pero no había manera de que me pudiera negar a esto. No tenía la oportunidad de pedir la clase de Tecnología moderna, así que tendría que hacer el trabajo de pelea en la granja era la única forma de cumplir con mi programa de créditos.

“Pareces aterrorizada”, dijo Balthazar. “Sabes que en la actualidad no deberías estar batallando por tu vida aquí.”

“Lo sé, pero no creo que luchar por mi vida sea muy necesario.”

“Primero que nada, no te preocupes, porque la pelea actual dura muy poco. Pero tendrás que aprender cómo moverte. Segundo, lo disfrutaré si somos compañeros, al principio o al final. Y además, puedo hacerte sentir muy cómoda y segura.”

“Quieres decir que todavía me tienes como a una persona a la que sí puedes morder, y por eso debes ser moderado conmigo?”

“Puede ser”, sonrió irónicamente y se puso la máscara. “Lista?”

“Dame un segundo.” Me puse la máscara y, para mi sorpresa, veía perfectamente con ella.

Obviamente, no empezamos a pelear en ese instante, la verdad, la mayor parte de la clase se concentró en enseñarnos como pararnos. Parece fácil? No lo es. Tuvimos que tomar nuestras piernas y tensar un músculo de aquí, pero no el de allá, y nuestros brazos tenían que estar en una forma indescriptible, pero muy estilizada. Nunca antes podría haber imaginado que podía cansar tanto mis más míseros músculos tratando de mantenerme en pie, pero antes de que terminara la hora, estaba temblando de la cabeza a los pies.

“Estarás bien.” Dijo Balthazar mientras me ajustaba un codo. Nuestro profesor, el señor Carlyle, ya lo había designado como un asistente de curso. “Tienes un buen balance, y eso es lo que importa.”

“Creo que lo más importante es no golpearte en una batalla.”

“Créeme. Balance. En eso se centra todo.”

La campana sonó. Con ayuda me pude apoyar en la pared más cercana. Me saqué la máscara para poder respirar más profundamente. Mis mejillas ardían, y mi cabello estaba sudado. “Por lo menos, perderé peso este año.”

“No necesitas perder peso.” Balthazar se sacó su máscara y la puso bajo un brazo. “Ya sabes, si quieres practicar a parte de las clases – me puedes buscar mañana, tal vez. Practicar un poco no te vendría mal para la resistencia.”

“No puedo este fin de semana.” Si no hubiera estado tan cansada, Balthazar se hubiera dado cuenta del nerviosismo de mis ojos? “Creo que debería pedir permiso.”

“Seguro”. Me miró mientras pasaba por una puerta. Por un momento, pensé en la posibilidad de que él hiciera esa oferta para pasar más tiempo conmigo. Si era por eso, tendría que hallar la manera de salirme de esa situación.

Me ocuparía de eso después. Era el primer viernes de Octubre, y eso significaba que me encontraría con Lucas, en unas pocas horas, otra vez.

Primero, corrí al dormitorio para darme una ducha. No había manera de que me encontrara con Lucas oliendo a calcetines viejos. No me pude peinar mucho o maquillarme, para que Raquel no sospechara. Me imaginé entonces, a mi ultra femenina compañera de cuarto anterior, Patrice, horrorizada mirándome como, simplemente, me peiné el cabello hacia atrás.

De cualquier forma, Raquel se dio cuenta. “Te estás vistiendo así para pasarte la noche en el bosque o qué?”

“Esto difícilmente parece un abrigo de piel o una tiara”, dije mientras señalaba mis jeans y un sweater plano.

Ella suspiró y dijo “Como sea”. Raquel cruzó sus piernas en el piso, en el medio del piso y frente a su proyecto de arte; su collage parecía muy depresivo, con mucho negro y plateado formando una guillotina. Todo lo que eso significó para mí, era que no me prestaría más atención a como me vestiría. Idílicamente, iría a ver a Lucas de la forma que me hiciera más bella, pero no había manera de que me pudiera poner un vestido o algo así. Busqué en la profundidad de mi armario y saqué una bufanda, que coloqué en un boso junto con unos termos que, para Raquel, podían contener inocentes bebidas.

“Nos vemos mañana por la noche, de acuerdo?” Mi voz sonaba extraña tan fina y antinatural que pensé que se rompería.

Puse una mano en la manija de la puerta, pensando que era libre, cuando Raquel preguntó “No llevarás tu telescopio?”

Oh, no. Si hubiera una lluvia de meteoritos, por supuesto debería llevar mi telescopio conmigo, pero era pesado, y tenía que llevarlo con cuidado, y tendría que esconderlo en los jardines del colegio. Lo que no podía hacer era llevarme eso hasta Amherst. Pensé que había solucionado cada detalle de mi huída, cómo podría haber olvidado algo tan básico?

“Tengo otro.” Mentí mientras me iba. “Otro telescopio, quiero decir. No es tan bueno como este, pero es más liviano, así que creo que lo tomaré del apartamento de mis padres.”

“Tiene sentido” Raquel levantó la vista de sus tijeras, por lo cual nos pudimos ver las caras mutuamente. Parecía algo triste; tal vez Raquel nunca admitiría que me extrañaría este fin de semana, pero pensé que lo haría. “Mañana entonces.”

“Mañana” dije no muy convencida. “Saldremos el próximo fin de semana. Piensa en algo divertido para hacer.”

“Aquí? Sí, claro.” Se concentró en su trabajo otra vez, y yo fui libre para irme.

Cuando me adentré en los jardines, el crepúsculo descendía sobre el colegio. Éste era uno de mis momentos favoritos del día. Para mí, significaba más inicio que el propio amanecer. El cielo estaba entre un violeta grisáceo mientras me adentraba en el bosque. Mis oídos se volvieron instantáneamente más sensitivos a los sonidos de la noche: mis propios pasos, los pájaros a lo lejos, una chica riendo de un modo que me hizo pensar que debía estar aquí fuera con un chico.

Continué mi camino, impresionada de cómo mis oídos eran mucho más potentes que el año pasado. Aunque me había convertido en una “verdadera estudiante de Medianoche”, no había sentido tanto el cambio, pero aquí entre los árboles, resultó obvio. El aleteo de los pájaros, el tráfico de las rutas cercanas, todo era claro y distinto. Esto nunca me había pasado.

Tampoco nunca antes había pensado en cómo sabría la sangre de alguno de esos pájaros. La vampira en mí estaba saliendo a la superficie. Y el estar con Lucas siempre traía a la vampira en mí- la depredadora, la hambrienta, y ahora yo era más poderosa. Tal vez yo no era la única tomando esta ruta esta noche.

Yo cuidaría de Lucas. Nunca lo lastimaría.

(Si lo mordía de nuevo y tomaba suficiente sangre, se convertiría en un vampiro, y en ese momento podríamos estar juntos para siempre.)

Pero sacudí mi cabeza, tratando de mantener ese pensamiento alejado de mí. Seguí mi camino a través de la ruta. Luego habría un pequeño tramo antes de llegar al área- una parada. Tomé mi lugar en la ruta cercano a Riverton y esperé.

Cinco automóviles y una motocicleta vinieron; esos no eran importantes para mí. En mi lugar oculto entre las malezas, bufé de frustración.

Pero al afortunado número siete era al que yo estaba esperando: el servicio de lavandería de Medianoche. Como siempre, el conductor tenía su música demasiado alta. Debía haber dejado la escuela recién, lo que significaba que estaba volviendo, y mis investigaciones decían que la base de la lavandería estaba en Amherst.

El camión se detuvo en la señal. Corrí hacia la parte trasera que, afortunadamente, estaba abierta. Cuando el metal chilló, me encogí, pero afortunadamente, la música estaba tan alta que el conductor no lo oyó.

Rápidamente entré y me coloqué entre unos bultos de ropas cuando el camión comenzó su camino nuevamente. Lo ven? Era simple! Peor de todas maneras, yo estaba muy nerviosa y temí comenzar a temblar. Por eso mismo me escondí debajo de esos bultos y para que el camionero no me viera si decidía echar un vistazo hacia atrás. Todo olía un poco viciado, pero no estaba irrespirable aquél aire, por lo que tenidas las circunstancias que tenía, me prometí ser valiente y soportarlo.

Tomó aproximadamente una hora llegar a Amherst. En ese momento, comencé a espiar por la ventana de atrás. Una vez que llegamos, yo tenía la ventaja de que había otra parada que el conductor debería ver. Después de eso, podría caminar hasta la estación de trenes.

A la medianoche, estaría en los brazos de Lucas otra vez.

Capítulo 5

Whooaauuu!!!

El auto iba a alta velocidad por el centro de la ciudad de Amherst. Un par de chicos de una fraternidad casi salían de sus autos por las ventanillas para gritarle cosas a cada mujer que veían.

Creí que a estas horas, las calles deberían estar muy desiertas. Pero lo que no había considerado era que Amherst era una especie de campus, con tres o cuatro universidades por los bordes de la ciudad. El centro no se dormía a la medianoche; los niños a mi alrededor apenas habían empezado a divertirse.

Niños. Estas personas deberían llevarme cinco años por lo menos. Sus caras y cuerpos eran más maduros que los de los estudiantes de Medianoche. Era extraño pensar que ya habían vivido más de lo que Balthazar nunca había hecho. Pero cuando estaba en Medianoche podía sentir la experiencia, cultura mundial y poder que emanaban mis compañeros de clase; sus caras eran jóvenes, pero sus siglos se mostraban en sus ojos. Comparados con ellos, estos estudiantes fumadores que me rodeaban eran sólo niños.

Qué me podrían hacer?

No me pude preocupar por eso por mucho tiempo porque estaba demasiado contenta, a pesar de las mentiras que había dicho, las reglas que estaba rompiendo o las consecuencias que podría haber por ello. Todo lo que me importaba era que estaba a punto de ver a Lucas otra vez.

“Disculpa”. Una niña se cruzó en mi camino. Su rubio y ondulado cabello se balanceaba en una trenza. “Puedo caminar contigo?”

Estaba a punto de decirle que me había confundido con alguien más, pero cuando nuestros ojos se encontraron, todo el mundo se redujo a una sola palabra: Vampiro.

No era que ella se viera diferente de la gente que me rodeaba, por lo menos no en la forma obvia. Pero para mí, se detuvo en frente de mi camino tan brillante como una antorcha. Yo había sabido discernir vampiros y humanos durante toda mi vida, pero incluso para ser un vampiro, esta chica era diferente. Era el vampiro de apariencia más joven que jamás había visto. Su cara con forma de corazón, todavía presentaba la forma redonda de los bebés gorditos que yo había visto en mis fotos y en otros niños, y tenía unos ojos marrones muy brillantes y grandes. En un costado del cuello, cerca de la yugular, tenía una marca de nacimiento, y ese era, probablemente, el lugar donde la habían mordido. Sentí inmediatamente un instinto protector, como si fuera mi trabajo cuidar de ella –esta pequeña niña perdida de ropas que eran muy grandes.

“Espera.” Su expresión era igual a las que tenían las muñequitas de porcelana, inocente y misteriosa al mismo tiempo. “Hay algo en ti que no está... que no está bien.... Oh! Eres un bebé. Uno de nuestros bebés, quiero decir.”

Estaba impresionada de cómo se había dado cuenta tan fácil, ya que la mayoría de los vampiros nunca conocían a alguien como yo; una nacida en vez de transformada. “Si. Quiero decir, sí soy, y sí puedes caminar conmigo un rato.”

“Gracias.” Rodeó mi brazo con el suyo como si nos conociéramos. Su cuerpo tembló, y no estaba segura de si era por el frío o por el miedo. “Estos chicos no me dejarían tranquila esta noche, a menos que piensen que me fui con una amiga.”

“Estoy a punto de ver a alguien.” No había terminado de decir estas palabras pero ella ya me sonreía cálidamente, dando la impresión de soledad. Recordé a Ranulf y la amabilidad de otros perdidos de la Academia de Medianoche, y tuve lástima de ella. “Pero puedo llevarte por lo menos hasta la estación.”

“Oh, podrías?” Muchas gracias. Que mal. Te estoy retrasando? Si lo estoy haciendo, lo lamento.”

“Está bien.” Había algo realmente añorado en ella, a pesar de que era más alta que yo, casi tan alta como Balthazar supuse. “Estás bien. Hay alguien a quien puedas llamar?”

“Bien. Estoy bien. Estoy sola esta noche.”

Miré hacia mi brazo, donde descansaba su mano. Su sweater era tan largo que lo único visible de sus manos eran los dedos. Su uñas eran finas y quebradizas, como si hubiera estado hurgando en la basura. Y creí que esta chica era la persona más sola que había conocido en toda mi vida.

Al principio, ella simplemente me siguió sin comentarios. Seguimos un camino entre los estudiantes que esperaban fuera de un restaurante de pizzas. Creo que debe ser el lugar más conocido de la ciudad, porque más de cientos de “niños” esperaban afuera con vasos de cerveza o pedazos de pizza. Un par de chicos nos miraron – y a la pequeña vampira rubia más que a mí. Si sacabas esas ropas grandes y descoloridas, tenía un aire de inocente belleza, y sus ojos marrones buscaban entre la masa de personas a alguien, a cualquiera que la cuidara probablemente. Pude ver como un par de chicos se fijaron en eso, pero decidieron no molestar.

Sólo después de que salimos de la multitud, ella preguntó, “A dónde vas?”

“A la estación de trenes.”

“Eso está sólo a una cuadras más.” La vampira echó un vistazo de preocupación sobre su hombro. “Creo que los chicos que me molestaban andan por aquí, Déjame caminar sólo un poco más contigo. Me dejarás, verdad? Está oscuro aquí y podría perderme”

A pesar de eso, quise negarme; Lucas llegaría en cualquier momento, y yo no quería nada de espectadores para esta reunión. Lucas no estaría asustado exactamente por ver a otro vampiro, pero yo era la única en quien confiaba.

Estaba la posibilidad de que no la reconociera como vampiro, pero teniendo en cuenta su entrenamiento en la Cruz Negra, lo dudé. “De acuerdo, vámonos.”

Seguimos hasta la estación brazo con brazo. La música nos llegaba desde todos los bares que había alrededor, y aunque estaba fuerte, se podía escuchar claramente cualquier cosa.

“Déjame adivinar.” Me dio un tímido vistazo. “Medianoche, cierto?”

“Sí, fuiste alguna vez?”

“Traté una vez. Pero la directora.... Ohhh No me gustó. Señora Bethany creo que se llamaba. Aún está allí?”

“Como si alguna vez fuera a dejar su reino.” Murmuré.

“Eso es cierto. Bueno, yo no le agradé ni un poco. Eso hizo las cosas bastantes desagradables.”

“Tampoco le agrado yo. Creo que ella odia a todos aquellos que no son.... bueno..., ella.”

“También te escapaste del colegio? Eso fue lo que yo hice.”

Sonreí. “Sólo por el fin de semana.”

“Creo que nunca podré volver. No después” – Su vista se hizo distante, pero luego sacudió su cabeza. “No importa.”

Cuando caminábamos desde el centro hasta la estación de trenes, pude definitivamente oler algo rancio. Eso no me ahuyentó, creo que todos nos acaloramos y sudamos un poco de vez en cuando, pero a pesar de eso, me hizo sentir pena de ella. No parecía capaz de cuidarse a sí misma. Qué terrible debe ser, vivir por siempre sola así, volviéndose más y más sónica fuera de la civilización.

Por primera vez entendí –realmente entendí – por qué los vampiros necesitaban la Academia de Medianoche. Siempre supe que teníamos la tendencia de perdernos en los tiempos en los cuales vivíamos, y mis padres siempre me decían lo fácil que era echarse un vistazo de repente y darse cuenta de que su ropa tenía algunas décadas de retraso, o que no sabías lo que pasaba en el mundo, pero tampoco te importaba. Pensé en cómo se sentiría estar tan separada del mundo. Mirando a esta chica, finalmente lo entendí.

La estación de trenes estaba a unas pocas cuadras del centro, pero la caminata pareció más larga. Tal vez tenía que ver con el contraste de los gritos, la música y la gente que había unas cuadras atrás, y el silencioso barrio de ahora. Unas cuadras iluminadas más allá, también había mucha oscuridad. Mi nueva compañía no tenía nada que decir. Aparentemente estaba contenta sólo con agarrarme del brazo.

Miré mi reloj. 11:55.

La vampirita rubia abrió una de las puertas de la estación. Una habitación con bancos vacía. “No hay nadie en casa. Tu chico joven aún no ha llegado.”

“No creo.” Miré la estación con resignación y desilusión. Esperé que fuera linda o por lo menos no fría. Sabía que probablemente la estación de trenes no era el lugar más romántico para un reencuentro, pero pudo haber sido peor. Piso de

linóleo, letreros fluorescentes colgando por todas partes y algunos bancos de madera no eran exactamente mi lugar ideal.

Otra vez lo mismo. Qué importaba eso? Lo único que debía importarme era que pronto estaría con Lucas de nuevo – en pocos minutos – y una vez que estuviéramos juntos, sabía que no le prestaría atención a nada más.

Qué pasaría si no era lo mismo para él? Su carta había sido asombrosa, pero, de todas formas, no nos habíamos visto desde hacía meses. Qué pasaría si las cosas habían cambiado entre nosotros? Y si esto sólo resultaba embarazoso? Y si él ya no sentía lo que salía sentir?

“Debes estar muy contenta”. La vampira estaba sentada en un banco, y se rodeó las piernas con los brazos. “Muy feliz de no estar más sola. A veces pienso en morir si tuviera que estar sola todo este tiempo.”

Ahora me sentía algo culpable por decir esto, pero debía: “Si no te molesta, me gustaría tener algo de privacidad. No nos hemos visto desde hace mucho tiempo.”

“Tiempo de privacidad”. Su sonrisa era tímida y algo triste. Me hubiera gustado disculparme por dejarla tan sola, pero qué más podía hacer? La única alternativa que nos quedaba era llevármela a Medianoche, pero ella ya había expuesto cómo se sentía con eso. Cómo ayudarla con la antipática señora Bethany? Como si sintiera mi preocupación, me dijo: “Entiendo. Me gustaría quedarme un poco. Ver si él viene o no, pero está bien.”

Oí pasos en ese instante. Pasos por la vereda y me incliné hacia la puerta por la que estaba entrando Lucas.

Usaba una campera y remera negras, y unos jeans. Su cabello rubio oscuro había crecido, pero todo lo demás estaba igual. Mirándolo a la cara, sentí que estaba nadando en una pileta de agua tibia llena de luces por debajo.

“Lucas?” Di un paso hacia él. Quería lanzarme en sus brazos, pero todavía no me podía mover. “Lo hiciste. Ambos lo hicimos.”

Pero él no estaba mirándome a mí. Estaba mirando al vampiro.

“Demonios!, vete de aquí Bianca!”, gruñó.

“Oh, no.” La vampira empezó a moverse hacia atrás, tratando de aplastarse contra la pared. “No, no, no”

“Lucas, todo está bien. Ella es inofensiva.”

“Ella es un demonio.”

La vampira empezó a llorar. “Te dije, te dije, él está detrás de mí, detrás de las dos!”

De él es de quien ella tenía miedo, el que la estaba molestando. Estaba escapando de Lucas.

La mano de Lucas se cerró a me alrededor- el primer toque desde hace mucho tiempo, demasiado tiempo. Estaba tratando de sacarme por la puerta.

“Bianca, vas a salir de aquí.”

“Espera! Basta. Los dos.” Miré a uno y luego al otro, pero ellos no me estaban escuchando. Estaban moviéndose en modo de batalla, en círculos, listos para la lucha.

No sabía en qué pensar o qué hacer, no hasta ese primer segundo en el que uno se decidió. La vampiro se lanzó hacia nosotros, dando zarpazos, como un tigre, y Lucas me sacó del camino tan fuerte que me resbalé y caí sobre mis manos y rodillas, golpeándome con el suelo de concreto. Detrás de mí, oí el ruido de la madera al romperse.

Sosteniéndome otra vez sobre mis pies, y con mis manos lastimadas, vi con horror que la vampira había golpeado a Lucas, que había chocado contra la puerta de la estación de trenes, y estaba tirado en el suelo. Me había despistado con su apariencia de niña, pero era obviamente una vampira poderosa - más poderosa de lo que había imaginado. Ella y Lucas se enfrentaron en la puerta por un segundo, y luego, en su violento forcejeo se vieron sus expresiones de odio a la luz de las lámparas de la calle. Luego, la vampira tiró a Lucas a las vías de la estación. Lucas calló entre medio de ellas.

“Lucas!”, grité. Él no se levantó, y parecía que no podía aceptar lo que veía. Claramente, ser arrojado a través de la puerta lo había impresionado.

“Tú no deberías asustar a niñas pequeñas.” La vampira quitó de su rostro algunos mechones de cabello enrulado que se habían salido de su trenza, como una niña pequeña nerviosa. “Debías ser detenido. Yo puedo detenerte!”

Ella estaba lo suficientemente asustada como para matarlo, pensé. Tenía que ayudar a Lucas, pero cómo? Yo era más fuerte que los humanos, pero no tan fuerte como una completa vampira, sin importar cuán chica pareciera. Luego me di cuenta de que cuando la puerta fue arrancada, millones de pedazos de

madera habían caído por las vías. Una cerca de mí, era perfecta para ser usada como estaca.

Clavar una estaca en el corazón de un vampiro, no lo mata, no definitivamente. Si la estaca era clavada directo en el corazón, el vampiro caía como si estuviera muerto, pero si la estaca era sacada, era como si nada hubiera pasado. Por lo que yo debería clavarle la estaca en la espalda de la vampira sin vacilar.

Pero hacerle eso a la pequeña vampira.....

No podía hacer eso.

Agarré una pequeña pieza de madera del suelo y me incliné hacia adelante. Primero un pie, luego el otro.

“No deberías haberme seguido.” Le dijo a Lucas, con cada uno de los músculos de su cuerpo tensado y sus manos curvadas, que hacían parecer zarpas a sus uñas. “Te arrepentirás.”

Con todo el impulso que pude tomar, tiré el pedazo de madera hacia su cabeza. La vampira salió volando unos pocos metros lejos de nosotros- lo había hecho más fuerte de lo que había pensado, y giró por el piso, una y otra vez. Antes de que se detuviera, corrí hasta Lucas y le tomé la mano. “Puedes correr?”

“Podré hacerlo. Salgamos de aquí!” Dijo, parándose con dificultad.

Lo llevé en la dirección del centro de la ciudad, pensando que sería mejor perderla entre la multitud. Pero Lucas me empujó en la dirección opuesta, por lo que estábamos corriendo cerca de la estación otra vez. “No hay nadie alrededor, Lucas. Estaremos solos!”

“Eso significa que nadie saldrá herido!”

“Pero...”

“Estoy contigo Bianca. Confía en mí.”

Corrimos hacia una pequeña calle con las clásicas casitas inglesas. Impresionantes autos de familia y SUVs estaban aparcados en cada una de los garajes, y frente a las ventanas con cortinas, se podían ver los resplandores de las luces de las televisiones. A cada paso, yo quería gritar pidiendo ayuda, pero sabía que al hacerlo, sólo conseguiría poner en peligro a las personas que acudieran en nuestra ayuda. Si salían, había muchas posibilidades de que corrieran el riesgo de quedar en medio de la Batalla ente Lucas y la vampira, que cada vez parecía más inevitable. Lucas y yo estábamos solos en esto.

“Él no es lo que tú crees!” una fina voz que temblaba me llamó, no muy lejos de nosotros. “Pertenece a la Cruz Negra! Tienes que huir!”

Oh, diablos. Parecía que estaba siguiéndonos para tratar de salvarme.

“Lucas, no tenemos que hacer esto!” Respiraba con dificultad, así que la frase no quedó impregnada de la autoridad que yo pretendía inculcarle. Ambos podíamos correr supernaturalmente rápido, más rápido que cualquier humano, pero los vampiros eran más rápidos. “Sólo déjame hablar con ella!”

“Ella no se detendrá a hablar!”

Lucas seguía pensando que todos los vampiros eran peligrosos- pero en este caso, podía estar en lo cierto. Esta vampira era poderosa, y lo peor, estaba asustada. La gente puede hacer las peores cosas cuando es presa del pánico. Si Lucas resultaba herido por mi propuesta de hablar, nunca podría perdonármelo.

Rodeamos una curva, y Lucas cambió de posición poniéndome a su derecha, por lo que supuse que estaba tratando de perderla. No funcionó, sus pasos se oían en el pavimento detrás de nosotros. Cada vez más y más cerca.

“Voy a perderla.” Lucas apretó un poco mi mano. “Cuenta hasta tres y escóndete detrás del auto más cercano, de acuerdo?”

“Lucas, no voy a dejarte!”

“Puedo pedir ayuda. Tienes que estar segura. Uno, dos...”

No tuve tiempo de oponerme. Me empujó con su brazo, y salí disparada hacia los autos. Rodé por el piso, y quedé en cuclillas entre los autos.

Durante unos segundos, lo único que hubo fue silencio. Buscar ayuda. Eso había dicho Lucas. La Cruz Negra estaba aquí de caza. Eso significaba que tenían soportes aquí. Sin mí, él tenía una chance de buscarlos. Empecé a calmarme pensando en que él estaba seguro, sin importarme que la vampira estuviera detrás de los autos también.

Tal vez debí gritar pidiendo ayuda, pero no quería que ella supiera donde estaba yo, o que Lucas se había ido.

Ella no me atacó, sabía que no lo haría; pero aún así, me encontró. Me tendió una de sus manos, con esas uñas extrañamente sucias. “Tenemos que irnos”, dijo, “No sabes que es él.”

“Sé que es de la Cruz Negra. Pero no me lastimará, pero va a volver con los demás. Debes irte!”

Negó con la cabeza llena de horror. “Estás loca. Él es el enemigo!”

“Estoy bien”, insistí. “Eres tú la que está en peligro!”

Dejó caer su mano sin que yo la haya tomado. Parecía una muñequita rota con su cara llena de angustia, supe que había herido sus sentimientos. Luego de un segundo muy largo, ella se volteó y comenzó a correr, tan rápido y suave, que ni siquiera pude oír sus pasos.

Cuando estuve segura de que se había ido, llamé. “Lucas?” Sin respuesta. “Lucas?”

Oí pasos en el pavimento. Poniéndome de pie, vi a Lucas corriendo hacia mí. Ignoré las señas de que me agachara nuevamente, y dije: “Se fue. Estamos a salvo, de acuerdo?”

Lucas empezó a caminar y cuando estuvo a mi lado, se dejó caer, rodeando sus rodillas con sus manos. Todavía me sentía alterada, y tuve que esperar unos minutos para recuperar el aliento. “Estás segura?”

“Muy segura. Estás bien?”

“Sólo si tu lo estas.” Lucas se sacó el cabello de la cara con una mano. “Dios, Bianca, si ella venía tras de ti...”

“Ella no era peligrosa. No hasta que se asustó.”

“Qué? Estás segura?”

“Sí.” De repente me quedé helada. Era la primera vez que Lucas y yo estábamos solos desde hacía meses. Arrojé mis brazos a su alrededor, y él me abrazó tan fuerte que casi me quedé sin aliento.

“Te extrañé”, le suspiré en su cabello. “Te extrañé mucho.”

“Yo también”, rió suavemente. “Casi no puedo creer que de verdad te tengo aquí.”

“Te voy a convencer.” Tomé su rostro entre mis manos, y estaba a punto de besarlo, cuando unas luces a nuestro alrededor nos hicieron saltar del susto.

Cerca nuestro, una Van estacionó. Aunque no había mucha luz, pude distinguir que había varias personas dentro.

Lucas gruñó “Oh, no!”

Cuando una de las puertas de la Van se abrió, él gritó “Fuera de crisis. Tardaron demasiado, chicos.”

“No ha pasado mucho desde que llamaste.” La mujer que contestó y bajó de la Van, me pareció familiar. Incluso antes de que pudiera verla a la luz, supuse que era Kate, la madre de Lucas.

Luego, la puerta del pasajero se abrió y una chica morena con trenzas en el cabello apareció. Busqué en mi memoria su nombre: Diana. Cuando miramos hacia ella, una pequeña sonrisa se extendió en su rostro.

“Miren qué tenemos aquí.” Se apoyó en el auto y nos abarcó a Lucas y a mí con un gesto de sus manos. “Lucas, nadie te ha dicho que el número de emergencias no es para alertarnos de tus conquistas?”

Kate se cruzó de brazos. “Ahora veo por qué insististe tanto en venir a la caza de Amherst.”

“De acuerdo, me descubrieron”, dijo tranquilamente, rehusándose a quedar mal. “Podemos llevar a Bianca a un lugar seguro? La estúpida vampira la asustó mucho.”

“Tienes razón.” Kate parecía menos enojada. Yo le gustaba, más que nada, porque creía que yo había salvado la vida de Lucas una vez. Las personas en la Van estaban asintiendo y murmurando frases de bienvenida. “Vamos, así puedes arreglarte. No te preocupes, estás a salvo ahora.”

A salvo con la Cruz Negra? Estaría a salvo mientras ellos no se dieran cuenta de que era “el enemigo”. Sólo el pensar que estaría con cazadores de vampiros me hizo sentir fría y asustada por dentro. Ellos habían sido buenos conmigo la última vez que nos habíamos visto- y esa vez casi termina en desastre. Esta vez, si ellos se enterasen la verdad, me iría mucho peor.

Lucas y yo nos miramos, él sabía lo que yo estaba pensando. Pero no había nada que hacer más que sonreír, decir gracias, y subir a la Van.

Capítulo 6

La mano de Lucas se cerraba en torno a la mía.

La Van condujo a través de un parque industrial - uno que había visto días mejores, a juzgar por el hecho de que la mitad de los edificios parecían estar vacíos. Mi cabeza aún giraba por la rapidez de nuestro escape y del ataque del vampiro; por eso, todavía no había procesado plenamente el hecho de que Lucas y yo estábamos juntos otra vez.

O quizás, pensé mientras nos robábamos miradas sin que los demás se dieran cuenta- era como si nunca nos hubiéramos alejado el uno del otro.

"Yo no creo que estos niños se reunieron al azar." Kate nos miró, y sus ojos se estrecharon, cuando se fijó en Lucas. Vestía pantalón de carga verde oliva y una camisa negra con un montón de bolsillos, su cabello - rubio oscuro estaba alisado, y atado en una cola de caballo. "Lucas, no me digas que regresaste a ese lugar."

"No regrese a Medianoche", dijo Lucas. "Le pedí a Bianca que me encontrara aquí. Pero si tengo que volver a la escuela de nuevo para verla, lo haré. "

"Es demasiado peligroso."

"¿Puedes decirme un lugar en el mundo dónde no estemos en peligro, mamá? Porque sólo he tenido de cerca una llamada de lo que he tenido siempre en la Academia de Medianoche. "

Lucas estaba exagerando un poco, dada la manera en que mi padre y Baltasar le habían perseguido el año pasado, pero yo no quería mirarlo mientras él estaba defendiendo su decisión de encontrarse conmigo.

Kate suspiró, y luego sacudió la cabeza. Ella me miraba seguidamente- no suavemente, porque nada sobre ella era suave, pero de una manera que dejó claro que no me culpaba del peligro en el que Lucas y yo habíamos estado.

"Me alegra ver que estás bien, Bianca. Yo no confiaba en que las sanguijuelas a mantuvieran su palabra del año pasado."

Esas sanguijuelas son mis padres, quise decir, pero en cambio conteste: "Lo hicieron. Estoy de vuelta en la escuela y todos nosotros pretendemos que no ocurrió".

Lucas me ayudó a seguir. "Probablemente ellos creen que aunque hubieras dicho algo, nadie lo creería."

Yo esperaba que nuestra explicación sonara convincente.

"Lo que hiciste fue valiente, digo, entregarte para salvarnos del fuego", dijo un anciano que se sentó en la parte de atrás al lado de Dana. Él me había dicho su nombre - El Sr. Watanabe, recordé. "Creo que eso nos salvo a todos"

"Sí, Bianca, eso era un gesto bonito de tu parte". Dana palmoteó mis hombros y les dio un apretón cordial "En serio, que tienes agallas."

"No fue un "buen gesto". Era lo que tenía que hacer." Esto hizo que la media docena de personas en la camioneta echaran reír, aun cuando no había estado haciendo realmente una broma. Sin embargo, mi tensión se alivió un poco.

El año pasado, cuando Lucas se había descubierto como un miembro de la Cruz Negra, se había visto obligado a escapar de la Academia de Medianoche. Yo había huido con él. Juntos habíamos llegado con Kate y de Eduardo, y la seguridad - por lo menos mientras la Cruz Negra siguiera siendo ignorante de que era una clase de vampiro-, también. Pero la señora. Bethany, mis padres, y varios otros vampiros nos habían rastreado. Cuando me había ido de nuevo con mis padres, no solo escapé de esa confrontación, yo me había escapado antes de que la Cruz Negra averiguara lo que realmente era. Ellos Todavía creían que era una niña humana secuestrada y criada por padres vampiros, algo que yo necesitaba que siguieran creyendo.

Manejaron hasta llegar a uno de los edificios abandonados de atrás. Kate chasqueó los botones e hizo luces con la furgoneta: apagado, brillante, apagado, brillante. Una puerta de metal, como para un muelle de cargamento, comenzó a abrirse, revelando un camino fuertemente inclinado hacia abajo. Condujimos en un garaje subterráneo del estacionamiento que se veía casi como cualquier otro, excepto que era iluminado por faroles colgados en las paredes o los pilares de concreto. Cuando Kate giró alrededor en una esquina, vi que algunas particiones habían sido instaladas a -paredes de las cajas, o simplemente lonas que se cernían sobre un cordón estirado - para mantener los cuartos fuera de este espacio húmedo.

No podía quitar la sorpresa de mi voz cuando dije, "Esta es la sede de la Cruz Negra?"

Todo el mundo rió. Lucas apretó mi mano, tranquilizándome de que la risa no significaba una burla. "No tenemos una sede. Vamos a donde necesitamos ir, encontrando sitios donde hay problemas. Pero esto es seguro. Estamos seguros aquí".

A mí me parecía increíblemente triste. Lucas había crecido en lugares tan miserables como este? El aire todavía olía a extractor y aceite.

A medida que nuestra tripulación se salió de la camioneta, otra media docena de personas caminaron hasta nosotros, entre ellos un tipo alto, con dos heridas en una mejilla. Era Eduardo, el padrastro de Lucas, y, muy posiblemente, su persona menos favorita. Su oscura mirada encarnaba todo lo que me asusta sobre la Cruz Negra. "Veo que esta es la gran emergencia ", dijo, mirándome fijamente.

"Prefieres otro tipo de emergencia?" Kate dijo como si estuviera fastidiada, aunque no lo estaba. Pude escuchar el mensaje real de sus palabras: deja a mi hijo.

O Eduardo no oyó el mensaje, o no le importaba. "¿El vampiro se escapo? ¿De nuevo?"

Lucas apretaba la mandíbula de nuevo, pero sólo dijo, "Si. Ella es rápida."

"¿Has visto a su banda?" Kate sacudió su cabeza, y pensé, ¿Qué banda? Sabía que la solitaria chica que había visto esta noche no tenía amigos, y mucho menos una pandilla.

"Tú vas a la escuela con los vampiros durante un año y no puedes averiguar por qué han admitido a los seres humanos, y luego encuentras a esa vampiro de suerte y la pierdes completamente por estar ligando afuera con tu novia." En la luz de la linterna, Eduardo parecía haber sido tallado aproximadamente de la madera cruda. "Esto no es para lo que te entrenamos, Lucas".

"¿Para qué me entrenaron? Me entrenaron para callar y seguir sus órdenes no importa cuáles sean."

"Cuestiones de disciplina. Nunca has entendido eso."

"Así que no debo tener una vida".

"Es suficiente", Kate intervino, mientras caminaba entre su marido y su hijo. "Tal vez los dos no están equivocados con este argumento, pero el resto de nosotros está cansado".

Todavía ellos deben estar como locos por lo de los estudiantes humanos en Medianoche, pensé. Si yo lo averiguaba y se lo decía a Lucas, se lo contaríamos a Eduardo. Ver lo mal que trataba a Lucas, me hizo querer darle a Eduardo unos buenos sermones. Uno o dos. O diez.

"Bianca parece realmente cansada", dijo Dana. "Lucas, es mejor que la lleves a la sala de primeros auxilios, y asegúrate de que esté bien."

"Oh, yo me siento -" comprendí lo que Dana estaba haciendo y me detuve. "Eso podría ser una buena idea".

Kate no dijo nada, pero yo supe lo que ella estaba pensando. Ella nos sacó para fuera. Eduardo nos miraba como si él pudiera contradecirlo, pero no lo hizo.

Los murmullos de la conversación manaron detrás de nosotros mientras que Lucas me llevo hacia una puerta lateral. Me di cuenta de que esto condujo a la habitación del aparcamiento asistente que había cuando este se sentó en un garaje. "¿Están hablando de nosotros?" yo murmure.

"Probablemente están hablando sobre ese vampiro. Pero tan pronto como ellos terminen con eso, sí, empezaran a hablar de nosotros".

"¿Quién era ese vampiro?"

"Estaba un poco esperanzado de que tú pudieras decirnos algo", Lucas dijo, cuando subimos la escalera corta hacia eso que era la sala de primeros auxilios, "Teniendo en cuenta como estaba las dos juntas ahí afuera".

"Ella solo estuvo un rato conmigo. Yo nunca conocí a un vampiro en las calles antes - tenía curiosidad."

"En serio, Bianca, tienes que tener más cuidado."

Antes de que yo pudiera decir nada más, Lucas encendió la linterna eléctrica pequeña en el cuarto de primeros auxilios. El área era muy pequeña. Apenas entraba una cama contra la pared. La alfombra gris oscuro cubría el piso. El sitio era tan pequeño que la linterna lo llenó de su suave luz. Esto era casi acogedor, y definitivamente privado.

Lucas cerró la puerta detrás de nosotros.

Sentí como un río al flujo del calor moderado a través de mí cuerpo cuando comprendí que nosotros estábamos juntos, y por fin solos, realmente solos.

Lucas me agarró y me empujó duramente contra la pared. Yo abrí la boca sin aire y él besó mis labios abiertos, y entonces, me besó más duro de nuevo

Adicción

cuando yo empecé a responder. Mis brazos se resbalaron alrededor de su cuello, y su cuerpo estaba presionado contra el mío, nuestras rodillas, nuestras bocas... Podía respirar su olor, el que me recordó a los oscuros bosques cerca de Medianoche.

Mío, pensé. Mío.

Nos besamos frenéticamente, como si estuviéramos hambrientos el uno del otro, en la manera en que la gente puede estar hambrienta de comida, agua o aire. La forma en que un vampiro puede estar hambriento de sangre.

Tomé su rostro en mis manos y se sentí el rastrojo de su barba contra mis palmas. Su rodilla se abrió camino lentamente entre las mías, a fin de que mis muslos quedaron sobre uno de los suyos, y una mano vino contra el pequeño bulto de mi parte posterior, y bajo mi camisa.

El toque de su piel contra la mía me mareo, pero no me sentí débil. Me sentí más fuerte de lo que había estado en toda mi vida.

"Te extrañé", él susurró contra mi cuello. "Dios sabe que te extrañe."

"Lucas". No podía pensar en nada más que decir, sólo su nombre. Era como si no valiera la pena decir algo más.

Lo bese otra vez, esta vez más lentamente, y eso solo intensificó el beso. Sus dos manos presionado contra mi espalda ahora, nos sostuvo más firmes, y empecé a preguntarme cuánto más cerca podríamos estar - y entonces recordé de lo que había sentido como cuando bebí su sangre.

"Espera". Di vuelta mi cabeza. Mi respiración se tornó demasiado agitada y no pude mirarlo a la cara. "Tenemos que frenar".

Lucas cerró los ojos fuertemente, y luego asintió. "Mamá está fuera". Él lo decía para sí mismo, no para mí.

"Mamá está fuera. Mamá está fuera. De acuerdo, eso me tranquiliza."

Nuestros ojos se encontraron y, a continuación, empezamos a reír realmente alto. Lucas se alejó de mí, lo suficiente como para que yo respirara normalmente de nuevo, pero me rodeó con sus manos herméticamente. "Te ves hermosa."

"Acabo de ser perseguida por la calle. Probablemente parezco restos de un tren". Sabía que mi cabello estaba arrugado de muchas maneras, y mis pantalones vaqueros estaban llenos de polvo.

"Tienes que aprender a aceptar un cumplido, porque no voy a dejar de hacerlos". Lucas levantó una de mis manos a su boca. Sus labios eran suaves contra mis nudillos. Fuera de la habitación oí la conversación entre los otros de la Cruz Negra, que hicieron más ruido. "¿Cuánto tiempo puedes quedarte?"

"Hasta mañana por la tarde."

"Casi todo un día?" Él estaba tan contento que no pude hacer más que ruborizarme. "Eso es increíble".

"Sí, lo es." En la próxima semana, yo sabía, este breve período de tiempo iba a parecer nada. Pero por ahora se estiraba ante mí como un cielo infinito lleno de estrellas, y no quería pensar en lo que vendría después.

Eso lo estropearía. Lo que importaba estaba aquí y ahora.

Yo me senté en la esquina de la cama, y Lucas se sentó al lado de mí, poniendo su cabeza en mi hombro. Sus brazos rodearon mi cintura. Recorrí con mis dedos su desaliñado cabello.

Su voz era profunda contra mi hombro cuando él dijo, "Hubo tiempos en que pensé que nunca te vería otra vez. A veces me dije que sería lo mejor para los dos. Pero no podía aceptarlo."

"Nunca lo aceptes." Yo bese su mejilla. "Nunca".

El ruido de abajo creció aún más, y me di cuenta de que se trataba de un aviso. Me tensé, pero Lucas se sentó y suspiró. "Eduardo se ha enfadado como el infierno."

"Esa chica - la de esta noche - ella es una de las que deben cazar?"

"Esa es la razón por la que todos estamos en Amherst. Ha habido informes en esta área hace unos pocos meses. Y sobre este vampiro - pensamos que es parte de una banda que ha estado causando problemas cada vez más a menudo."

" Informes? Cómo? En los periódicos?"

"A veces, aunque, por supuesto, los periodistas no saben que presentan informes, pero a veces hay personas que saben lo que realmente pasa en el mundo, y que saben de nosotros y nos dan la información. De vez en cuando, nosotros incluso obtenemos la información de los vampiros. Intentan librarse de nosotros, diciéndonos que hay alguien más peligroso a la vuelta de la esquina.

A veces están diciendo la verdad. Lo que nos dijeron es que esta banda está matando aproximadamente una vez a la semana - y eso es mucho, incluso para los vampiros más mortíferos de allí afuera. "

Intenté pensar en eso, como animándome. Incluso los cazadores de la cruz negra podían hablar racionalmente con los vampiros algunas veces. "La chica que vimos esta noche no puede ser parte de cualquier pandilla mortal. Lucas, ella estaba muerta de miedo."

Lucas me examinaba de nuevo, y en sus ojos verdes- oscuro vi que él era cauto. Habíamos tenido esta discusión antes, pero nunca terminó bien. Tranquilamente dijo, "Algunos vampiros son realmente peligrosos, Bianca".

"Algunos realmente no lo son ", le dije, como en silencio.

"Yo sé eso ahora". Lucas inclinó su cabeza hacia atrás contra la pared, y pude vislumbrar una especie de cansancio en sus ojos. El era tres años mayor que yo, una diferencia de edad que no había sido capaz de ver el pasado año, pero su madurez era más visible ahora. "Hay vampiros malos que debe ser detenidos. Nosotros los detenemos. Así que me digo a mi mismo que lo que estoy haciendo aquí con la Cruz Negra es lo correcto. Pero si estábamos equivocados acerca de esta chica esta noche - si estamos siempre equivocados, incluso una vez... no sé cómo hacer frente a eso. Y no sé cómo decir lo que es cierto sobre los vampiros que nosotros cazamos. "

Quería darle algunas respuestas, pero no supe qué decir. Los pasos hicieron eco en el suelo de afuera, cada vez más cerca. Dana llamó antes de que abrir la puerta. Cuando ella asomó dentro del cuarto de primeros auxilios, frunció el ceño.

"Oh, hombre, pensé que iba a interrumpir algún mono loco sexi por aquí."

Me ruboricé tanto que debí haber parecido la lámpara púrpura. Lucas rodó sus ojos. "Hemos estado solos por cinco minutos, Dana."

"Tienes que aprender a golpear mientras el hierro está caliente. Porque la privacidad y este lugar no van de la mano."

Dana apoyo sus brazos contra la puerta. "Estamos a punto de encabezar otra expedición. Kate y Eduardo quieren reanudar la caza antes de que el vampiro se haya ido demasiado lejos."

Reanudar la caza? Oh, no!

"Ellos no dijeron nada de patrullar esta noche. " Lucas frunció el seño." El equipo no está listo, la mitad de nosotros ni siquiera estamos vestidos."

"Por eso estamos entrenados para conseguir estar listos rápido, amigo." Dana me sonrió abiertamente, y el diente solapando en el afrente hecho de algún modo hacia que su mirada pareciera un poco dulce.

"Bianca puede permanecer segura y caliente aquí. Pero tú y yo y todos los demás en la tripulación, estamos apuntados para salir."

"Dana". Lucas le dio su mejor cara, suplicando con la mirada. "No he visto Bianca en meses. Vamos."

Esa mirada habría sido más que suficiente para disolverme en un charco, pero no parecía hacer mucho con Dana.

"Sabes que no me importaría, pero Kate y Eduardo no quieren escuchar de eso. Estás de suerte que incluso la dejen echar un vistazo por este lugar. Demonios, cuando enviaste esa carta en señal de socorro, Eduardo estuvo cerca de ponernos bajo llave."

Lucas suspiró cuando me miró. "Básicamente, estamos atornillados. Pero sólo por poco tiempo, ¿de acuerdo? Volveremos y no tardaremos mucho."

"Tienes que moverte, Lucas". Dana chocó sus dedos en los bordes de la puerta. "Como, en aproximadamente dos minutos, cuando venga de nuevo a este cuarto para conseguir nuestros suministros médicos debes estar listo."

"Gracias", dijo Lucas. Le di una sonrisa rápida a Dana cuando ella se fue.

Tan pronto como la puerta se cerró, él me besó muy suavemente, con los labios cerrados. Esa ola de sentimiento cálido dentro de mí comenzó a fluir nuevamente, por lo que quería tirar de él más cerca, pero ninguno de nosotros podría olvidar que Dana justamente estaba afuera. Entonces, Lucas inclinó su frente contra la mía y acunó mis mejillas en sus manos. "Te amo".

"Te amo, también."

Lucas me besó una vez más. Después de eso se alejó de mí, se levantó y gritó, "Todo tuyo, Dana!"

"No quiero ser tu novia!" ella volvió a llamar de nuevo. "Sólo quiero el botiquín de primeros auxilios!" Unas pocas personas fuera reían, pero era una risa amable. Quizá Eduardo me vio como una molestia, pero todos los demás en La Cruz Negra parecían felices por Lucas y por mí. Yo jamás podría haber imaginado que un grupo de cazadores de vampiros parecieran tan – Buenos?.

Vamos a estar bien, me dije. Puedo hacerlo. Ya tenía hambre, pero sabía que si alguien en la Cruz Negra me cogía bebiendo sangre, atacarían primero y harían las preguntas después. Mañana, quizás podría alimentarme, o por lo menos verter la sangre de mi termo bajo el desagüe. Yo podría aguantar hasta el sábado por la noche si fuera necesario.

Lucas pasó por al lado de Dana hacia las escaleras. Aunque ella sonreía cuando entró a buscar el botiquín, no me miró a mí. Luego de poner muchos medicamentos en la pequeña caja de plástico, me dijo: "Estás bien, Bianca?"

"Eso creo.", dije. "¿Con qué frecuencia haces esto? Me refiero a salir de caza."

"Tú dices que 'salir', como si regresáramos una vez que el trabajo está hecho. Principalmente viajamos de un lugar a otro. Vamos a donde nos necesitan. Algunas personas tienen sus propias casas, ellos regresan de vez en cuando, pero muchos de nosotros no. Yo no lo hago." Después de una corta pausa, ella añadió, "Lucas tampoco. Supongo que él no te dijo eso".

"Él realmente no ha tenido oportunidad."

"Sigo olvidando que ustedes no han tenido la oportunidad de hablar, desde esa escena de la primavera pasada. Eso tiene que ser duro,"

"Supongo que lo es."

"Él es un buen tipo". Ella cerró la caja de plástico y me miró, sería por una vez. "Lucas no lleva su corazón en su manga. Yo lo he conocido desde que nosotros teníamos aproximadamente doce años, y eres la única chica que él conoció alrededor de esto. Te lo digo simplemente en caso de que estuvieras preguntándotelo."

"Gracias". Aunque eso era bastante sorprendente de escuchar, yo no estaba pensando sobre las preocupaciones más grandes del amor de mi vida. En cambio, me quedé recordando el vampiro, con sus uñas rotas y la sonrisa incierta. La Cruz Negra no podría ser una amenaza inmediata hacia mí, pero ella permanecía en peligro. Ella había estado tan perdida y sola, era otra persona que se había sentido pequeña por culpa de la señora Bethany.

¿Ésa era la manera en que yo podría acabar algún día? Me estremecí. Nunca. Yo siempre tendré a mis padres y a mis amigos- y quizás incluso Lucas.

Eso no cambió el hecho que la chica que yo me había encontrado antes estuviera en peligro y desesperada por culpa de la familia de Lucas y sus amigos. La injusticia de él me enfermó. Pero que podría hacer Lucas al respecto? ¿Qué podría hacer yo al respecto?

La respuesta vino a mí casi de inmediato, aterradora pero inevitable. Me tomó un segundo para sacar las palabras:

"Voy con ustedes."

Dana me miró. "En una caza vampiros? Eso es una locura."

"Ustedes no tienen idea de cómo lo sé," - suspire - "pero yo voy".

Capítulo 7

Este no es lugar para novatos —dijo Eduardo. Las dos cicatrices idénticas que le surcaban la mejilla parecían más hondas bajo la luz mortecina de los faroles.

Pensé deprisa. —Llevo más de un año yendo a clase con vampiros. —Era verdad, aunque no del todo. La voz me tembló, pero deseé con todas mis fuerzas que Eduardo lo atribuyera a la emoción, no al miedo. Aquel hombre era un cruel asesino de vampiros; costaba mirarle a la cara—. Necesito saber con exactitud a qué me enfrento realmente.

Jamás había visto sonreír a Eduardo hasta entonces, y no fue lo que se dice una expresión atractiva.

—Supuestamente, en la Academia Medianoche se comportan. Solo eres una cría. Deberías seguir con los que también fingen ser unos crios.

—Yo ya estaba luchando con vampiros con muchos menos años de los que Bianca tiene ahora —replicó Lucas—. Creo que puede aguantarlo. —Tras pasarme el brazo por la espalda, el miedo comenzó a remitir. El apoyo de Lucas pareció poner fin a la discusión; fuera como fuese, Eduardo dejó de protestar y, si alguien más tenía alguna objeción, no la expresó en alto.

Lucas pareció preguntarme con la mirada por qué estaba tan decidida a unirme a ellos, pero los dos sabíamos que íbamos a tener que dejar esa conversación para después.

Al principio, la cacería no me pareció tal cosa. Fue como un viaje cualquiera por carretera: la gente murmurando en voz baja mientras se ponía la chaqueta, mirándose con cara de cansancio y subiéndose a la baquetada furgoneta y a la camioneta verde turquesa de Kate.

Recordé el primer viaje por carretera que había hecho, cuando mis padres me llevaron a la playa un verano. Odiaban el agua —tanto los ríos que tuvimos que cruzar por el camino como el mar que lamía la playa—, pero me llevaron porque yo me moría de ganas de ir. Se pasaron todo el día debajo de una sombrilla.

Aunque habían bebido sangre antes de salir, no querían pasar mucho tiempo al sol. Mientras hacía castillos de arena, me bañaba y jugaba con otros niños, ellos estuvieron observándome y haciéndome señas desde lejos. Fue un sacrificio que habían hecho por mí.

Cuando recordaba cosas como aquella, sabía que los cazadores de la Cruz Negra se equivocaban con los vampiros. Si hubieran visto a mis padres en ese momento, habrían sabido que estaba en lo cierto.

En vez de eso, aquella noche iban a intentar matar a una vampira. Aunque ellos no lo sospechaban, yo pretendía impedirselo si podía.

Me subí a la parte trasera de la camioneta junto con Dana, Eduardo, otros dos hombres y Lucas, cuyo pelo despeinado le caía sobre los ojos. Mientras Kate salía del aparcamiento marcha atrás, susurré a Lucas al oído: —¿Qué hacemos?

—Empezamos donde la hemos visto por última vez y le seguimos el rastro desde ahí.

La ciudad estaba completamente en silencio. Hasta los universitarios más juerguistas se habían ido a dormir o se habían llevado la fiesta a sus dormitorios. Aunque el barrio ya estaba tranquilo cuando Lucas y yo habíamos huido de la vampira, ahora no se veía ni un alma y todas las casas tenían las luces apagadas.

Cuando los vehículos estuvieron aparcados cerca del lugar donde yo había visto a la vampira rubia por última vez, todo el mundo comenzó a desplegarse a pie. Lucas y yo nos quedamos juntos, naturalmente. Kate nos lanzó una mirada al alejarse, pero no puso ninguna objeción.

Lucas no dijo nada hasta tener la certeza de que estábamos solos, caminando por una callejuela a varias manzanas de los vehículos.

—Bueno, imagino que nuestro plan es encontrar a la vampira y avisarla antes de que la cojan. ¿Me equivoco?

Sentí una ternura tan inmensa hacia él que por un segundo olvidé dónde estábamos, el peligro al que nos enfrentábamos y los motivos que nos habían llevado hasta allí. Le cogí una mano con suavidad y él se volvió, primero sorprendido, pero luego con una sonrisita cómplice. Sentí una descarga eléctrica, la fuerza que me ¡atraía hacia él. Lucas me tapó los labios con la mano.

—No podemos distraernos. Tenemos trabajo que hacer.

—Trabajo... —repetí rozándole los dedos con los labios—. Hagámoslo, pues.

Se apartó de mí y echó a andar con decisión. —Al principio, ha ido hacia el norte —dijo. —¿Cómo lo sabes?

—Veo lo que otros no ven. —Vaciló—. Mi visión nocturna está mejorando.

No hizo falta que me explicara el motivo. Yo sabía que era porque lo había mordido y había bebido su sangre dos veces. El primer mordisco no había surtido ningún efecto, pero el segundo le había conferido varios poderes vampíricos. Mientras el resto del grupo vagaba sin rumbo fijo, Lucas apartó la rama de un arbusto y me enseñó varias ramas que alguien había quebrado sin querer al pasar. Además, encontró el rastro de una pisada en el suelo embarrado y vislumbró un cabello rubio y rizado caído entre la maleza.

Aquello se lo debía en parte a sus poderes vampíricos, pero también a su destreza como rastreador. Para mí, fue una verdadera revelación. Durante todo

aquel tiempo, había creído que la Cruz Negra solo le había enseñado a pelear, pero ellos lo cierto es que le habían dotado de unos conocimientos que yo ni siquiera había imaginado. Eso, sumado a sus poderes vampíricos, era una combinación formidable.

Tampoco le faltaban armas. Cuando vi algo centelleándole en el cinturón, dije:

— ¿Qué llevas ahí?

— Mi mejor puñal —respondió él con cariño. Se levantó el faldón de la chaqueta para enseñarme el puñal que llevaba en un costado. El filo era casi tan ancho como un cuchillo de carnicero—. Lo tengo desde los doce años.

— ¿De veras que es necesario?

Sus oscuros ojos verdes se encontraron con los míos.

— Prefiero llevarlo y no necesitarlo que no llevarlo y necesitarlo. Esa chica puede no ser un problema, pero recuerda cómo se ha puesto cuando se ha visto acorralada.

Me acordaba. Quizá los vampiros no éramos los criminales asesinos que la Cruz Negra imaginaba, pero podíamos ser mortíferos si nos acorralaban.

Cuando salimos a una calle más comercial, Lucas comenzó a relajarse.

— Es menos probable que haya venido aquí.

— No estoy segura —dije. El me miró y yo señalé el cartel iluminado que acababa de ver, una insignia de un escudo y una cruz que obviamente

pertenecía a un hospital. La cruz me quemó en los ojos—. Los hospitales tienen bancos de sangre.

—Claro. Es como una barra libre. No puedo creer que no se nos haya ocurrido antes. —Lucas me sonrió como si yo hubiera obrado un milagro—. Vamos.

Cuando llegamos al hospital, las puertas de cristal se abrieron automáticamente para dejarnos pasar. Un vigilante nos escrutó —dos adolescentes entrando tranquilamente antes de que amaneciera— y gritó:

—¿Qué estáis haciendo aquí?

—Es nuestra abuela —dijo Lucas tan sincera y trágicamente que tuve que morderme el labio para contener la risa—. No... no le queda mucho tiempo.

El vigilante nos hizo una seña para que pasáramos y nosotros apretamos el paso. Todo estaba bastante tranquilo; los hospitales no cierran nunca, pero a aquellas horas había poca actividad. Unos cuantos enfermeros y celadores vestidos de azul nos adelantaron y algunos nos miraron con recelo, pero, siempre y cuando Lucas y yo anduviéramos con determinación, nadie parecía cuestionarse nuestra presencia allí.

—Banco de sangre —masculló Lucas—. ¿Dónde tendría un hospital un banco de sangre?

—Vamos a mirar en los ascensores. Normalmente, tienen carteles que indican lo que hay en cada planta. —Efectivamente, el panel colocado junto a los botones del ascensor nos informó de que las donaciones de sangre podían hacerse en la planta inferior, que estaba bajo tierra.

La planta subterránea no era muy distinta a la planta baja, pero en ella se respiraba otro ambiente. La iluminación era ligeramente más mortecina, quizá porque había uno o dos fluorescentes que habían empezado a fallar. El aire estaba impregnado de olor a desinfectante, lo bastante fuerte como para obligarme a arrugar la nariz. Y reinaba una calma incluso mayor. Parecía que no hubiera nadie aparte de nosotros dos.

—¿No es en el sótano donde la mayoría de los hospitales tienen el depósito de cadáveres? —susurré.

—No irás a decirme que tienes miedo a los muertos, ¿no? —Lucas se puso a andar por el pasillo, asomándose a todas las habitaciones—. Vas a clase con ellos todos los días.

—No es eso —repliqué mientras reflexionaba.

La sala donde se hacían las donaciones de sangre estaba cerrada, lo cual no era raro a esas horas de la mañana. Habían forzado la puerta contigua.

—Bingo. —Lucas se llevó la mano instintivamente al puñal de su cinturón.

Entramos en el banco de sangre, que era básicamente una sala grande llena de congeladores. Había unos cuantos microscopios y diversos aparatos médicos en un lado, quizá para realizar análisis clínicos, pero estaba claro que aquel lugar era principalmente un almacén. En un rincón había dos grandes congeladores, la puerta de uno de los cuales estaba abierta; dentro vi un montón de bolsas de sangre, listas probablemente para utilizarse de inmediato en las transfusiones urgentes. Las bolsas estaban desordenadas, algunas tiradas en el suelo y varias abiertas y vacías. En el linóleo, había una brillante estela de gotas y manchas de sangre húmeda.

—Aún no está seca —dije—. Hace poco que ha estado aquí.

—Pues ya se ha ido —dijo Lucas—. Maldita sea.

—Quizá no. A lo mejor ha querido descansar después.

—¿Descansar?

—Hasta los humanos disfrutáis echándoos una siesta después de daros un atracón. Además, cuando la he visto, estaba agotada. Como si llevara días huyendo. Si ha tenido ocasión de comer, estará más calmada y podremos hablar con ella.

—Tenemos que estar completamente seguros de que es inofensiva antes de dejar que se vaya —dijo Lucas—. No es que no me fíe de tu criterio, ¿vale? Solo deberíamos... asegurarnos.

—Por eso hablaremos con ella. —Estaba convencida de que Lucas enseguida vería en ella lo que yo había visto: cuan extraviada y sola estaba—. Venga.

—Lo dices como si supiéramos dónde está.

—Creo que lo sabemos. Está en algún sitio donde pueda descansar sin que la molesten, algún sitio donde a nadie le sorprendería verla, si la encontrara. Piénsalo, Lucas.

—Oh, no.

—Oh, sí.

Vale, puede que lleve casi toda la vida rodeada de muertos, incluyendo a mis padres, pero eso no quita que el depósito de cadáveres me pareciera tétrico. No me entró pánico ni nada por el estilo, pero esos sitios tienen algo tremendamente triste: todas esas vidas, emociones y esperanzas reducidas a etiquetas escritas en portezuelas de acero. Lucas y yo nos quedamos unos segundos en el umbral de la puerta antes de entrar.

En tres mesas alargadas que ocupaban el centro del depósito, había tres bolsas para cadáveres. La primera era demasiado grande: la persona que había dentro debía de ser corpulenta. La última parecía demasiado corta. La del centro parecía la más probable.

Con vacilación, cogí la lengüeta de la cremallera, la cual pesaba más y estaba más fría de lo que esperaba: el hospital mantenía el depósito de cadáveres bien fresquito. Lucas se puso a mi lado, puñal en mano. Bajé la cremallera, notando una especie de corriente eléctrica en la muñeca con cada diente que iba separando.

Su mano salió disparada de la bolsa y agarró la mía con fuerza. No pude evitar chillar. Lucas quiso abalanzarse sobre ella, pero yo lo detuve con el brazo.

La vampira se sentó, mirándonos. Estaba menos pálida que antes y la marca de nacimiento del cuello era menos evidente; alimentarse la había rejuvenecido. Se había soltado el pelo rubio para dormir y sus despeinados rizos le enmarcaban el rostro. Sin quitar el ojo de encima a Lucas, se dirigió a mí:

— ¿Por qué lo has traído aquí?

— Está conmigo. Solo queríamos encontrarte.

— Para matarme.

Negué con la cabeza.

Adicción

—Estamos aquí para asegurarnos de que no representas ningún peligro.

—¿Cómo? —Ladeó la cabeza confundida, como si hubiera hablado en otro idioma—. Corres peligro. —Lucas jamás me haría daño.

—Más peligro del que imaginas —insistió—, y más del que imaginas tú, chico.

—Acabas de alimentarte de sangre —dije más por Lucas que por mí—. Se nota que has comido. Nos cambia el color, y nos hace más fuertes.

—Ahora soy más fuerte —convino la vampira, que seguía fulminando a Lucas con una mirada cargada de odio. Tenía que reducir la tensión. Y pronto.

—Lucas es un amigo. No está aquí para hacerte daño.

—Ya veo —dijo ella mirando el puñal de Lucas.

Incómodo y a disgusto, Lucas volvió a enfundar el puñal. Cuando habló, lo hizo en tono cortante.

—La familia de Albion, ¿no tuviste nada que ver con eso? Nosotros creíamos que sí.

—La gente comete estupideces —dijo la vampira en un tono extrañamente soñador. Despacio, se deshizo de la bolsa apartándola con los pies, como una niña saliendo de un saco de dormir.

—Necesito saber quién lo hizo —dijo Lucas—. Un ser mortífero anda suelto por ahí, haciendo mucho daño. Si sabes quién ha estado merodeando por Albion, si

Adicción

tienes alguna conexión con esa banda, dímelo. Yo puedo ocuparme, y tú puedes, bueno, tú puedes irte a hacer lo que haces.

En lugar de responder a Lucas, me miró con sus grandes ojos castaños:

— ¿Sabe lo que eres?

— Lo sabe todo. Dinos lo que necesitamos saber y nos aseguraremos de que no corras peligro.

Los dedos se le relajaron lentamente y me soltó la mano. La lámpara que colgaba del techo estaba casi directamente detrás de ella, convirtiéndole el sedoso cabello trigueño en una especie de aureola. Pensé en los pocos años que debía de tener cuando murió, quizá solo catorce.

Justo cuando la vampira abría la boca para hablar, la puerta del depósito se abrió de golpe. Todos dimos un respingo y a mí se me encogió el corazón al ver a Dana y a Kate en el umbral. Dana tenía su ballesta preparada y Kate sostenía una estaca.

— ¡Apártense! — gritó Dana—. Han llegado los refuerzos.

La vampira chilló, un sonido de otro mundo, como el grito de un halcón abatiéndose sobre su presa. Corrió a esconderse en un rincón, detrás de la mesa de autopsias.

— Una trampa — susurró—. Como siempre.

Yo quise decirle que no habíamos tenido intención de que ocurriera aquello, pero Lucas me agarró por los brazos para que guardara silencio. Empezó a retroceder, poniéndome fuera del alcance de la ballesta de Dana.

Ni Kate ni Dana hablaron con la vampira. Kate permaneció en el umbral de la puerta mientras Dana avanzaba lentamente, con una expresión que ya no tenía nada de dulce. Yo percibía que era buena persona, pero estaba a punto de hacer algo horrible y tenía que detenerla.

Con una rapidez cegadora, la vampira extendió un brazo y yo vi un vertiginoso destello metálico una milésima de segundo antes de que Dana gritara y retrocediera hasta la pared. Mientras Dana se desplomaba, la vampira saltó hacia delante con una fuerza sobrehumana, arremetiendo contra Kate y cayendo al suelo del pasillo encima de ella.

—¡Mamá! —gritó Lucas corriendo hacia Kate. Pero la vampira no tenía intención de matar y menos aún pelear. Salió huyendo y oímos el eco de sus viejos zapatos golpeando el suelo embaldosado.

Madre e hijo corrieron tras ella mientras Lucas gritaba:

— ¡Ocúpate de Dana!

Yo sabía que intentaría ayudar a la vampira. Pero ¿qué debía hacer yo por Dana? No sabía nada de medicina. Sin embargo, cuando vi su cara de sufrimiento, fui inmediatamente a su lado.

— ¿Es grave?

—Bastante. —Hizo una mueca de dolor—. Debía de ser un cuchillo para hacer autopsias. No creo que... el brazo esté roto... pero... ¿hay mucha sangre?

—Sí, pero no te ha dado en la arteria. —Sabía lo suficiente para darme cuenta de que, si tuviera la arteria seccionada, la sangre le estaría saliendo a borbotones de la herida; en cambio, una espesa sangre roja le estaba calando lentamente la camisa, llegándole ya hasta el codo—. No voy a sacarte el

cuchillo. Esto es más de lo que podemos tratar con nuestro botiquín de primeros auxilios. Deberíamos ir al servicio de urgencias.

—¿Y cómo vamos a explicar exactamente esto a los médicos? —Dana gimió apoyando la cabeza contra la pared. Advertí que estaba a punto de desmayarse—. No, tenemos que salir de aquí.

—¡Necesitas atención médica!

—Hay más material en el cuarto de curas. Podemos... podemos resolverlo. Tú solo ayúdame a levantarme, ¿vale?

—Vale. —Le pasé el brazo sano por detrás de mi cuello y la saqué al pasillo. Allí había más luz, y por primera vez vi el rojo intenso de la mancha de sangre, de una belleza indescriptible.

Entonces sentí hambre.

No era la misma hambre que había sentido al besar a Lucas. Era distinta, más básica, pero igual de fuerte. La sangre de Dana olía a filete, a playa, a todas las cosas maravillosas que yo deseaba y llevaba tanto tiempo sin disfrutar. Cuando respiraba por la boca, casi podía notar su sabor a hierro y la mano que tenía en su hombro registraba todos los latidos de su pulso. Me dolía la mandíbula, como si estuvieran a punto de salirme los colmillos. No podía pensar, no podía hablar, no podía hacer nada salvo desear beber.

«Basta.»

Volví la cabeza hacia el otro lado cerrando los ojos con fuerza.

—Aguanta. Sé que tiene mal aspecto —masculló Dana.

—No hace falta que me consueles —dije sintiéndome avergonzadísima—. La herida eres tú.

—Pero sé que... asusta, sobre todo si no... estás acostumbrada. —Tragaba saliva entre cada exhalación—. Nunca habías visto... nada... igual.

Recordé el aspecto que tenía Lucas después de la primera vez que lo mordí y cómo se había desplomado como un fardo a mis pies.

—Supongo que tengo que acostumbrarme.

Nos encontramos con el señor Watanabe en el aparcamiento y él nos llevó inmediatamente de regreso. Dana resultó tener únicamente una herida superficial, pero siguió necesitando que le cogiera de la mano mientras el señor Watanabe se la cosía. Lucas y los demás regresaron dos horas después; no tuve que preguntar cómo había ido la cacería, porque Kate parecía abatida. Todo el mundo estaba exhausto y eso que el sol justo acababa de salir.

Cuando Lucas me abrazó, le susurré al oído:

—¿Ha escapado?

Él me rozó la mejilla con el dedo pulgar mientras asentía.

—Siempre preocupándote de todo el mundo. —Me besó dulcemente en la frente delante de todo el grupo, lo cual hizo sonreír a Dana por primera vez desde que salió del hospital.

Después la disciplina del grupo se rompió, o quizá sería más preciso decir que quedó en suspenso. Kate no dio ninguna otra orden y, al parecer, no había nada más que hacer hasta más tarde.

Varios miembros del grupo se dirigieron de forma cansina hacia una hilera de camastros de hierro colado. Kate encendió un hornillo y se dispuso a cocinar el desayuno para unos cuantos, mientras el señor Watanabe comenzó a catalogar metódicamente todas las armas. Lucas y yo acompañamos a Dana hasta el camastro del cuarto de curas.

—Lo siento —dijo cuando la ayudamos a acostarse. Sus trenzas parecían cuerdas oscuras en la blanca funda de almohada.

—¿El qué? —pregunté—. No es culpa tuya.

—Ya, pero ahora estoy ocupando el único sitio donde tú y Lucas podríais haber estado solos. Es un coñazo para vosotros.

—Por esta vez te perdono —dijo Lucas—. ¿Quieres desayunar, Dana?

—Manda a alguien con unas cuantas tortitas. Si no tienen, que se las inventen.
—Exagerando el gesto, Dana se puso perezosamente el brazo sano detrás de la cabeza—. ¿De qué sirve que te apuñalen si no puedes utilizarlo para hacer chantaje emocional?

Mientras Lucas iba a informar a Kate de que Dana quería desayunar, intenté adecentarme en lo que pasaba por un baño. Era un cuartito de ladrillo gris próximo al cuarto de curas, más minúsculo y tosco que los aseos de la mayoría de las gasolineras. No había gran cosa que hacer conmigo, pero aun así me prendí el broche en el jersey. Cuando salí, Lucas se alegró tanto de verlo que me sentí como si acabaran de peinarme y maquillarme, o a lo mejor solo se había puesto así de contento por verme.

—Miraos. —El señor Watanabe se rió entre dientes. Afilaba un puñal pequeño con mucho cuidado, escrutando el filo a través de sus gafas bifocales. Era extraño pensar que alguien tan amable pudiera dedicarse a preparar armas para atacar vampiros—. Me alegro de verte con una chica, Lucas. Un joven como tú debe tener novia.

—Eso no voy a discutirlo. —Lucas me abrazó por detrás—. Usted debía de tener que quitárselas de encima cuando tenía mi edad, ¿eh?

—Oh, no. Yo no. Ya había conocido a mi Noriko. —Los ojos se le dulcificaron al decir su nombre—. Después de la primera vez que la vi, todas las demás chicas del mundo fue como si no existieran para mí. Quería estar con Noriko a todas horas.

—Eso es muy romántico —dije. Quise preguntarle dónde estaba Noriko, pero entonces reparé en que, si perteneciera a la Cruz Negra, estaría allí. Puede que la razón de que un caballero como él se hubiera unido a un grupo de cazadores de vampiros fuera que su esposa se había topado con uno de esos vampiros criminales y asesinos. Si te pasaba una cosa así, era fácil que eso te cegara y te dejara con el único deseo de vengarte.

—El tiempo que pasas con tus seres queridos no es nunca suficiente —dijo el señor Watanabe mientras probaba el filo del puñal—. Salid a dar una vuelta. Explorad la ciudad. No os preocupéis por nosotros. Deberíais disfrutar el uno del otro.

—Es temprano —dijo Eduardo. Había rodeado la tela alquitranada que teníamos detrás cuando yo no estaba mirando—. No veo qué se puede hacer por ahí a estas horas. Es más seguro si os quedáis aquí.

—Las cafeterías están abiertas. —Lucas me cogió posesivamente de la mano—. No estamos en aislamiento. Puedo ir si quiero. Esa es la regla.

Eduardo parecía querer discutir, pero, en cambio, dijo:

—Marchaos, pues.

Éramos libres, así que salimos afuera sin ningún propósito ni rumbo. Todo indicaba que iba a ser un magnífico día de otoño, la clase de día en que el sol transforma todos los colores de las hojas en distintas tonalidades de dorado. Ahora que por fin volvíamos a estar solos, hubiera sido un buen momento para ponernos a hablar de los asuntos secretos que teníamos pendientes de comentar, pero hablamos de todo un poco menos de eso. Por extrañas que fueran nuestras vidas, lo que compartíamos en aquel momento era lo más parecido a la «normalidad» que podríamos tener jamás. Pasar un día juntos, sin nada de que preocuparnos, era todo lo que podíamos esperar compartir, y yo no tenía ninguna intención de desaprovecharlo.

En la cafetería discutimos sobre si las galletas de chocolate eran mejores que el bizcocho o viceversa, y nos turnamos para mojarlos en el café con leche.

Estuvimos sentados en un banco de la plaza de Amherst durante un par de horas, inventándonos historias sobre las personas que pasaban por delante: la mujer de la chaqueta roja era una agente secreta y el hombre canoso que se estaba subiendo a un coche próximo tenía los documentos confidenciales que ella necesitaba para salvar el mundo. La anciana de la otra acera había sido cabaretera en los años cincuenta y había bailado en Las Vegas con un tocado de plumas y un biquini de lentejuelas. Sabíamos que nuestras vidas eran probablemente más extrañas que nada de lo que pudiéramos inventar sobre cualquier otra persona, pero eso no quitó diversión al juego.

En la librería comparamos notas sobre nuestras novelas de infancia preferidas. Resultó que a los dos nos había encantado *Las crónicas de Narnia*.

—Nunca me di cuenta de que eran cristianos —confesé—. Ahora me parece tan evidente que me siento estúpida por no haberlo visto. Pero, ya sabes, no creo que mis padres me hablaran mucho de la Iglesia.

Lo había dicho para que Lucas se riera. En cambio, él me miró con expresión seria y a mí me pareció detectar un atisbo de incertidumbre en sus ojos.

— ¿Te afectan ahora? Las cosas religiosas, quiero decir.

— ¿Si leo sobre ellas? No, ni probablemente lo harán nunca. Recuerdo a mi madre leyéndonos *La travesía del Viajero del Alba*. El problema son los símbolos visuales.

Estábamos sentados en el suelo en la sección de libros de texto del piso inferior, lejos de casi todos los clientes. Como las clases ya habían empezado, era poco probable que nos interrumpiera algún estudiante, por lo que me arriesgué a preguntarle:

— ¿Has notado algún cambio? Ya sabes... ¿poderes?

— Me noto más fuerte y corro más deprisa. Uno o dos compañeros lo han comentado, pero no sospechan nada. Solo creen que estoy entrenando duro. Me refiero a que soy fuerte, pero no es que haga nada fuera de lo normal. La señora Bethany dijo que empezaría a notar algunos inconvenientes además de ventajas, pero de momento nada.

— Quizá de momento no, pero pronto lo harás. — En mi fuero interno se encendió una llama de esperanza—. Ya has dicho que te has planteado dejar la Cruz Negra.

— Sí, pero no sé qué podría hacer después de eso. ¿Podría simplemente... ponerme a trabajar?

Esto es lo único que sé hacer, y no creo que lo mío tenga muchas salidas profesionales. — Suspiró—. Bianca, ni siquiera he ido al instituto, a menos que

cuentas el año en Medianoche. He leído y estudiado por mi cuenta, pero no es lo mismo. Todos estos manuales universitarios son como un mundo desconocido para mí al que nunca podré acceder.

—Hay formas de hacerlo sin ir al instituto. Podrías presentarte a un examen que equivale al grado de secundaria; es fácil.

—¿Y luego qué? No podría conseguir una beca, y mi madre jamás me pagaría los estudios. Cualquier dinero que tenga es para la Cruz Negra. Ese es el principio y el fin de la historia. Puede que lograra salir adelante, pero... no sé. — Tragó saliva y supe que había reflexionado mucho sobre aquello—. Supongo que no he renunciado a la idea, pero no me parece probable.

Nada de lo que le dijera le ayudaría a sentirse menos atrapado de lo que ya se sentía; no tenía ninguna información que darle, ningún consuelo que brindarle, así que me limité a cogerle de la mano.

—¿Qué te gustaría estudiar en la universidad?

—Derecho, creo.

—¿Derecho? No te veo con un maletín y un traje elegante.

—Me lo pondría si eso me permitiera poner a los malos entre rejas. —Intentó sonreír—. En Medianoche llevé ese uniforme tan absurdo, ¿no?

—No te rías. Yo tengo que seguir llevándolo.

Me apartó un mechón de pelo de la mejilla.

—A mí no me hace falta preguntártelo. Tú estudiarías astronomía. —Asentí—. ¿Qué es lo que te gusta tanto de la astronomía? Me has enseñado todas las constelaciones que hay, pero nunca me has dicho por qué observas las estrellas.

Me abracé las piernas y apoyé la barbilla en las rodillas, reflexionando. Aunque sabía la respuesta, era importante que se la dijera de un modo que él pudiera entender.

—Mis padres, en cuanto creyeron que podía guardar un secreto, me hablaron de cuál era realmente mi condición cuando yo era muy pequeña. Hicieron que pareciera algo especial. Una gran aventura. Yo creí que era como en los cuentos de hadas, cuando la chica que barre su casita descubre que es una princesa y que un día el príncipe va a ir a buscarla. Creí que mi secreto era mágico.

Lucas pareció querer hacerme una pregunta, pero debió de ver que me estaba costando encontrar las palabras justas, porque me observó en silencio.

—La primera vez que me di cuenta de que no era ni mágico ni divertido, la primera vez que supe que había algo malo en ser... —Miré a mi alrededor. Aquella zona de la librería seguía vacía, pero, de todos modos, evité decir la palabra «vampiro»—... algo malo en ser eso, fue la primera vez que supe que yo no me moriría nunca, pero que todos mis amigos de Arrowwood sin excepción sí lo harían. Se harían viejos y se irían, y yo me quedaría sola. Eso me asustó, porque me di cuenta de que, de todas las personas que quería en el mundo, serían poquísimas las que podría conservar.

Dulcemente, Lucas me puso una mano en la mejilla. Tragué saliva para deshacer el nudo que me notaba en la garganta antes de continuar.

—De manera que intenté pensar en lo que sí podría conservar. En si había algo que estaría siempre conmigo.

—Las estrellas —dijo Lucas—. Supiste que siempre te quedarían las estrellas.

Asentí y supe que Lucas lo había entendido todo. Me tomó en sus brazos y me estrechó con tanta fuerza que por un momento creí que él también estaría siempre conmigo.

Esa tarde, Lucas me llevó de regreso a la Academia Medianoche en la vieja camioneta de Kate. Llegamos cuando atardecía, aunque hacía tan mal tiempo que casi parecía de noche. La niebla se había cernido sobre las colinas, impidiendo ver a más de unos metros de distancia y pintando el mundo de un gris blanquecino. No era que Lucas pudiera llevarme hasta la misma puerta, pero paró en una carretera secundaria junto al bosque que bordeaba el internado. Desde allí, era fácil volver andando, a lo sumo un trayecto de diez minutos a pie. Yo sabía que pronto tendría que disimular para evitar que Raquel me hiciera preguntas, pero apuré en los brazos de Lucas el mayor tiempo posible. Nos besamos hasta que las ventanillas de la camioneta se empañaron por dentro y deseé que aquello no se terminara nunca. Pero notaba la proximidad de Medianoche, como si la sombra del edificio estuviera proyectándose sobre nosotros.

—No puedo pasarme otros seis meses sin verte —murmuró Lucas con la boca pegada a mi pelo—. Tenemos que vernos pronto.

—Cuando quieras, ya lo sabes. Envíame un correo electrónico. Puedo darte mi cuenta de Hotmail. No creo que la señora Bethany tenga la contraseña.

—No dará resultado. No nos dejan tener ordenadores portátiles ni nada parecido, no desde hace tres años, cuando nos sorprendieron un par de vampiros que habían aprendido a piratear la red.

—Lucas suspiró—. Podría intentar ir a la biblioteca de vez en cuando, pero nunca sé cuándo van a ponernos en aislamiento. Cuando eso ocurre, tenemos que quedarnos en la base y no podemos salir bajo ningún concepto.

—Entonces, ¿cómo se supone que vamos a vernos?

—Concertaremos cada cita sobre la marcha. Esta vez decidimos dónde nos vemos la próxima. La próxima, decidimos la siguiente. Y acudimos a la cita. Pase lo que pase. No podemos fallar.

—Sé que podemos hacerlo. Y el mes próximo nos viene que ni pintado —dije. Cuando Lucas me miró sin comprender, le di un suave puñetazo en el hombro—. Riverton. Medianoche tiene programado un fin de semana en Riverton en noviembre. ¿Te acuerdas?

—Por supuesto; es perfecto. —Lucas sonrió encantado con la idea y luego vaciló—. Va a haber mucha gente que puede reconocerme.

—No si nos citamos en un sitio apartado. ¿Qué te parece en la orilla del río? A nadie se le va a ocurrir pasearse por ahí salvo a Vic, y si Vic te ve, no va a ser el fin del mundo.

—Preferiría mantener a Vic al margen de todo esto por su propio bien, pero, sí, podemos hacerlo. Además, lo más probable es que se quede en el restaurante.

Encantada con nuestra solución, volví a besarlo. Lucas me tuvo abrazada durante varios largos minutos. Ojalá pudiéramos pasar más tiempo a solas... ¿Habría algún sitio en Riverton? Tendría que pensar en algo.

La niebla se había espesado incluso más y supe que la noche estaba al caer.

—Tengo que irme —dije—. Debería haberlo hecho hace un rato.

—Anda, date prisa. Esto no es una despedida, no por mucho tiempo.

Nos besamos una vez más y él me puso una mano en el corazón. Yo me estremecí, pero, no sé cómo, logré apartarme de él, bajar de la camioneta y echar a correr. A mis espaldas, oí el motor poniéndose en marcha, las ruedas alejándose.

«Se ha ido.» El corazón me dolía y dejé de correr para mirar atrás mientras las luces traseras de la camioneta se perdían en la niebla.

Detrás de mí, una voz grave dijo:

—Supongo que no tengo que preguntarte quién era.

Di media vuelta y me encontré con Balthazar.

Capítulo Ocho

Me habían atrapado. Balthazar estaba delante de mí, con los brazos cruzados sobre el pecho. Con su envergadura imponía tanto como los robles del bosque. Se me cayó el alma a los pies. —Pu-puedo explicártelo.

—No hace falta. —Balthazar se fijó en el broche negro de piedra tallada que aún llevaba prendido en el jersey. Estaba segura de que había deducido que me lo había regalado Lucas. Yo no me lo había quitado en todo el curso pasado—. ¿Habéis estado juntos todo este tiempo?

—¡No es asunto tuyo! —Respirando hondo, intenté mantener la calma—. Te prometo que no le he contado nada de nosotros que él no supiera. Ya no está haciendo de espía para la Cruz Negra.

—¿Como hizo el curso pasado?

Por desgracia, tenía razón.

—Tú no lo entiendes. Lucas no quería mentirme. Lo enviaron aquí en una misión...

—Una misión que él llevó a cabo, y no le importó tener que utilizarte para conseguirlo. —Balthazar exhaló bruscamente, como si tuviera algún dolor físico—. No estoy enfadado contigo, Bianca. Tú... tú estás enamorada por primera vez en tu vida y no ves con claridad.

—Balthazar, por favor, escúchame. Él se irguió con la mirada abstraída y resoluta. —Yo me ocuparé de esto. Todos nos ocuparemos. Se me heló la sangre. —¿A quién te refieres con «todos»? —A las personas que te queremos

de verdad. Fue a darse la vuelta, pero yo lo agarré por el brazo para impedirselo.

—No se lo puedes decir a mis padres. No se lo puedes decir a nadie.

Balthazar me puso las manos en los hombros como si estuviera consolándome en lugar de destruyéndome.

—Algún día comprenderás que lo hice por tu bien.

¡Por mi bien! Cada vez que alguien me había dicho aquello no tenía ni idea de cuál era realmente «mi bien». Lo empujé con tanta fuerza que él retrocedió un par de pasos.

—Estás celoso, por eso lo haces.

Incluso antes de terminar, supe que era mentira. La única respuesta de Balthazar fue echar a andar hacia Medianoche.

Corrí a su lado respirando entrecortadamente. Las ramas se partieron a nuestro paso. Por encima de mí, oí pájaros alzando el vuelo alarmados, batiendo pesadamente las alas.

—No es lo que crees. Lucas me quiere. Quiere estar conmigo y nos da igual ser... distintos. Eso no tiene que ser importante, no si nos queremos lo suficiente.

—Es la primera estupidez que te oigo decir desde que te conozco, y espero que sea la última. —Balthazar apartó una rama baja de pino para que yo pudiera pasar, aunque se negó a mirarme directamente a los ojos—. Si él fuera cualquier otro humano, algún alumno de Medianoche, ¿crees que me importaría?

—Sí. —Balthazar podía no estar haciendo aquello por celos, pero eso no significaba que no los tuviera.

Se detuvo. La niebla perfiló su silueta.

—Está bien. Me importaría fuera quien fuera. Pero no me entrometería, ni tampoco lo haría nadie más. Lucas no es un chico cualquiera. Es un miembro de la Cruz Negra, lo cual significa que está loco por destruirnos. No se puede confiar en él.

—¡Tú no lo conoces! —grité. Ya no me importaba que me oyeran; no, estando Balthazar a punto de contarlo todo. Quise darle un puñetazo en la cara. Quise llorar hasta que él me consolara. Deseé estar en clase de esgrima para tener una espada a mano. Todo estaba a punto de estropearse para siempre, y me sentía

tan enfadada y asustada que no podía pensar con claridad—. ¡No sabes lo que hizo anoche!

Balthazar me miró de arriba abajo, y yo íui tremendamente consciente de mi falda arrugada y mi pelo, aún despeinado después de haber estado besuqueándome con Lucas.

—Me lo imagino.

—¡Me ayudó a salvar a una vampira! Salvarla, Balthazar. Los otros le habrían hecho daño, pero Lucas no se lo hizo. Me escuchó. Era la vampira más joven que he visto en mi vida, casi una niña, pálida y andrajosa, era imposible que no te diera lástima, y a Lucas le dio lástima, ¡sé que se la dio!

Balthazar se paró en seco. Se volvió lentamente hacia mí y la expresión de su cara estaba tan cambiada que al principio apenas lo reconocí.

—¿La más joven que has visto en tu vida?

«¿Por qué ha sido eso lo que le ha sorprendido de todo lo que he dicho?»

—Sí.

—¿Qué aspecto tenía?

—Hum, pelo rubio, bastante rizado, pero lo importante es que Lucas la ayudó a huir de la Cruz Negra. Ahora lo comprende, ¿entiendes?

—Dime exactamente qué aspecto tenía la vampira. —¡Acabo de hacerlo!

—Bianca —dijo con la voz rota—. Por favor.

No pude obviar su desesperación. Despacio, cerré los ojos e intenté recordar el momento en que la vampira y yo cruzamos la plaza cogidas del brazo. Describí su joven rostro acorazonado, sus ojos castaños, y el color trigueño de sus cabellos. Balthazar no cambió de cara hasta que mencioné la mancha de nacimiento violácea que la vampira tenía en la garganta. En ese momento abrió ligeramente la boca y susurró:

—Ha vuelto.

—Un momento... ¿La conoces?

Él asintió y entonces ya no pudo seguir mirándome a los ojos. Parecía tan aturdido y triste que el enfado se me pasó de inmediato.

—Balthazar, ¿quién es? —Charity.

El nombre me evocó instantáneamente un recuerdo: la Navidad pasada, Balthazar y yo caminando por la nieve entre los acebos mientras él me hablaba de la vida que había perdido hacía ya tanto tiempo. Me había mencionado a la persona que más añoraba.

—Charity. ¿Te refieres a tu hermana? —Pensaba que en aquel paseo por la nieve me había contado sus secretos más hondos, pero no me lo había dicho todo. No había dado a entender que su querida hermana había sido transformada en vampira junto con él—. ¿Era ella?

Balthazar no me respondió. Pensé que a lo mejor no podía. Cuando se puso a andar con paso lento y vacilante, dijo ásperamente:

—No se lo digas a nadie.

—Vale. Te lo prometo. —Con retraso, recordé que también yo tenía un secreto—. Tú tampoco lo contarás, ¿no?

Él no dijo ni que sí ni que no, pero supe que no contaría a nadie lo que ambos habíamos descubierto esa noche. Me quedé viéndolo alejarse durante mucho rato, demasiado aturdida por la sorpresa y el alivio para hacer nada más. Luego respiré hondo y corrí hacia el internado, sin dejar de pensar en cómo describiría a Raquel una lluvia de meteoritos que en realidad no había visto.

Raquel se tragó mi historia de cabo a rabo. Ni siquiera me hizo muchas preguntas, lo cual fue un alivio, pero, extrañamente, un poco decepcionante. De hecho, estaba bastante segura de no haber dejado ningún cabo suelto hasta la cena del domingo por la noche con mis padres, cuando mi madre me preguntó distraídamente dónde me había metido el sábado por la tarde —me habían estado buscando—. Yo les di la primera excusa que se me ocurrió, que estaba remotamente relacionada con la verdad.

Resultó ser la peor excusa que se me podría haber ocurrido, porque a mis padres les encantó.

—Paseando por el bosque con Balthazar, ¿eh? —Mi padre ponía especial énfasis en todas sus preguntas, lo cual hacía reír a mi madre. Les ponía un poco de su acento inglés ya casi desaparecido, al estilo de Sherlock Holmes, para lograr un efecto cómico—. Y dime, ¿qué hace una jovencita hablando con Balthazar Moore hasta las tantas?

—No estuvimos hasta las tantas. —Unté mi panecillo con mantequilla, sirviéndome ávidamente los alimentos que mis padres habían cocinado para

mí. La sangre me sentó incluso mejor que la comida. Había tenido que pasarme medio fin de semana sin ella, por lo que me bebí un vaso detrás de otro—. Es personal, ¿vale? Por favor, no le preguntéis por eso ni por nada.

—Está bien —dijo mi madre en tono tranquilizador—. Nos alegramos de volver a tenerte en casa.

Cuando alcé la cabeza del plato para mirar a mis padres, los dos me estaban sonriendo con tanto cariño, tanto agradecimiento, que apenas fui capaz de contenerme para no abrazarlos y disculparme por haberles mentado. Pero me quedé donde estaba. El recuerdo de Lucas bastó para convencerme de que había secretos que valía la pena guardar.

Al cabo de unas semanas volvería a verlo. Ya había desgastado todos nuestros viejos recuerdos, imaginándome en ellos. Ahora tenía recuerdos nuevos, besos y risas que podía recordar por primera vez, y me sentía como si me estuviera volviendo a enamorar. En los días siguientes, debería haber estado en el paraíso.

Pero una pregunta se cernía sobre mí amenazadora como un nubarrón de tormenta: ¿lo contaría a alguien Balthazar? Yo sabía que quería mantener a Charity en secreto. Pero la señora Bethany debía de haberla conocido cuando estuvo en la Academia Medianoche. ¿Hasta qué punto era su hermana un secreto? Si a eso se sumaba lo mucho que Balthazar odiaba a Lucas, no estaba tan segura de que nuestro pacto fuera a durar mucho.

Observaba la cara de Balthazar todos los días: en Literatura, mientras la señora Bethany describía las motivaciones de Macbeth; en Esgrima, mientras él se batía con el profesor para enseñarnos cómo se hacía; o en los pasillos, cuando nos cruzábamos. Jamás me devolvía la mirada, parecía haber dejado de fijarse en los demás. El mismo chico que antes siempre era el primero en saludar y abrir la puerta a los demás era el que ahora transitaba por los pasillos como un sonámbulo, con paso incierto y la mirada extraviada.

—Ese tipo está colgadísimo —dijo un día Vic cuando nos cruzamos con Balthazar en el gran vestíbulo. —No creo que esté tomando nada.

—No me refería a eso. Si se metiera algo, probablemente se lo estaría pasando mejor, ¿no? —Vic se encogió de hombros—. Balty no parece estar divirtiéndose nada. Parece que no sepa lo que es eso, a menos que la propia diversión se ponga a dar saltos en sus narices y a gritarle: «Yo soy la diversión».

Tardé un par de segundos en procesar sus palabras.

—Sí que parece triste, ¿verdad?

—No está bien, eso seguro. —Vic se retiró el largo flequillo rubio de la frente y chasqueó los dedos—. Oye, lo invitaré al próximo pase de DVD. Será una sesión doble, Matrix y El club de la lucha, y hablaremos de cazadoras de cuero y de los males de la hegemonía corporativa. ¿Crees que le gustará?

—¿A quién no? —Me propuse buscar la palabra «hegemonía» en el diccionario. Durante un tiempo, había creído que Vic no era ninguna lumbrera, pero ahora sabía que no era así. Pese a la poca importancia que daba a los detalles, sabía más de más temas que prácticamente cualquier otro de mis amigos.

Balthazar me importaba como amigo, y verlo así de triste me angustiaba. Pero mentiría si dijera que la principal razón de que estuviera angustiada era mi preocupación por él. Era demasiado egoísta para eso. Cada vez que lo veía tan perdido y tenso, no podía evitar pensar: «Va a contarlo».

La taciturna tristeza de Balthazar duró más de una semana, hasta la primera práctica de coche.

En la Academia Medianoche, había dos tipos de clases de conducción. Uno era para los alumnos humanos, quienes probablemente estaban familiarizados con los automóviles modernos y quizá conducían los coches de sus padres en casa, y otro para los vampiros, algunos de los cuales conducían regularmente desde que se inventaron los automóviles, otros que nunca se habían puesto al volante y cuyas experiencias enormemente desiguales era mejor ocultar a los humanos. Lo propio habría sido que me pusieran con los alumnos humanos, pero, en cambio, me colocaron con los vampiros, quizá por la preocupación de mis padres de que no me estuviera relacionando con la «gente adecuada».

—No entiendo por qué ahora todos los coches necesitan ordenador —se quejó Courtney mientras buscaba a tientas la varilla del intermitente—. En serio, ¿qué sentido tiene? No estoy haciendo matemáticas mientras conduzco.

—Por favor, concéntrese en la carretera, señorita Briganti. —El señor Yee suspiró ruidosamente mientras anotaba algo en su cuaderno. Conducíamos uno de los coches oficiales del internado, un sedán gris normal y corriente de varios años de antigüedad, por los caminos de grava que había en la parte trasera del campus—. Voy a pedirle que tome la próxima curva un poco más deprisa.

—Correr es peligroso —dijo Courtney sonriendo—. ¿Lo ve? Me he leído el librito.

—Me impresiona, señorita Briganti, pero ahora mismo está circulando a unos treinta kilómetros por hora. Me gustaría ver cómo maneja el coche a una velocidad normal de circulación vial.

Courtney agarró el volante con más fuerza. Había perdido la práctica y su nerviosismo tendía a manifestarse en forma de bruscas curvas que te dejaban las cervicales destrozadas. Palpé el asiento para asegurarme de que tenía el cinturón de seguridad abrochado. Me costó, porque estaba apretujada entre Ranulf y Balthazar. Ranulf observaba el interior del coche como si fuera el primero que veía en su vida y Balthazar miraba tristemente por la ventanilla.

—Estos automóviles se han popularizado en los últimos cien años —dijo Ranulf—. A lo mejor pasan de moda.

—¿Acaso insinúas que volveremos a ir a caballo y en calesa? —se burló Courtney mientras pisaba el acelerador y el coche daba un salto hacia delante. El señor Yee se sujetó al salpicadero—. Sigue soñando, príncipe Valiente.

—Las innovaciones a menudo se olvidan —dijo melancólicamente Ranulf.

—No creo que los coches vayan a desaparecer. —Intenté parecer comprensiva y ocultar mi diversión. El pobre Ranulf siempre parecía perdidísimo.

—Me gustaban los caballos. Un caballo era un compañero fiel. Esto es solo metal, y el campo pasa demasiado deprisa para verlo. —Era el comentario más largo que le había oído hacer desde que lo conocía.

—Me imagino que debía de ser agradable. —Pensé un segundo en ello, en que ya nadie tenía realmente caballos y carruajes, y en que muchos vampiros debieron de sentirse mucho más a gusto en aquellos tiempos, y entonces me erguí—. Oye, ¿por qué no montamos una colonia Amish?

Balthazar se volvió hacia mí confundido.

-¿Qué?

—Sí. Tenemos la Academia Medianoche, y estamos construyendo ese centro de rehabilitación en Arizona, dos sitios donde los vampiros estamos seguros, donde nadie más nos molesta y podemos controlar quién entra. Así que también podríamos montar una colonia Amish. O una ciudad, o como lo llamen los Amish. —Nadie parecía captar la idea. A lo mejor no me estaba explicando bien—. Los vampiros que todavía no se han modernizado del todo se sentirían más a gusto allí. Podrían tener caballos y carruajes, y faroles, y ropa y cosas de otra época, y a nadie le importaría. Venga, ¡es una buena idea!

Al parecer, el señor Yee no pudo resistirse a no hacer ningún comentario.

—Nuestros lugares de reunión están ideados para que la gente se integre en el mundo moderno, no para que se esconda de él. Una señal que indica giro a la izquierda, señorita Briganti.

—Podría ser una etapa intermedia. Después podrían venir a Medianoche o a donde fuera. —Estaba convencida de que era una propuesta genial—. Y cuando se pusieran nostálgicas, podrían irse a pasar unos días allí.

—Ooh, ¿sería como en la película Único testigo? —Courtney se rió, pero fue una risa más afable de lo habitual. Tamborileó con los dedos sobre el volante, entusiasmada—. Porque esa película era super buena.

—A mí también me lo pareció. —La había visto un par de veces en la televisión de cable; eso era prácticamente todo lo que sabía de los Amish—. Cuando Harrison Ford aún estaba bueno.

—Buenísimo. Yo iría a esa ciudad de vampiros Amish si fuera como en la película... Oh, mierda.

El coche dio un bandazo y se salió del camino. Todos nos agarramos a lo que pudimos y gritamos mientras caíamos a la cuneta. Aquello no tuvo mucho de accidente, así como tampoco la cuneta tenía mucho de cuneta.

—Eso nos lleva de vuelta a la primera clase —dijo el señor Yee—. Prestar atención a la carretera.

—¿Significa eso que estoy suspendida? —Courtney se volvió para fulminarme con la mirada—. ¡Me estabas distraendo a propósito!

—¡No es verdad!

Courtney no se quedó para oírme negarlo. Abrió la puerta, dejó que se cerrara sola cuando salió y se alejó malhumoradamente del coche. El señor Yee abrió la puerta de su lado para llamarla.

—¡Señorita Briganti! ¡Tenemos que sacar el coche de la cuneta!

—¡Hágalo usted! —gritó ella. Su rubia coleta rebotaba, siguiendo el ritmo de sus pasos—. Ya estoy suspendida, ¿recuerda?

—Ahora sí que lo está —masculló el señor Yee.

—Tiene el orgullo herido —dijo Ranulf—. Por eso se ha ido.

—Guárdese su análisis de la señorita Briganti para la clase de Psicología —dijo el señor Yee con hastío—. Por ahora, tenemos un coche que empujar.

Nos turnamos para ponernos al volante y pisar a fondo el acelerador mientras el resto empujaba para intentar sacar el coche de la cuneta. Cuando por fin lo logramos, todos estábamos llenos de barro hasta las rodillas, nada grave para los chicos, que llevaban pantalón, pero yo tenía las piernas sucias y arañadas bajo la falda. Aún nos quedaba una media hora de clase, pero el señor Yee me dio permiso para volver al internado y limpiarme.

—La acompañaré. Se está haciendo tarde —dijo Balthazar.

Pareció que el señor Yee quería objetar algo, pero no lo hizo. No necesitaba que me protegieran dentro del campus, pero le tocaba conducir a Ranulf, y Balthazar ya era bastante bueno al volante.

—Claro. Vaya.

Mientras el motor rugía a nuestras espaldas, Balthazar y yo echamos a andar. Era la primera vez que estábamos solos desde la noche que me pilló en el lindero del bosque. El silencio pesaba como una losa entre los dos y mi nerviosismo me inducía a querer llenarlo de trivialidades, pero me mordí la lengua.

—Vampiros Amish. —La sonrisa torcida de Balthazar solo era una sombra de lo que era—. Solo se te podía haber ocurrido a ti.

—Te estás riendo de mí.

—No de ti. De ti nunca. —Balthazar respiró hondo—. No le has hablado a nadie de Charity.

—No. Te prometo que no lo he hecho.

—No era una pregunta. Si se lo hubieras contado a alguien, la señora Bethany ya me habría hecho un interrogatorio.

—¿Por qué? ¿Y a qué te refieres con un interrogatorio?

—Charity y la señora Bethany nunca se llevaron bien.

—Eso me dijo Charity. —Lo miré con curiosidad—. Si tú y tu hermana estabais tan unidos, ¿por qué perdisteis el contacto?

—Ya nos hemos perdido la pista antes. Es complicado. —Balthazar se detuvo. Me dolió presenciar el profundo dolor de su rostro. Incómoda, miré al suelo.

Estábamos pisando hierba otoñal seca, sus pesadas botas casi el doble de grandes que mis mocasines llenos de barro—. Ella nunca me ha perdonado.

—¿Perdonado por qué?

Abrió la boca para responder, pero pareció pensárselo mejor.

—Es algo entre los dos. Lo único que tienes que saber es que me necesita. Eso no cambia nunca; para los vampiros, nada cambia nunca. Siempre es lo mismo... Ella se aleja y todo se va al infierno, pero luego vuelvo a encontrarla, y estamos bien.

Recordé la ropa y el cuerpo sin lavar de Charity, su evidente soledad. Tenía el aspecto de alguien que necesitaba protección desesperadamente.

—¿Cuánto tiempo hace?

—Hace treinta y cinco años que no nos vemos. —«Treinta y cinco años», pensé, recordando la conversación que él y yo habíamos tenido hacía casi un año, justo antes de Navidad, mientras paseábamos por la nieve. «Esa fue la última vez que "perdió el contacto" con la humanidad —advertí—. Perder a Charity es lo que le hizo desistir.»—. Pero ella siempre vuelve a Massachusetts. Aquí es donde nos criamos; es nuestro hogar, Bianca. Si ha vuelto, significa que lo echa de menos. Ahora podré comunicarme con ella. Pero, para eso —continuó en un tono de voz más bajo aún—, antes tengo que encontrarla. Ahora lo comprendía.

—Quieres que te lleve hasta ella. Quieres que utilice a la Cruz Negra para que averigüe dónde está y tú puedas ponerte en contacto con ella.

—Y que sigas alejando a la Cruz Negra de su rastro, si es posible. —Se irguió. El sol comenzó a ponerse, dejando en el cielo una estela anaranjada—. Sé que es mucho pedir, por lo que estoy dispuesto a ofrecerte mucho a cambio.

—Te refieres a que no le contarás a nadie lo de Lucas.

—Guardaré tu secreto pase lo que pase. —Lo decía en serio. Por su tono, parecía una claudicación. Mi alivio se trocó en asombro cuando añadió—: Si me ayudas con esto, yo te ayudaré a salir del internado para que puedas verte con Lucas.

—¿Lo dices en serio? ¿De veras? —La cabeza empezó a darme vueltas—. Pero ¿cómo?

—Fácil. —Su sonrisa era forzada—. Diremos una mentira. Diremos que estamos juntos. —¿Juntos? «Oh.» Pero le vi el sentido, incluso antes de que Balthazar terminara de explicarse—. Los vampiros más viejos podemos entrar y salir de

Adicción

Medianoche si nos dan permiso, y la señora Bethany es bastante generosa con los permisos para los vampiros en los que confía, y confía en mí. Tus padres no han disimulado el hecho de que les gustaría que pasáramos más tiempo juntos. Si tú y yo supuestamente somos una pareja...

Miró al suelo, apretando los labios. La palabra «supuestamente» le había costado pronunciarla.

—... Yo podré pedir permiso para sacarte del internado de vez en cuando. Si tus padres no ponen pegas, lo más probable es que tampoco las ponga la señora Bethany. Ellos creerán que estás estrechando lazos con un «verdadero» vampiro. Lo fomentarán. Nos dejarán salir.

Era un buen plan. Sin fisuras.

—Has estado dándole vueltas.

—Desde hace varios días. Si necesitas tiempo para pensártelo, lo entenderé.

—Solo tengo una pregunta: ¿por qué tiene Charity que seguir siendo un secreto? O sea, estuvo aquí hace muchos años, de manera que la señora Bethany lo sabe todo de ella, ¿no?

—Como he dicho, no se llevaban bien, y eso es quedarse corto. Si traigo a Charity al internado, la señora Bethany la acogerá, tiene que acoger a todos los vampiros que lo necesiten. Es la regla más sagrada de Medianoche. Pero la señora Bethany haría todo lo posible para asegurarse de que no la trajera. Intentaría asustarla, quizá incluso volver a separarnos. No puedo perder otros treinta y cinco años más.

—Comprendo. —Habría hecho lo que estuviera en mis manos para evitar aquel sufrimiento a Balthazar. Además, él a cambio haría posible que yo estuviera con Lucas. No había prácticamente nada que yo no hiciera por eso.

—¿Trato hecho? —preguntó. —Sí. ¿Cuándo empezamos?

—¿Por qué no ahora mismo? —Balthazar me tendió la mano.

Yo se la cogí y juntos nos dirigimos al internado. Seguíamos cogidos de la mano cuando entramos en el gran vestíbulo, donde había unos cuantos alumnos haciendo tiempo entre clases. Noté su mirada clavada en nosotros, hambrienta y ávida; estaban tan sedientos de chismes nuevos como de sangre. Al pie de las escaleras que conducían a los dormitorios de las chicas, Balthazar se inclinó y me besó en la mejilla. Noté sus labios frescos al rozar mi piel.

Mientras subía las escaleras, intenté pensar en cómo iba a explicar aquello a Lucas. «No estoy saliendo con Balthazar. Lo finjo, pero no es verdad. Pero eso significa que a veces tendremos que ir cogidos de la mano de verdad. Y puede que tengamos que darnos algún beso de verdad. Pero, de hecho, nada de eso es de verdad, ¿comprendes?»

Tantas explicaciones me estaban dando dolor de cabeza.

Capítulo Nueve

Esa noche perpetré mi segundo allanamiento de morada. Tras salir la primera vez de la casa de la señora Bethany con las manos vacías, mi intención había sido seguir fisgando. Pero la directora no había vuelto a pasar ninguna noche fuera del internado, lo cual me había impedido volver a colarme en la cochera. ¿En qué otro lugar podía hallar respuestas?

Solo había un lugar posible: los archivos ubicados en la torre norte, pero, en un primer momento, los había descartado como posibilidad. Si la señora Bethany tenía algo allí que pareciera indicar la verdadera razón de que hubiera admitido alumnos humanos en la Academia Medianoche, seguro que Lucas lo habría encontrado durante el curso pasado. Había tenido mucho tiempo para buscar.

Pero, mientras estaba en la cama esa noche, incapaz de conciliar el sueño y ávida de sangre, no pude dejar de pensar en cómo iba a explicar a Lucas mi acuerdo con Balthazar. Probé con varias versiones —la cómica, la seductora, la breve y la extensa—, pero ninguna me pareció convincente. Sabía que Lucas terminaría entendiéndolo, pero solo al cabo del tiempo.

Suspirando, me puse boca arriba y me tapé los oídos con la almohada, intentando acallar mi confusa voz interior. El estómago me rugía y me dolía la mandíbula. Quería sangre. Había conseguido beberme un vaso a la hora de comer y eso debería haberme bastado para el resto del día; al menos, así ocurría antes. Mi apetito voraz no cesaba de aumentar.

Tenía la cabeza llena de incertidumbres y supe que no iba a poder dormirme. Mientras me ponía las zapatillas y la bata, lancé una mirada a Raquel, que estaba acostada boca abajo. Dormía profundamente. Frunciendo el entrecejo, recordé los somníferos que le había aconsejado que tomara el curso pasado. Confiaba en que no continuara utilizándolos y me dije que luego se lo preguntaría.

La sangre de mi termo estaba tibia, pero me sentó igual de bien. Bebí mientras bajaba las escaleras de la torre sur. Normalmente, llevaba el piloto automático puesto, andando como una autómatas, pero, cuando llegué a la zona de las aulas —la planta que comunicaba con los dormitorios de los chicos ubicados en la torre norte—, recordé ver a Lucas en aquellos pasillos. Aquella había sido la única época en que me había sentido como en casa en Medianoche.

Si pudiera obtener respuestas para Lucas, si pudiera contarle lo que me había visto obligada a hacer para que pudiéramos estar juntos —después de decirle que por fin conocía el secreto que la Cruz Negra estaba tan desesperada por saber—, todo sería mucho más fácil. El podría restregar por la cara a Eduardo nuestro éxito y eso le encantaría. Después, contarle lo de Balthazar sería facilísimo.

Me metí el termo en el bolsillo de la bata y me dirigí sigilosamente a los dormitorios de los chicos. La nueva sangre que fluía por mis venas me aguzó el sentido del oído y me permitió oír los pasos del monitor —uno de los profesores paseándose, asegurándose de que ningún vampiro decidía hincarle el diente a un alumno humano—. Cerré los ojos y me concentré en el sonido, esperando hasta que dejé de oírlo y el camino estuvo despejado.

Sin hacer ningún ruido, abrí la pesada puerta y la crucé. Era tentador soltarla y echar a correr, pero tuve que ser paciente y acompañarla para que se cerrase silenciosamente. Luego subí, captando cualquier leve sonido: un grifo goteando, alguien roncando, incluso el chasquido de un flexo al apagarse.

Al final de la escalera de-caracol estaban los archivos. Abrí la puerta, esquivando una lluvia de telarañas y polvo. Fuera, la gárgola me miró suspicazmente a través de la ventana. Había cajas apiladas y baúles en todos los rincones, muchos de ellos con inscripciones o letras escritas con una caligrafía rígida y extraña que nadie utilizaba ya. Aquellas cajas contenían datos sobre los incontables alumnos que habían pasado por Medianoche, la mayoría vampiros.

«Piensa. Quieren saber por qué están aquí los alumnos humanos, no los vampiros. Pero si descubres algo sobre los vampiros de Medianoche, a lo mejor descubres algo sobre los humanos.»

Se me ocurrió una idea: ¿y si los alumnos humanos tenían alguna relación con los vampiros? ¿Y si eran sus parientes, o incluso sus descendientes?

Motivada, fui a abrir el baúl más próximo, pero vacilé. La última vez que había estado en aquella estancia, habíamos encontrado los restos de un vampiro muerto en uno de aquellos baúles. La señora Bethany no podía haber dejado allí el cráneo de Erich para que se pudriera, ¿no?

Abrí cautelosamente la tapa unos pocos centímetros y miré dentro. No había ningún cráneo. Suspirando aliviada, terminé de abrirla y saqué varias hojas de papel al azar. Iba a tener que leer muchísimo material para averiguar si mi teoría era correcta, y lo mismo me daba empezar por un sitio que por otro.

Entonces, en el rincón del baúl, atisbé un movimiento. Vi la oscura y diminuta cola de un ratón escondiéndose.

Sin pensarlo dos veces, lo cogí y lo mordí.

Solo chilló una vez. No supe si se había retorcido. Lo único que supe fue que la sangre me estaba llenando la boca, sangre auténtica, sangre fresca, saliendo a borbotones contra mi lengua. Fue como morder unas jugosas uvas en un sofocante día de estío, salvo que la sangre estaba más caliente y me supo más dulce e incluso mejor. Los últimos latidos del ratón me palpitaron en los labios mientras tomaba un segundo sorbo, un tercero, y finalmente cesaron.

Aparté el ratón, y tras observar su cadáver me entraron arcadas.

«¡Qué asco!» Escupí un par de veces, intentando quitarme de los labios cualquier pelo o bicho del ratón. Arrojé su pequeño cadáver a un rincón, donde cayó inerte. Aunque me limpié varias veces la boca con la manga, no pude olvidar el regusto a sangre...

... que seguía sabiéndome magníficamente bien.

«Al menos, no lo he hecho delante de Lucas —pensé—. De ahora en adelante, voy a tomar mucha más sangre a la hora de comer. Tres litros, si es necesario.»

Mi pérdida de control me alteró tanto que tuve ganas de regresar a mi habitación y ocultarme bajo las mantas. Pero no lo hice; subir hasta allí no había sido fácil, y no estaba dispuesta a desperdiciar el viaje. Haciendo todo lo posible por olvidar lo que acababa de ocurrir, comencé a leer: «Máxime O'Connor, fallecido en Filadelfia...».

El vaho de mi aliento era tan denso que por un momento apenas pude ver nada.

«No pensaba que hiciera tanto frío.» Tiritando, me abracé el cuerpo, notando el frío incluso a través de la bata. El papel, seco y amarillento, crujió entre mis dedos temblorosos. «No, estoy segura de que hace unos segundos no hacía tanto frío.»

Las paredes comenzaron a llenarse de escarcha.

Hipnotizada, vi cómo cubría la piedra de espectrales vetas azules que crepitaron al entrecruzarse y dividirse en un millar de ramificaciones distintas. La escarcha fue trepando hasta el techo como una labor de encaje, recubriéndolo de algo escamoso y blanco. Unos cuantos cristales de nieve plateados se quedaron suspendidos en el aire.

El terror que sentía me impedía reaccionar; era incapaz de gritar, correr ni hacer nada salvo tiritar e intentar creerme lo que estaba sucediendo. Alargué las manos, sin apenas notar que tenía los dedos rojos y entumecidos debido al frío; quería tocar los cristales de nieve que flotaban en el aire para convencerme de que aquello era real.

«Ojalá estuviera aquí Lucas... mamá... Balthazar... alguien, cualquiera. Oh, Dios mío, ¿qué está pasando?» Respiraba entrecortadamente y casi me sentía mareada.

Pese al miedo, no pude evitar reparar en que la escena era hermosa, delicada y etérea, como si me encontrara dentro del palacio de cristal de una de esas bolas transparentes donde nieva cuando las agitan.

El hielo crepitó tan fuerte que di un respingo. Con los ojos abiertos de par en par, vi cómo la escarcha fue avanzando por la ventana hasta cubrirla por completo, tapando la gárgola e incluso impidiendo el paso de la luz de la luna. La estancia poseía ahora su propia luz. En la ventana, las numerosas vetas de escarcha tomaron direcciones distintas siguiendo una misteriosa pauta que dibujaba una forma reconocible.

Un rostro.

El hombre de escarcha estaba tan bien dibujado como cualquier ilustración de un libro. Tenía el pelo largo y oscuro, rodeándole el rostro como una nube. Me recordó a viejos dibujos que había visto de capitanes de barco del siglo XVIII. Su rostro esculpido en el hielo tenía tanto detalle que parecía que me estuviera mirando. Era la imagen más vivida que había visto jamás.

Entonces se me heló el corazón al darme cuenta de que me estaba mirando de verdad.

Sus labios se movieron, las vetas de escarcha redibujaron su boca para pronunciar algo que no pude descifrar. Muda del susto, negué con la cabeza.

Él cerró los ojos. El aire que me rodeaba se volvió más frío aún... tan frío que dolía...

El hielo de la ventana estalló y los fragmentos vinieron hacia mí con la forma de su rostro, esta vez en tres dimensiones, acercándose y gritando con una voz hecha del sonido del cristal al romperse.

—¡Basta!

Luego los fragmentos de hielo cayeron sin apenas hacer ruido al suelo, esparciéndose a mi alrededor como confeti: eran tan diminutos que se derritieron al instante. Cuando la escarcha desapareció de las paredes y las ventanas y la estancia recobró su temperatura normal, comenzaron a caer sobre mí las gotas de agua que el hielo del techo formaba al fundirse.

Me senté en el suelo, tan aturdida que no me podía mover. Había estado demasiado asustada para gritar. Lo único en lo que podía pensar mi mente embotada era: «¿Qué demonios ha sido eso?».

En cuanto pude volver a moverme, salí de los archivos como pude, bajé rápidamente las escaleras y me alejé de la torre norte como una flecha, casi sin que me importara que me pillaran. No dejé de correr hasta entrar en mi habitación y meterme debajo de las mantas. Me quedé acostada, con el pelo húmedo y el corazón palpitándome desbocado, incapaz de dormirme, apretando el edredón contra mi pecho mientras intentaba comprender lo que acababa de ocurrir.

¿Podía haber sido una alucinación? Como nunca había tenido ninguna, no podía estar segura. Pero, dado que no tenía fiebre ni me había tomado nada, dudaba que la explicación fuera tan sencilla.

¿Me había quedado dormida sin darme cuenta y me había puesto a soñar? Imposible. Por muy vividos que se hubieran vuelto últimamente mis sueños, jamás había soñado nada parecido a lo que había ocurrido en los archivos. Aún me notaba los pies fríos y húmedos debido al hielo que se había derretido a mi alrededor.

Se me ocurrió otra explicación que no quise aceptar. «No puede ser. Solo son viejos cuentos que me contaban mis padres. Ni cuando era pequeña creía que pudieran ser reales.»

Esa noche no dormí. En la ventana de nuestro dormitorio, el cielo fue palideciendo lentamente hasta que amaneció un día gris y nublado. No mucho después del alba, Raquel se removió, gruñó y se destapó con irritación. — ¿Raquel? —susurré.

Ella me miró parpadeando. Tenía el pelo negro y corto de punta y su camiseta blanca exageradamente grande le dejaba un hombro al descubierto.

— Te has despertado temprano.

— Sí, supongo. — Hice acopio de valor—. Oye, si te pregunto algo que parece un poco... bueno, un poco loco... me dejarás terminar de hablar, ¿vale?

—Por supuesto. —Bajó las piernas de la cama, como si se estuviera preparando para entrar en acción—. Tú me escuchaste el año pasado cuando estaba convencida de que había algo merodeando por el tejado, ¿te acuerdas?

De hecho, algo había estado merodeando por el tejado —un vampiro decidido a hacerle daño—, pero no me pareció buena idea mencionárselo ahora, ni nunca. Con cuidado, dije:

—¿Crees en... bueno, en... ?

—¿Dios? No. —Por su sonrisa, supe que se lo estaba tomando a risa para hacérmelo más fácil—. ¿En Papá Noel? Tampoco.

—Eso ya me lo imaginaba. —Tragué saliva—. Te iba a preguntar si crees en fantasmas.

Estaba preparada para que Raquel se riera de mí. ¿Quién podía culparla? Estaba preparada para que me acribillara a preguntas sobre por qué decía eso. Creía que estaba preparada para cualquier reacción suya. Pero me equivocaba.

—Cállate. —Raquel volvió a tumbarse en la cama, poniendo cierta distancia entre las dos—. Haz el favor de callarte ahora mismo.

—Raquel... solo te he preguntado...

—¡He dicho que te calles! —Tenía los ojos abiertos de par en par y respiraba muy deprisa—. No quiero volver a oírte decir nada sobre eso nunca más. ¿Me entiendes?

Asentí, esperando que eso la tranquilizara. Sin embargo, ella solo pareció más asustada aún. Se levantó de la cama, cogió la toalla de ducha y se dirigió a la puerta con paso airado, aunque todavía faltaban horas para la primera clase. Cerró de un portazo al salir. Desde el fondo del pasillo, oí a Courtney gritar con voz soñolienta:

—¿Qué narices le pasa a la gente?

Ojalá lo supiera. Lo único que sabía era que acababa de ver un hecho inexplicable, y que su sola mención había aterrorizado a Raquel incluso más de lo que la realidad me había asustado a mí.

La adrenalina que había empezado a correr por mis venas en los archivos de la torre norte terminó de hacerlo en mitad de mi clase matinal de Psicología. Estaba tomando notas sobre las teorías de Adler y, un momento después, me sentía como si estuviera a punto de desplomarme sobre el pupitre. Agotada, apoyé la cabeza en una mano e hice lo posible para seguir escribiendo. Cuando

Adicción

terminó la clase, supe que el resto del día se me iba a hacer eterno. Normalmente, habría corrido a mi habitación para dormir un rato, pero podía encontrarme con Raquel y, en ese momento, las cosas entre nosotras eran decididamente extrañas.

Mientras andaba con dificultad por el pasillo, recibiendo empujones por todos los costados de alumnos vestidos de uniforme, vislumbré un rostro amigo.

—Hola, Balthazar. —Mi intención era simplemente saludarlo sin detenerme.

Él me sonrió más afablemente que nunca.

—Hola —murmuró mientras se giraba hacia mí y me pasaba posesivamente un brazo por la espalda. Solo entonces recordé que Balthazar y yo estábamos fingiendo que salíamos juntos. Pegando los labios a mi oído, me susurró—: Al menos, intenta parecer contenta.

—De hecho, me alegro de verte. ¿Hay algún sitio donde podamos hablar?

—Claro. Vamos.

Balthazar me condujo a la planta baja del internado. Varias personas se cruzaron con nosotros y me fijé en que algunas enarcaban las cejas y susurraban. Aunque nuestra relación solo era una farsa, no pude evitar sentirme orgullosa de que me vieran con un chico que estaba tan bueno, ni divertirme al imaginar la reacción de Courtney.

Pero, mientras cruzábamos el gran vestíbulo hacia la puerta principal, nos vio otra persona.

A Vic se le borró su perpetua sonrisa cuando me vio cogida de Balthazar, y a mí se me cayó el alma a los pies. Vic y Lucas seguían siendo buenos amigos, y Vic se había arriesgado para hacerme llegar las cartas de Lucas. Viéndome ahora, seguro que pensaba que estaba engañando a Lucas, y yo no podía desmentírselo.

Vic no dijo una palabra. Solo bajó la mirada y fingió estar tremendamente interesado en los cordones de sus zapatos. Yo, por mi parte, actué como si no viera a Vic ni a nadie que no fuera Balthazar.

Juntos, nos dirigimos al final del campus, cerca del bosque. Unas cuantas parejas más estaban sentadas a la sombra no muy lejos de allí. Balthazar se sentó en la gruesa alfombra de tonos rojizos de hojarasca y apoyó su ancha espalda en el tronco de un arce. Yo me senté junto a él y apoyé tímidamente la cabeza en su hombro; pensé que me sentiría incómoda, pero no fue así.

—No deberías tardar mucho en contarles lo nuestro a tus padres. —Balthazar me pasó un brazo por la cintura—. Cuanto antes se convengan de que estamos juntos, antes podré pedir permiso para sacarte del campus.

—No hay prisa. Veré a Lucas en Riverton el próximo mes y... y entonces podremos aclarar todo esto. Pero me aseguraré de que mis padres se enteren pronto.

Otra mentira. Ya estaba harta de mentiras y la única persona que podía oír toda la verdad estaba demasiado lejos.

—Pareces agotada. ¿Te encuentras bien?

—Anoche no dormí. Vi algo que me asustó, pero no sé ni si yo misma me lo creo, pero aun así tengo que preguntártelo. —Respiré hondo—. ¿Los fantasmas existen?

—Pues claro —respondió él con la misma facilidad que si le hubiera preguntado si había estrellas en el cielo—. ¿No te han hablado tus padres de los espectros?

—Cuando era pequeña, me contaban cuentos de fantasmas y me decían que tuviera cuidado con ellos, pero pensaba que solo eran eso... cuentos de fantasmas.

Balthazar enarcó una ceja.

—¿Sabes?, para ser un vampiro, eres muy escéptica con lo sobrenatural.

—Visto así, me siento como una imbécil.

—Oye, aún eres nueva en esto. Espera a que pasen un par de siglos y serás una experta como yo.

Me asaltaron nuevas preguntas.

—¿Qué más existe? ¿Los hombres lobo? ¿Las brujas? ¿Las momias?

—Los hombre lobo, no. Las brujas, tampoco. Las momias solo están en los museos, al menos que yo sepa. Hay otras fuerzas, pero no estoy seguro de que tengan nombre o cara. Quizá tampoco cuerpo. Son más siniestras y más profundas que eso. —Balthazar guardó silencio un momento y frunció el entrecejo—. Espera. Has dicho que anoche viste algo que te asustó.

—Un fantasma. Un espectro, supongo —dije probando la palabra que solo había oído decir a mis padres en contadas ocasiones.

—Eso no es posible. En la Academia Medianoche no puede haber espectros.

—¿Por qué no? Es lo bastante tétrica.

—El tipo de construcción del internado los mantiene alejados. Hay metales y minerales que repelen a los fantasmas de forma natural; los que contiene la sangre humana, como el hierro y el cobre, son los más eficaces, y están todas las piedras de los cimientos. —Me pasó la yema del dedo por el nacimiento del pelo, una caricia tan íntima que me ruboricé. Al parecer, Balthazar podía concentrarse en nuestra conversación y fingir romanticismo al mismo tiempo—. Además, los fantasmas nos tienen miedo, al menos tanto como nosotros se lo tenemos a ellos. Sé de algunos que han dado problemas a los vampiros, encantando casas y cosas por el estilo, pero es poco frecuente. Normalmente, los fantasmas huyen de los vampiros.

—¿Por qué nos tienen miedo los fantasmas? Comprendo por qué nos temen los humanos, pero los vampiros no podemos beber la sangre de un fantasma. Los fantasmas ni siquiera tienen sangre, ¿no?

—La tienen cuando se manifiestan físicamente, pero, en su mayoría, existen como vapores, escarcha, puntos de frío, una imagen o sombra, quizá, pero no más.

La palabra «escarcha» me evocó tan vividamente la aparición de la noche anterior que me estremecí. Balthazar me abrazó más fuerte, como si me estuviera protegiendo de la brisa otoñal.

—Vale, si los fantasmas nos tienen miedo, probablemente no se acercarían al internado. Y dices que las piedras y metales del edificio deberían mantenerlos alejados. Pero, si eso es así, dime entonces qué fue lo que vi anoche.

Se lo conté todo: los crujidos del hielo, el irreal resplandor verde azulado, el rostro del hombre de escarcha y su advertencia final cuando estalló en un sinfín de fragmentos de hielo. Balthazar me estuvo observando con los ojos abiertos de par en par, olvidándose por completo de fingir cualquier gesto romántico. Cuando hube terminado, me miró unos momentos antes de poder decir:

—Eso solo ha podido ser un espectro.

—Ya te lo decía yo.

—Pero es la manifestación más espectacular de la que tengo noticia hasta ahora. ¿Y qué podía significar ese «basta»? ¿Basta de qué?

—Sabes tanto como yo. Oye, ¿hay alguna diferencia entre los espectros y los fantasmas? ¿Son los espectros fantasmas súper malos o algo así?

—No. Son dos nombres distintos para la misma cosa. —Balthazar me puso una mano en el brazo—. Se lo tenemos que contar a la señora Bethany.

—¿Qué? ¡No puedo! —Lo cogí por el jersey, y el blasón de Medianoche, formado por dos cuervos flanqueando una espada, se arrugó bajo mis dedos, antes de darme cuenta de la impresión que se llevaría cualquiera que estuviera mirando. Rápidamente apoyé las palmas en su pecho, como haría cualquiera con su pareja—. Balthazar, si se lo decimos, va a preguntarme qué estaba haciendo yo de noche en los archivos. —¿Y qué estabas haciendo?

—Intentando averiguar por qué admite Medianoche alumnos humanos.

Balthazar consideró esa cuestión. Luego, volvió a centrarse en nuestro asunto más inmediato.

—Podíamos fingir que habíamos quedado allí. Que lo viste justo antes de que yo llegara.

—Supongo que eso funcionaría —admití—. Lucas y yo solíamos... Bueno, fuimos juntos una vez.

Balthazar entornó ligeramente sus ojos castaños ante la mención del nombre de Lucas y supe que podía percibir mi reacción al recordar de las horas que Lucas y yo habíamos pasado en los archivos. Una ola de calor me recorrió el cuerpo por dentro cuando me recordé besándolo, yaciendo en sus brazos, mordiéndolo y bebiendo la sangre que él se prestó a darme. ¿Se me notaba realmente en la cara? Fuera como fuere, Balthazar tenía la voz ronca cuando dijo:

—Bien. Eso hace más creíble la historia. Se lo contaré yo, no hace falta que estés presente. Le diré que estás demasiado avergonzada para ir tú.

—Esa parte es cierta.

—Después de eso, dará caza al fantasma y probablemente contará lo nuestro a tus padres. Así matamos dos pájaros de un tiro.

—Puede funcionar. —Agotada, volví a apoyarme en el hombro de Balthazar—. No he dormido nada, me estoy cayendo de sueño.

—Yo tampoco habría podido dormir. —Me acarició el brazo—. ¿Por qué no duermes un poco?

—Aún falta una hora para la clase de Cálculo, pero... no quiero volver a mi habitación.

Esperé a que me preguntara por qué, pero, en cambio, se dio una palmada en la pierna, ofreciéndomela como almohada. Al principio, me sentí incómoda mientras me tumbaba en el suelo y apoyaba la cabeza en su muslo, pero notar su mano en mi hombro me tranquilizó, y estaba tan cansada que el sueño no tardó en visitarme. Fue la primera vez en las últimas horas que me sentí segura.

Durante los días siguientes, el rumor de mi nuevo «romance» corrió por todo el internado. Balthazar y yo nos reuníamos después de clase y nos íbamos a estudiar juntos a la biblioteca, todo lo cual ya habíamos hecho antes, pero el hecho de que fuéramos cogidos de la mano parecía haber convertido nuestra relación en un apasionado idilio. Yo era consciente de que casi todo el mundo se preguntaba qué hacía un chico maduro y atractivo como Balthazar con la friqui pelirroja obsesionada por la astronomía, pero nadie parecía poner en duda nuestra relación. Courtney incluso intentó menospreciarme otra vez en clase, lo cual era demasiado ridículo para ser molesto.

No sabía si Raquel estaba enterada, pero no se lo podía preguntar. Aunque nos hablábamos con normalidad, desde la noche que vi el fantasma me evitaba siempre que podía. Cuando estaba en la habitación, se iba con alguna excusa, y cuando intentaba darle conversación, solo decía «sí», «no» o «vale», hasta que yo terminaba desistiendo. Era curioso, pero, hasta aquello, no me había dado cuenta de que Raquel llevaba mucho tiempo con esa actitud de enfurruñamiento. Sabía que no estaba bien, y algo de lo que yo había dicho había empeorado todavía más las cosas, pero no parecía que hubiera ningún modo de comunicarme con ella.

La persona que más me había preocupado resultó no ser ningún problema en absoluto. Una noche, cuando entré en el gran vestíbulo, vi el habitual grupillo de gente charlando y pasando el rato. Entre ellos, sentados en una de las mesas más próximas a la puerta, estaban Vic y Ranulf, concentrados en un tablero de ajedrez. Vic estaba más serio de lo que yo le había visto nunca, aunque llevaba una camisa hawaiana. Movié caballos, colocándolo enérgicamente en una nueva casilla.

—Qué, duele, ¿eh? Oh, sí, ya lo creo que duele.

—Cómo va a dolerme con lo mal que juegas. —Aquello era lo más que Ranulf sabía alardear. Cuando se inclinó sobre el tablero para reflexionar sobre su

próximo movimiento, Vic se desperezó con relajada satisfacción y me vio. En ese momento me habría ido, pero él se levantó de la mesa y se acercó a mí.

—Hola —dijo cambiando el peso de una pierna a otra—. ¿Cómo va?

—Bastante bien. Supongo... supongo que tenemos que hablar. —Aquello era incluso más difícil de lo que yo había imaginado—. Sobre Balthazar.

—Solo quiero decirte una cosa, ¿vale? —Vic me puso una mano en el hombro—. Tú también eres mi amiga, y quiero que seas feliz.

—Oh, Vic. —Demasiado conmovida para decir nada más, lo abracé con fuerza.

Con la voz amortiguada por mi hombro, Vic dijo: —Balthazar me cae bien. Es majo. —Sí que lo es.

—Se lo has dicho a Lucas, ¿no? ¿O se lo vas a decir pronto? Porque no está bien no decírselo.

—Tenemos que vernos dentro de poco. —No le di más detalles sobre nuestro reencuentro en Riverton; hacerlo solo sería involucrarlo demasiado—. He pensado que sería mejor decírselo directamente, no por carta, correo electrónico ni nada de eso.

—Supongo que es duro estar siempre separados.

—Sí que lo es. Si Lucas siguiera aquí, todo sería distinto.

La sonrisa de Vic se volvió presuntuosa.

—Sí, yo tendría un compañero de habitación que podría ganarme al ajedrez y no al revés,

Ranulf no apartó los ojos del tablero. —Mi victoria acallará tus insultos. — ¡Sigue soñando! —gritó Vic.

Lo que Vic no sabía era que yo iba a contar a Lucas toda la verdad sobre el juego al que estábamos jugando Balthazar y yo. Todo iría bien. Y ahora solo quedaba un obstáculo que superar, el más importante de todos: mis padres.

Capítulo Diez

El temido encuentro que había estado esperando ocurrió al día siguiente, cuando salía de la biblioteca con retraso. Eché a correr por el pasillo cuando su voz me detuvo.

—Qué prisa tiene, señorita Olivier. —La señora Bethany me escrutó de arriba abajo con su penetrante mirada. Llevaba un sobrio vestido de lana marrón oscuro que la hacía parecer como si estuviera cincelada en la mismísima madera de Medianoche—. Actúa como si hubiera visto un fantasma. ¿Tenía que reírme? Me limité a mirarla. Por suerte, no parecía esperar una respuesta. —En algún momento deberíamos hablar de lo que vio arriba. —Se lo he contado todo a Balthazar. Si ha hablado con usted, ya sabe tanto como yo.

—¿Ha mencionado este asunto a sus otros compañeros? ¿A sus padres?

—No. —Aquello no era del todo cierto. Se podía decir que se lo había mencionado a Raquel, o al menos lo había intentado, pero, dado que ella se había negado a escucharme, suponía que había guardado el secreto bastante bien.

—Bien. Asegúrese de no hacerlo. Estoy segura de que ha sido un acontecimiento aislado. La gente se comporta de un modo muy irracional cuando se le menciona lo sobrenatural.

Por una vez, estaba de acuerdo con la señora Bethany. Una simple pregunta sobre un fantasma había puesto de los nervios a Raquel. Lo último que necesitaba era que a mis padres les diera por sobreprotegerme.

—Sí, señora. No diré ni una palabra.

La señora Bethany me sonrió con complicidad.

—En reconocimiento a su discreción, no la castigaremos por haber infringido las reglas del internado colándose en los dormitorios de los chicos durante la noche. Pese a su falta de control, este me parece que va progresando. Al menos, esta vez sus inclinaciones amorosas han recaído en un candidato más merecedor.

Aquello era un ataque a Lucas, pero mantuve la calma.

—Balthazar es genial. De hecho, tengo que reunirme con él en unos minutos para ir a cenar con mis padres.

—No quiero entretenerla más. Y salude a sus padres de mi parte.

Asentí y me alejé a toda prisa. Aunque probablemente solo fueran imaginaciones mías, habría jurado que noté sus ojos clavados en la nuca hasta llegar a mi habitación.

Raquel no dijo nada cuando entré. Se limitó a volverse hacia la pared y siguió leyendo una de sus revistas. No me molesté en intentar darle conversación. Si quería comportarse como una imbécil conmigo por una sola pregunta estúpida, allá ella.

Me puse a rebuscar en el cajón de mi cómoda donde guardaba los jerséis. «El jersey de cuello alto morado. No, lo llevé con Lucas el año pasado y no me parece bien llevarlo con Balthazar. La rebeca verde. Demasiado fina, porque a estas alturas del año allí arriba hace mucho frío. El jersey negro de cuello de pico. Es aburridísimo, y al menos tiene que parecer que me he puesto guapa para Balthazar.»

—Normalmente, no te molestas en cambiarte de ropa para cenar con tus padres —dijo Raquel. Por el eco, supe que seguía de cara a la pared.

Dejé de rebuscar en el cajón, no sabiendo cómo reaccionar. Era la primera vez que Raquel me daba conversación desde la mención de los fantasmas. Me sentí aliviada, pero también enfadada conmigo misma por estarlo, porque Raquel era la que se había estado portando mal. ¿Por qué me sentía como si fuera yo la que debía estarle agradecida?

—Hoy voy a ir con Balthazar. —No miré hacia ella mientras cogía el jersey morado de cachemir.

—Os vi juntos el otro día. Pensé que a lo mejor había algo.

—Hay algo —dije parcamente. Al no añadir nada más, Raquel pareció volver a concentrarse en su revista. Me afané en arreglarme, poniéndome el jersey, unos pendientes colgantes e incluso unas gotitas del fragante perfume a gardenias que mis padres me habían regalado para mi cumpleaños.

Al meter el frasco de perfume en el cajón de mi cómoda, rocé con los dedos la bufanda de pana donde estaba envuelto el broche que me había regalado Lucas. No lo recordé comprádomelo; recordé, en cambio, la vez en que nos habíamos visto obligados a empeñarlo, cuando nos habíamos fugado juntos, desesperados por estar unidos y sin un céntimo en el bolsillo. Cuánto peligro me había parecido que corríamos, pero si hubiera podido cambiarme por entonces y regresar a aquel momento, donde solo estábamos Lucas y yo frente al mundo,

lo habría hecho. Fue como si no pudiera entender por qué no se partía el universo por la mitad, por qué no reventaba por las costuras, para volver a unirnos.

—Me alegro de que los amores te vayan bien. —Raquel se volvió por fin, e incluso tenía una sonrisa en los labios, tímida y vacilante—. Aunque no era difícil que te fueran mejor que la última vez, ¿no?

Lucas nunca le había caído bien, y oírla menospreciarlo como había hecho la señora Bethany fue la gota que colmó el vaso.

—No es asunto tuyo —espeté—. No puedes pasarte varios días sin dirigirme la palabra y ponerte luego a opinar sobre mis amoríos. Solo actúas como mi amiga cuando te apetece, y ya estoy harta.

—Perdóname por existir. —Raquel arrojó la revista al suelo y salió de la habitación enfurruñada. No pude imaginarme dónde se creía que iba en camiseta y pantalón corto, pero fingí que me daba igual.

Además, no tenía tiempo para preocuparme de eso. Tenía que llevar a mi nuevo «novio» a cenar a casa de mis padres.

—¿Así que vais a ir otra vez juntos al Baile de Otoño de este año? —dijo mi madre mientras me servía un buen cucharón de puré de patata.

Balthazar y yo nos miramos. Ni siquiera habíamos pensado aún en el Baile de Otoño, pero la pregunta de mi madre era lógica.

—Por supuesto —se apresuró a decir él—. No me había dado cuenta de que estaba tan cerca.

—El tiempo vuela. —Mi padre movió melancólicamente la cabeza antes de tomar un sorbo de sangre—. Parece que, cuanto mayor te haces, más rápido pasa.

—Dígamelo a mí —dijo Balthazar. Momentos como aquellos me recordaban que, aunque parecía tener unos dieciocho o diecinueve años, de hecho tenía más de trescientos y era un vampiro tan experimentado y poderoso como mis padres.

Naturalmente, yo ya sabía que era la excepción en la mesa. No es difícil no saberlo, cuando todos los demás están bebiendo sangre y tú eres la única con pavo y puré de patata en el plato.

—Tendremos que darnos prisa para elegir el vestido, si voy a tener que arreglártelo.

Mi madre me sonrió radiante, como si yo le hubiera llevado un número de lotería en vez de un chico.

—Desde luego —dije—. Será genial.

Ella me dio un apretón en el hombro, ilusionada por mí, y yo volví a sentirme culpable. Eché de menos la época en que les podía explicar todo a mis padres.

El resto de la cena fue ligeramente menos embarazoso y, después, mi padre puso un disco de Dinah Washington, una de mis cantantes favoritas. Parecía que él y mi madre estuvieran haciendo todo lo posible para asegurarse de que me lo pasaba estupendamente. Cuando dije que quería acompañar a Balthazar abajo, se mostraron casi impacientes por dejarnos solos.

De camino a las escaleras de piedra, dije:

—Dentro de una semana, ya nos habrán encargado la tarta de boda.

—Solo quieren que seas feliz.

En el tono de voz de Balthazar percibí cuánto seguía deseando ser la persona que me hiciera feliz.

—Balthazar, sé que es divertido pasar tiempo juntos, y eres genial, pero tú y yo no... —Incómoda, le di la vuelta a la tortilla—. ¿Qué puedes ver en alguien de mi edad?

—Yo no soy tan distinto a ti. Sé que debería serlo, pero no lo soy. —Me escrutó con curiosidad—. ¿No te has dado cuenta de que aquí todos los alumnos actuamos como adolescentes? ¿Incluso los que son mayores que yo?

—Bueno, sí. Pensaba que era solo... por inseguridad. Por no tener un lugar en el mundo.

—En parte sí. Pero la madurez no es algo puramente emocional, Bianca. También es física. Los que morimos jóvenes, jamás nos haremos adultos del todo. Por muchos siglos de experiencia que acumulemos, por muchas cosas que vivamos. No podemos cambiar. —Balthazar parecía distraído, casi melancólico, pero entonces se irguió y me sonrió afablemente—. Pero no te preocupes. Por nosotros, quiero decir. No estoy confundido.

—Bien —dije, pero no me quedé del todo convencida.

Cuando regresé a mi habitación era bastante tarde, pero Raquel no estaba. Al parecer, había encontrado un lugar estupendo donde esconderse. Me puse el pijama y aproveché la intimidad para beberme un termo entero de sangre antes de acostarme. Ya había bebido más que suficiente en casa de mis padres, pero estaba harta de despertarme con hambre a las tres de la madrugada. Al menos dormiría de un tirón por una vez, pensé.

No lo hice, pero por un motivo enteramente distinto. Un par de horas después de acostarme, me desperté cuando Raquel me tocó en el hombro y me susurró:

— ¿Bianca?

— ¿Hummm? —Me di la vuelta y la miré en la oscuridad. Al principio, estaba tan dormida que no me acordé de mi enfado con ella—. ¿Qué pasa?

—Tenemos que hablar.

—Oh, vale. —Entonces recordé que estaba enfadada, pero no me pareció importante. Raquel estaba pálida y en sus ojos vi el mismo miedo intangible que recordaba del año anterior, cuando Erich había estado acechándola. Me senté en la cama y me aparté el pelo de la cara—?.. ¿Qué te pasa? ¿Por qué te asustaste tanto cuando te hablé de fantasmas?

—Primero tienes que decirme la verdad. —Raquel inspiró tan fuerte que las ventanas de la nariz se le ensancharon—, ¿Has visto un fantasma aquí?

—No en nuestra habitación, pero vi uno arriba en la torre. Creo que era un fantasma. —No podía decirle que estaba segura sin desvelarle el porqué, lo cual me pareció una mala idea. Raquel estaba tan aterrorizada por los fantasmas que no creí que fuera a gustarle saber que también estaba rodeada de vampiros.

Para mi sorpresa, ella pareció aliviada.

—Pero ¿no fue aquí? ¿No se acercó a mí?

—No. En absoluto.

—¿Cómo era?

Pensé que, si se lo describía todo, volvería a asustarla, de manera que no entré en detalles.

—Era un hombre. De unos cincuenta años, diría yo. Tenía el pelo y la barba oscuros y muy largos, como en un cuadro antiguo. Tuve la impresión de que era de hace siglos. Y sé que no me lo imaginé. Era real.

—Estás segura de que no era viejo. ¿Seguro que no era un viejo, un poco cheposo? —Cuando asentí, ella se puso el puño en la boca mordiéndoselo. Me di cuenta de que estaba intentando contener las lágrimas.

—¿De qué va esto? —Al principio, Raquel no dijo nada, quizá porque no podía—. Raquel, me da la impresión de que sabes más de fantasmas de lo que dices.

Ella dejó caer la mano. Había una pequeña medialuna de sangre en la piel de su dedo pulgar.

—Hay algo en casa de mis padres.

—Algo... ¿Te refieres a un fantasma?

—El viejo —dijo—. Delgado y huesudo. Calvo. Lo veo desde que era pequeña. Entonces no lo veía con mucha frecuencia, y casi siempre se me aparecía en sueños, por lo que a veces creía que me lo estaba imaginando.

Raquel parecía razonable, incluso calmada, pero empezó a temblar de la cabeza a los pies.

—Hace un par de años, cuando me hice mayor, empecé a verlo más a menudo, y entonces supe que no me lo había imaginado. Me esperaba por la noche, cuando podía asustarme. Le gustaba asustarme. Si es que es un hombre. A lo mejor tiene ese aspecto, pero puede que no sea un hombre. A lo mejor solo es una cosa. Una cosa vieja y cruel cargada de odio. Porque me odia. Siempre me ha odiado.

—¿Qué dijeron tus padres? —Nada más decir aquellas palabras, quise retirarlas. Desde que la conocía, Raquel siempre me repetía que sus padres nunca hacían caso de sus miedos. Aquella era una de las cosas que habían ignorado, dejándola sola—. No te creyeron.

—Ni tampoco lo hizo mi confesor. Ni mi profesor. Tuve que... cerrar la boca, sabiendo que estaba ahí. Que siempre iba a estarlo, esperándome. Mirándome. Tiene... unos ojos que se te comen. Hasta este verano, eso era todo lo que hacía. Mirar. Yo pensaba que eso sería lo más que haría nunca, y ya estaba acostumbrada a que me mirara, pero entonces... —Se estremeció con tanta violencia que le puse una mano en el hombro para tranquilizarla—. Este verano... por las noches, a veces soñaba que... que estaba encima de mí,

forzándome sin que pudiera hacer nada por evitarlo. Me hacía daño, porque yo siempre me resistía, pero no me podía mover. A veces ocurría todas las noches.

—Oh, Dios mío.

Raquel me miró por fin a los ojos y una lágrima le rodó por la mejilla.

—Bianca, no sé si eran sueños. Llevo toda la vida diciéndome que solo son imaginaciones mías. El año pasado, los ruidos del tejado, la misma maldad que yo percibía con esa cosa en mi casa, la percibo aquí. Siempre la he percibido aquí. Ahora tú también la ves, y sé que es real.

—Es real, de eso no te quepa duda. —No estuve segura de cuánto podía reconfortarla eso—. Pero no es lo mismo que en tu casa. Lo que yo vi no se parecía en nada a eso. —Lo que había visto había sido aterrador, pero parecía ser algo completamente distinto.

—Quizá no. Pero me asusté muchísimo. Aun así, no tendría que haberla pagado contigo. —Raquel bajó la cabeza—. Lo siento.

—Soy yo quien debería disculparse. —Me sentí como una idiota. Raquel no se había comportado de un modo extraño únicamente durante aquella última semana; estaba nerviosa y deprimida desde el principio de curso. Yo me había precipitado dando por sentado que solo era su personalidad enojadiza sin plantearme nunca si el problema podía ser algo más hondo. Vale, era imposible que hubiera podido adivinar que lo que la angustiaba era aquello, pero debería haber sabido que le ocurría algo grave. Había estado tan absorta en mis preocupaciones que me había olvidado de ser su amiga—. Debería haberme esforzado más por hablar contigo. No debería haber pasado de ti como lo he hecho. Lo siento mucho.

—Tranquila. —Raquel sorbió por la nariz. Luego se rió a medias, no queriendo, como de costumbre, manifestar sus emociones—. Yo no quería ponerme borde contigo.

—Me lo puedes contar todo. Cuando quieras. Lo digo en serio.

—Lo mismo te digo, ¿vale?

Había tantas cosas que jamás podría contarle, pero asentí de todas formas.

Cuando Raquel se hubo acostado, me quedé despierta pensando en la terrorífica historia que me había contado. No dudé ni un momento de que hubiera dicho la verdad. Balthazar me había tranquilizado diciéndome que la

Adicción

mayoría de los fantasmas rehuían a los vampiros, pero ahora que sabía de lo que eran capaces, no me servía de mucho consuelo.

Lo que había arriba, fuera lo que fuese, era peligroso, al menos para los humanos y quizá para todos nosotros.

Capítulo Once

Por qué el amor es un recurso dramático tan frecuente? La señora Bethany se paseó por el aula, con sus botas de puntera estrecha resonando en el suelo de madera. Entrelazó las manos en la espalda. A aquellas alturas, ya habíamos aprendido que, cuando hablaba en aquel tono de voz, no quería que nadie ofreciera respuestas para sus preguntas. Prefería que mantuviéramos la boca cerrada y prestáramos atención.

—Naturalmente, porque el amor es persuasivo. Pese a lo transitorio que a menudo es, el amor lleva a criaturas totalmente racionales a comportarse de las formas más extrañas. —Miró un momento por la ventana, pero enseguida volvió a clavar sus ojos oscuros en nosotros—. Por tanto, es lógico que Shakespeare utilice el amor romántico como la motivación fundamental de los actos de Romeo y Julieta. Nos preguntamos si los jóvenes actuarían de ese modo. Sabemos que lo harían. De ese modo, la obra resulta creíble.

Me moví nerviosamente en la silla y miré el reloj colgado sobre la puerta. Solo faltaban tres minutos para que terminara la clase.

—No obstante, Romeo y Julieta es mucho más que una descripción de las pasiones juveniles. —Deteniéndose justo al lado de mi pupitre, donde olí la fragancia a lavanda que siempre parecía envolverla, la señora Bethany dijo—: Su próximo trabajo, que deberán entregar dentro de una semana, es una redacción de tres páginas exponiendo su opinión sobre los fallos argumentales de Romeo y Julieta. No voy a dar una clase para hablar de ellos; estoy más interesada en los que ustedes puedan definir y defender.

¿Había dicho «fallos»? ¿En Romeo y Julieta? ¿Mi obra de teatro favorita?

La señora Bethany se quedó callada, fulminando a toda la clase con la mirada, y, una vez más, tuve la sensación de que me había leído el pensamiento y estaba a punto de abalanzarse sobre mí. Pero, por una vez, su irritación no guardaba ninguna relación conmigo.

—Veo que muchos de los que van a Riverton el fin de semana ya han empezado a desconcentrarse. Esperemos que hayan recobrado sus facultades mentales cuando lleguen los exámenes. Pueden irse.

No fui la primera en salir por la puerta, pero estuve cerca de serlo. Mientras corría por el pasillo, noté que la cara se me iluminaba con una sonrisa. Aunque

era consciente de que había una posibilidad de que Lucas no pudiera acudir aquella noche, sabía que lo haría si había alguna manera. Y tenía que haberla.

Justo cuando me disponía a subir las escaleras para ir a mi habitación, vi a Balthazar poniéndose la mochila al hombro. Tuve un antojo que me hizo sonreír, y entonces pensé: «¿Por qué no? Le irá bien a nuestra tapadera». De manera que corrí hacia él y básicamente lo plaqué, saltando de tal forma que él tuvo que cogerme en brazos.

—¡Caramba! —Balthazar me cogió tan fuerte que los pies me quedaron colgando sin tocar el suelo. Me abracé a su cuello y me reí. Él también lo hizo.

—Estás de buen humor. —Sí.

—Imagino por qué. —Suspiró, dejándome de nuevo en el suelo—. Nos vemos en el autobús.

Balthazar estaba infringiendo la regla tácita de que el «prototipo Medianoche» no se mezclaba con los alumnos humanos en las visitas a Riverton. Creo que la mayoría de los humanos pensaban que respondía a una especie de esnobismo: los pijos excluyendo a los que no lo eran, y en parte tenían razón. Pero, principalmente, los vampiros temían revelar su ignorancia del siglo XXI una vez fuera del entorno de la Academia Medianoche.

Balthazar rompería filas aquella noche. En parte, lo hacía para seguir con la farsa de que estábamos tan colados el uno por el otro que no podíamos pasar separados ni un solo segundo. Además, cuando llegara el momento de marcharme, me había prometido que cuidaría de Raquel, asegurándose de que se divertía.

Hasta entonces, ella y yo íbamos a permanecer juntas, le gustara o no.

—En Riverton no hay nada que hacer —refunfuñó Raquel cuando la cogí por el brazo y la conduje hacia el autobús. Llevaba unas Doc Martens, unos vaqueros y un chaquetón de marinero—. Si quieres que te diga la verdad, preferiría quedarme en la habitación.

—Eso ya lo has hecho demasiado a menudo últimamente. Venga, al menos es algo distinto, ¿no? Podemos comer en el restaurante, y sé que, para variar, tiene que apetecerte algo que no sean bocadillos de atún y membrillo.

—Bueno, visto así... —Eché un vistazo a mi indumentaria: una camisa blanca de chorreras, una falda gris más corta que de costumbre y unos magníficos zapatos de tacón que solo me había puesto dos veces porque me daban vértigo—. Te has puesto guapa para Balthazar, ¿eh?

Me pregunté qué diría Lucas cuando me viera vestida así y empecé a sonreír como una tonta. Raquel se rió, percibiendo mi alegría aunque la malinterpretara. Fuimos brincando hasta el autobús, yo tambaleándome a causa de los tacones, sin importarme que pudieran reírse de nosotras. Balthazar me sentó en su regazo para que Raquel pudiera sentarse con nosotros.

Nos pasamos todo el trayecto riéndonos y hablando, Balthazar esforzándose por ser encantador y conseguir que Raquel se abriera. Pronto, ella se puso a hablarle de ir en monopatín, su afición desde hacía unos años, y a reírse de lo poco que él sabía del tema. En todo el viaje, solo hubo un momento desagradable. Cuando el autobús giró para cruzar el río, noté que Balthazar se ponía rígido y me apretaba el hombro.

Los vampiros odian cruzar agua en movimiento. Pueden soportarlo, pero normalmente necesitan mucho tiempo para hacerse a la idea. Balthazar iba a tener que hacerlo en frío, e iba a costarle. Le cogí de la mano como si estuviéramos coqueteando, para, realmente, darle apoyo. El autobús empezó a cruzar el río. Balthazar cerró los ojos con fuerza.

Sentí náuseas. Me dio la impresión de que me quedaba sin aire y ya no supe si estaba cabeza arriba o cabeza abajo. Todo se volvió oscuro y se llenó de lucecitas, como a veces ocurre cuando uno se levanta demasiado deprisa. Apreté con más fuerza la mano de Balthazar; su palma estaba tan fría y sudada como se había puesto la mía.

Luego, con la misma rapidez con que había venido, la sensación de mareo se fue. Respirando hondo, miré a mi alrededor, intentando orientarme. El autobús acababa de cruzar el río.

La barrera que los vampiros sentían ante el agua en movimiento, ahora también la sentía yo.

Balthazar me miró con curiosidad y yo me pregunté si no habría percibido mi angustia. Me puse a mirar por la ventana, no queriendo reconocer lo que no estaba preparada para admitir ante mí misma.

Cenamos todos juntos en el restaurante, sentados a la barra. Vic metió las patatas fritas dentro de su hamburguesa, entre la carne y el pan, lo cual nos hizo reír a todos, pero luego descubrimos que sabían bastante bien cuando lo hicimos nosotros. Fue extraño ver a Balthazar comiendo aros de cebolla y bebiendo batido de leche; masticaba lenta y pausadamente, quizá porque tenía

que recordarse cómo hacerlo. Pero se las apañó. Nadie más notó nada raro en su modo de comer.

Después Balthazar sugirió que fuéramos a la librería de viejo. Cuando Vic y Raquel se apuntaron, dije con aire despreocupado:

—Os veo luego, ¿vale? Creo que voy a acercarme un momento al cine para saludar a mis padres. Siempre hacen de profesores acompañantes.

Raquel se encogió de hombros.

—Podríamos ir todos al cine.

«Oh, no», pensé, pero esta vez fue Vic quien acudió en mi rescate.

—De ninguna manera. ¿Has visto lo que ponen? Historias de Filadelfia. Una versión profundamente misógina de las causas de la infidelidad conyugal.

Raquel parpadeó al oír a Vic utilizando tantas palabras difíciles juntas. Yo estaba dispuesta a defender cualquier película donde saliera mi querido Cary Grant, pero esta vez iba a tener que morderme la lengua.

—Así es. No os gustaría. Me paso por la librería después.

Ellos se fueron y yo me quedé sola. Me puse a andar hacia el cine, solo por si se volvían a mirar, y seguí caminando después de pasar por delante de las parpadeantes luces de la marquesina.

Ya casi había llegado. Los pies empezaron a dolerme debido a los zapatos de tacón, pero, con cada paso que daba, notaba menos el dolor porque me acercaba más a Lucas.

Llegué a la orilla del río en pocos minutos. Allí había casas en vez de tiendas, pero no muchas. Un paseo peatonal discurría junto al río, uno que habían pavimentado mucho tiempo atrás; el hormigón estaba resquebrajado y entre las grietas habían crecido malas hierbas. En algunos puntos, las raíces de los árboles habían levantado el pavimento, lo cual favorecía los traspies, sobre todo si llevabas zapatos de tacón como yo.

Observé las luces del puente reflejándose en el agua. ¿Por qué me había alterado tanto cruzarlo hoy? Encontrarme tan cerca del agua no me afectaba lo más mínimo. El río estaba bonito, eso era todo.

Entonces oí pasos detrás de mí. «Lucas.» Me dio un vuelco el corazón y me volví rápidamente sonriendo, mientras una silueta se acercaba en la oscuridad.

Se me cayó el alma a los pies.

—Hola —dijo Dana emergiendo de las sombras—. Sé que no soy la persona que querrías ver esta noche. Lo siento. Mi decepción se esfumó, dando paso al miedo. —Lucas no... Está bien, ¿no?

—Está bien. Está perfectamente. Pero, ahora mismo, su comando está en aislamiento en Boston. Se han dejado rodear por unos vampiros con muy malas pulgas. Tiene que quedarse aislado durante las próximas semanas. No puede salir. Yo estaba en otro sitio, de manera que, cuando me dijeron lo del aislamiento, me pidió que viniera a reunirme contigo. Tenemos que decidir cuándo vais a tener vuestra próxima cita secreta, lo cual, tengo que decírtelo, me hace sentirme un poco cochina. —Aunque intenté reírme de la broma, me salió, en cambio, una especie de sollozo. Dana, incómoda, me dio una palmada en el hombro y dijo—: Oye, oye. Tú sabes que él habría venido si hubiera podido, ¿no?

—Lo sé. Es solo... que tenía muchísimas ganas de verlo esta noche. Pero gracias por venir a decírmelo —dije en un tono forzado. Era mejor recibir la mala noticia enseguida que esperar toda la noche junto al río a que apareciera Lucas. Por muy amable que hubiera sido Dana, ahora quería que se marchara para poder llorar a solas.

—De nada. —Dana dejó de sonreír y se irguió. En ese instante, viéndola adoptar una postura vigilante y lista para el combate, percibí la guerrera que había en ella—. Viene alguien. ¿Estás segura de que esta vez no ha venido ningún vampiro?

—Solo uno, y no es peligroso. —Dana me lanzó una mirada que claramente significaba «¿Estás chiflada?». Yo seguí hablando como si no hubiera dicho nada sobre vampiros amistosos—. O es alguien de Riverton o es un alumno, así que actuemos con naturalidad. —Exacto.

Pero era yo quien iba a tener dificultades para actuar con naturalidad, porque la persona que venía por el paseo era Raquel.

—¡Hola! —dije alegremente—. ¡Creía que estabas en la librería!

—Me aburría. —Raquel sonrió—. Me he escabullido.

«Genial —pensé—. El pobre Balthazar va a pasarse el resto de la noche buscándola por toda la ciudad.»

—¿Y tú? Creía que ibas al cine a saludar a tus padres. —Miró a Dana con recelo.

Pero Dana sonrió y le ofreció la mano.

—Dana Tryon. Me alegro de conocerte. Soy una vieja amiga de Bianca y nos hemos encontrado en la calle. Vaya casualidad, ¿no?

—Ah, vale. —Raquel le estrechó la mano—. ¿Naciste donde Bianca?

—Fuimos juntas al colegio en Arrowwood —me apresuré a decir, agradeciendo la rapidez mental de Dana—. Sí, éramos inseparables. Por eso, al verla, he pasado de ir al cine.

Raquel sonrió, tragándose la historia.

—Guay. ¿Estáis dando un paseo?

—Básicamente, sí. —Al parecer, Raquel quería quedarse con nosotras. ¿Cómo íbamos a fingir una gran amistad? Solo nos habíamos visto dos veces.

Dana no pareció preocupada.

—De hecho, iba a comer algo. Bianca iba a acompañarme. ¿Quieres venirte?

—Bueno... acabo de comer... —Para mi sorpresa, vi que Raquel quería venir. La alegre personalidad de Dana la había seducido—. Pero me he saltado el postre. La tarta parecía bastante buena.

—¡Tarta! —Dana se rió alegremente—. ¿A quién no le gusta la tarta? Hecho.

La conversación fluyó durante toda la noche y nadie habría adivinado jamás que Dana y yo apenas nos conocíamos. Desde luego, Raquel no lo hizo, principalmente porque nos centramos en ella, preguntándole por sus proyectos artísticos, su monopatín y todo lo demás. Cuando la conversación se desviaba de los intereses de Raquel, Dana se ponía a hacerme preguntas absurdas sobre la historia que supuestamente compartíamos:

—¿Qué hace Hubert? ¡Dios mío, cómo tonteabais cuando erais crios! ¿De veras que nunca te importó que llevara aquellas gafas de culo de vaso? ¿Ni ir con él a aquellas conferencias tan aburridas?

—Oh, ya sabes —farfullé yo—. Antes era una intelectual.

—No lo dirías nunca si hubieras visto al tío con el que salió el año pasado —dijo Raquel.

—Me lo imagino. —Dana sonrió satisfecha. Supe que no podría resistirse a tomarle el pelo a Lucas con aquello.

—¿Y tú qué, Dana? —intervine yo—. ¿Sigues coleccionando muñecas recortables? Tenías un montón cuando me mudé.

Cuando Raquel se puso a reír, Dana me lanzó una mirada asesina, pero se estaba riendo.

—Creo que ya lo he superado.

Más o menos a mitad de la cena, Raquel se disculpó para ir al baño. En cuanto no pudo oírnos, Dana dijo: —Entonces, tú y Lucas. ¿Dónde y cuándo?

—Es mejor que volvamos a quedar aquí, en Riverton, delante del cine, por ejemplo. Digamos que el sábado después del día de Acción de Gracias, a las ocho de la tarde. —Seguro que, para entonces, Balthazar ya tendría permiso para sacarme del campus—. Lucas ya no estará en aislamiento, ¿no?

—Eso espero. —Dana sonrió—. Ahora ya he contribuido a la felicidad de la parejita, me siento una mujer decente.

—¿Decente? ¿Por qué no te creo?

—Porque eres más lista que eso, por eso.

Entre fingir que Dana y yo éramos amigas de toda la vida y reírme de sus bromas, no tuve tiempo para disgustarme demasiado por no haber visto a Lucas. La tristeza no me invadió hasta después, cuando volvimos a subirnos al autobús. Balthazar me miró con expresión interrogativa, queriendo saber si él y Lucas tenían un pacto; tuve que encogerme de hombros con disimulo y negar con la cabeza. El pareció comprender que el encuentro no se había producido, pero no tuvimos ocasión de hablar de ello. Una vez más, nos vimos obligados a agarrarnos el uno al otro cuando el autobús cruzó el río.

Esa noche, a la hora de acostarnos, Raquel estaba más contenta de lo que la había visto en todo aquel curso. Dana podía poner de buen humor a casi todo el mundo. En cambio, yo tenía la sensación de haber dejado una parte de mí junto a ese río, esperando a Lucas. Cerré los ojos con fuerza, intentando conciliar el sueño. Cuanto antes terminara aquel día, antes podría dejar de pensar en que debería haberlo visto. Y antes podría empezar a pensar en que pronto estaríamos juntos. Así era como tenía que planteármelo o, de lo contrario, no iba a poder soportarlo.

Pero hasta mis sueños conspiraron en mi contra.

—Tienes que esconderte —dijo Charity.

Estábamos en el viejo centro cívico donde yo me había encontrado por primera vez con la Cruz Negra el año anterior. El frío que se colaba por las ventanas rotas me caló hasta los huesos y me hizo tiritar. Charity estaba aferrada al marco de una puerta, como si no pudiera mantenerse en pie sin ayuda.

—No tenemos que escondernos —le dije—. Lucas no nos hará daño.

—No tienes que esconderte de Lucas. —Ella se apartó los rizos trigueños de la cara. Aunque el color de su tez era muy distinto al de Balthazar, ahora vi el parecido: el cabello ondulado, la estatura y la intensidad de sus ojos castaños—. Pero, aun así, tienes que esconderte.

¿De qué estaba hablando? Entonces creí saberlo. La última vez que estuve en aquel centro cívico, el edificio había ardido hasta los cimientos. ¿Eran eso las extrañas sombras que nos rodeaban? ¿Era humo?

—Está ardiendo —dije.

—No. Pero va a hacerlo. —Charity alargó una mano hacia mí. ¿Intentaba ponerme a salvo o quería arrastrarme al peligro?—. Lucas no sabe que vas a morir quemada.

—¡Él me salvará! ¡Vendrá a buscarme!

Charity negó con la cabeza y, a sus espaldas, vi el resplandor de las llamas.

—No lo hará. Porque no puede.

Me desperté entre resuellos, sintiéndome más sola que nunca.

Capítulo Doce

Romeo y Julieta no se conocen muy bien. —Las palabras, me parecieron extrañas, aunque las hubiera escrito yo—. Se enfrentan a sus padres por amor, arriesgan su vida por amor y, finalmente, mueren por amor, aunque solo se han visto unas pocas veces. Es una gran historia de amor que se basa en el enamoramiento. Shakespeare quizá debería haber permitido que se conocieran durante más tiempo.

—Todo lo que dice, señorita Olivier, es cierto, pero no estoy convencida de que eso sea un fallo argumental. —La señora Bethany estaba sentada a su mesa, tamborileando tan fuerte en la madera con sus largas y combadas uñas que el golpeteo era audible—. Romeo y Julieta son prácticamente dos desconocidos, incluso al final de la obra. Pero ¿no es posible que sea eso lo que Shakespeare quiere decirnos? ¿Que la clase de pasión loca y suicida que comparten Romeo y Julieta suele darse únicamente en la fase de enamoramiento? ¿Qué personas más maduras y expertas no deberían cometer sus errores?

Me hundí en la silla. Por suerte, la señora Bethany no quiso convertirme en el chivo expiatorio del día y miró a su alrededor.

—¿Quiere alguien más sugerir algún fallo que haya percibido en la obra?

Courtney alzó la mano, deseosa, como siempre, de ponerme en evidencia.

—Se comportaban como si acostarse sin estar casados fuera completamente imposible, y de eso nada, monada. La señora Bethany suspiró.

—Tenga presente que, pese a su humor impúdico, Shakespeare escribía por lo general para satisfacer la moralidad de su época. ¿Alguien más?

Por primera vez que yo recordara, Vic habló en clase.

—Si quiere mi opinión, el Bardo mete la pata haciendo que Tebaldo mate a Mercutio antes de que Romeo mate a Tebaldo. Se supone que son enemigos de sangre, ¿no? Y los Montesco no son mejores que los Capuleto, si ese príncipe del final está diciendo la verdad. De manera que habría sido más atrevido que Romeo y Tebaldo se pelearan solo porque se odian. Hacer que Tebaldo mate primero a Mercutio justifica que Romeo lo mate luego a él.

Esperé la inevitable confrontación, pero no ocurrió. La señora Bethany dijo:

—El señor Woodson ha dado un argumento excelente. Formulando el asesinato de Tebaldo por parte de Romeo como lo hace, Shakespeare pierde cierta ambigüedad moral.

Mientras la señora Bethany escribía «ambigüedad moral» en la pizarra, miré a Vic, que se encogió de hombros, poniendo cara de: «No puedo evitar ser un genio».

Pese al divertimento que me produjo oír a Vic y a la señora Bethany hablando de literatura, tuve una extraña sensación de vacío durante toda la clase y durante mucho tiempo después. En la biblioteca me senté sola en un rincón y me quedé mirando mis notas a la luz anaranjada y dorada que entraba por la vidriera. ¿Nos conocíamos realmente Lucas y yo? Nos habíamos conocido hacía más de un año y yo sentí una conexión especial entre nosotros dos desde el principio. Pero nuestra cita fallida en Riverton me había recordado que casi no habíamos podido estar juntos ni decirnos toda la verdad sobre nosotros o sobre cualquier cosa importante de nuestras vidas.

¿Y si éramos como Romeo y Julieta, que lo arriesgaron todo demasiado pronto?

Entonces me recordé sentada en aquella misma biblioteca con Lucas, cuyos cabellos bañados con la luz que se colaba por la vidriera parecían de bronce. Lo recordé contándome cómo había huido de casa cuando solo tenía cinco años, llevando un paquete de Oreo y un tirachinas. Nos recordé probándonos anticuadas prendas en la tienda de ropa usada de Riverton y coqueteando en el cenador, y recordé la primera vez que nos besamos.

Lo recordé diciéndome que me quería aunque fuera un vampiro, aunque le hubieran enseñado a odiar a los vampiros desde que nació. Y lo recordé tendido debajo de mí, arqueando el cuello para que se lo pudiera morder, ofreciéndome generosamente su sangre.

Aquello no era enamoramiento, era amor. Si algo tenía claro, era eso.

Sonriendo, cerré el cuaderno y también los ojos, para poder perderme mejor en aquellos recuerdos. Aunque tuviera que seguir adelante fingiendo que no echaba de menos a Lucas, podía continuar siendo fiel a él y a todo lo que teníamos. El tiempo que estábamos pasando separados no importaría, no si yo lograba mantenerme fuerte. No iba a entristecerme por todas las cosas que no podía ser nuestra relación, no teniendo en cuenta todas las cosas increíbles que ya era. Era hora de dejar de lamentarme y empezar a celebrarlo.

Mi madre no tuvo que hacer ningún arreglo al vestido del Baile de Otoño de aquel curso, y yo misma me ocupé del maquillaje, por lo que ella dispuso de más tiempo para peinarme. Mientras estaba sentada al borde de la cama en ropa interior, me soplé cuidadosamente en cada uña recién pintada con esmalte transparente y pensé en Patrice, que se había hecho la manicura y la pedicura prácticamente a diario.

—Patrice estaría orgullosa si me viera ahora.

—Deberías escribirle para contárselo. —Mi madre arrastró ligeramente las palabras; estaba hablando a pesar de tener varias horquillas en la boca—. Seguro que le encantaría tener noticias tuyas.

—Supongo. —Dudaba de que Patrice dedicara tiempo a pensar en nadie más que no fuera ella. De todas formas, le debía como mínimo una postal.

—Pensaba que a lo mejor te habías abierto un poco más —dijo mi madre mientras me ponía otra horquilla cerca de la nuca—. Que te estabas relacionando más con los que son como nosotros. Ahora que Balthazar y tú sois pareja, quiero decir.

—Supongo —dije—. Aunque se me hace un poco raro. Él es mayor que yo. —Aquello era quedarme corta, teniendo en cuenta que Balthazar había sido prácticamente uno de los primeros colonos en celebrar el día de Acción de Gracias.

Mi madre se encogió de hombros.

—Tu padre me lleva casi seis siglos. Créeme, después de los primeros cien años más o menos, casi ni se nota.

Mis padres hacían que esa diferencia de edad pareciera fácil de salvar; yo había crecido sin darle ninguna importancia. Solo ahora que estaba pasando más tiempo con Balthazar me daba cuenta de que esos años sí eran importantes.

—Aun así, es extraño.

—Lo sé. Tienes que empezar a pensar a largo plazo, como aprenden a hacer todos los vampiros, si son inteligentes. Eso es algo que Balthazar puede darte y que... Lucas no podía.

Me puse rígida y ella dejó de ponerme horquillas. Nos estábamos adentrando en un terreno peligroso, y las dos lo sabíamos. Mis padres y yo hablábamos de casi todo, menos de Lucas.

—No estoy con Balthazar para aprender —dije en voz baja—. De igual modo que no estuve con Lucas para rebelarme.

—Cariño, nunca pensamos eso. Nunca te culpamos por lo que sucedió con ese chico. Eso lo sabes, ¿no?

No me di la vuelta. Por algún motivo, me resultaba más fácil tener aquella conversación sin mirarnos.

—Lo sé.

Mi madre parecía más nerviosa que yo.

—Bianca, puede que haya un tema del que deberíamos hablar esta noche.

—¿Qué? —¿Había adivinado que tenía un secreto sobre Lucas? ¿Incluso que lo estaba viendo a escondidas?

Imaginé un montón de posibilidades distintas ante de que ella dijera:

—¿Necesitamos tener tú y yo otra conversación sobre sexo? «Oh, Dios mío.»

—Ya sé que te sabes la teoría. —Mi madre siguió adelante, aunque estaba segura de que acababa de ponerme como un pimiento morrón—. Cuando estás intimando con alguien, sobre todo con alguien que tiene más experiencia, como Balthazar, todo pasa a un plano mucho más real. A lo mejor tienes otras preguntas.

—Es un poco pronto para pensar en eso —me apresuré a decir. Tenía que ser mi madre quien me diera la única información que no quería oír—. Acabamos de empezar a salir.

—Si tú lo dices... —Parecía divertida, pero me dio una palma-dita en el hombro y, gracias a Dios, no volvió a sacar el tema mientras terminábamos de prepararme para el baile.

Acababa de ponerme unos zapatos plateados de puntera estrecha cuando oímos llamar a la puerta y, luego, a mi padre y a Balthazar saludándose en voz muy alta y dándose una palmada en la espalda, que era como habían empezado a comportarse últimamente entre ellos. Mi padre y Lucas también habían actuado de ese modo el año pasado. Puede que los hombres necesitaran pavonearse un poco cuando saludaban a los novios de sus hijas, o a los padres de sus novias. Mi madre me quitó una pestaña de la mejilla y me abrazó.

—Sal ahí fuera ¡y túmbalos!

Cuando entré en el salón, tanto mi padre como Balthazar se quedaron callados. Mi padre sonrió y echó el cuerpo hacia atrás, claramente orgulloso de mí. Balthazar no cambió de cara, pero hubo un destello de aprecio en sus ojos que me hizo estremecedoramente consciente de mi poder como mujer.

El vestido verde oscuro de satén no tenía tirantes, se me ceñía mucho al cuerpo y era muy escotado por detrás. Se me acampanaba ligeramente a medio muslo, para permitirme bailar. Llevaba un collar de ópalos engastados en plata de los años veinte que me había prestado mi madre y los pendientes a juego me rozaban la garganta. Mi madre me había trenzado el pelo y me lo había recogido en un moño, sujetándolo con un solo pasador de pedrería. Si el curso anterior me había sentido hermosa, en este era distinto. Por primera vez me sentía una mujer, no una niña.

Mis padres nos despacharon enseguida y Balthazar me ofreció su brazo para que yo me apoyara en él mientras bajábamos. Cuando mi zapato nuevo resbaló en uno de los desgastados escalones de piedra y yo me tambaleé, él me cogió por la cintura.

—¿Estás bien?

—Sí. —Lo miré y advertí lo próximo que estaba su rostro al mío. Seguía sujetándome muy cerca de él. Yo sabía que debía separarme, pero también sabía que él me deseaba, y no podía evitar que eso me gustara. Era la primera vez en mi vida que sentía que ser mujer me confería una clase única de poder.

—El pelo te queda muy bien así —dijo Balthazar escrutándome con sus ojos castaños—. Antes, las mujeres se peinaban así más a menudo. Siempre me gustó.

Una sonrisita asomó a mis labios.

—¿Así que te traigo recuerdos?

Por alguna razón, aquello rompió el hechizo y Balthazar se irguió. —Estoy contento con el momento presente. Venga, bailemos. Una vez más, el gran vestíbulo había sido transformado para la ocasión, aunque en un estilo completamente distinto. Las velas seguían encendidas junto a los espejos de latón batido, bañando la estancia con una vacilante luz dorada; pero ese año las paredes y las mesas estaban decoradas con millares de flores, de todas las clases, pero todas de un níveo color blanco. Hasta los oscuros suelos de piedra estaban salpicados de pétalos, lo cual suavizaba la totalidad del vestíbulo y le confería luminosidad.

Mientras Balthazar, alto y sofisticado con su esmoquin, me conducía a la pista de baile al son de la orquesta, vi que varias chicas le lanzaban miradas de admiración. En cierto modo, pensar en que Balthazar las ponía a cien, también me puso a mí. Es posible que a todos nos guste provocar celos de vez en cuando. Entonces vi a una persona que, desde luego, no estaba nada impresionada.

—Satén. —Courtney enarcó una ceja mientras miraba mi vestido. El suyo era dorado, escotado e impresionante, aunque el mío seguía gustándome más—. Qué atrevida eres llevándolo. Se arruga como una bolsa de basura en cuanto te sientas.

—Entonces tendré que asegurarme de que no paramos de bailar —dije alegremente—. Así no nos sentaremos en toda la noche. —Seguimos nuestro camino mientras ella intentaba sin éxito pensar en una réplica.

El año anterior había disfrutado en el baile, pero este año me lo estaba pasando en grande. Ya no tenía el corazón roto por Lucas; confiaba plenamente en nuestro amor. Aunque lo habría preferido como acompañante, también era consciente de que, probablemente, él no lo habría disfrutado tanto como yo. No, este año podía relajarme por completo y experimentar la emoción de bailar con Balthazar todas aquellas danzas de otra época. A nuestro alrededor sonaban violines, pianos y arpas, y los coloridos vestidos de las chicas se fundían y mezclaban con cada vuelta que dábamos; era como estar dentro de un caleidoscopio que no dejaba de girar.

—Bailas mejor el vals —dijo Balthazar cuando ya casi había pasado la mitad de la velada—. ¿Has practicado?

—En mi habitación he estado probando. Y soportando las risas de Raquel.

—Ha valido la pena. —Se acercó más a mí hasta casi rozarme la oreja con los labios y susurró—: ¿Ahora?

Eché un vistazo a las esquinas del gran vestíbulo; la mayoría de los profesores acompañantes no estaban; seguro que habían salido a vigilar los jardines, donde se escabullirían la mayoría de las parejas para estar a solas.

Nos desplazamos hasta el borde de la pista de baile y salimos del gran vestíbulo, riéndonos como si fuéramos a regresar enseguida. Cuando empezamos a subir las escaleras de la torre norte, nos cruzamos con un par de chicos vestidos de esmoquin que se quedaron mirándome durante lo que a mí me pareció una eternidad. Cuando se hubieron ido, dije:

—¿Crees que sospechan algo?

—¿Por cómo te han mirado? Creo que me estaban envidiando. —Balthazar suspiró—. Si ellos supieran... Venga.

No nos cruzamos con nadie más cuando llegamos a la planta de los dormitorios de los chicos y seguimos subiendo. En mi fuero interno maldije el golpeteo de mis zapatos de tacón en los peldaños de piedra, una prueba concluyente de que era una chica la que estaba subiéndolos; pero, de todas formas, conseguimos llegar a la puerta de los archivos. Vacilé, y luego llamé. Lucas y yo no podíamos ser los únicos que habían descubierto que aquel era un buen sitio para estar solos, y lo último que quería era sorprender a una pareja besuqueándose. Viendo que nadie respondía, Balthazar dijo: —No hay moros en la costa.

Entramos rápidamente en los archivos. Era evidente que alguien había estado allí después de que yo viera la aparición, probablemente la señora Bethany. Habían cambiado de sitio cajas y baúles, y, por primera vez que yo recordara, habían limpiado la estancia de arriba abajo. Las ventanas estaban tan limpias que eran invisibles y parecía que la gárgola del exterior fuera a entrar de un salto en cualquier momento. Habían quitado las telarañas de todos los rincones.

—¿Qué buscamos? —dijo Balthazar.

—Cualquier cosa que explique por qué ha empezado la Academia Medianoche a admitir alumnos humanos. Lucas necesita saberlo. Si se lo podemos decir cuando le expliquemos lo de Charity y... lo demás, la cosa irá mejor. Además, ¿no quieres saberlo?

—Siempre he pensado que la señora Bethany lo hacía por dinero. La gente hace muchas cosas por dinero.

—Sí quisiera dinero, podría haber empezado a admitir alumnos humanos hace años. Como tú dijiste, la señora Bethany detesta cambiar las reglas. ¿Por qué ha cambiado esta? Además, si solo se tratara de ganar dinero para la Academia Medianoche, no ofrecería becas a alumnos humanos como hace. Raquel tiene una beca, y no es la única.

Balthazar asintió, reconociendo que le había proporcionado un buen argumento, pero no pareció mucho más entusiasmado de estar allí.

—La última vez que subiste despertaste a un fantasma.

—Si quieres volver abajo...

—No pienso dejarte sola aquí —dijo con tanta firmeza que sentí vergüenza de haber bromeado siquiera sobre el hecho de que pudiera estar asustado.

—Creo que, hasta ahora, he visto fantasmas tres veces en tres sitios distintos: el gran vestíbulo, las escaleras y aquí. No creo que tenga nada que ver con esta habitación en concreto.

Era obvio que Balthazar no estaba convencido, pero solo dijo:

—¿Qué buscamos?

—Cualquier relación entre vampiros que estudiaron aquí hace tiempo y alumnos humanos actuales.

—Eso no reduce mucho la búsqueda, Bianca. —Aquello era quedarse muy corto: pese a la limpieza de la señora Bethany, la estancia seguía atestada de pilas de cajas con documentos que se remontaban a hacía más de dos siglos—. Supongo que más nos vale empezar.

Abrimos dos cajas y nos pusimos a hojear las viejas páginas que contenían. Los frágiles documentos soltaban polvo y tuve que sacudirme continuamente el vestido; no podíamos volver abajo hechos un desastre.

Balthazar recitó una lista de nombres mientras yo leía otra mentalmente: Tobías Earnshaw, Agatha Browning, Dhiram Patel, Li Xiaoting, Tabitha Isaacs, Noor Al-Eyaf, Jonathan Donahue, Sky Kahurangi, Sumiko Takahara. Los nombres que encontramos pertenecían a países y siglos distintos; lo único que tenían en común era que no nos sugerían nada. La Academia Medianoche era un centro relativamente pequeño, por lo que, entre Balthazar y yo, nos sabíamos los nombres y apellidos de casi todos los alumnos humanos. Ninguno de ellos guardaba relación aparente con los vampiros que encontramos en los archivos.

—Parecía buena idea —refunfuñé sacudiéndome las manos.

—No hemos demostrado tu teoría, pero tampoco la hemos refutado. El problema es que hay demasiados documentos. No podremos encontrar nada sin tener más información sobre lo que buscamos. —Balthazar se sacó un reloj de bolsillo de la chaqueta y frunció el entrecejo—. Necesitamos volver pronto. Advertirán nuestra ausencia, pero si volvemos supondrán...

—Vale. —Pensar en lo que supondría la gente me hizo sentir vergüenza y no me atreví a mirarlo a los ojos.

—Seguiremos investigando, te lo prometo.

—Gracias.

Adicción

Bajamos sin que nadie nos viera y Balthazar pareció aliviado.

—Bien. No quiero darte fama de escandalosa.

—¿Se puede escandalizar a los vampiros?

—Tú deberías saberlo mejor que nadie. —Me cogió de la mano y volvimos a la pista de baile—. Venga, escandalicémoslos.

Esta vez, cuando empezamos a bailar, no fue solo por diversión. Balthazar me abrazaba más fuerte que antes, más fuerte de lo que nadie salvo Lucas me había abrazado nunca, de modo que nuestros cuerpos estaban pegados. No formábamos parte de la procesión de bailarines que giraban a nuestro alrededor. Nos movíamos despacio, como si no hubiera nadie más en el mundo y estuviéramos completamente solos. En realidad, yo era más consciente que nunca de que nos estaban observando. Percibía la diversión de los profesores acompañantes, el interés de los alumnos y los celos de Courtney.

«Todo es un juego —me dije—. No significa nada para ninguno de los dos. No pasa nada por divertirse.»

En un momento dado, Balthazar rozó el vestido de otra chica con la mano e hizo una mueca de dolor.

—¿Qué...?

Dejamos de bailar y nos dirigimos a un lado de la pista. Le cogí la mano y vi una gotita de sangre en su dedo índice.

—Debía de tener el vestido prendido con alfileres.

Balthazar empezó a agitar la mano, pero paró. Despacio me acercó el dedo a los labios, ofreciéndome su sangre.

Los vampiros que nos rodeaban lo interpretarían como un coqueteo. Beber una gota de sangre de otro era un acto muy íntimo para los vampiros. El que la bebía podía sentir los deseos y emociones más secretos del otro. ¿Me había ofrecido Balthazar su sangre solo para seguir con la ilusión de que estábamos juntos, o lo hacía en serio?

En ambos casos, no podía negarme.

Me metí la punta del dedo en la boca y le rocé la yema con la lengua. Me supo a sal. Aunque solo era una gota de sangre, me bastó para percibir un destello de lo que sentía, una imagen congelada de lo que ocurría: yo bailando con el

vestido verde, más morena y mayor y un millar de veces más hermosa de lo que era en realidad.

Tragué, y fue como si el mundo regresara de golpe.

—Mucho mejor —dijo Balthazar en voz baja, mientras retiraba lentamente el dedo. Advertí que yo había cerrado los ojos.

Aturdida, intenté recomponerme.

—Bien... bueno... o sea, bien. —Él me sonrió y casi pareció orgulloso de sí mismo. Volviéndome hacia la pista de baile, dije demasiado alegremente—: Bailemos, ¿vale?

—Vale. —Balthazar me cogió de la mano y, en el momento perfecto, justo al compás, se incorporó a la pista de baile. El remolino de gente girando a nuestro alrededor me atrapó, como si pudiera sentir el ritmo de la música en mi propio pulso. El embriagante sabor de la sangre me había mareado. «Nunca más —pensé—. A Lucas no le gustaría nada.»

Di un resbalón y fui a disculparme, pero volví a resbalar. Cuando me agarré al hombro de Balthazar para afianzarme, él frunció el entrecejo y advertí que también estaba teniendo dificultades para no caerse. Al mirar al suelo, vimos que estábamos pisando hielo.

En todo el vestíbulo, la gente comenzó a murmurar y a dar gritos de horror cuando la fina capa de hielo se convirtió en una gruesa superficie irregular de color blanco azulado. Una o dos personas se cayeron al suelo y una chica gritó. Me fijé en un ramo de flores blancas colgado de la pared: todos los pétalos estaban cubiertos de escarcha, relucientes y totalmente congelados.

— ¿Es este... ? —musitó Balthazar.

—Aja.

El mismo viento frío que yo recordaba barrió el gran vestíbulo y varias velas se apagaron. La orquesta dejó de tocar, instrumento a instrumento, pasando de la melodía a un estruendo que dio paso al silencio. Algunos de los profesores acompañantes habían empezado a guiar a los alumnos hacia las puertas, pero, por muy asustados que estuviéramos todos, ninguno quería dejar de mirar. Un hielo azulado cubrió paredes y ventanas. En las vigas del techo se formaron carámbanos tan gruesos como estalactitas, cada vez más largos. En cuestión de segundos pasaron de tener medio metro a alcanzar los tres metros de longitud, haciéndose más gruesos que yo. Noté el frío en la piel, pero no en forma de

copos blandos y esponjosos como la otra vez, sino como un aguanieve que pinchaba.

—¿Qué hemos hecho? —Me aferré a la chaqueta de Balthazar—. ¿Hemos despertado a un fantasma?

—¿Un fantasma? —Al parecer, Courtney había oído la última palabra que no queríamos que nadie oyera—. ¿Es esto un fantasma?

Comenzó a cundir el pánico. Todo el mundo echó a correr en tropel hacia las salidas, pero la gente resbalaba en el hielo y chillaba, arrastrando a otros en su caída y creando un tumulto. Balthazar me agarró por la cintura y me tapó la cabeza con el otro brazo para protegerme. El viento frío volvió a azotar el vestíbulo, apagando las velas que quedaban. A cada segundo, había más oscuridad; a cada segundo, yo tenía más miedo.

«Ellos sabrán qué hacer —pensé, aunque ahora estaba temblando de la cabeza a los pies—. Seguro que la señora Bethany, mis padres o alguien sabe cómo parar esto, porque, oh, Dios mío, alguien tiene que pararlo...»

La escarcha que cubría la única ventana del vestíbulo que no tenía vidrieras comenzó a derretirse en algunos puntos, trazando unas letras que formaron una palabra: NUESTRA.

Luego el hielo comenzó a resquebrajarse por todas partes: paredes, techo, suelo. Mientras nos desplazábamos hacia un lado, desequilibrados por el hielo que se estaba agrietando bajo nuestros pies, oí un fuerte crujido. Al alzar la vista, vi que las estalactitas temblaban y se desprendían, cayendo sobre nosotros como afilados cuchillos de hielo de tres metros de longitud.

Todo el mundo gritó. Balthazar me arrojó al suelo y cubrió mi cuerpo con el suyo. Mientras contenía el aliento por la impresión del frío en la piel y el peso de Balthazar sobre mí, vi una estalactita estrellándose contra el suelo a poco más de un palmo de nosotros. Fragmentos de hielo salieron despedidos en todas direcciones, clavándoseme en los brazos; oí que Balthazar maldecía y supe que había sufrido mayor impacto que yo. El pesado bloque de hielo se volcó junto a nosotros; por unos pocos milímetros no aplasta a Balthazar.

Entonces el cristal de la ventana se hizo añicos cayendo estrepitosamente al suelo.

Todo terminó tan deprisa como había empezado. A nuestro alrededor, oí llantos y gritos aislados. Balthazar se puso boca arriba, cogiéndose la espalda y

haciendo una mueca de dolor, y yo miré los destrozos. Todo estaba empapado de agua y el suelo estaba sembrado de adornos caídos, zapatos de satén y enormes pedazos de hielo derritiéndose.

—Balthazar, ¿estás bien?

—Sí. —Habría sido más convincente si no hubiera seguido tendido en el suelo—. ¿Y tú?

—Sí. —Por primera vez, caí en la cuenta de que podría haber muerto; era posible que Balthazar me hubiera salvado la vida—. Gracias por...

—Tranquila.

Miré la ventana, donde la espectral palabra ya casi había desaparecido. ¿Qué estaban reclamando los fantasmas? ¿La estancia de los archivos? ¿La torre norte?

¿O la mismísima Academia Medianoche?

Capítulo Trece

Diría usted que los acontecimientos de anoche guardan alguna semejanza con los que ya experimentó anteriormente?

Sentada a su mesa, la señora Bethany tomaba notas sin lanzar una sola mirada a lo que estaba escribiendo. En vez de eso, no despegaba sus oscuros ojos de mí.

—Lo que vi en los archivos me dio menos miedo. —Comprendí la futilidad de mi comentario cuando ella frunció el entrecejo—. Hacía frío, y hubo una imagen en la escarcha, la cara de un hombre, pero ninguna palabra. Y él me habló. Dijo: «Basta».

—¿«Basta»? —Mi padre estaba de pie a un lado de mi silla; al otro lado, tenía sentada a mi madre. Me habían acompañado a la reunión y parecían más asustados por la aparición del gran vestíbulo que yo, lo cual era muy revelador. Mi padre se agarraba tan fuerte al brazo de mi silla que se le marcaban todas las venas de la mano—. ¿Qué significa «basta»?

—No lo sé —dije—. Sinceramente, no tengo ni idea.

La señora Bethany se llevó el bolígrafo a los labios en una actitud pensativa.

—Usted no estaba haciendo nada raro ahí arriba. Solo esperaba al señor Moore, ¿no?

Iba a tener que decir parte de la verdad, de ello dependía la seguridad de otras personas.

—Estuve leyendo algunas cartas mientras esperaba.

—¿Cartas? —La señora Bethany entornó los ojos.

—Solo para pasar el rato. —¿Sonaba convincente? Iba a tener que confiar en que lo fuera—. Y... Balthazar y yo hemos vuelto a subir esta noche.

Por suerte, nadie me preguntó por qué lo habíamos hecho. Supongo que les pareció evidente; o eso, o no estaban pensando con claridad. Mis padres estaban más nerviosos de lo que yo habría imaginado.

—¿Qué cartas, cariño? —Mi madre me puso una mano en el hombro—. Cuéntanos todos los detalles. Todo lo que recuerdes. Podría ser importante.

—¡No hay mucho que recordar! Solo, miré unas cartas. Ninguna me llamó la atención. No sé por qué iban a enfadarse los fantasmas.

—La cuestión es qué los ha provocado —comentó mi padre apretando los dientes. Tenemos que averiguarlo, y cuanto antes mejor.

—Disculpa, Adrián, pero esa no es la cuestión. —La señora Bethany dejó el bolígrafo sobre la mesa—. La cuestión es cómo deshacernos de este fantasma. Hay, como tú sabes, formas constructivas de abordar este problema.

Mi madre me apretó el hombro, la mano temblándole. La miré con curiosidad, pero su expresión era impenetrable.

Mi padre no pareció haber oído lo que la señora Bethany acababa de decir.

—Los fantasmas odian a los vampiros. Son hostiles y peligrosos. Los hechos de ayer por la noche lo demuestran más allá de toda duda.

—No te he discutido eso —dijo la señora Bethany—. Solo me refería a que debemos seguir centrados en nuestros objetivos en vez de preocuparnos excesivamente por los fantasmas.

Las palabras de mi padre me recordaron una pregunta que me hacía desde que hablé por primera vez de fantasmas con Balthazar.

—¿Por qué odian los fantasmas a los vampiros?

Mis padres se miraron, preguntándose claramente qué decir. La señora Bethany se cruzó de brazos y fue ella quien respondió.

—Ninguno de nosotros sabe exactamente de dónde proviene, sea vampiro, humano o fantasma. Las versiones varían, y la ciencia tiene muy poco que decir a los que hemos sobrevivido a nuestra vida mortal. Pero hay leyendas que llevan el sello de autenticidad.

—¿Leyendas?

—Hubo una época en que solo existieron los humanos —dijo la señora Bethany—. Eso ocurrió hace muchísimo tiempo. Antes de que existiera la historia, antes incluso de que el hombre desarrollara la conciencia. Por consiguiente, también fue una época anterior a... la moralidad. Los propósitos. Las emociones. El hombre vivía como un animal, tan unido a los placeres de la carne como alejado estaba del conocimiento del alma. Lo que la humanidad atribuye hoy a lo sobrenatural (la precognición, la telepatía y la interpretación de los sueños, facultades que trascienden las de la carne), todo eso formaba parte del mundo natural, tan simple y evidente como la gravedad. Pero el

Adicción

hombre evolucionó. Desarrolló la conciencia. Y la conciencia trajo consigo la facultad de pecar.

No podía despegar los ojos de la señora Bethany. Jamás había oído hablar de nada de aquello hasta ese momento y, a juzgar por el mudo interés de mis padres, quizá tampoco ellos.

La señora Bethany continuó, por una vez su voz desprovista de frialdad o desdén.

—Llegó el día en que el ser humano asesinó por primera vez con premeditación, a propósito, sabiendo el significado de quitarle la vida a un semejante. Cuando se asestó ese golpe, los lazos entre los mundos natural y sobrenatural se rompieron. Aunque la vida de esa primera víctima se segó, su existencia no lo hizo. La parte sobrenatural del primer hombre asesinado se dividió en dos: cuerpo y espíritu. Los vampiros somos el cuerpo no muerto. Los fantasmas son el espíritu no muerto. Nuestros poderes no son los mismos. Nuestras conciencias son distintas. Y los vampiros estamos separados de ellos y de la humanidad desde entonces.

La cabeza me daba vueltas con tanta información nueva.

—No puedo demostrarlo, pero muchos de nosotros lo creemos desde hace mucho tiempo —dijo la señora Bethany—. Yo misma me inclino a creerlo.

—¿Se refiere a que, cada vez que se crea un vampiro, también se crea un fantasma?

—No. Nuestro árbol genealógico se dividió con aquel primer asesinato. Los vampiros somos capaces de crear más de los de nuestra especie. Los fantasmas tienen que ser más creativos. —Una extraña sonrisa le asomó a los labios—. Pero también pueden crearse fantasmas de forma espontánea. Determinadas clases de asesinatos, sobre todo los que entrañan una traición o promesas rotas, tienden a crear fantasmas. Es poco frecuente, pero puede suceder.

—Si los vampiros y los fantasmas ya no tenemos ningún tipo de relación, ¿por qué nos odian?

La señora Bethany me escrutó atentamente antes de decir:

—La mayoría de los fantasmas ya no pueden mantener ninguna forma física. Debe de irritarles muchísimo ser testigos del mundo sin poder participar en él. Así es como reaccionaría usted, señorita Olivier, si se sintiera así de atrapada e

impotente y viera a otra criatura no muerta que aún puede sentir, actuar y disfrutar de su tiempo en la tierra. Piense en cuánto más cerca estamos de experimentar la vida. ¿Lo ve más claro ahora?

—Sí, supongo que sí.

—Si presencia alguna otra cosa, naturalmente, infórmeme de inmediato. Adrián, Celia, gracias por traérmela con tanta rapidez.

—¿Ya está? —Mi madre negó con la cabeza—. ¿No podemos hacer nada más para proteger... para que los alumnos estén seguros?

—Los alumnos deberían simplemente asegurarse de no pasar demasiado tiempo solos. —La señora Bethany enarcó una ceja—. Sobre todo en habitaciones aisladas lejos de los profesores con la esperanza de que sus amantes lleguen enseguida.

—La próxima vez iré con Balthazar —prometí. La señora Bethany frunció el ceño, pero vi que a mis padres les hacía gracia.

Salimos de la cochera y nos pusimos a caminar hacia el internado. Era un día nublado, exageradamente frío para ser otoño, y deseé haber traído un abrigo más grueso. Mi padre me rodeó con el brazo.

—¿No estás preocupada? —No. ¿Y ustedes?

—No —dijo mi madre. Cuando vio mi expresión, suspiró—. Está bien, sí, pero sin motivo. Solo porque somos tus padres y te queremos.

—¿A qué se refería la señora Bethany con «formas constructivas» de deshacerse de los fantasmas? —pregunté.

—Esperemos que ese dichoso fantasma se haya ido ya —dijo mi padre, lo cual no fue exactamente una respuesta. Antes de que pudiera preguntarles nada más, mi padre sonrió y saludó—. Mira a quién tenemos aquí.

Balthazar venía hacia nosotros por el jardín, con un abrigo largo y una bufanda de color azul oscuro enrollada alrededor del cuello.

—¿Cómo ha ido la inquisición?

—Tan divertida como te puedes imaginar —dije.

—Bueno, mientras este sitio siga embrujado, creo que podríamos probar a hacer algo un poco distinto. —Balthazar hizo uso de su sonrisa más encantadora, que era para morir, la verdad—. Con su permiso, claro, señores Olivier.

—¿A qué te refieres? —preguntó mi madre.

—Si les parece bien, esperaba poder sacar a Bianca del campus de vez en cuando. A partir de este fin de semana, quizá. Podríamos ir a Riverton, o a donde sea, y ella podría enseñarme algo sobre cómo se vive en el siglo **XXI**. Yo podría contarle más cosas de los sitios en los que he estado. —Balthazar lo planteó como si se le acabara de ocurrir, no como si lleváramos semanas planeándolo—. Sé que es demasiado joven para salir del campus con su novio, pero, mientras ese fantasma ronde por aquí, yo me sentiría más seguro en otro sitio. Seguro que Bianca también. —Desde luego que sí —dije.

Mis padres no se olieron nada. De hecho, parecieron entusiasmados, demasiado, la verdad. Sabía que Balthazar les caía bien. ¿A quién no? Pero parecían demasiado impacientes por emparejarnos. Aun así, mientras eso nos favoreciera, yo no iba a protestar. Mi padre se dirigió primero a Balthazar.

—La traerás de vuelta a una hora decente.

—Por supuesto.

—Y nos mantendrás informados de lo que hacéis y de dónde estáis —dijo mi madre levantando los talones del suelo.

—En todo momento —prometió Balthazar—. También le pediré permiso a la señora Bethany.

—Yo me ocupo de eso —dijo mi madre—. Es más probable que diga que sí si se lo pedimos nosotros.

—Esto es una gran responsabilidad —me dijo mi padre—. ¿Seguro que estás preparada?

Yo solo estaba pensando en que pronto volvería a estar con Lucas.

—Estoy preparadísima.

Ellos sonrieron, tan contentos y confiados que me sentí mal por mentirles, pero sabía lo que tenía que hacer, y no iba a echarme atrás.

En el período inmediatamente posterior al Baile de Otoño, la gente estuvo bastante histérica. Raquel comenzó a hacer el equipaje para fugarse del internado en tres ocasiones distintas y, en cada una, yo tardé más de media

hora en tranquilizarla. Nos pasamos una semana durmiendo con las luces encendidas, y no fuimos las únicas. Se sumaron más profesores para hacer guardia en los pasillos durante la noche. En una ocasión incluso vi a la mismísima señora Bethany caminando resueltamente por un pasillo con una vela en la mano, tan alerta que casi parecía impaciente.

Nadie se acercaba al gran vestíbulo para estudiar, pasar el rato o hacer cualquier otra cosa. La lona alquitranada que cubría la ventana rota mientras no llegaban los cristales nuevos no era la mejor solución, y dejaba entrar frías ráfagas de aire invernal, pero esa no era la razón de que la gente se mantuviera alejada de ella. Cuando llegó el fin de semana, yo estaba más que preparada para pasar unas horas fuera del internado por otros motivos aparte de ver a Lucas, aunque, por supuesto, él continuaba siendo la razón más importante de todas.

—¿Estoy bien? —Me di varias veces la vuelta delante del espejo, intentando ignorar la leve borrosidad de mi reflejo. Llevaba demasiado tiempo sin sangre; tendría que beber un poco de camino a la ciudad.

—Por enésima vez, estás estupenda —dijo Raquel sin alzar la vista de su último proyecto artístico. Se había refugiado en el arte para rehuir sus miedos—. Balthazar te ve todos los días, no puede decirse que no sepa qué pinta tienes.

—Eso ya lo sé. —Me había vestido bastante informalmente por ese motivo, con vaqueros y una afelpada chaqueta azul, pero, naturalmente, era a Lucas a quien iba a ver.

Raquel dejó sus tijeras y revistas.

—Está claro que la señora Bethany hace favoritismos. Me alegro de que puedas pasar la tarde fuera del internado, pero ojalá pudiéramos hacerlo todos.

—Sé que no es justo, pero de momento no se lo voy a comentar. Además, sabes mejor que nadie que yo no estoy en su lista de alumnos favoritos. Solo tengo suerte de que Balthazar sí lo esté.

—Balthazar está loco por ti, se ve a la legua.

Fingí que me retocaba el maquillaje frente al espejo para que no pudiera percibir la incertidumbre de mis ojos.

—Es estupendo.

—Lo principal es que estéis enamorados y sois felices. —Era la afirmación más romántica que le había oído decir nunca. Tanto era así que habría creído que estaba bromeando de no ser por su tono de voz—. Lo demás no importa, ¿no?

Raquel se había acercado más a la verdad de lo que imaginaba.

—Así es.

—Bien. —Nos sonreímos y entonces Raquel puso los ojos en blanco—. No te creas que te voy a abrazar ni nada de eso. —¡Gracias a Dios!

Me arrojó una bola de papel que esquivé.

Balthazar había pedido prestado el sedán gris del internado para ir a Riverton. Escuchamos música en la radio, yo intentando sintonizar mis cantantes favoritos mientras Balthazar insistía en que buscara una emisora donde pusieran música carroza.

—Tienes que ponerte al día —insistí—. ¿No es por eso por lo que estás en la Academia Medianoche?

—A lo mejor estoy por la compañía —dijo con una sonrisa burlona.

El buen humor nos acompañó hasta que estuvimos cerca del Riverton y nos aproximamos al puente que cruzaba el río. Balthazar paró en el arcén en un intento por tranquilizarse.

—Lo odio —dijo—. Profundamente.

—¿Cómo conseguiste viajar a Europa, el Caribe y todos esos sitios? Si cruzar un río es malo, ¿no es imposible cruzar un océano?

—De hecho, las masas de agua grandes son más fáciles en algunos aspectos. Siempre que estamos demasiado estresados, si tenemos que hacer un viaje transoceánico o nos quedamos atrapados en suelo sagrado, básicamente nos sumimos en un largo letargo. Es como hibernar, creo. El estado de trance nos protege. De lo que hay que tener cuidado es de que los humanos no te encuentren mientras estás inconsciente. Nosotros no tenemos pulso, y no nos despertamos fácilmente; es un buen modo de que terminen dándote por muerto, por realmente muerto, quiero decir. Una vez te entierran en suelo sagrado, se acabó.

—O te incineran.

—Exactamente. Pero, si estás en un barco, puedes esconderte durante unas cuantas semanas. Te despiertas muerto de hambre, pero eso tiene remedio. En

un avión, suponen que estás dormido y normalmente recobras el sentido poco después de que el avión haya vuelto a sobrevolar tierra firme. No me malinterpretes, no es divertido. Pero al menos de esa forma pasas lo peor durmiendo. Esto... esto no es nada salvo la impresión.

Pensé en todas las absurdas películas de vampiros que había visto en televisión, donde condes rumanos vestidos con capas negras viajaban por mar a Inglaterra dormidos en sus ataúdes. Ahora me daba cuenta de que aquellas leyendas estaban basadas en hechos reales. La forma más segura de cerciorarte de que llegabas a tu destino era embarcarte como cadáver. ¿Quién se iba a imaginar que las películas de terror podían enseñar algo?

El río relució ligeramente a la luz de la luna y yo sentí la tenaza del miedo.

—¿No podemos hacerlo ya? El fin de semana pasado no fue tan malo, porque lo hicimos deprisa. Quizá sea lo mejor. Balthazar se volvió hacia mí, mirándome atentamente. —¿Tú también lo sentiste la última vez? —Oh. Hum, sí.

—Estás empezando a sentir más de lo que sentimos nosotros. Cada vez eres más vampiro.

Parecía bastante entusiasmado con la idea.

—También necesito sangre más a menudo —confesé—. Y he empezado a pensar en... bueno, matar cosas. Ardillas.

—¿Has matado algo?

Se me cayó la cara de vergüenza.

—Un ratón, una vez. —Aún recordaba su lastimoso grito.

—Tranquila. Todos necesitamos sangre fresca de vez en cuando.

—No dejo de repetirme que en realidad no es peor que comer-se una hamburguesa de lo que antes ha sido una vaca.

—No lo es. —Balthazar se quedó un momento callado antes de preguntar—: ¿Se lo has contado a Lucas?

—Sí —mentí. No le había contado nada, porque apenas había tenido ocasión; así como tampoco pensaba contarle a él nada sobre los poderes vampíricos que había adquirido Lucas.

—¿Sabe que pronto serás un vampiro completo? ¿Está listo para afrontar eso?

—No seré un vampiro completo hasta que mate a un ser humano, y va a pasar bastante tiempo antes de que eso suceda, ¿de acuerdo?

—No he conocido a nadie como tú, Bianca. A nadie que haya nacido para ser vampiro. Pero, tal como yo lo veo, no puedes posponerlo eternamente. Tarde o temprano, tendrás que matar.

—Tengo que poder elegir —insistí—. ¿Sabes qué pasaría si no matara nunca a nadie?

—No. —No dudé de que estuviera diciendo la verdad—. ¿Lo sabes tú?

—Lo único que sé es que Lucas me ama sin que le importe lo que soy.

Balthazar apretó los labios y puso la primera. —Terminemos de una vez con esto —masculló, y pisó el acelerador a fondo.

Cuando aparcamos delante del cine, Lucas ya estaba allí, con las manos en los bolsillos. Alzó la cabeza y sonrió, pero entonces vio a Balthazar. Se quedó inmóvil, instantáneamente en guardia. Yo sonreí para mostrarle que no sucedía nada, pero él no pareció tranquilizarse.

—Hola —dije mientras corría hacia él—. Tranquilo, Balthazar nos está ayudando.

—¿Y por qué iba a hacerlo? —Lucas entornó los ojos. Balthazar se cruzó de brazos. —No hay de qué.

—Haced el favor de parar —dije. Las luces de la marquesina parpadeaban rítmicamente y en la cartelera aparecían Bogart y Bacall en Tener y no tener. Besé a Lucas en la mejilla, lo cual consiguió que por fin dejara de mirar con cara de pocos amigos a Balthazar—. Lucas y yo nos vamos un segundo a hablar, ¿vale, Balthazar?

A Lucas no pareció entusiasmarle que yo acabara de pedir permiso a Balthazar. Lo cogí rápidamente del brazo y me lo llevé a un lado del cine. Balthazar se apoyó en el coche, enarcando una ceja. Cuando doblamos la esquina, susurré a Lucas:

—Te lo puedo explicar.

—De todas las personas del mundo a quien podías contarles esto...

—No se lo conté, lo descubrió. Básicamente, me pilló cuando volvía al internado la última vez que nos vimos. Pero no nos delatará, Lucas. Incluso está dispuesto a ayudarnos a vernos siempre que nosotros lo ayudemos con Charity.

—¿De qué estás hablando?

Había olvidado que Lucas no sabía cómo se llamaba la vampira.

—La vampira de Amherst.

—Un momento... ¿Charity? ¿Se llama así? Has averiguado quién es. —Sonrió con tanto orgullo que toda la tensión del momento desapareció al instante—. Estoy enamorado de un genio.

—No exactamente. Solo sé cómo se llama porque resulta que Balthazar es su hermano.

-¿Qué?

Le conté la parte de la historia que creía que comprendería: que habían vivido en la Nueva Inglaterra colonial, que habían sido diezmados por unos vampiros y que Balthazar insistía en que necesitaba encontrar a Charity para poder cuidar de ella y sacarla del peligro.

—¿Sacarla del peligro? —preguntó Lucas—. ¿No habría que hacer eso con los seres humanos que la rodean?

—Por supuesto que no. Ya te dije que no era una asesina.

—Y confío en tu palabra. Pero esa chica, Charity, anda con unos vampiros que sí son un problema.

—Bueno, si se ha juntado con gente poco recomendable, Balthazar puede sacarla de allí, o al menos eso cree. Si lo ayudamos, él está dispuesto a ayudarnos a nosotros. Nos dirá todo lo que sabe sobre vampiros y fantasmas...

—Oye, oye, para el carro. ¿Fantasmas? ¿Qué pintan los fantasmas en todo esto?

—Hay un fantasma en la Academia Medianoche. —La expresión de Lucas me hizo sonreír en contra de mi voluntad—. Sí, justo cuando parecía que no podía pasar nada más.

—Vaya mierda.

—Te lo cuento luego, ¿vale? El caso es que Balthazar puede darnos mucha información que no podríamos obtener de ninguna otra forma. Incluso está dispuesto a ayudarme a salir del internado para verte. Lo único que quiere es

Adicción

una oportunidad para encontrar a su hermana. Podemos ayudarlo a hacerlo, ¿verdad?

Lucas guardó silencio durante varios segundos antes de decir:

—Creía que ese tío me odiaba a muerte.

—No le caes bien, pero mantendrá su palabra.

—¿Y cómo te está ayudando a salir de Medianoche? ¿Conoce algún pasadizo secreto o qué?

Ahora venía la parte difícil.

—Bueno, como él es mayor y bastante responsable, hemos hecho que parezca que me está enseñando a ser un vampiro, y mis padres y la señora Bethany le dejan hacerlo. —Respiré hondo y dije—: Les hemos convencido de que salimos juntos.

Silencio. Lucas me miró con recelo.

—No salimos juntos para nada. Lo entiendes, ¿verdad? Porque desde luego yo sí, y él también. —Al menos, esperaba que Balthazar lo entendiera.

—Sí, lo entiendo. —Lucas no parecía convencido—. Pero tú siempre le has gustado. Me acuerdo de cómo estuvo contigo la noche del Baile de Otoño. Posesivo. Muy posesivo.

—De hecho, mi acompañante era él, ¿recuerdas? Porque tú perdiste los estribos en Riverton y yo me asusté.

—Llevo toda la vida resolviendo las cosas a puñetazos, Bianca. Cuando te dedicas a cazar vampiros, es el mejor modo de sobrevivir.

Me acerqué más a él, y percibí el olor de su piel.

—Lo entiendo. Así que, por favor, intenta entender esto tú. Es la única forma que se nos ocurrió.

Lucas respiró de forma entrecortada.

—No quiero montar un numerito, te lo juro. Lo siento, Bianca, es solo que te echo muchísimo de menos y nunca tenemos oportunidad de hablar de todas estas cosas, y de lo último que esperaba enterarme esta noche era de que otro tío se pasa un montón de tiempo contigo cuando yo no puedo.

—Tú eres el único que me importa. —Le cogí la cara entre las manos y lo besé dulcemente—. ¿De acuerdo?

—De acuerdo. —Se puso muy derecho—. Bien, haré las paces con Balthazar y luego podremos irnos los dos, ¿vale?

—Vale.

Regresamos a la entrada del cine, cogidos del brazo. Balthazar no se había movido del coche. No obstante, cuando nos vio se ir-guió y vino hacia nosotros con aire arrogante. Yo no me habría reído disimuladamente de él si Lucas no hubiera estado haciendo exactamente lo mismo.

—Balthazar —dijo Lucas, arrastrando las palabras—, la última vez que te vi, me diste un puñetazo en las tripas.

—La última vez que te vi yo, casi me rompiste la nariz. Es una suerte que estemos juntos en esto.

—¿Una suerte para ti o para mí? —Por el engreimiento con que le sonrió, quedó claro que, para Lucas, era Balthazar quien salía ganando si no se peleaban—. Por cierto, bonito coche. Es ideal para ir del banco a una reunión de padres de alumnos. Deja perfectamente claro que tienes más de un siglo.

—Es el coche de prácticas. —Balthazar tenía la mandíbula tensa, como si se estuviera tragando muchas otras cosas que habría preferido decir.

Lancé a Lucas una mirada de advertencia para que lo dejara, pero él siguió actuando como si tuviera que demostrar algo.

—¿Qué, no has tenido un coche de motor desde que se te estropeó el Studebaker?

Balthazar sonrió satisfecho.

—De hecho, el último coche que tuve fue un Mustang rojo GT Fastback 390 del año 1968.

Yo no tenía ni idea de qué significaba aquello, pero Lucas sí. Su expresión desdeñosa dio paso a la envidia y, luego, muy a su pesar, al respeto.

—Caramba.

—Sí. —Balthazar suspiró, abandonando por un momento su actitud hostil.

«Hombres», pensé.

—Bueno —dije esperando poner fin a aquello antes de que empezaran otra vez a lanzarse pullas—. Volveremos dentro de... ¿qué?, ¿dos horas?

—Todavía no. —Balthazar había vuelto a centrar su atención en Lucas—. Primero, dime lo que sabes de mi hermana y prométeme que la Cruz Negra va a dejar de perseguirla.

—Yo no estoy al mando de la Cruz Negra, ¿vale? Ellos no hacen lo que yo digo. Vamos a seguir persiguiendo a esa banda y, mientras Charity ande con esos vampiros, estará en la línea de fuego, así que tenemos que conseguir separarla de ellos de un modo u otro.

—Solo hay un modo de hacerlo. El mío. —Balthazar se acercó irguiéndose cuanto pudo ante Lucas, que era alto, pero no tanto—. Charity es una persona como tú y como yo.

—Tú y yo no somos iguales.

Balthazar ladeó la cabeza.

—Entonces, digamos que como Bianca. ¿De este modo me escucharás?

—¡Bianca no es una asesina! No ha tenido elección. —Chicos, no hagáis esto —supliqué, pero no me prestaron atención.

—¿Elección? ¿Crees que la hemos tenido los demás? —Aunque Balthazar no hablaba alto, lo estaba haciendo en un tono ronco que yo desconocía y que me dio escalofríos—. Prueba tú a que te persigan por la noche. Prueba a correr lo más deprisa y lejos posible y a descubrir que ellos son más rápidos. Prueba a recobrar el sentido en un establo, con los cadáveres de tus padres en el suelo delante de ti, con las manos atadas por encima de la cabeza y un montón de vampiros hambrientos peleándose por quién te muerde primero. Ahí tienes la elección.

Lucas solo lo miró. Obviamente, jamás había imaginado nada parecido; ni yo tampoco.

En voz aún más baja, Balthazar continuó:

—Prueba a ver cómo muere tu hermana pequeña y entonces dime que no pasarías toda la eternidad intentando compensar eso. Cuando hayas hecho todo eso, Lucas, entonces me podrás hablar de elecciones. Hasta entonces, dime lo que necesito saber y cierra el pico.

—Déjame en paz —dijo Lucas más calmado—. Lo entiendo, ¿vale? Todos tenemos que hacer lo que debemos, y lo veo bien. —Se sacó un cuadernito del

Adicción

bolsillo del abrigo y se lo dio—. Hay información sobre Charity. Solo son notas de las batidas que hemos llevado a cabo últimamente. Esos «amigos» con los que va, ¿tienes idea de quiénes pueden ser?

—No. —Balthazar ya estaba hojeando el cuaderno, escrutando sus páginas en busca de pistas.

—Probablemente la mayor parte de los detalles no te sirvan de nada, pero puede que haya algo. Y la próxima vez juntaré todo lo que tenga de ella, intentaré ponértelo de una forma que te haga más fácil encontrar alguna pauta.

—Tras unos segundos, añadió—: Espero que te sea útil.

—Gracias. —Balthazar parecía sincero.

En el tenso silencio que siguió, intenté pensar en algo que decir después de lo que acababa de saber sobre el pasado de Balthazar, pero las palabras no me parecieron apropiadas, de manera que le di un rápido abrazo.

—¿Estás bien?

—Sí. Me voy al cine. —Él también me abrazó, justo durante el tiempo suficiente para darme perfecta cuenta de que Lucas nos estaba observando—. ¿Nos vemos dentro de dos horas?

Mientras Lucas y yo nos alejábamos en la camioneta de su madre, él me preguntó:

—¿Estás bien?

—Sí, claro, pero estoy preocupada por Balthazar. No sabía que le había pasado eso. No puedo ni imaginarme lo horrible que debió de ser.

—A mí me han perseguido vampiros desde que nací, no necesito imaginármelo.

—Sé que algunos de los nuestros son asesinos —dije en voz baja—. Lo sé desde hace tiempo, pero no todos lo somos.

—Vale, eso lo veo. Lo que ninguno de los dos sabe es qué hay de verdad en las consignas que nos han enseñado nuestros padres, dónde está el equilibrio.

Suspiré.

—No quiero seguir hablando de esto, ¿vale? —Me parece bien.

—Oye, ¿adónde vamos? —Los faros de la camioneta iluminaban la carretera por delante de nosotros, pero no era ningún lugar de Riverton que yo conociera. Estábamos subiendo por una fuerte pendiente

—No te preocupes, preciosa. —Lucas sonrió—. Estarás de vuelta antes del toque de queda. Nuestro destino final es una sorpresa.

Pese al clima de tensión que se había creado antes, no pude evitar sonreír.

—¿Una pista?

—Lo sabrás cuando lo veas.

Y así fue.

El observatorio era un silo de madera viejo y pequeño con un tejado verde de cobre por cuyo centro asomaba el objetivo de un telescopio. Cuando empecé a sonreír, Lucas dijo:

—Aquí hubo un pequeño colegio universitario. Lleva cerrado varias décadas, pero la ciudad ha mantenido abierto el observatorio para que los alumnos de secundaria puedan venir de cuando en cuando.

—¿Está abierto esta noche? —pregunté con impaciencia.

—Esta noche será nuestro observatorio privado. Tendremos que abrirlo nosotros mismos.

Lo cual significaba que había que forzar la cerradura, cosa que Lucas hizo que pareciera fácil. Cuando entramos, nos encontramos en un espacio circular, no muy ancho pero de unos nueve metros de altura. Una escalera de caracol metálica conducía al telescopio. Debido al techo abierto, hacía el mismo frío dentro que fuera, pero me daba igual. Lucas me cogió de la mano cuando subimos las escaleras y nuestros pasos resonaron ligeramente en los peldaños.

Visto desde abajo, el telescopio no parecía tan grande, pero, una vez arriba, sus numerosas ruedas y palancas hicieron silbar a Lucas.

—¿Sabes manejar esto?

—Creo que me las arreglaré. —Nunca había manejado un telescopio tan inmenso, no sola al menos, pero había visitado un observatorio cuando iba a sexto y leído suficientes libros para tener una idea. Orientándome (norte, sur, este, oeste), apunté la constelación más próxima con el objetivo. Una nebulosa que habitualmente había visto como una estrella ligeramente menos definida,

se veía ahora con toda claridad y detalle, casi como en los libros. Pero aquello era mejor, porque era real.

—Oh, caramba.

—¿Me dejas?

—La nebulosa de Orion. Mira. —Me aparté para que Lucas pudiera mirar por el ocular y lo rodeé con los brazos, conmovida y emocionada por el detalle que había tenido conmigo. Por un momento, me acordé de Balthazar, a quien había enseñado aquella constelación el año pasado, pero sin la ayuda de un telescopio. Esperaba que estuviera bien, solo en el cine.

—Es bastante espectacular.

—Aja. —Qué calentito estaba, y noté que su atención ya estaba pasando de las estrellas a mí. Quería disfrutar aquella oportunidad de verlo todo en tantísimo detalle, pero me estaba costando pensar en nada que no fuera lo cerca que estábamos. Ojalá pudiéramos haber estado siempre así de cerca. Habría hecho cualquier cosa para que eso fuera posible, seguro que Lucas también.

Se volvió y me besó en los labios. Le cogí la cara entre las manos y volví a besarlo, esta vez en la boca. No tuve suficiente. Seguí besándolo cada más apasionadamente, hasta que la respiración empezó a entrecortárseme.

—Te he echado de menos —susurró Lucas enterrando la cara en mi pelo—. Todas las noches me acuesto pensando en ti, menos las noches en que no puedo dormirte de lo mucho que te deseo.

—Lo sé. —Me abrí rápidamente el abrigo, le cogí las manos y se las metí por debajo de mi camisa, estremeciéndome—. Yo también.

Lucas se puso a acariciarme la piel, rozándome la curva de los senos con las yemas de los dedos, y entonces ya no pude esperar más. Me senté en el suelo metálico y lo atraje hacia mí. Mientras él se tumbaba a mi lado, me abrí la chaqueta con tanto ímpetu que casi me arranqué los botones. Él me miró sorprendido un instante, antes de abrirse el abrigo y colocarse sobre mí, protegiéndome, abrigándome.

Nuestros besos se tornaron más enfebrecidos, casi desesperados. Lo que estaba sintiendo no se podía expresar en palabras. Mareada y extasiada, eché la cabeza hacia atrás. Las estrellas parecieron inclinarse y girar por encima del techo abierto. Hundí los dedos en el pelo de Lucas para poder mantenerlo pegado a mí mientras me hiciera sentirme de aquella forma.

«El desea esto tanto como yo —pensé—. Lucas sabe cómo va a acabar esto, y no quiere parar.»

Lucas volvió a besarme en la boca y los dos empezamos a respirar entrecortadamente, enloquecidos. Lucas me metió un muslo entre las piernas. Yo le cogí la cara entre las manos.

—Tú y yo... ¿Quieres que yo...? ¿Va a pasar?

—¿El qué? —Lucas pareció volver a mí desde muy lejos—. Oh. Oh. No creía que... esta noche...

—Ni yo, pero siento que también tú lo deseas. —Lo besé; él estaba temblando, quizá de excitación. Era exactamente igual que el año pasado en la torre norte, igual de irrefrenable y apremiante—. Entonces estaremos juntos de verdad para siempre.

—¿Estás segura?

—Esto lo cambia todo... para los dos... pero sí... lo estoy. ¿Y tú? Lucas me sonrió de ese modo sensual que siempre lograba ponerme a cien.

—Del todo. —Cuando volvió a besarme, lo hizo con una intensidad distinta. Con resolución. Con apremio. Luego susurró con los labios pegados a mi mejilla—: ¿Has traído... ya sabes, protección?

—¿Protección?

—Ya sabes. —Yo no lo había hecho—. Bueno, yo no he traído condones. Porque soy... eso... idiota. —Lucas se dio un cabezazo contra mi hombro—. No pensé que tú... que llegaríamos a esto. Tendría que haberlo previsto. Cada vez que te toco...

—Un momento, ¿creías que estaba hablando de sexo?

Lucas me miró. De inmediato supe que él sí había estado hablando de sexo; lo tenía encima de mí y estaba medio desnuda. No era que yo no hubiera pensado también en hacerlo —puede que incluso más tarde aquella misma noche—, pero yo hablaba de atarnos para siempre.

—Bianca, ¿estás...? ¿Te referías...? ¿Estabas hablando de beber mi sangre?

—Sí.

—Pero no solo de bebería —se había puesto blanco como el papel—, ¿no?

—Creía que querías que... te transformara en vampiro. —El regalo definitivo. Le puse una mano en la mejilla, deleitándome con el tacto de su piel. Recordé viejos sueños que creía olvidados y, por un instante, me atreví a desear—. Hacer eso también me transformaría en vampiro a mí. Y entonces, Lucas, no tendríamos que volver a separarnos nunca.

Lucas se quedó completamente inmóvil.

—Antes me moriría y me quedaría muerto. Bianca, no vuelvas a pedirme eso nunca más. Porque es la única cosa del mundo que no haré por ti. Jamás seré un vampiro. Jamás.

Cada palabra fue como un golpe. Lucas había progresado tanto en su actitud hacia nosotros que creía que su antigua resistencia a la idea podría haberse disuelto. Pero allí estaba, tan fuerte como siempre. Me sentí confundida; peor, me sentí rechazada. Lucas no quería lo que yo le había ofrecido, ni lo que era.

No parecía haber nada más que decir y la enardecida pasión que antes nos había dominado se había apagado como si jamás hubiera existido. Nos sentamos, apartándonos ligeramente el uno del otro. Mi piel desnuda notó por fin el frío y, un momento después, empecé a abotonarme la chaqueta con los dedos temblándome. Lucas me pasó dulcemente un brazo por la espalda, pero, ahora, el abrazo nos resultó incómodo. Jamás habría imaginado que estar entre sus brazos se me pudiera hacer extraño, pero así fue.

Capítulo Catorce

Estás bien? —dijo Lucas por vigésima vez mientras me llevaba de regreso a Riverton. —Estoy bien, de veras. —En mi fuero interno, estaba deshecha y confundida, pero no quería admitirlo, ni ante Lucas ni ante mí misma.

Nos habíamos calmado, habíamos observado las estrellas y habíamos hablado, pero ya nada había sido lo mismo. Las únicas palabras que oía eran las de Lucas resonándome en la memoria: «Jamás seré un vampiro».

Ya me lo había dicho antes, y yo le había creído. Pero esta vez comprendí el verdadero significado de aquellas palabras. Suciedera lo que sucediese, por mucho que nos quisiéramos, siempre habría una barrera entre nosotros. Yo había soportado nuestra separación de aquel año porque creía que no sería permanente. ¿Cómo iba a serlo, si nos queríamos tanto?

Pero entonces me descubrí preguntándome si aquello era todo lo que podríamos tener: encuentros furtivos y cartas entregadas a escondidas, unos cuantos momentos robados de pasión entre incontables semanas de soledad.

Y un día Lucas envejecería, incluso moriría, y me dejaría en este mundo, eternamente sola.

Lucas paró delante del cine justo cuando la gente estaba empezando a salir. Entre las parejas mayores y unos cuantos adolescentes que se estaban riendo, una figura destacaba del resto: Balthazar, alto y taciturno, con su largo abrigo negro.

—Debería irme. —Miré a Lucas—. ¿Cuándo y dónde nos vemos la próxima vez?

—En enero, creo. Hay un pueblo, Albion. Charity va mucho allí. Al menos, eso dicen nuestros informadores. Supongo que es donde Balthazar estaría dispuesto a llevarte.

—Lo haré, seguro. ¿El segundo sábado de enero? ¿A las ocho de la tarde? —Él asintió—. ¿Dónde?

—En el centro del pueblo. Créeme, es un pueblo pequeño. Es imposible que no nos veamos. —Me puso una mano en la mejilla—. Te quiero.

Asentí, demasiado compungida para hablar.

Lucas me atrajo hacia sí y me besó en la frente.

—Eh, nada de llantos.

—No voy a llorar. —Inspiré su olor. Ojalá pudiera tenerlo conmigo todo el tiempo, a todas horas así de cerca—. El día de Navidad por la mañana, estás donde estás, piensa en mí. Yo estaré pensando en ti. —Nos besamos tiernamente antes de que yo abriera a regañadientes la puerta de la camioneta y me bajara.

De camino a casa, Balthazar y yo no nos dijimos nada hasta que casi hubimos llegado a la Academia Medianoche. No fue un silencio incómodo, exactamente; yo estaba absorta en mis pensamientos y notaba que él también lo estaba. Por fin aventuré:

—¿Has sacado mucha información? De las notas de Lucas, quiero decir.

—Ni de lejos la suficiente. Pero sé que Charity está volviendo a visitar las poblaciones de esta zona, los lugares que recuerda. Lo hace a veces, pero eso nunca la alegra. Es como si odiara esos sitios por haber cambiado mientras ella sigue igual.

—Entonces puedes encontrarla —comenté. Me froté las manos, que todavía tenía frías—. Puedes deducir a donde irá a continuación.

Balthazar no despegó los ojos de la carretera mientras ponía la calefacción del coche.

—Puedo intentarlo, pero no hay ninguna pauta. Con Charity, no la ha habido nunca.

—Aun así, es un punto de partida.

—Tú siempre viendo el lado bueno. —La comisura de la boca se le torció en una sonrisa involuntaria—. Tienes razón. Es un punto de partida.

Cuando hubimos aparcado al final del campus, abrí la puerta para salir, pero Balthazar no se movió al principio. Vacilé.

—Gracias —le dije— por esta noche. Ha significado mucho para mí.

Balthazar alargó la mano hacia mi cara. No me tocó, pero tenía las yemas de los dedos cerca de mis labios. —Tienes los labios hinchados.

—¿Qué? —Ahora que lo mencionaba, me notaba la boca hinchada y dolorida. Me di cuenta de que era por los enardecidos besos que nos habíamos dado Lucas y yo—. Oh... ¿Está demasiado...?

—Está bien —dijo Balthazar en tono alegre. Tenía la mirada triste—. Cualquiera que se dé cuenta supondrá que me has estado besando a mí.

Afortunadamente, no tuve mucho tiempo para ponerme melancólica por la separación entre Lucas y yo. La semana de los exámenes trimestrales estaba cerca y había que entregar trabajos y estudiar. En cierto modo, enfrascarme en los estudios fue un consuelo.

Mi humor taciturno persistió, por muchas redacciones que escribiera para la señora Bethany o muchas prácticas de exámenes de cálculo que hiciera. No obstante, nadie se dio cuenta, porque todo el internado seguía con los nervios de punta. Aunque habían reparado la ventana del gran vestíbulo, colocando una vez más cristales transparentes en vez de vidrieras, este seguía desierto, incluso en los días lluviosos, cuando la única alternativa era encerrarse en la habitación. Comenzaron a correr rumores cada día más absurdos.

—He oído que el fantasma del internado forma parte de una maldición vudú — proclamó Courtney un día desde la ducha. Yo me estaba lavando el pelo dos duchas más allá—. El vudú es una práctica totalmente real y algún pringado del año pasado que ya no ha vuelto decidió maldecir este sitio amargándonos la mejor fiesta del año a toda la gente guay.

Me habría gustado decirle lo estúpida que estaba siendo, pero tampoco tenía una explicación mejor.

Cuando empezó la semana de los exámenes trimestrales, advertí un elemento curioso en las reacciones que el fantasma provocaba en el internado, algo que no habría imaginado: los vampiros eran los que más miedo le tenían. Los alumnos humanos también estaban nerviosos, pero, en su mayoría, parecían tomárselo con bastante calma.

Aquello no me pareció lógico. De acuerdo que era más probable que los vampiros supieran que los fantasmas existían y apreciaran el posible peligro. Pero yo no había oído a ningún alumno humano mofándose de la idea de que los fantasmas existían; aunque, después de lo sucedido en el Baile de Otoño, nadie podía dudar de que estuviera ocurriendo algo sobrenatural.

—¿No es un poco raro —aventuré un día mientras Vic y yo estudiábamos juntos en la biblioteca— que no haya más gente muerta de miedo?

—¿Por los exámenes? Créeme, yo lo estoy.

—No, por los exámenes no. Por... esa cosa. Ya sabes.

—¿El fantasma? —Vic ni siquiera alzó la vista del libro de anatomía.

—Sí, el fantasma. Te tomas con mucha tranquilidad esto de vivir en una casa embrujada.

—Yo siempre he vivido en una casa embrujada. —Vic se encogió de hombros—. Superé el cangueli hace mucho tiempo.

—Un momento, ¿qué? —Jamás se me habría ocurrido que precisamente Vic pudiera saber más de fantasmas que cualquier vampiro de Medianoche—. ¿Tu casa está embrujada?

—Sí, en un punto del desván donde te mueres de frío. Actividad espectral clásica: descenso de la temperatura, sonidos raros y la sensación de que alguien te está observando aunque no haya nadie. En mi familia, siempre lo hemos sabido todos. Mis amigos se quedaban a dormir en casa todas las noches de Halloween y esa fiesta era, modestia aparte, la más sonada del año. Todos los años. —Mientras lo miraba boquiabierto, Vic comenzó a reírse—. Aquí hay muchas personas que han visto lo mismo. —¿El fantasma de tu casa?

—Los fantasmas de sus casas. O de sus escuelas o... ¿sabes esa chica nueva, Clementine? Jura que su abuela tenía un coche embrujado. Como en *Christine* de Stephen King, ¿sabes? Me encantaría probar a conducir esa cosa.

—¿Cómo te has enterado de todo esto?

Vic suspiró.

—¿Sabes?, mientras tú te dedicas a hacértelo con Balthazar, y Raquel se queda encerrada con sus proyectos artísticos, y Ranulf está otra vez estudiando sus viejos mitos nórdicos, yo hago otra cosa. Un disparate. Una excentricidad. Yo lo llamo, «hablar con otras personas». Mediante ese milagroso proceso, a veces puedo enterarme de cosas sobre otros dos o tres seres humanos en un solo día. Los científicos se han propuesto estudiar mi método.

—Cállate. —Le di juguetonamente un empujón y él se volvió a reír, pero en mi fuero interno estaba intentando asimilar todo aquello. Claro que Vic sabía más que nadie de los alumnos humanos; era el chico más extravertido de todo el internado. Incluso algunos de los vampiros que lo miraban por encima del hombro terminaban hablando con él alguna que otra vez—. ¿Los fantasmas, han... bueno... hecho alguna vez daño a alguien?

—No, que yo sepa. A mí, nuestro fantasma del desván siempre me ha caído bastante bien. De niño solía subir a leerle cuentos. Le enseñaba mis juguetes nuevos. No es más que un viejo espíritu atrapado entre dos mundos, ¿no? ¿De qué hay que tener miedo?

— ¿De qué te atravesase un carámbano de hielo?

— Nadie resultó herido en el Baile de Otoño. Imagino que el fantasma solo nos estaba asustando, divirtiéndose viéndonos correr y chillar.

— Tal vez.

Podría haberme quedado más tranquila si no hubiera conocido la historia de Raquel.

Casi todas las noches, antes de acostarme, pensaba en Lucas, algunas veces recordando el tiempo que habíamos pasado juntos, otras fantaseando o simplemente preguntándome dónde estaría y esperando que estuviera bien y feliz. La noche después de nuestro último examen trimestral fue diferente. Estaba agotada y deprimida porque aún faltaba un mes entero para nuestra próxima cita.

No, esa noche no quería pensar en Lucas. No quería pensar. Cerré los ojos con fuerza e intenté quedarme dormida lo antes posible.

La tormenta rugía fuera del internado y el viento azotaba las ramas de los árboles. Yo estaba delante de la ventana rota, procurando no pisar cristales rotos. Gotas de lluvia me salpicaban en la piel.

— ¿No quieres quedarte? —dijo Charity. Llevaba una vieja tea en la mano sacada de una película de terror. La llama anaranjada vaciló próxima a su rostro, pero Charity no se apartó. Era el único vampiro que yo había visto que no temía el fuego—. Aquí hace calor y no llueve. Puede hacer incluso más calor.

— No puedo quedarme.

— ¿No puedes? A lo mejor es que no quieres.

No sabía si Charity tenía o no razón. Solo sabía que tenía que alejarme de ella y de Medianoche.

— ¡Bianca! —Era la voz de Lucas. Me esforcé por determinar de dónde venía y descubrí que Lucas estaba fuera, bajo la lluvia—. ¡Bianca, no te muevas!

— Lo siento, Bianca. —Los oscuros ojos de muñeca de Charity eran tan candorosos como los de un niño. Me acercó la tea y yo noté el calor quemándome la piel—. Vero tiene que arder.

Salté por la ventana. Los cristales que aún seguían adheridos al marco me hicieron cortes en las piernas y los brazos antes de que me estampara contra la hierba mojada.

Llovía tanto y tan fuerte que tuve la sensación de que me estaban apedreando. Vero eché a correr con todas mis fuerzas, notando la hierba congelada bajo los pies descalzos. ¿Dónde estaba Lucas?

Entonces el seto cambió, espesándose y creciendo de un modo que reconocí, pero ¿cuándo? ¿Cuándo había visto ocurrir aquello? No lo supe hasta ver las extrañas flores rojas comenzando a ennegrecerse.

Mi sueño... esto es un sueño... no es solo un sueño...

—¿Lucas?

Me senté en la cama respirando con dificultad. Raquel estaba apoyada en los codos, mirándome con cara de sueño. —¿Has dicho algo?

—Estaba soñando. —Me costaba respirar—. Eso es todo. —¿Estás totalmente segura?

—Sí, te lo prometo. —Tardé otros dos segundos en reponerme lo bastante como para tranquilizarla—. Probablemente solo estoy preocupada por cómo me han ido los exámenes.

Raquel me observó con los ojos abiertos de par en par, recordando viejos terrores nocturnos suyos. Volví a intentarlo.

—No tiene nada que ver con ningún fantasma. De veras. —¿Cómo puedes saberlo con absoluta seguridad? —Tú lo sabías, ¿no?

—Supongo que sí. —Raquel se levantó de la cama y se acercó hasta la mía, sus pies descalzos sin apenas hacer ruido al pisar el rígido suelo de madera. Me apartó de la cara unos cuantos mechones de pelo empapados de sudor—. ¿Quieres que te traiga un poco de agua?

—Eso me vendría bien, la verdad. Gracias.

En cuanto estuve sola, volví a pensar en el sueño y en las flores que ya había visto, las flores con las que había soñado la noche antes de conocer a Lucas. Había pensado que fue una coincidencia cuando encontramos el broche esculpido con la misma forma de aquellas extrañas flores.

O eso había creído siempre. Pero, por primera vez, me pregunté si mis sueños no significarían algo más.

Durante las vacaciones de Navidad, Medianoche estuvo más vacío que el año anterior, cuando se habían quedado algunos vampiros que carecían de hogar al

que regresar. Este año casi todos habían huido del internado embrujado y me pregunté cuántos de ellos regresarían.

También fue un invierno desagradable, sin nieve: solo cielos grises, aguanieve y hielo que hizo intransitables las carreteras la mayoría de los días. Las frecuentes salidas de Balthazar para ir en busca de su hermana tuvieron que interrumpirse momentáneamente. Yo me daba cuenta de que lamentaba no haber salido más a menudo de Medianoche mientras aún era posible, de manera que hacía cuanto podía para animarlo. La víspera de Navidad, estuvimos pasando el rato en el aula de Tecnología Moderna mientras intentaba echarle una mano con el trabajo de enero.

—Tienes que hacerlo más deprisa —dije.

—Se tarda tiempo en interpretar el significado de las flechas —protestó Balthazar desde la plataforma de baile, haciendo rígidamente los pasos del nivel para principiantes de un juego de vídeo que enseñaba a bailar.

—Tienes que interiorizarlo para que tu cuerpo sepa qué hacer en cuanto veas la flecha. No tendrías ni que pensarlo. —Yo estaba sentada en el suelo con las piernas cruzadas junto a la plataforma de baile, mirándolo consternada—. Tú bailas bien, Balthazar. ¿Cómo se te puede dar tan mal esto?

—Esto no es bailar. Hoy día... basta con retorcerse espasmódicamente.

—Pues más te vale acostumbrarte, porque este juego no tiene el fox-trot.

Balthazar me fulminó con la mirada, pero había humor en sus ojos. También me dejó jugar, y se tomó con calma mi victoria.

Después subimos al apartamento de mis padres, donde yo estaba pasando aquellos crudos días de invierno. Cuando mi madre abrió la puerta, nos recibió una acogedora fragancia a canela y manzana.

—Ya era hora. —Dio un apretón en el hombro a Balthazar y me besó en la mejilla—. Os estábamos esperando.

—Vaya árbol. —Balthazar sonrió al ver el abeto de más de dos metros que mis padres habían colocado en un rincón. Salpicado de oropeles y decorado con los torpes adornos navideños que había ido confeccionando con el paso de los años, el árbol tenía un aspecto apropiadamente festivo, pero a mí no me pareció distinto al de cualquier otra Navidad. Balthazar estaba más impresionado—. Hace mucho que no abro regalos junto a un árbol.

—¿Desde que estabas vivo? —pregunté.

—En aquella época no teníamos árboles de Navidad —dijo mientras mi madre le ayudaba a quitarse la chaqueta—. Esa fue una tradición alemana que no se difundió por todo el mundo hasta... oh, doscientos años después de que yo muriera. Pero es una buena costumbre. Creo que durará mucho tiempo.

—Yo también. —Mi padre se había asomado a la puerta de la cocina y el delantal que llevaba atado a la cintura estaba prometedoramente manchado de chocolate—. Pero me tranquiliza que la gente ya no lo decore con velas.

—¿Con velas de verdad? ¿Con fuego? —No me lo podía creer.

Mi madre fingió que se estremecía.

—Fuego de verdad, cerca de árboles de verdad que se estaban extinguiendo rápidamente. No te creerías lo peligrosa que era antes la Navidad.

Fue una velada acogedora. El chocolate del delantal de mi padre resultó ser el baño de un pastel que había hecho para mí. Bebimos sidra en jarras y sangre en vasos, un ritual navideño. Por primera vez en mi vida, la yuxtaposición se me antojó extraña, pero, con mis padres y Balthazar pasándoselo tan bien, no le di muchas vueltas. En el tocadiscos de mi padre sonaban villancicos, con ese chasquido peculiarmente agradable que solo hacen los discos de vinilo. Durante un rato me olvidé de mi melancolía.

Más tarde Balthazar se arrodilló para inspeccionar los paquetes que había bajo el árbol. Me había prometido que traería mi regalo al día siguiente. Yo le había comprado un jersey, un regalo no muy inspirado, lo sé, pero él necesitaba modernizar su vestuario y, además, el cálido color marrón de la lana me había recordado a él de un modo que era difícil definir. No obstante, cuando Balthazar cogió el primer regalo que llevaba su nombre, fruncí el entrecejo: no era el mío.

—Un momento —dijo—. Hay unos cuantos para mí. Varios. Bianca, no te habrás gastado todo este dinero, ¿no? —Yo negué con la cabeza.

—Nos confesamos culpables —dijo mi padre, rodeando mi sonriente madre con el brazo—. Ya eres casi de la familia, Balthazar. Queríamos que te sintieras igual de incluido que el resto de nosotros.

—Gracias. —Balthazar parecía profundamente conmovido, no porque fuera a abrir un montón de regalos el día de Navidad, sino porque mis padres lo hubieran acogido de aquella forma. Viendo lo mucho que significaba para él, quizá yo debería haber sentido lo mismo, pero no lo hice.

En cambio, volví a pensar en que a mis padres Balthazar les gustaba demasiado. Aunque era una bellísima persona, no reaccionaban así por eso. En absoluto. Balthazar les gustaba porque era mi novio vampiro, es decir, la persona que iba a convertir a su hija en el vampiro perfecto que ellos siempre habían querido que fuera.

Yo siempre había querido satisfacerlos. Pero ver cuánto lo deseaban —la desesperación que se atisbaba en sus sonrisas— me hizo preguntarme qué era lo que tanto temían.

Después, cuando empezó a oscurecer, mis padres no solo me permitieron llevarme a Balthazar a mi dormitorio, sino que además mi madre incluso cerró la puerta al salir, algo que ninguno de los dos había hecho en las dos ocasiones en que habían dejado entrar a Lucas.

—Los tienes en el bote —dije—. Tú también lo notas, ¿no?

—No estarían tan entusiasmados si supieran dónde te llevo y por qué. No los desilusionemos todavía. —Balthazar fue hasta la ventana y miró la gárgola. Tenía carámbanos en las alas—. Parece helada de frío.

—Debería tejerle una bufanda o algo así. —Me senté en el banquito que había delante de la ventana y toqué el frío cristal con las yemas de los dedos.

—Hasta las criaturas de piedra te dan lástima. —Balthazar se sentó a mi lado, pasándome un brazo por la espalda y pegando su pierna a la mía.

Lo miré con inseguridad.

—Si tus padres entran... —dijo él.

—Lo sé. Deberíamos parecer... cómodos.

—Exacto. —Balthazar me observó mientras vacilaba con una sonrisa cómplice en los labios—. Te parece que me estoy aprovechando de la situación.

—No es eso. Sé que no lo harías.

—Te equivocas. Lo haría. —Se acercó más a mí hasta que nuestros rostros casi se tocaron—. Estás más enamorada de Lucas Ross que nunca, y yo no puedo hacer nada para cambiarlo. Eso no significa que no disfrute estando tan cerca de ti.

Yo no podía concentrarme. Por alguna razón, no podía despegar los ojos de su boca. Tenía la mandíbula cuadrada y una suave barba incipiente.

—Solo me parece arriesgado, supongo.

—El único que se arriesga aquí soy yo, si me encariño demasiado contigo. Para ti no es arriesgado, siempre y cuando no te confundas.

—No me confundo.

—Por supuesto que no. —Una sonrisita asomó a sus labios.

Me levanté del banquito. Me noté las rodillas flojas. Balthazar se quedó donde estaba, con la sonrisa en los labios.

—Veo que... hum... estás de buen humor últimamente —farfullé—. Haces bromas, no en plan gracioso ni nada, pero pareces animado.

—Sí, estoy bien.

Me senté en el borde de la cama, a más de un metro de él. Entonces pude concentrarme.

—Lo pasaste mal después de Riverton —dije—. ¿Has hecho más progresos de los que me has contado?

—No. Cuando encuentre a Charity, te lo diré de inmediato. Cuanto antes terminemos con la Cruz Negra, mejor. —Se recostó en el marco de la ventana. La gárgola era visible como una sombra detrás de él, como un diablo posado en su hombro—. Pero estoy aprendiendo a aceptar que no va a pasar de la noche a la mañana. Llevo treinta y cinco años sin ella; podré aguantarlo durante otro par de meses.

—Lo dices como si fueras tú quien la necesitara y no al revés.

Balthazar pensó un momento en aquello.

—Supongo que siempre necesito tener alguien a quien cuidar.

La conversación estaba tomando un derrotero peligroso. Zanjé rápidamente el tema planteándole algo que llevaba tiempo considerando si comentarle o no.

—Si te cuento una confidencia que me han hecho, algo muy personal, muy íntimo, porque creo sinceramente que puedes saber algo útil, ¿me prometes que guardarás el secreto? ¿Y que nunca dirás que lo sabes?

—Por supuesto. —Suspiró profundamente—. ¿Es sobre Lucas?

—No. Es sobre Raquel. —Allí, en Nochebuena, susurrando para que mis padres no oyeran ni una palabra, le conté lo que Raquel me había explicado sobre el fantasma que llevaba tanto tiempo aterrorizándola.

Él no se asombró tanto como yo.

—¿Cómo creías que eran los fantasmas, Bianca? ¿Dulces y simpáticos, como Casper y sus amigos? —Frunció el entrecejo—. ¿Aún hacen esos dibujos animados?

—Hicieron una película —dije distraídamente—. Pero no es eso... es decir, ese fantasma no se limita a volver las cosas azules o hacer hielo. Es un... bueno, es un violador.

—Hasta la mitología humana está familiarizada con los incubos, Bianca. Algunas fantasmas atacan sexualmente a hombres mientras duermen; se llaman súcubos. Los fantasmas no tienen cuerpo, de manera que idean mil formas de violar los cuerpos de otros. Posesión, acoso sexual, visitaciones, todo responde a lo mismo.

Me estremecí.

—Es aterrador. Hay tantos fantasmas en el mundo... Tiene que haberlos a millones, Balthazar. Si son capaces de eso...

—Espera un segundo. No hay millones de fantasmas. Son bastante poco frecuentes. Menos frecuentes que los vampiros, eso seguro.

—No es posible. Casi todos los alumnos humanos de Medianoche se han criado en casas embrujadas.

—¿Qué? No lo dices en serio.

—Vic lo ha averiguado. Hay fantasmas en casi todos sus hogares. Para que eso sea cierto, tendría que haber cientos de miles de casas encantadas... —Me interrumpí al darme cuenta de que aquella no era la única posibilidad.

O había montones de casas embrujadas en el mundo, con lo que cualquier grupo de personas de mi edad podría haberse criado en ellas, o solo era una coincidencia que muchas de ellas hubieran terminado en el internado, o esa era la respuesta que Lucas y yo estábamos buscando. Sí, esa era la razón de que la señora Bethany admitiera alumnos humanos en la Academia Medianoche. No podía venir cualquier alumno humano; solo los que estuvieran vinculados a fantasmas franqueaban sus puertas.

—La señora Bethany está buscando fantasmas —susurré.

-¿Qué?

Me expliqué lo mejor que supe, trabándome de la emoción.

—Tiene que ser eso. Una vez que los alumnos vienen al internado, ella mantiene vínculos con las casas y las familias durante años. De ese modo, si necesitara entrar en alguna de esas casas podría hacerlo.

—Estoy de acuerdo en que esto no puede ser casualidad —dijo Balthazar sonriendo despacio—. Esto no es una coincidencia. Pero

¿Por qué iba a buscar fantasmas la señora Bethany? Ellos nos odian; nosotros los odiamos a ellos. Normalmente se mantienen a distancia, y nosotros les devolvemos el favor.

—Últimamente, no. Algo ha cambiado. Esa vieja tregua se ha roto. —Me estremecí y pegué las rodillas al pecho, abrasándomelas al pie de la cama—. Vienen a por nosotros. Los fantasmas se han fijado como objetivo este internado o a los vampiros en general. La señora Bethany debía de saber que iba a pasar esto. Por eso ha permitido que vengan humanos, para... para localizar a los fantasmas o acceder a ellos, quizá.

Balthazar repiqueteó con los dedos en el alféizar de la ventana. —Has dado con algo. Piénsalo, Bianca. Durante siglos, ni un solo fantasma se atreve a entrar en Medianoche y, luego, ¿se aparecen a montones en cuanto empiezan a venir alumnos humanos?

—¿A montones? —Pensé en la chica que había visto hacía unos meses, después en el hombre de escarcha que se me había aparecido en la torre norte y, por último, en lo que fuera que hubiera interrumpido el Baile de Otoño: no parecía tener ninguna forma física—. Sí, han sido más de uno. Pero no ha sido inmediato. Han tardado un año en empezar a aparecerse.

—Dado que los incidentes han comenzado siendo poco llamativos, es posible que estén aquí desde el año pasado sin que nos hayamos enterado.

Por fin había hecho un avance importante. Por fin lo comprendía. Los fantasmas habían venido a Medianoche y lo que habíamos visto hasta ahora solo era el principio.

—Oh, cariño, me encanta. —Mi madre se puso su nueva pulsera y besó a mi padre en la mejilla. Teniendo en cuenta que mi padre llevaba más de trescientos años haciéndole regalos, me pareció todo un mérito que aún fuera capaz de encontrar cosas que le complacieran. O quizá fuera ese el secreto de su larga relación de pareja, el hecho de que siguiera complaciéndoles prácticamente cualquier regalo, detalle o palabra.

Mi padre me despeinó.

—Guardaremos el resto de tus regalos para que los desenvuelvas cuando venga Balthazar, pero abre solo este, ¿vale?

Yo cogí obedientemente una bolsa en la que había un colgante con forma de lágrima unido a una cadena antigua de cobre viejo.

—Es bonito —dije sopesándolo—. ¿Qué es?

—Obsidiana —dijo mi madre—. Póntelo, a ver cómo te queda.

Me sonrieron satisfechos cuando me lo puse en el cuello. Me extrañó que hubieran elegido la obsidiana, pero el brillo de la piedra negra era precioso.

¿Cómo sería para Lucas el día de Navidad? No me podía imaginar ni a Kate ni a Eduardo explicándole cuentos sobre Papá Noel cuando era pequeño, ni que la Cruz Negra se quedara en el mismo sitio durante el tiempo suficiente para que él hubiera tenido alguna vez un árbol de Navidad. Lo imaginé como el niño que debió de ser, rubio y con los ojos grandes, deseando juguetes pero no teniendo nunca ninguno. Y jamás se habría quejado. En aquel momento, quizá estaba durmiendo en un camastro en algún otro sórdido aparcamiento, sin regalos, ni dulces ni villancicos. La imagen me pareció desoladora y volví a recordar lo que él me había dicho en una ocasión sobre carecer de cualquier clase de vida normal.

Pensar en la solitaria mañana de Navidad de Lucas me dejó vacía por dentro.

Hasta nuestro lamentable desacuerdo en el observatorio, no me había dado cuenta de cuánto contaba con poder cambiar algún día el hecho de que Lucas y yo estuviéramos en mundos distintos. El necesitaba romper sus ataduras con la Cruz Negra en algún momento. Yo abrigaba la esperanza de que se uniera a mí como vampiro, una posibilidad que él acababa de rechazar para siempre.

Si aquello no estaba en nuestro futuro, ¿cómo podría Lucas ser alguna vez libre? ¿Y cómo podíamos nosotros estar alguna vez juntos?

Capítulo Quince

La reanudación de las clases fue un alivio para mí. Me había sumido en un estado de ánimo melancólico que solo se agravaba con tiempo y silencio para pensar. Al menos, cuando los pasillos se llenaron de alumnos y los trabajos comenzaron a acumularse, tuve bastante que hacer. Pude dejar de pensar en mis problemas por un tiempo.

Al parecer, casi todos los alumnos de Medianoche habían dedicado gran parte de sus vacaciones a pensar en sus problemas, concretamente en el problema de ir a un colegio embrujado. Varios de los vampiros no habían regresado; los que lo habían hecho murmuraban sobre la necesidad de apostar centinelas en los pasillos y dormir únicamente por turnos mientras el otro compañero de habitación permanecía despierto. Incluso oí que alguien especulaba sobre qué haría falta para realizar un exorcismo. «Sí —pensé—, estoy segura de que un sacerdote con un crucifijo y una Biblia sería muy bien recibido aquí.»

Los alumnos humanos seguían estando relativamente tranquilos con el asunto del fantasma. Hasta Raquel lo estaba llevando bien.

—No es el mismo fantasma —razonó mientras deshacía su baúl, que contenía sobre todo comida: latas de sopa, paquetes de galletas saladas y tarros de mantequilla—. Si fuera a... bueno, si yo estuviera en peligro, a estas alturas ya lo sabría. Prefiero vérmelas con esto que con lo que sea que hay en casa de mis padres.

—¿Cómo soportas vivir allí?

—Esta Navidad la he pasado con mi hermana mayor y su marido. Su casa está bien. Mis padres piensan que lo hago por llevarles la contraria, pero también opinan que Frida es una «buena influencia».

Pensé en todas las cosas que mis padres me dejarían hacer siempre que estuviera con Balthazar.

—Si vas con una buena influencia, puedes hacer lo que te da la gana, ¿no?

Nos echamos a reír y luego nos partimos una barrita de dulce.

Pronto me quedó claro que al menos un vampiro se había pasado las vacaciones preocupándose por algo más aparte de los fantasmas, y que yo tenía ahora un problema completamente nuevo.

—He conseguido pasarme casi treinta años sin cambiar una rueda pinchada — rezongó Courtney mientras utilizaba el gato—. Si eres joven, sexy y rubia, créeme, puedes librarte. Siempre hay algún imbécil que está encantado de ayudarte. Por supuesto, comprendo que tú sí necesites aprender a hacerlo.

—¿Quieres hacer el favor de pasarme la llave? No vamos a terminar nunca si sigues quejándote.

—Qué genio. —Courtney sonrió furtivamente, curvando sus carnosos labios en las comisuras—. ¿Qué te pasa, Bianca? ¿Estás... oh, no sé, teniendo algún problema en tu relación?

—Las cosas entre Balthazar y yo van tan bien como siempre. —Técnicamente, aquello era cierto. Cuando me arrodillé en el frío asfalto, manchándome los guantes de grasa, intenté prestar atención a la rueda pinchada.

—Creo que piensas que me estás diciendo la verdad —dijo Courtney—. Creo que ni tan siquiera sabes dónde va Balthazar sin ti.

—¿De qué me hablas?

—Resulta que, poco antes de Nochevieja, vi a Balthazar en Amherst. Sin ti.

—¿Qué hacías tú en Amherst?

—Resulta que conozco esa ciudad, ¿vale? Voy de vez en cuando. Balthazar también, pero, por lo visto, para ver a alguien que no es su novia. Yo que tú sospecharía.

Balthazar debía de haber estado buscando a Charity. Se me ensombreció la expresión y Courtney sonrió satisfecha. No podía saber qué me había entristecido, pero eso le daba igual. Ahora que había detectado una debilidad, seguro que la explotaba.

—Balthazar va a un montón de sitios —me apresuré a decir—. Para mí no significa nada. No estamos metidos uno dentro del otro.

—Qué lástima. De hecho, lo de meter es la idea, ¿no? —Courtney me guiñó un ojo mientras me arrojaba la llave por el suelo. Yo la cogí y esperé que hubiera tenido suficiente burlándose de mí por la presunta infidelidad de mi presunto

novio. Tanto Balthazar como yo necesitábamos que nuestra farsa continuase en pie y no podíamos permitirnos que nadie nos vigilara demasiado estrechamente.

Estaba decidida a que aquel viaje fuera distinto para mí y Lucas, pero no sabía lo distinto que iba a ser.

—No sé exactamente dónde tenemos que encontrarnos con él —dije a Balthazar cuando el sedán gris del internado dejó atrás un cartelito blanco que anunciaba el pueblo de Albion—. Dijo que sabríamos dónde cuando lo viéramos, signifique lo que signifique eso.

—No te preocupes. Lucas tiene razón. Créeme, no hay muchos sitios a donde podría ir.

Pronto supe a qué se refería. Albion era incluso más diminuto que el pueblecito donde me había criado yo: solo un puñado de calles apelotonadas, alumbradas por una única farola situada en el centro. Las casas parecían viejas y, salvo por un colmado, una gasolinera y la estafeta de correos, no se veía nada que se asemejara a una tienda.

—Bastante aburrido, ¿no?

—Era más bonito hace ciento cincuenta años, cuando vivimos aquí.

Balthazar se refería a él y a Charity. Le observé atentamente el rostro, pero él no dejó traslucir ninguna emoción.

Balthazar aparcó en una calle próxima a la única farola de Albion. Había nevado ese mismo día, y la fina capa de nieve que cubría el suelo crepitó bajo nuestras botas mientras nos dirigíamos al centro del pueblo. Escruté ávidamente la oscuridad, intentando divisar a Lucas. Necesitaba desesperadamente volver a verlo, abrazarlo, y hablar durante mucho rato con él para poder volver a conectar. La intimidad entre nosotros se resentía mientras estábamos separados, y era eso lo que yo quería reconstruir.

Justo cuando doblamos la esquina oí: —Aquí estáis.

Me volví sonriendo de oreja a oreja. —¿Lucas?

Lucas se acercó corriendo hasta nosotros, vestido con un grueso anorak y un gorro de lana que casi lo volvía irreconocible. Abrió los brazos y yo corrí a su encuentro. Noté su nariz fría en mi mejilla.

—Hola, ángel —murmuró.

—Siempre me ves tú primero. Apareces por detrás de mí todas las veces.

—Y a ti te encanta.

—Aja, me encanta. —Lo besé en la mejilla y luego en la boca—. Pero algún día voy a sorprenderte.

—Te deseo suerte en el intento. —Lucas me abrazó con más fuerza si cabe. Pese a las capas de ropa que había entre nosotros, el abrazo bastó para encenderme por dentro.

—Tengo que contarte un secreto. —El corazón me dio un vuelco al imaginar su reacción; deseaba tanto que aquella noticia lo alegrara—. Sé por qué ha admitido la señora Bethany alumnos humanos en Medianoche.

—¿De veras? ¿Por qué?

Le expliqué la deducción que Balthazar y yo habíamos hecho sobre el intento de la señora Bethany de localizar fantasmas, esperando que compartiera mi satisfacción. En cambio, la sonrisa se le fue borrando poco a poco. Confundida, dije:

—Venga, Lucas. Esto es un auténtico bombazo. ¡Es lo que llevas intentando averiguar desde hace casi dos años! ¿No puedes utilizarlo para poner en evidencia a Eduardo? ¿O crees que me equivoco?

—No, me apostaría un riñón a que aciertas. Cuando hice la solicitud para entrar en la Academia Medianoche, utilizamos la dirección de Providence de la vieja profesora Ravenwood, y ella siempre hablaba del fantasma del sótano. Aunque estaba bastante senil antes de morir, por lo que nunca le dimos mucha importancia. Supongo que le debo una disculpa póstuma.

—Entonces ya está. Puedes volver a la Cruz Negra y decirles lo que has descubierto. Has cumplido tu misión. Eso te quitará a Eduardo de encima, ¿no?

Lucas suspiró.

—El caso es que a Eduardo no va a gustarle. Algunos comandos de la Cruz Negra cazan fantasmas con bastante regularidad, pero nosotros no lo hacemos

casi nunca. De manera que lo más probable es que otro comando de cazadores se encargue de nuestra investigación.

—Pero sigues teniendo la respuesta, y ahora sabes que no hay ningún humano en peligro.

—No conoces a Eduardo. A ese tío le da igual lo bien defendido que esté el internado o que sea el único sitio donde los vampiros nunca atacan a los humanos. Lo odia. Quiere borrarlo del mapa. Esta parecía ser su excusa. Ahora va a tener que ceder la misión a otros.

—Eso significa que tú no tendrás tantos motivos para volver a esta zona. Vernos va a ser incluso más difícil. —Todos mis esfuerzos solo habían hecho que empeorar las cosas.

Lucas me cogió la cara entre las manos. La vasta lana de sus guantes me raspó las mejillas.

—Encontraremos la forma. Siempre la encontraremos. Tienes que creer eso.

El nudo que se me había hecho en la garganta solo me permitió responderle asintiendo. Lucas me besó con vehemencia, como si eso bastara para unirnos para siempre.

Balthazar se aclaró la garganta.

Retrocedí un paso, reparando, demasiado tarde, en lo incómodo que debía de resultarle aquello. Lucas lo aprovecharía para ponerse sarcástico, pensé, pero me sorprendió.

—Muy bien, pasando a otro tema. Balthazar, creo que tu hermana está aquí en Albion en este momento.

—Has visto a Charity. —Balthazar alzó el mentón.

—Hoy mismo. En la parte oeste del pueblo. De camino aquí, la he visto andando junto a la carretera, cerca del bosque. He dado inmediatamente la vuelta, pero es como si se hubiera esfumado.

Balthazar asintió.

—Creo que sé dónde buscarla.

Lucas me apretó la mano.

—Lo siento, pero sabes que tenemos que hacer esto.

—Lo sé. —De hecho, estaba entusiasmada. Si por fin podíamos reunir a Balthazar y Charity, cuánto se alegrarían los dos. El tiempo que pasara con Lucas solo podía ser incluso más agradable si cabe si sabía que habíamos logrado nuestro objetivo y ayudado a alguien más.

Terminamos cogiendo la camioneta de Lucas, aunque apenas cabíamos los tres en el asiento delantero. Me sentí un poco incómoda apretujada entre Lucas y Balthazar, en más de un sentido, Balthazar tenía la misma actitud que yo reconocía en Lucas, la clase de determinación que exigía actuar, no reflexionar. Fue extraño ver aquella similitud entre ellos: una resolución inquebrantable que era a la vez fascinante e intimidante.

Pero también vi las diferencias entre ellos.

—No saques un arma a menos que yo lo diga —dijo Balthazar mientras traqueteábamos por una tortuosa carretera secundaria que conducía a un campo de labranza—. Si está en Albion, lo más probable es que esté sola.

Lucas asía el volante como si fuera un escudo con el que se estuviera protegiendo.

—Me llevo una estaca. Lo siento, tío, pero no voy a salir desarmado.

Percibí enfado en los ojos de Balthazar y me apresuré a preguntar:

—¿Debemos siquiera ir Lucas y yo? ¿No te irá mejor si hablas con ella a solas?

—Tal vez. Aun así, quiero que te vea, para que sepa que somos amigos. Puede ser útil más adelante.

Balthazar nos condujo a una vieja casita situada a las afueras del pueblo, por no decir en pleno campo. Apenas parecía lo bastante grande para tener dos habitaciones y a la chimenea que había en el centro de su destartado tejado le faltaban varios ladrillos en la parte de arriba. Lucas apagó los faros un par de minutos antes de parar la camioneta a unos cien metros de distancia. Fue a la parte de atrás y cogió dos estacas, ofreciéndome una de ellas. Balthazar no dijo nada. Aunque se me hacía extrañísimo tener una de aquellas cosas en la mano, la cogí. Las advertencias de Lucas sobre la banda de Charity me habían calado hondo.

A aquella distancia del pueblo, el silencio era casi total. El fuerte viento levantó pequeños copos de nieve y el hielo se nos clavó en la cara. Las nubes ocultaban la luna y las estrellas, y la noche, era tan oscura que pensé que, si el tejado no

hubiera estado cubierto de resplandeciente nieve blanca, ni siquiera habría visto la casita.

—No hay huellas —susurró Lucas en una voz tan baja que el viento y los crujidos de nuestros pasos en la nieve casi la ahogaron—. O no ha venido, o lo ha hecho justo después de que yo la viera...

—...y sigue dentro. —Balthazar escrutó las ventanas sin luz, pero dudé de que incluso su visión de vampiro le permitiera ver, algo—. Lo averiguaremos.

Nos detuvimos un momento en las escaleras de la entrada. Balthazar las subió solo y puso una mano en el picaporte. Durante varios largos segundos se quedó completamente inmóvil y yo advertí que estaba conteniendo la respiración.

Luego abrió la puerta y, al cabo de un momento, dijo:

—No está.

—Un callejón sin salida.

—Yo no he dicho eso —respondió Balthazar—. Mirad. —Se agachó hacia un lado, haciendo algo que no pude ver, y entonces, brilló la luz de una vela.

Cuando Lucas y yo entramos, vimos que alguien había estado en la casa hacía poco, alguien con una noción muy extraña de cómo acondicionar un hogar. Una colcha de encaje antaño bonita, manchada de suciedad y sangre, cubría un colchón colocado en el suelo. Apoyada en la pared, había una cabecera de cama hecha de latón con hermosos adornos de volutas; las arañas habían tejido la tela en los espacios vacíos. La vela que Balthazar había encendido estaba en un candelero en una mesita cubierta de cera de varios colores; enormes cantidades de ella habían goteado por toda su superficie, resbalado por las patas y formado charcos en el suelo. Un óvalo de cera morada rodeaba un zapato de mujer, un delicado zapato de tacón de aguja incrustado de diamantes de imitación con largas tiras que habían quedado atrapadas en la cera al solidificarse. Había botellas de ginebra vacías diseminadas por el suelo y amontonadas en los rincones y la chimenea estaba llena no de madera, sino de cristales rotos, formando un montón tan alto que parecían puestos allí a propósito. El montón brillaba a la luz de la vela, los colores del cristal —marrón, azul, verde— ardiendo con una irreal llama propia.

—No me malinterpretes, Balthazar —dijo Lucas—, pero tu hermana, ¿ha estado siempre chiflada?

—Tan diplomático como siempre. —Balthazar se arrodilló junto al montón de cristales rotos—. Aunque, sinceramente, Charity siempre tuvo algo... distinto.

No está loca, ni lo ha estado nunca, pero tampoco se ha sentido nunca satisfecha. Nunca ha estado enraizada a la tierra. Una vez que se disgustaba por algo, o con alguien, no lo olvidaba nunca. Era como si no pudiera pensar en otra cosa, no mientras eso la fastidiara. Yo era el único que podía hablar con ella cuando se ponía así.

—Lo que a tu hermana le pasa ahora, sea lo que sea, no es una simple pataleta —dijo Lucas—. Este sitio me dice que no está en su sano juicio. Además, se ha juntado con la gente equivocada, por no decir algo peor.

Pensé en todos los extraños cambios que ya había notado en mí y en cuan desconcertantes podían ser. ¿Cuánto más atemorizante sería cambiar por completo, ser arrancado de la vida y transformado en un no muerto? Y yo llevaba preparándome para aquello desde que nací y sabía que probablemente podría escoger el momento. Charity había estado atada en un establo, viendo cómo torturaban a su hermano, sabiendo que sus padres habían sido asesinados. Eso sería más que suficiente para enfadar o desequilibrar a cualquiera para siempre.

«¿Es así como ocurre para la mayoría de los vampiros?» Me estremecí.

—No te estoy pidiendo que disculpes a la gente con la que se está relacionando Charity. —Balthazar no despegó los ojos del montón de cristales rotos.

—Pero estoy seguro de que quieres que no los castigue —comentó Lucas.

—No pretendas ser juez y parte. Tú solo eres el verdugo y decides quién es culpable en virtud de lo que somos, no de lo que hacemos.

—¿Por qué razón estamos hablando de mí y no de Charity y sus amigos de mierda?

Al principio, quise interrumpir su discusión, pero luego pensé que quizá fuera mejor que se desahogaran. Cuanto antes terminaran de discutir, mejor. Hice caso omiso de ellos y me arrodillé junto al colchón. Una de las manchas de la sucia colcha tenía forma de mano.

—Tú no tienes hermanos, ¿no, Lucas? Si los tuvieras, a lo mejor no te costaría tanto entenderme.

—Si tuviera un hermano que anduviera con la familia Manson, creo que estaría cabreado con él, no con los polis que están intentando cogerlos.

—¿Aún pretendes que eres un poli?

Puse la mano sobre la mancha de sangre. Cuando Charity y yo habíamos caminado juntas, ella me había entrelazado su brazo con el mío. Pese a su estatura, sus manos eran más pequeñas que las mías. Aquella mancha de sangre era más grande, tanto que mis dedos parecían los de un niño en comparación.

—No está sola. —Cuando dije aquello, Lucas y Balthazar dejaron de discutir y me miraron, como si se hubieran olvidado de que estaba allí con ellos—. Fijaos en esto. Alguien más ha estado aquí recientemente. Alguien mucho más grande. Un hombre, probablemente.

Balthazar no parecía convencido, pero Lucas sonrió. —Hacías falta tú para verlo.

Orgullosa de mí misma, miré a mi alrededor, buscando ávidamente alguna otra prueba del segundo vampiro, pero no vi nada. No obstante, aquel extraño desorden me resultó entonces más desconcertante aún si cabe. Charity era rara, pero cualquiera pensaría que otra persona, cualquier otra persona, tendría más sentido común. Que impondría un poco de orden. En cambio, vivía allí en aquellas condiciones infrahumanas.

—No está sola —dijo lentamente Balthazar.

—Dime, Balthazar, ¿qué te fastidia más? —Lucas empezó a mirar en los cajones, que parecían estar vacíos—. ¿Que tu hermana pequeña tenga vida sexual o que, al parecer, su amante beba sangre?

—Piensa en lo que acabas de decir. —Balthazar se irguió—. Si Charity ha traído a alguien aquí, los habrá traído a todos. A la banda entera. A su tribu.

—¿La tribu? —Yo había leído referencias indirectas a las tribus de vampiros. No sabía mucho de ellas, pero no tenían buena pinta. Debería haber relacionado antes a la banda con la idea que tenía de lo que era una tribu—. ¿Quiere decir eso que están todos en el pueblo? ¿En este momento? ¿Y... que van a volver aquí?

Lucas y Balthazar se miraron y al cabo de unos instantes Lucas me cogió del brazo.

—Tú vuelve a Albion —dijo—. Balthazar y yo podemos encargarnos de esto.

—¿Qué? No quiero dejaros.

—Lucas tiene razón —dijo Balthazar—. Esto va a ser más peligroso de lo que pensaba. Tú no sabes combatir, Bianca.

—He aprendido mucho. —Me resistí cuando Lucas tiró de mí.

Balthazar negó con la cabeza.

—Las clases de esgrima no cuentan.

—Bianca, piensa —dijo Lucas—. ¿Cuántas veces estamos de acuerdo en algo Balthazar y yo?

No me gustaba admitirlo, pero tenían razón. Mis poderes no podían compararse con los de un vampiro completo. Los de Lucas tampoco, pero a él lo habían entrenado para luchar desde que aprendió a andar. Si aquello se convertía en una batalla en toda regla con un grupo de vampiros, yo no estaría en mi terreno. En ese momento decidí aprender tanto como pudiera, hacerme más fuerte: no quería que nadie volviera a pedirme nunca más que me fuera por mi propia seguridad.

Pero aquello sería en un futuro. De momento, lo único que podía hacer era marcharme.

—¿Queréis que me lleve la camioneta al pueblo? —«Al menos», pensé con amargura, «sé conducir.»—. O podría esperaros en la carretera.

—El pueblo es el único lugar seguro —dijo Lucas.

Balthazar asintió.

—Lucas debería llevarte y luego volver. Y será mejor que ocultemos nuestra presencia aquí. —Se agachó y apagó la vela. La habitación quedó a oscuras.

Fue entonces cuando advertí que fuera había luz.

—¿Qué...? —Me callé al instante. No hacía falta que también me oyera lo que fuera que llevara la luz (¿otra vela?, ¿una linterna?). Nadie se movió y yo me esforcé tanto por oír algún sonido que noté cómo se me tensaban todos los músculos del cuerpo. Lucas me cogió con más fuerza. Él y Balthazar se miraron. Balthazar puso una mano en el picaporte y se preparó visiblemente; en la penumbra, percibí en su rostro tanto miedo como esperanza.

Abrió la puerta. En vez de veinte asesinos enloquecidos abalanzándose sobre nosotros, solo fuimos recibidos por una ráfaga de aire helado. Forzando la vista, vislumbré a Charity en la oscuridad.

Llevaba una bota de cada y un largo abrigo de lana gris remendado y recosido en decenas de sitios. El pelo rubio, que llevaba suelto, le revoloteaba en la cara. En una mano sostenía una linterna; solo unos finos mitones le protegían las manos del frío.

—¿Balthazar? —dijo con un hilillo de voz en un tono más infantil que nunca.

—Charity. —Pese a llevar tanto tiempo buscándola, Balthazar pareció incapaz de acercarse y decir algo—. ¿Estás bien?

Ella se encogió de hombros. Clavó sus ojos castaños en Lucas. —Veo que andas con malas compañías.

—No estoy de servicio —dijo Lucas con una sonrisa de satisfacción. No me pareció que bromear fuera muy apropiado y le di un golpe en el brazo. Él me fulminó con la mirada, pero se calló.

—A la chica la entiendo —dijo Charity—. Se parece muchísimo a la pobre Jane.

Balthazar palideció.

—No digas ese nombre.

«¿Quién era Jane?»

—Has estado siguiéndome. —Charity retrocedió un paso y bajó el brazo de la linterna; ahora la luz solo iluminaba sus pies y la nieve del suelo—. Quiero que dejes de hacerlo.

—Dejaré de hacerlo si vienes a casa.

—¿A casa? ¿Qué eso? Vivimos aquí una vez, pero de eso hace mucho tiempo. —Charity se apartó el pelo de la cara, la clase de gesto confundido que hacen las personas cuando están intentando contener las lágrimas—. Ni se te ocurra pedirme que vuelva a Medianoche. Ya sabes lo que pienso de esa mujer.

Lucas y yo nos miramos.

Balthazar bajó a la nieve y Charity retrocedió otros dos pasos. De no haber conocido a Balthazar, habría creído que su hermana le tenía miedo.

—Podríamos encontrar algún otro sitio —dijo Balthazar—. Alguna otra cosa que pudiéramos hacer tú y yo. Lo único que importa es que estemos juntos. Charity, te echo de menos.

Ella se quedó mirando el suelo nevado. —Yo no.

Aquello fue un golpe tan duro para Balthazar que se estremeció. Le puse una mano en el hombro; era el único consuelo que podía ofrecerle. Lucas me observó, pero no dijo nada.

—Me recuerdas demasiadas cosas —dijo Charity—. Me recuerdas cómo era estar viva. Pensar en la luz del sol como algo que podías disfrutar, no como algo que solo puedes soportar. Respirar y que eso te cambiara, te refrescara, te despertara, en vez de inhalar y exhalar aire de forma mecánica, una vieja costumbre que te recrimina continuamente lo que eres. Suspirar y notar alivio. Llorar y que se te pasara la tristeza, en vez de tenerla reprimida dentro de ti eternamente, confundiéndote cada vez más hasta que ya no sabes quién eres.

—Yo sé quién soy —dijo Balthazar.

Ella negó con la cabeza.

—No, Balthazar. No los sabes.

—Al menos, prométeme que dejarás la tribu. —La desesperación le rompió la voz y a mí se me encogió el corazón—. Mientras andes con ellos, no estarás a salvo de la Cruz Negra.

Charity fulminó a Lucas con la mirada.

—Mientras tú andes con la Cruz Negra, no estarás a salvo de mi tribu. Así que prueba a seguir un consejo antes de darlo, Balthazar. Y vete ahora mismo de aquí, ya.

—Charity, no podemos dejarlo así.

Sentí tanto miedo que casi me tambaleé.

—Ha dicho ya.

Lucas y Balthazar me miraron. —¿Qué? —preguntó Lucas.

Lo supe antes de saberlo, lo presentí más hondamente que nada de lo que había sentido hasta entonces.

—Están aquí vigilándonos. Creo que será mejor que nos vayamos.

Charity me sonrió.

—Eres demasiado lista para andar con un cazador de vampiros. Probablemente, saldrás con vida.

Lucas entornó los ojos y miró el bosquecillo que había a unos doscientos metros de la casa.

—A la camioneta.

—Aún no. —Balthazar miró a su hermana con consternación cuando ella se puso a andar hacia el bosquecillo—. Dadme una última oportunidad para hacerla entrar en razón.

—A la camioneta —repitió Lucas. Me di cuenta de cuánto deseaba pelear, pero continuó centrado en protegerme—. Ahora.

El instinto me dijo que echara a correr, si bien mis otros instintos de vampiro me dijeron que una presa huyendo resultaba aún más apetecible. Me obligué a caminar despacio hacia la camioneta y cogí a Balthazar por el brazo para tirar de él. Lucas tenía su estaca lista mientras avanzaba lentamente hacia la puerta del conductor.

Se me hizo un nudo en el estómago cuando vislumbré, detrás de Charity, las pisadas de al menos media docena de personas. Supe que estaban cerca, observándonos. Imaginé que notaba sus ojos clavados en mí y, mientras el viento susurraba entre los árboles helados, me pareció oír risas distantes.

Balthazar apretó el paso.

—No va a pasarnos nada —dijo.

—No estoy segura —dije, pero pudimos subirnos a la camioneta. Balthazar y Lucas cerraron las puertas y bajaron los seguros al mismo tiempo—. Démonos prisa, ¿vale?

Lucas encendió el motor y dio rápidamente la vuelta. Al hacerlo, los faros alumbraron a Charity, que estaba parada en el campo de labranza, viendo cómo nos íbamos. La luz le dio de lleno en los ojos, que la reflejaron como los de un gato.

—Cree que me he vuelto contra ella. —Balthazar se estaba agarrando al salpicadero con sus grandes manos.

—Tendrás otra oportunidad de hablar con ella —dije—. Sabes que la tendrás. Cuando lo hagas, ella lo entenderá.

—¿Charity entenderá por qué ando con un cazador de la Cruz Negra? Entonces, entiende más cosas que yo.

—Todo irá bien —volví a prometerle. Lucas nos lanzó una mirada de soslayo y luego miró resueltamente la carretera.

Nevaba más copiosamente. Cuando llegamos al centro de Albion, la nieve había comenzado a amontonarse alrededor de los neumáticos de los coches aparcados.

—Quizá sea mejor que no volváis esta noche —dijo Lucas—. Llama a tus padres. Diles que no podéis circular con las carreteras así.

—Tenemos más o menos para otra hora si sigue nevando así. Eso nos basta para volver. —Balthazar se subió el cuello del abrigo como si ya notara el frío.

Yo sabía que, si le pedía que se quedara, él lo haría, y quería quedarme más tiempo para que Lucas y yo pudiéramos pasar unos minutos a solas. Si conseguíamos convencer a mis padres de que no debíamos circular hasta que limpiaran las carreteras por la mañana, entonces tendríamos horas... mientras el pobre Balthazar esperaba cerca. Eso sería incómodo para mí y peor para él, cuyos ánimos estaban por los suelos. Balthazar necesitaba regresar pronto a la Academia Medianoche.

—Nos iremos ahora —dije a Lucas—. Es mejor así.

Lucas se quedó mirándome; su expresión decepcionada dio paso a otra más difícil de interpretar.

—Tal vez.

Ninguno de los dos supo qué decir después de aquello.

Balthazar, que parecía demasiado aturdido para percibir la tensión entre Lucas y yo, abrió la puerta de la camioneta. Una gélida corriente de aire azotó la cabina, metiéndome el pelo en los ojos. Lucas ya había vuelto a concentrarse en la carretera como un hombre que está urdiendo una fuga. Cuando Balthazar alargó la mano para que no resbalara en la nieve, se la cogí.

—Adiós, Lucas —dije con un hilillo de voz.

Lucas se inclinó para cerrar la puerta de la camioneta.

—Nos vemos dentro de un mes. En Amherst. En la plaza mayor. A la hora de siempre, ¿vale? —Luego suspiró y me sonrió, torciendo la boca—. Te quiero.

—Yo también te quiero. —Pero, por una vez, aquellas palabras no lograron arreglarlo todo.

Balthazar y yo estuvimos de tan mal humor en los días siguientes que le sugerí fingir que habíamos discutido. Andar juntos por ahí haciéndonos pasar por una pareja feliz era algo que ninguno de los dos podía hacer. Pero, después de una semana, podríamos serenarnos y fingir que hacíamos las paces.

No obstante, aquello me dejó sola durante más tiempo y mis preocupaciones ocuparon todos los segundos que pasaba sin compañía. Pensar en cómo nos habíamos despedido Lucas y yo me producía una especie de vértigo interno, como si el suelo que pisaba se moviera bajo mis pies.

Vic advirtió mi desasosiego e intentó tranquilizarme enseñándome a jugar al ajedrez, pero yo estaba demasiado nerviosa y distraída para recordar las reglas, y mucho menos para pensar en una estrategia.

—Últimamente estás fatal —me dijo una tarde mientras los dos rebuscábamos entre el envío semanal de alimentos. Al parecer, los alumnos humanos no habían advertido que muchos de sus compañeros ni tan solo se pasaban a recogerlos. Estaban demasiado ocupados en coger felizmente las cosas que habían pedido: cajas de pasta, paquetes de galletas. Vic se metió dos botellas de naranjada en su bolsa de lona—. Y es imposible no ver que Balthazar también se pasea como un alma en pena.

—Sí, supongo. —Sintiéndome incómoda, me quedé mirando la lista de Raquel. Me había ofrecido a recoger sus cosas junto con las mías.

—Balty vino a nuestro último pase de películas clásicas, *Seven* y *Sospechosos habituales*. El tema era Kevin Spacey: 3 días. Una doble sesión formidable, ¿no crees? Pero Balthazar no miró la pantalla ni una sola vez.

—Vic, sé que tienes buena intención, pero no quiero hablar de eso.

Él se encogió de hombros mientras seleccionaba unas cuantas latas de sopa.

—Solo me preguntaba si esto tiene algo que ver con Lucas.

—Tal vez. En cierto modo. Es complicado.

—Supongo que Lucas es de esos tíos que dejan huella. Apasionado, temperamental, rebelde y todo eso. Yo no puedo hacer de chico malo —dijo Vic—. Yo tengo un estilo más meloso. Lucas, en cambio...

—Él no está haciendo nada. Él es como es.

—Lo sé —dijo Vic con calma—. Y sé que no habéis terminado. Es duro para Balthazar, pero a mí me gusta llamar a las cosas por su nombre.

Deseé que tuviera razón y esa esperanza me animó.

—Eres un pésimo alcahuete, Vic.

—No tan malo como tú. En serio, ¿Raquel y yo?

—¡De eso ya hace más de un año! —Cuando terminamos de reírnos, volvimos a concentrarnos en la «compra» y cogimos lo que nos faltaba. Cuando regresé a mi habitación con las bolsas, no estaba exactamente de buen humor, pero me sentía mejor que en mucho tiempo.

Raquel resultó estar en mitad de uno de sus proyectos artísticos más grandes y sucios. Aquel collage ocupaba casi la mitad del suelo de nuestra habitación y olía a pegamento y pintura.

—¿Qué es? —dije sorteando periódicos húmedos y pinceles.

—Yo lo llamo Oda a la anarquía. ¿Ves que los colores están en un constante estado de colisión?

—Sí, es imposible no verlo.

Mi débil elogio no melló el entusiasmo de Raquel. Tenía pintura en los antebrazos y hasta se había manchado el pelo de naranja, pero no dejaba de sonreír a su obra inconclusa mientras se comía una galleta.

—Puedes moverte por la habitación sin pisarlo, ¿verdad? —Sí, pero creo que esta noche será mejor que duerma con mis padres.

—¿Te dejan?

—No continuamente, pero no creo que vaya a importarles por una noche.

Resultó que mis padres estuvieron entusiasmados de verme. Anteriormente, habían tenido mucho cuidado con la cantidad de tiempo que me dejaban pasar con ellos, dado lo preocupados que estaban por mi negativa a querer relacionarme con los otros vampiros de la Academia Medianoche. Ahora tenían la certeza de que estaba madurando como ellos querían, y sus puertas estaban abiertas siempre que me apeteciera.

Antes, aquello me había parecido algo natural, pero ahora ya no.

—¿Papá? pregunté mientras cambiábamos las sábanas de mi cama—. ¿Siempre habéis sabido que yo terminaría siendo un vampiro? Un vampiro completo, quiero decir.

—Por supuesto. Mi padre siguió concentrado en remeter pulcramente la sábana en una esquina de la cama. Cuando te hagas adulta y le quites la vida a alguien, y ya sabes que podemos encontrar una forma decente de que lo hagas, habrás completado el cambio.

—Yo no estoy tan segura.

—Cariño, todo va a ir bien. Me puso una mano en el hombro y ni su nariz torcida y fracturada por tantos sitios distintos pudo disimular la dulzura de su expresión—. Eso te preocupa, lo sé.

Pero si encontramos a alguien que ya se esté muriendo, que ya ni siquiera esté consciente, le estarás haciendo un favor. Su último acto será darte la inmortalidad. ¿No crees que querría hacer eso por ti?

—No lo sabré, porque no lo conoceré, ¿no? —¿Cómo podía haber llegado a reconfortarme aquella idea? Por primera vez, caí en la cuenta de lo presuntuosa que era y de cuán insensible era suponer que yo tenía derecho a poner fin a una vida, incluso a una que estuviera terminando, solo para mi provecho—. Pero no me refiero a eso. Tú siempre dices cuando mate. «Cuando» mate. ¿Qué ocurre si no lo hago?

—Lo harás.

—Pero ¿qué pasará si no lo hago? —Nunca hasta entonces le había insistido para que me respondiera a aquello. Jamás había sentido la necesidad. Ahora, de repente, todas aquellas preguntas inexpresadas me pesaban como una losa cada vez más grande—. Solo quiero saber qué alternativa tengo. ¿No lo sabe nadie? ¿La señora Bethany, quizá?

—La señora Bethany te dirá exactamente lo mismo que voy a decirte yo, que es que no tienes ninguna otra opción. No quiero volver a oírte hablar de esta forma nunca más. Y no le digas nada a tu madre. La disgustarías. —Mi padre respiró hondo, en un intento por tranquilizarse—. Además, Bianca, ¿cuánto puede faltar? Tu sed de sangre ya era bastante fuerte el año pasado.

Aquello era lo más cerca que mi padre había estado de mencionar a Lucas desde hacía meses. Noté que me ruborizaba.

—No soy un ingenuo. Sé que Balthazar y tú ya debéis de haber bebido la sangre el uno del otro. —Lo dijo con cierta rapidez. Quizá estuviera tan incómodo como yo—. Ya no puede faltarte mucho para que te sientas preparada para beber y matar de verdad. Sé que cada vez tienes más hambre solo por tu apetito de los domingos. Si esto te preocupa, no te culpo. Pero no dejes que tu preocupación te haga decir estas locuras. ¿Me he expresado con claridad?

Fui incapaz de hablar, así que solo asentí.

Poco después apagué las luces de mi habitación e intenté convencerme para quedarme dormida. Pero no solo estaba confundida por mi conversación con mi padre. También me moría de hambre.

«El poder de la sugestión en acción», pensé. Mi padre había mencionado mi apetito y ahora tenía más hambre que en mucho tiempo, eso pese al hecho de haberme bebido casi medio litro de sangre durante la cena.

Bueno, al menos no iba a tener que coger disimuladamente un termo de debajo de la cama. El frigorífico de mis padres contenía toda la sangre que necesitaba.

Recorrí el pasillo de puntillas, pasando por delante del dormitorio de mis padres y entrando en la cocina. Iba descalza y apenas hice ruido al pisar las baldosas. En vez de encender la lámpara, confié en mi visión nocturna y en la brizna de luz que se ensanchó cuando abrí la puerta del frigorífico. Aunque había comida para mí en el estante inferior, el frigorífico estaba repleto de botellas, jarras y bolsas de sangre. Con cuidado, cogí una de las bolsas: normalmente no las tomaba, porque eran difíciles de conseguir: lujos que mis padres necesitaban más que yo. Contenían sangre humana.

Puede que mi padre tuviera razón. Puede que mi sed de sangre se hubiera agudizado tanto por el tiempo que llevaba sin beber sangre humana. Puede que fuera eso lo que ahora necesitaba. Sí mi padre intentaba regañarme por beberme su reserva de sangre, yo le señalaría que, en cierto modo, me lo había sugerido él.

Vacíé la bolsa en una taza grande y la metí en el horno microondas. Aunque el reloj automático hizo tanto ruido al dispararse que me sobresalté, mis padres no se despertaron y yo regresé rápidamente a mi habitación.

La taza calentada me quemó los dedos, pero el fuerte olor a carne de la sangre borró mi malestar, mis preocupaciones y casi todo lo demás. Rápidamente me llevé la taza a los labios y bebí.

«Sí.» Eso era lo que necesitaba en lo más profundo de mí ser. Noté el calor bajándome hasta las entrañas, calentándome por dentro. La sangre humana

surtía un efecto en mí que nunca sentía con la sangre animal: me hacía sentirme eufórica, enchufada y fuerte. Cogí la taza con ambas manos, bebiéndome la sangre tan deprisa que apenas pude respirar. Me sentía como si estuviera flotando en su calor. El resto del mundo estaba frío en comparación.

Un momento.

Bajé la taza y me limpié los labios con la lengua mientras evaluaba la situación. De pronto hacía mucho más frío en mi habitación. ¿Había abierto el viento alguna de las ventanas? No, seguían cerradas, y estaban cubiertas de escarcha. Pero ¿lo habían estado hacía un momento? Justo antes de levantarme para ir a buscar la sangre, había visto la silueta de la gárgola perfilada fuera, pero entonces quedaba oculta tras un vaporoso manto blanco.

Cuando exhalé, el aire se llenó del vaho de mi respiración. Comencé a tiritar. Vi un resplandor azulado parpadeando al otro lado de la ventana y oí unos golpecitos en el cristal. Como los arañazos de unas uñas. El miedo se apoderó de mí, pero no pude irme.

Me acerqué a la ventana y empecé a quitar la escarcha con la mano. El frío me heló la piel, pero la escarcha se evaporó, permitiéndome ver a través del cristal empañado. Una chica me estaba mirando. Era más o menos de mi edad, con el pelo corto y casi negro y los ojos hundidos. Parecía completamente normal, salvo por el hecho de ser casi transparente y estar flotando fuera de mi ventana.

Los fantasmas habían vuelto a visitarme.

Capítulo Dieciséis

La fantasma estaba flotando entre acuosas sombras de color verde azulado, su pelo y su tez eran casi tan transparentes como el agua. Aunque podía ver a través de ella, era tan real como cualquier persona que hubiera conocido. Sus ojos perforaban los míos, no con enfado sino con una emoción que no lograba interpretar.

Movió la boca y vi pequeños destellos de luz en sus labios y mejillas: fragmentos de hielo, advertí. Pero seguía sin oír ningún sonido.

Temblando, me acerqué más al cristal. Pese a mi miedo, quería entender qué estaba sucediendo. La fantasma hizo un movimiento brusco y yo exhalé el aire de golpe. Mi aliento caliente dejó un círculo de vaho en el cristal.

En él aparecieron unas letras finas e inseguras.

«Queremos lo que es justo.»

—¿Justo? —Aquella palabra no tenía sentido para mí, pero ¿acaso lo tenía algo de aquello? Al menos, quizá tuviera por fin ocasión de averiguar qué habían estado intentando decirnos. Advertí que no tenía miedo, bueno, al menos no tanto como curiosidad—. ¿Qué quieres decir?

Ella no respondió. Sus ojos oscuros adquirieron una expresión casi burlona. El círculo de vaho desapareció lentamente, llevándose consigo las palabras.

Tras un largo momento, durante el cual me pareció que el corazón iba a salirseme del pecho, reparé en qué esperaba que hiciera. Temblando, me acerqué al cristal y volví a soplar en él.

En el círculo de vaho aparecieron las palabras: «Tú no les perteneces».

—¿Qué? —No tenía la menor idea de qué podía significar aquello. Principalmente, quería dar media vuelta y correr en busca de mis padres. En cambio, volví a soplar en el cristal para que la fantasma pudiera hablar.

«Tú no eres como ellos».

—No, no lo soy. —Aquello era lo único que yo sabía realmente de mí, que había sabido siempre. La fantasma era la primera en admitir la verdad—. ¿Como quién soy?

Volví a soplar en el cristal. Esta vez, la fantasma sonrió, y no fue una sonrisa tranquilizadora.

«Eres como yo.»

Entonces oí un horrible grito ahogado detrás de mí y, al volverme, vi a mi madre en el umbral de la puerta. Estaba más blanca que la escarcha.

—¡Bianca! ¡Ven aquí! ¡Apártate de eso!

—Me parece... —La palabra se me atragantó; tenía la garganta demasiado seca para hablar. Tragué saliva—. Me parece que no hay peligro.

—¡Adrián! —Mi madre estaba llamando a mi padre, huyendo. Oí el eco de sus pasos alejándose por el pasillo.

El fantasma se alejó de la ventana.

—Espera, ¡no te vayas! —Puse las manos en el cristal mientras la escarcha volvía a cubrirlo, borrando las últimas palabras escritas. Lo froté rápidamente para ver si la fantasma seguía en la ventana. Pero tenía las manos heladas, y la escarcha no se derritió con tanta rapidez. Cuando pude ver a través del cristal, la fantasma había desaparecido.

Mis padres irrumpieron en la habitación, en pijama y con los ojos abiertos de par en par.

—¿Dónde está?

—Se ha ido. Creo que no hay peligro.

Mi madre me miró como si me hubiera vuelto loca.

—¿Que no hay peligro? Eso ha venido a hacerte daño, Bianca. —Tenía los ojos desorbitados—. Hace unos meses ni siquiera sabías que los fantasmas existían. ¿Ahora eres una experta?

Mi padre me apretó los hombros.

—Se ha ido —dijo. Nunca había apreciado más su temple—. Celia, ya ha pasado todo.

—No es verdad. —Mi madre habló con un hilillo de voz y advertí que estaba llorando—. Sabes que no es verdad. Quieren arrebatarlos a Bianca.

Alargué temblorosamente la mano para tocarla.

—Mamá, eso... No es... Lo que dices no tiene ningún sentido. ¿Qué significa? —
Entonces pensé en las letras escritas en la escarcha: «Nuestra».

—Cariño... —Mi madre fue a cogerme la mano, pero lanzó una mirada a mi padre. No pude verle la cara, de manera que no supe qué se habían dicho con la mirada. Solo supe que mi madre suspiró y me cogió la mano—. Lo siento. La fantasma me ha asustado. Eso es todo.

Aquello no era todo, y los tres lo sabíamos. Quizá debería haberles insistido en aquel momento, pero mi madre parecía completamente destrozada.

—Estoy bien —dije—. Todos estamos bien. Esta vez no ha sido tan malo.

—Quizá se vaya —dijo mi madre—. Quizá hayan desistido.

—A lo mejor. —Mi padre no dio la impresión de creérselo, sino de querer hacerlo—. Bianca, ¿te ha dicho algo la fantasma?

Abrí la boca para responder sinceramente, pero me sorprendí diciendo:

—No, no ha habido tiempo. Todo ha sido muy rápido.

—Por favor, dejémoslo —susurró mi madre. Si no hubiera sido un vampiro, habría tenido la certeza de que estaba rezando. La abracé con fuerza, y mi padre nos rodeó a las dos con los brazos. Nuestras desavenencias se fundieron con el abrazo.

Al principio, me propuse mantener en secreto la extraña visita de la fantasma, pero estaba demasiado afectada para pasar aquello completamente sola.

—Viste un fantasma delante de tu ventana —me repitió Raquel casi al oído en un rincón del gran vestíbulo. Poco a poco, los alumnos habían vuelto a estudiar y pasar el rato en él, aunque nunca solos—. Y dices que estás segura de que era una chica.

—Era tan real como tú. Y habló... bueno, escribió palabras en la escarcha para que yo las leyera.

—¿Qué te dijo?

Había mentido a Raquel desde el día que nos conocimos; tendría que seguir mintiéndole siempre. Pero nunca se me hacía más fácil.

—Solo... «Ten cuidado».

—¿«Ten cuidado»? ¡Ella es la fantasma! ¿De qué más se supone que debemos tener miedo? —Raquel jugueteó nerviosamente con la pulsera de cuero que llevaba en la muñeca—. Esto me da mala espina.

—Todo va a ir bien. Tenemos que creer eso. —Sabía que no la había convencido, y ni yo misma estaba muy segura.

«Dijo que éramos iguales», pensé. ¿Qué podía significar eso? Yo no era ningún fantasma. En primer lugar, estaba viva y, en segundo lugar, cuando muriera, me transformaría en un vampiro. ¿A qué se había referido entonces?

Balthazar entró en el gran vestíbulo. Cuando me vio, sonrió esperanzado.

—Parece que alguien quiere hacer las paces contigo —dijo Raquel. Casi había olvidado que Balthazar y yo estábamos fingiendo ser una pareja que había discutido, no una que estaba bien avenida. —Debería hablar con él.

—Sí, hazlo. —Raquel recogió sus cosas—. Voy a conectarme para ver si hay alguna página web nueva sobre cómo echar a un fantasma de una casa o algo parecido.

—¿Alguna página web nueva?

—¿Crees que es la primera búsqueda que hago? Pero, hasta ahora, no sirven para nada. Solo son chiflados inventándose cosas. La verdad es más delirante que nada de lo que se puedan imaginar.

—Te creo —dije débilmente.

Balthazar me esperó en la entrada del gran vestíbulo, y advertí que llevaba al hombro tanto su bolsa de gimnasia como la mía.

—¿Las has traído de los vestuarios? —pregunté.

—He pensado que podríamos practicar un poco de esgrima.

Subimos, nos cambiamos y entramos en la sala de esgrima. La clase había progresado despacio, o eso me parecía a mí; solo recientemente habíamos empezado a utilizar espadas en vez de palos, y nuestros combates se reducían normalmente a cruzar unas dos veces las espadas antes de que el instructor lo parara todo para explicarnos lo que estábamos haciendo mal. No obstante, me notaba los músculos del brazo más fuertes —me dolían menos, de cualquier modo— y mi equilibrio estaba mejorando. Cuando Balthazar y yo nos colocamos el uno frente al otro en la sala de esgrima vacía, vestidos de blanco, con las caretas de acero puestas, advertí que estaba saboreando la oportunidad de ponerme a prueba. No era que tuviera ninguna posibilidad con Balthazar,

pero esta vez sentí la precisión de mis movimientos, mis músculos reaccionando al movimiento, como si hubieran sabido hacer aquello desde siempre y hubieran estado esperando a que yo me entrenara.

Durante mucho rato no se oyó nada en la sala salvo mis jadeos, nuestras pisadas amortiguadas por la estera y el chirrido de los aceros. No obstante, cuando Balthazar me hubo desarmado por tercera vez, paramos los dos, en parte porque yo estaba cansada, pero, sobre todo, porque presentí que Balthazar estaba listo para hablar.

Me limpié el sudor de la cara con una toalla.

—Se te ve mejor —dije—. No en esgrima. Eso también, quizá, pero yo quería decir en general.

—Charity quizá me odie ahora. —Balthazar dijo aquello en tono mesurado, como si se lo hubiera repetido muy a menudo. Se sentó en uno de los bancos que bordeaban la sala y se quitó la careta—. Eso solo aumenta la importancia de que vuelva a encontrarla. Quizá tarde mucho en conseguir que me escuche, pero soy capaz de hacerlo,

—¿Estás seguro?

—Sí.

—¿Has pensado en lo que significa si nos equivocamos? —Recordar el rostro dulce e inocente de Charity me hizo sentir absurda por haberlo siquiera sugerido, pero quería estar del todo segura—. Si la tribu de Charity está matando gente... y ella va con ellos...

—Estoy seguro de que Charity no es peligrosa y sé que tú en el fondo también lo estás. Pero la Cruz Negra solo se quedará tranquila si la mata junto con su tribu —dijo Balthazar—. Su muerte cuenta tanto como cualquier otra. Puede que Lucas no crea en su inocencia, pero sé que tú sí.

No sé qué me afectó más, la fe absoluta de Balthazar en su hermana o mi incertidumbre con respecto a lo que yo creía. Me senté a su lado, advirtiendo distraídamente que mi reflejo estaba nítido en el espejo de la pared, mientras que el suyo estaba borroso.

—Balthazar, llevas más de treinta y cinco años sin verla. Se ha unido a una nueva banda de vampiros, peligrosa por lo que parece. ¿Cómo puedes estar tan seguro de que no ha cambiado?

Se le ensombreció la mirada.

—Nosotros no cambiamos, Bianca. Esa es la tragedia de lo que somos. Eso es parte de lo que entraña estar muerto.

Me tranquilizó notarme el corazón latiéndome fuerte y rápido. «Estoy viva — pensé—. No soy como los demás. Aún estoy viva.»

Capítulo Diecisiete

Otelo no debería matarla, aunque crea que lo está engañando. —No me podía creer que tuviera que argumentar aquello. ¿Se tomaban todos los vampiros tan a la ligera el acto de matar?—. No hace mal porque Desdémona sea inocente. Hace mal porque cree que tiene derecho a matar a su esposa.

—Eso no es lo que habría pensado Shakespeare. —Courtney se apartó el pelo rubio de la cara—. En aquella época, las mujeres no tenían derechos, ¿no es así?

Por una vez, la señora Bethany no tomó partido. Ese día no estaba paseándose por el aula. En vez de eso, nos observaba desde su mesa, distante pero divertida.

—La posición de las mujeres ha cambiado con el paso de los siglos, señorita Briganti, pero el asesinato de una esposa rara vez se ha tomado a la ligera. — Señaló la página—. Las dos parecen dar por sentado que el asesinato de Desdémona es frío y calculador. Antes de nuestra próxima clase, espero que revisen las partes de la obra que tratan sobre la irascibilidad de Otelo. También veremos cómo se relaciona eso con la cuestión racial en la obra. Pueden marcharse.

Todos miramos a nuestro alrededor, asegurándonos de que habíamos oído bien. ¿La señora Bethany dejándonos salir de clase antes de que fuera la hora? Sí, solo faltaban diez minutos para que sonara el timbre, pero, para ella, eso era lo mismo que cinco horas. Despacio, la gente empezó a recoger sus libros, como si estuviera esperando que la señora Bethany cambiara de opinión, pero no lo hizo.

Cerré mi cuaderno y me lo metí en la mochila, con tantas ganas de escapar como cualquiera, hasta que la señora Bethany dijo:

—Señorita Olivier, quédese un momento, por favor. —Cerró la puerta cuando el último alumno hubo salido—. Sus padres me han informado de que este fin de semana va a volver a salir de Medianoche con el señor Moore.

—Así es.

—He permitido estas salidas creyendo que el señor Moore la estaba ayudando a integrarse en nuestro mundo. —Se dirigió a su mesa con las manos entrelazadas. Sus uñas me parecieron más combadas que de costumbre—. Dado su reciente comportamiento con la fantasma, que sus padres me han referido, dudo que sus salidas estén surtiendo el efecto deseado.

¿Mis padres habían contado a la señora Bethany mi encuentro con la fantasma? Y parecía que también le habían dicho que había hablado con ella, lo cual significaba que sabían que les había mentado y no me habían dicho nada a mí, sino a la señora Bethany. Debería haberlo supuesto, pero, de todas formas, su traición a nuestra confianza me dolió. Mantuve la cabeza alta.

—No veo por qué hacerme vampiro significa que tengo automáticamente que hacer daño a cosas que no conozco.

Ella ladeó la cabeza, escrutándome con sus vivos ojos de pájaro.

—Hacerse vampiro significa aceptar que debe observar ciertas reglas. Nosotros somos más fuertes que los humanos, pero tenemos vulnerabilidades. Tenemos enemigos. Las reglas que la protegen de esos enemigos se hallan entre las más importantes que va a aprender jamás.

—¿Cómo sabe que la fantasma es mi enemiga?

—¿Cómo sabe usted que no lo es?

No me podía creer que fuera a terminar contándole aquello a la señora Bethany, pero, por otra parte, ella ya lo sabía casi todo y probablemente era la única que tenía respuestas.

—Intentó comunicarse conmigo. Dijo que éramos iguales, ella y yo.

—Qué curioso.

—¿Qué significa? ¿Lo sabe?

—Cuando he hablado de curiosidad, señorita Olivier, me refería a que es extraño que una muchacha como usted no reconozca que muchos adversarios inician sus ataques siendo amables. ¿Qué mejor modo de conseguir que un inocente baje la guardia? Tras su experiencia con Lucas Ross, había imaginado que no sería tan ingenua. —Miré mi pupitre, intentando disimular mi malestar, pero, por su tono de voz divertido, supe que no lo había logrado—. También imaginaba que su relación con el señor Moore la ayudaría a olvidar por completo al señor Ross. Quizá estaba equivocada.

—Lucas no forma parte de mi vida. —Qué terminantes parecían aquellas palabras—. Balthazar se ha portado muy bien conmigo.

—Qué poco aprecia lo que tiene. —La señora Bethany se alejó de mí, sus tacones resonando en el suelo—. Puede irse.

—Balthazar y yo seguimos pudiendo salir este fin de semana, ¿verdad?

Ella me miró severamente.

—No veo motivo alguno para cambiar de opinión —dijo—. Por ahora.

A partir de ese momento, supe que cada vez que saliera de Medianoche podía ser la última.

Amherst estaba inusualmente tranquilo. Los exámenes parciales, supuse, o solo el frío, relegando a los estudiantes universitarios a sus dormitorios.

La primera vez que había venido a la plaza mayor, las calles habían estado atestadas de chicos que salían de fiesta; la música y las luces, flecos del júbilo que yo había sentido sabiendo que Lucas estaba cerca. Entonces las calles estaban vacías y oscuras y la incertidumbre ensombrecía mi estado de ánimo.

—Charity... ¿te abordó justo aquí? —Balthazar iba a mi lado, los largos faldones de su abrigo ondeando ligeramente al viento—. ¿Te eligió entre tanta gente?

—Supo que era un vampiro, por supuesto.

—Contigo no es tan fácil saberlo, no aún.

Lo miré. Con las farolas alumbrándolo a contraluz, me resultó difícil interpretar su expresión.

—¿Significa eso que me estoy haciendo... bueno, más «vampiro»?

—Puede significar que Charity se está volviendo más perceptiva. Que los sentidos se le han aguzado. —Tras una pausa, añadió—: Eso pasa a veces, cuando consumimos más cantidades de sangre humana.

—Crees que puede haber... que...

—Es posible beber sangre sin matar. Tú lo sabes tan bien como cualquiera. —Evitaba mirarme a los ojos. Entonces se paró y se dio la vuelta. Cuando yo hice lo mismo, advertí que nos habían seguido.

—¿Lucas? —Avancé dos pasos hacia él. Lucas estaba parado con las manos en los bolsillos, llevando un viejo abrigo de lona demasiado fino para el frío que hacía. Sus ojos parecían a la vez distantes y algo tristes, como solía mirarme al principio en Medianoche, antes de estar dispuesto a exponerse a que estuviéramos juntos. Se me había olvidado que al principio había intentado no sucumbir a nuestra atracción—. ¿Cuánto rato llevas siguiéndonos?

—Lo bastante para recordarle a Balthazar de qué soy capaz. —Lucas sonrió, pero sus ojos siguieron serios.

Balthazar no sonrió lo más mínimo.

—Deberíamos dividirnos. Si Charity vuelve a vernos juntos, jamás tendré otra oportunidad de hablar con ella.

Supe que Lucas habría querido protestar.

—Nos dividiremos —me apresuré a decir—. Balthazar puede ir a los barrios donde la has visto, yo me quedaré en la plaza y tú puedes vigilar las carreteras que salen de la ciudad.

—Esta noche estoy solo, ¿verdad? —Lucas se encogió de hombros—. Claro. ¿Por qué no? Parece un buen plan.

Se alejó sin decir nada más. Ni siquiera nos habíamos tocado.

—Está disgustado —dijo Balthazar en voz baja—. Tal vez deberías ir tras él.

Yo quería ir. Algo dentro de mí me empujaba hacia Lucas, pero me contuve.

—Tenemos un plan. Nos ceñiremos a él. Si no encontramos algún indicio de su tribu en un par de horas, tal vez podamos ir a una de las otras poblaciones cercanas.

Balthazar se subió el cuello del abrigo.

—Gracias. Te lo agradezco. —Unos segundos después, también él se había ido.

En esas me quedé sola. No esperaba que Charity volviera a buscarme, no cuando tanto su hermano como su enemigo estaban accesibles. Así que, mientras iba y venía por la calle, tiritando de frío y lanzando alguna que otra mirada melancólica a una cafetería cercana, tuve tiempo para evaluar lo que estaba sucediendo.

Lucas estaba enfadado conmigo. No podía ser por Balthazar, ¿no? No había ningún motivo para que estuviera celoso. Nada más pensarlo, me acordé de lo juntos que habíamos estado caminando Balthazar y yo cuando Lucas nos había visto. Me ruboricé y me lo quité de la cabeza. No, no podía ser eso, decidí. Últimamente, Lucas había estado incluso más irascible que de costumbre. De manera que ¿quién sabía por qué se disgustaba? Podría ser cualquier cosa. Y a lo mejor ya me había hartado de que pagara su mal genio conmigo.

Justo cuando me estaba poniendo hecha una furia, un destello dorado captó mi atención. Unos cabellos largos y rubios, algo familiar en su forma de andar...

«¿Charity?»

Pero no era ella. Era Courtney.

Iba andando por el otro extremo de la plaza, en dirección al acogedor barrio residencial que yo había visto en mi última visita. La ropa que llevaba parecía muy peculiar para ella: unos vaqueros viejos, un holgado jersey negro y una trenca gris. Recordé mi absurda forma de vestirme para mis inexpertos intentos de allanamiento de morada justo antes de que comenzara el curso.

Entonces reparé en que Courtney estaba haciendo lo mismo que yo: había salido a hurtadillas del internado. Con qué mala idea me había informado de que Balthazar me engañaba. ¿Nos había seguido aquella noche? ¿Se olía la verdad? No podíamos permitir que nos descubriera, sobre todo, no con Lucas tan cerca. Si Courtney lo veía, todo se habría acabado.

Me apresuré a seguirla cuando salió de la plaza. Ella no se volvió ni una sola vez, por lo que no me molesté en intentar esconderme. Obviamente, no me había visto, pero ¿podía estar siguiendo a Balthazar? Aquella era la zona por donde él estaba buscando a su hermana. Me fijé en si lo veía mientras pasábamos por delante de viejas casas de madera, con sus patios llenos de indicios de vida: una bicicleta infantil volcada a un lado, un columpio o una pila blanca para pájaros en un pedestal. Courtney no pareció prestar atención a nada de aquello ni estar siquiera buscando a Balthazar o a alguna otra persona. Por lo visto, sabía exactamente adonde se dirigía.

Aminoró el paso conforme se acercaba a una casa de color azul celeste que tenía luz en todas las ventanas. Incluso a media manzana de distancia, oí música y voces saliendo por ellas y, cuando estuve más cerca, vi que la casa estaba llena de personas que llevaban bandejas de comida o botellas de cerveza. Unos cuantos globos habían flotado hasta el techo.

Courtney se escondió entre los matorrales próximos a una de las grandes ventanas, mirando el interior de la casa. No pude acercarme tanto como para estar del todo segura de lo que hacía, aparte de mirar.

«¿Está acechando a alguien?» Tiempo atrás habría pensado que ni tan siquiera alguien tan mezquino como Courtney mataría nunca a un ser humano. Pero ahora ya no estaba tan segura con respecto a los vampiros. El miedo me puso la carne de gallina.

Me acerqué más. Dentro de la casa oí que la gente comenzaba a cantar, felicitando a alguien que se llamaba Nicole. Courtney no se movió; se quedó totalmente quieta, con la cara alzada teñida de dorado por la luz de la ventana. Yo estaba solo a tres metros de ella.

Al principio, no presté atención a la pequeña habitación que estaba más próxima a mí: se había vaciado cuando la gente se había puesto a cantar. Pero luego, desde el interior de la casa, una sonrisa conocida captó mi atención. La sonrisa de Courtney.

Pegué la cara al cristal y advertí que, entre las fotografías colocadas en lo alto de un piano vertical, había una de Courtney, retratada con un uniforme de animadora granate y blanco. Llevaba el pelo recogido en una coleta a un lado de la cabeza, la clase de peinado y maquillaje que se había puesto de moda en los años ochenta, cuando Courtney estaba viva.

«Esta es su familia y este es su hogar.»

La canción terminó y todo el mundo gritó y aplaudió. Volví a mirar a Courtney, que juntó las manos como si estuviera aplaudiendo, pero sin hacer ningún ruido. Los ojos húmedos le brillaron a la luz de la ventana.

La gente empezó a regresar a la habitación más próxima a mí y yo me agaché. Al volver a asomarme al alféizar, vislumbré a una mujer que debía de tener unos cuarenta años, con el pelo rubio recogido en un sobrio moño y una afable sonrisa; fue una sorpresa darme cuenta de que aquella mujer era, en esencia, una versión madura de Courtney. Su hermana, quizá.

—¡Tú!

Di un respingo. Courtney se había dado la vuelta para seguir la fiesta probablemente, y me había descubierto.

— ¿Qué estás haciendo aquí? ¡Maldita chivata! —Tenía la cara crispada de rabia, pese al hecho de seguir con lágrimas en las mejillas—. ¿Qué te hace pensar que tienes derecho a seguirme?

—No... no quería... —Pero la había estado siguiendo, y a propósito, y no tenía forma de explicarle por qué sin decir más de la cuenta—. ¿Qué haces aquí? ¡Para salir del internado hay que pedirle permiso a la señora Bethany!

—Hay un camión del servicio de lavandería que te trae, en el que tú a lo mejor te habrías fijado si no fueras tan rematadamente imbécil. —Agarrándome por el codo, tiró de mí para alejarme de la casa. Reparé en que no quería que nos vieran. Las personas de la fiesta solo sabían que Courtney había muerto hacía un cuarto de siglo, nada más. Si la veían resucitada, transformada en vampiro, no podía ni imaginarme cómo reaccionarían. Probablemente, tampoco Courtney.

—Lo siento —dije más calmada—. De haberlo sabido, no te habría seguido.

—¿Saber qué? ¿Qué es lo que crees que sabes? —Me sonrió con sorna, aunque su falsa sonrisa la hizo parecer más triste que sus lágrimas—. Yo solo sé que deberías estar con Balthazar esta noche, y no lo estás.

«Mierda.» Debería haber sabido que el radar de Courtney para enterarse de los chismes no podía dejar de funcionar durante mucho tiempo.

—¿Qué pasa, Bianca? ¿Problemas en el paraíso? —Se cruzó de brazos y movió la cabeza, de nuevo la reina de la escuela, pisando fuerte—. ¿Os habéis peleado? ¿Por segunda vez?

—Si no es asunto mío que tú estés aquí, tampoco es asunto tuyo que lo esté yo. Así que déjame en paz y yo haré lo mismo contigo.

Aunque era evidente que Courtney quería restregarme por las narices el supuesto fracaso de mi supuesta relación, al parecer quería taparme la boca incluso más.

—Si dices una sola palabra de esto, una palabra a quien sea, lo sabré.

—Sé guardar un secreto.

—¡Yo no tengo secretos!

Seguíamos oyendo las risas de la fiesta. La miré y el rostro se le ensombreció. Se volvió para marcharse, y se quedó paralizada. Cuando oí las voces, también yo me quedé de piedra. «¡No, no, ahora no!»

—No sabemos si Bianca tiene problemas —dijo Lucas. Balthazar caminaba a su lado, al mismo ritmo que él. —No está en la plaza donde debíamos encontrarnos. ¿No te hace eso pensar que a lo mejor está en apuros?

—Bianca suele ingeniárselas para no estar donde debería. Si la conocieras mejor, lo sabrías —dijo Lucas. Entonces se paró en seco. Supe que nos había visto, lo cual significaba que Courtney lo había visto a él. A Lucas. Al cazador de la Cruz Negra.

—Oh, Dios mío —dijo en voz baja—. Tú eres... Lucas Ross... esto es...

—Courtney, escúchame. —Balthazar vino rápidamente hacia nosotras, ofreciéndole las manos. Era la mayor atención que le había prestado nunca, pero ella retrocedió, como si se sintiera repelida—. Puedo explicártelo.

—¿Puedes explicarme por qué estás con un cazador de la Cruz Negra? Me encantará oírlo.

Lucas había apretado la mandíbula.

—Esta noche no muerdo.

—Oh, caramba, es un gran alivio. Esta noche no vas a matarnos ni a mis amigos ni a mí. Cielos, hagámonos amiguitos hasta mañana, cuando cambies de idea.

—Courtney se arrebujo más en su trenca—. Te tengo calado, Lucas. Eres un asesino psicópata, ese es tu verdadero móvil. También te tengo calada a ti, Bianca. Sigues enamorada del psicópata de tu ex. Es patético y, si quieres que te diga la verdad, lo que debería haber esperado de una pringada como tú. Pero ¿tú, Balthazar? ¿Qué estás haciendo? ¿En qué estás pensando?

—Te lo puedo explicar si me escuchas. —Balthazar parecía desconcertado, incluso asustado. Nunca lo había visto asustado hasta entonces, ni siquiera en el Baile de Otoño. Él sabía, como sabía yo, que Courtney nos delataría a la señora Bethany casi con toda seguridad.

Courtney no quiso escucharlo. Se marchó con paso airado sin decir nada más. Lucas la señaló.

—¿Qué...? ¿Dejáis que se vaya así como así? —¿Qué quieres que hagamos? —protesté—. ¿Qué le clavemos una estaca?

Courtney, que al parecer no supo captar mi sarcasmo, echó a correr. Balthazar corrió tras ella y Lucas y yo los seguimos. Yo sabía que tanto Balthazar como yo estábamos intentando alcanzarla para tranquilizarla y explicarnos, pero Lucas... no estaba segura con respecto a él.

Detestaba no estarlo.

—Courtney, ¡espera! —grité.

Ella solo corrió más aprisa. Pero Balthazar era más rápido y consiguió agarrarla por el hombro y obligarla a volverse. Ella chilló, pero Balthazar le suplicó:

—No vamos a hacerte daño.

—¿No vais a hacerme daño? ¿Qué opina de eso la cruz negra? Lucas suspiró ruidosamente.

—No te haré nada.

Courtney ladeó la cabeza, como si Lucas le hubiera hablado en un idioma que ella no entendía.

—No sé qué os lleváis entre manos, pero es un disparate.

—A veces estoy de acuerdo contigo —dijo Balthazar—. El caso es que ni tú ni ningún otro vampiro corréis peligro, y te agradeceríamos mucho que nos guardaras el secreto.

Pobre Balthazar; iba a intentar mantener la calma y ser razonable con un toro desbocado.

—Si estás con la Cruz Negra, no puedo quedarme callada. —Courtney retrocedió. Chocó con una furgoneta aparcada y comenzó a rodearla, pegando las palmas de las manos al metal como si fuera un ciego tanteando el camino—. Esto es peligroso. Deberías ser más listo, Balthazar. Es a ti a quien va a echar las culpas la señora Bethany.

De pronto, Courtney chilló y se agarró el pecho, con la punta de una estaca sobresaliéndole entre los dedos.

Se me escapó un grito. Por un terrible segundo, pensé que Lucas había arrojado la estaca contra ella, pero no, se la habían clavado por la espalda. Courtney se tambaleó, dio dos pasos y cayó al suelo de bruces, con la estaca clavada en la espalda. Detrás estaba Charity.

Balthazar se quedó mirando a su hermana, no horrorizado, sino asombrado. Charity llevaba unos descoloridos vaqueros rotos y agujereados por media docena de sitios con unas mallas negras debajo. Su sucio jersey tenía el cuello deshilachado. Sonrió tristemente a su hermano.

—Te habría hecho daño —dijo tocando el cuerpo inerte de Courtney con una de sus zapatillas plateadas—. No podía permitirselo, ¿no?

—Charity. No deberías... pero querías ayudarme y te doy las gracias por eso. — Balthazar alargó una mano, pero Charity retrocedió varios pasos.

—Pero la chica ha hecho preguntas interesantes. —Clavó sus ojos castaños en Lucas—. ¿Por qué pasas tanto tiempo con la Cruz Negra? ¿Sobre todo mientras me persiguen?

Me volví hacia Lucas.

—¡Dijiste que ya no ibais tras ella! ¡Lo prometiste!

—¡No lo hacemos! ¡Que yo sepa, no lo hacemos! —protestó Lucas. Estaba empezando a preguntarme si decir «que yo sepa» no sería únicamente una forma de escurrir el bulto, si Lucas no habría sencillamente optado por no saber nada que no le conviniera. Todo el miedo y disgusto que había sentido en los últimos minutos se estaba arremolinando dentro de mí, buscando desesperadamente una salida, y ahora se estaba dirigiendo hacia Lucas.

—Están intentando matarme —dijo Charity—. Mi hermano los ayuda. ¿Cómo te sentirías tú si fueras yo?

Balthazar negó con la cabeza.

—Lucas prometió que dejarían de perseguirte si te encontraba.

—¿Así que solo intentas ser un buen hermano mayor? ¿Volver a llevarme a Medianoche a rastras?

—Charity, por favor. —La voz de Balthazar solo era un ronco susurro—. Hace treinta y cinco años que no estamos juntos.

—Que no vivimos juntos quizá. Pero yo ya te había visto mucho antes de esto, mucho antes de Albion. He estado pendiente de ti. —Charity se abrazó el cuerpo—. Quiero las armas del cazador.

Lucas tensó la mandíbula.

—Oh, mierda, no.

—Lucas —susurré—, venga. No confía en ti.

—¡Yo tampoco confío en ella!

—Nos desharemos todos de cualquier arma que llevemos —dijo Balthazar, intentando ser razonable.

—Vosotros sois vampiros —dijo Lucas—. Sois vuestras propias armas.

Charity alargó las manos.

—Entonces quédate con todas las armas menos una. Dame solo una. Ese puñal tan grande con que me amenazaste en el hospital. Así me sentiré más segura.

—Pero yo no... —dijo Lucas.

—No pasará nada —le prometí. Charity parecía tan joven y aterida... Estaba tiritando, con las manitas extendidas y suplicando—. Lucas, por favor.

Lucas me lanzó la mirada más asesina que había visto nunca, pero metió la mano debajo del abrigo y sacó su puñal. En vez de dárselo a Charity, lo arrojó al suelo. Ninguno de los dos le quitó ojo mientras ella se agachaba para recogerlo, y él se llevó la mano al cinturón, donde yo sabía que llevaba una estaca.

Quizá deberíamos haber prestado atención a Courtney antes de que nada de aquello sucediera, pero todos sabíamos que un vampiro no muere cuando le atraviesan el corazón con una estaca, al menos no de forma permanente. Si le

quitan la estaca, revive, como si nada hubiera ocurrido. Yo ya estaba pensando en que, al final, tendríamos que arrancarle la estaca a Courtney y afrontar el hecho de que estuviera todavía más enfadada cuando recobrará el sentido.

—¿Satisfecha? —preguntó Lucas.

—Sí. —Charity le sonrió extrañamente—. Al menos por esta noche, cazador, no te haré daño.

Por algún motivo, Lucas interpretó aquello como una señal de que él era la mejor persona para entenderse con ella.

—Tienes que hacer caso a tu hermano. Yo no estoy al mando de la Cruz Negra, ni de lejos. Si no quieres que te cacen, es mejor que obedezcas sus reglas.

—Yo ya sé qué reglas obedecer —dijo Charity—. Y sois vosotros los que deberíais preocuparos por vuestra seguridad.

—¿Qué has hecho, Charity? —Balthazar la cogió por los brazos, no como si fuera a abrazarla, sino más bien como si quisiera zarandearla—. Respóndeme.

—He hecho nuevos amigos. Ellos me han enseñado el camino. Deberías venir con nosotros, Balthazar. Serías mucho más feliz mirando hacia el futuro en vez de seguir anclado en el pasado.

—¿A qué te refieres? —inquirí.

Charity forcejeó para zafarse de su hermano.

—Me refiero a que solo hay una forma de ser un verdadero vampiro y no consiste en añorar cosas que no tienes ni en relacionarte con personas que conocías cuando estabas vivo, ni en planchar tu uniforme de la Academia Medianoche todas las mañanas. Consiste en querer lo que tienes. En coger lo que puedas. En aceptar lo que eres.

—En matar —dijo Lucas—. Te refieres a que la única forma de ser un verdadero vampiro es matando.

Charity le sonrió mientras se arrodillaba junto al cuerpo inerte de Courtney.

—Tú lo sabes todo sobre matar, ¿no?

Lucas negó con la cabeza.

—Lo que yo hago no es lo mismo.

—Ah, ¿no? Veamos para qué sirven tus armas. —Charity hizo girar el puñal de Lucas en la mano. Luego cercenó el cuello a Courtney con una fuerza increíble, decapitándola.

La decapitación mata a un vampiro para siempre.

A Courtney se le puso el cuerpo rígido. La piel se le tornó instantáneamente gris y reseca, arrugándosele en torno a los huesos conforme la carne se le consumía. Su cabeza separada del cuerpo osciló de un lado a otro. La parte de cara que yo veía ya no era una cara, sino únicamente algo apergaminado de color terroso que recubría el cráneo. Cuando los vampiros mueren, sus cuerpos se deterioran hasta el punto que habrían alcanzado tras su primera muerte. Los más viejos se convierten en polvo. Courtney solo llevaba muerta veinticinco años, por lo que aún quedaba mucho de ella. Demasiado.

Se me escapó un grito. Balthazar apartó la mirada. Charity sonrió a Lucas.

—Me debes una, cazador. Ahora, tu secreto está seguro, Balthazar. No digas nunca que no te quiero.

Se dio rápidamente la vuelta y echó a correr, perdiéndose casi al instante entre la maleza. Balthazar dio dos vacilantes pasos tras ella antes de detenerse.

«Charity ha matado a Courtney. Charity ha matado. La he visto hacerlo.» Y yo que la creía tan indefensa y asustada, tan débil... ¿Podía haberme equivocado tanto? Recordé la desconfianza de Lucas en Charity, y también mi insistencia en protegerla, y sentí tanta vergüenza como horror, preguntándome en qué grado era yo responsable de todo aquello.

Por unos momentos, ninguno pudo hablar.

—¿Qué vamos a hacer? —dije por fin.

—¿Qué? —Balthazar seguía mirando el lugar donde Charity había desaparecido.

—Se refiere al cadáver. —Lucas hizo una mueca al verlo mejor—. Cuando los vecinos salgan por la mañana y se encuentren con esto, van a ponerse histéricos. Le harán pruebas. El hecho de que sea un cadáver de hace veinticinco años solo les planteará más incógnitas.

¿Podían identificar el ADN de Courtney? ¿Su dentadura? Me horrorizó pensar en aquella familia tan agradable enterándose de que habían encontrado el cuerpo de Courtney, descompuesto y abandonado en su propia calle durante una fiesta de cumpleaños. Era casi lo peor que podía imaginarme.

—Tenemos que sacarla de aquí —dije—. Deberíamos enterrarla en algún sitio.

—Cuesta cavar en la tierra helada —dijo Lucas—. Es mejor quemarla.

No lo dijo con maldad, sino únicamente por pragmatismo. Pero él no tenía el pavor de un vampiro al fuego y no podía saber lo espantoso que me parecía quemar a alguien en vez de enterrarlo como es debido.

Quizá fuera la repugnancia hacia la idea de la incineración. Quizá fueran mis sentimientos confusos tras ver morir a Courtney; nunca me había caído bien, pero jamás habría deseado su muerte. Quizá fuera la tensión de que hubieran estado a punto de descubrir nuestra tapadera y luego lo hubieran solucionado de la peor forma posible. Quizá fuera ver a Balthazar tan perdido. Quizá fuera mi enfado conmigo misma por haber cometido la estupidez de creer en la bondad de Charity. Quizá fueran los meses de separación, pasando finalmente factura.

Fuera lo que fuese, en ese momento algo estalló dentro de mí.

—Quémala. Quémala. —Me volví rápidamente hacia Lucas tan enfadada que temblaba—. Ni siquiera piensas que sea una persona, ¿no? ¡Porque los vampiros no son personas! ¡No para ti!

—Para el carro... eso no es lo que he dicho. —Lucas alzó las manos—. Es solo una incineración, Bianca.

—No es solo una incineración, no para ti. Tú crees que los vampiros no son como las demás personas, así que piensas que no pasa nada por tratarlos como te apetezca. Hasta podrías haber matado tú a Courtney. Podrías haber matado a Balthazar. Si no nos hubiéramos conocido en Medianoche, algún día hasta podrías haberme matado a mí. No te lo habrías pensado dos veces, ¿verdad?

Lucas no soportaba que le gritaran de aquella forma. Vi cómo se consumían los últimos vestigios de su autocontrol conforme la rabia se apoderaba de él.

—Y tú crees que los vampiros no le hacen nunca daño a nadie, ¡aunque todos estéis programados para beber sangre y matar! ¡Incluso después de Erich! ¡Incluso después de eso! ¿De qué demonios va esto, Bianca? He intentado hacerte ver la verdad, pero tú no vas a ver nada que no quieras ver.

En voz baja, detrás de nosotros, Balthazar dijo: —Voy a buscar el coche y traerlo hasta aquí. —Lo ignoramos. —Tú aún sigues en la Cruz Negra —dije temblando de rabia—. Más de un año después de descubrir que yo también soy un vampiro. Hablaste de dejarla, pero eso es todo, ¿verdad? ¡Solo palabras! ¿Soy yo la que tengo que cambiar? ¿La que tiene que renunciar a todo?

—¿A qué has renunciado, Bianca? No te has ido de Medianoche. No has dejado de contar con transformarte en vampiro. Eres una hija ideal para tus padres y una novia ideal para Balthazar y me apartas cuando te conviene.

—¿Cuando me conviene? ¿Crees que algo de esto me conviene?

—Hace un rato parecías bastante cómoda con la situación.

Se refería al momento en que me había visto caminando junto a Balthazar. Algo tan simple como un paseo se había convertido en un arma arrojada contra mí. Las lágrimas me estaban escociendo en los ojos.

—Tendría que haberlo sabido. Nunca has dejado de odiar a los vampiros. Eso hacía inevitable que un día... que un día me odiaras a mí.

Lucas dio la impresión de haber recibido un puñetazo en el estómago.

—Bianca... por Dios, tú sabes que no te odio.

—Puede que ahora no, pero lo harás. —Se me hizo tal nudo en la garganta que me dolía hablar—. No sé por qué he llegado a pensar que esto funcionaría.

—Bianca...

—Vete. Márchate.

—No voy a dejarte aquí sola.

—Balthazar llegará enseguida con el coche.

A Lucas se le endureció la expresión.

—Supongo que Balthazar cuida bien de ti. Ya no necesitas mi ayuda.

—No. —La voz se me quebró, pero él me creyó de todos modos.

—Está bien.

Lucas se alejó en la oscuridad. Tomó la dirección contraria a la que había tomado Charity, por lo que deduje que no iba a perseguirla, pero se perdió en la oscuridad tan rápidamente como ella. Estaba sola.

«¿Acabamos de romper? ¿Acabo de dejar a Lucas?»

Eso creía, pero no estaba segura. Por algún motivo, no saberlo con absoluta certeza empeoraba aún más las cosas. Pero no habíamos decidido dónde ni cómo volveríamos a vernos, lo cual significaba que quizá no podría volver a encontrarlo nunca más. Si él no venía, no volveríamos a vernos después de

aquella noche. Me apoyé en la furgoneta y empecé a llorar. Luego pensé en que era inmensamente mezquino por mi parte llorar por mi ruptura mientras Courtney yacía muerta a mis pies, pero eso solo me hizo sollozar con más amargura.

Cuando Balthazar llegó con el coche, me pareció que había pasado una eternidad, aunque en realidad no podían haber transcurrido ni diez minutos. Me vio llorando y dijo:

—No ha terminado bien, supongo. —Negué con la cabeza—. Tranquila. Sube al coche, Bianca. Yo me encargo de Courtney.

Balthazar envolvió el cadáver en una vieja manta que debía de estar en el portaequipajes, que fue donde lo metió. Yo no miré; me quedé en el asiento del copiloto y lloré a lágrima viva. Cuando Balthazar terminó de limpiar la zona y cerró el portaequipajes, mis sollozos habían cesado. Las lágrimas seguían rodándome por las mejillas, pero me sentía anestesiada por dentro.

Cuando Balthazar subió al coche, le susurré:

—¿Qué vamos a hacer?

—Tendremos que buscar un sitio apartado y encender una hoguera. —Me miró con inseguridad—. Lucas tenía razón con lo del suelo helado.

—Oh, vale.

Balthazar arrancó el coche. Me volví para mirar la casa donde la familia de Courtney seguía celebrando una fiesta de cumpleaños. Al alejarnos, vi sus siluetas en las ventanas. Estaban bailando.

Capítulo Dieciocho

Gracias a Dios, por fin ha llegado la primavera —dijo Raquel abriendo la ventana para dejar entrar la brisa—. Si me hubiera despertado una mañana más y hubiera visto carámbanos, te juro que habría apuñalado a alguien con uno.

—¿Podemos no hablar de apuñalar a la gente, por favor? —Yo estaba enroscada en mi cama, con el mismo pijama que había llevado durante todo el fin de semana, hojeando una de las revistas viejas de Raquel. No era muy fácil de leer; en aquel punto, ella ya había mutilado casi todas las fotografías para sus proyectos artísticos, aunque, por otra parte, yo tampoco estaba muy concentrada.

Raquel bajó la revista para poder mirarme a la cara.

—¿Recuerdas hace unos meses? —preguntó en voz un poco más baja—. ¿Cuándo era yo la que se escondía en esta habitación y fuiste tú la que me sacó del pozo? Pues ahora es lo mismo, pero al revés.

—Yo no necesito que me saquen de ningún pozo.

—Bianca, baja de las nubes. Desde hace un mes, eres una especie de zombi.

«Vampiro, no zombi», pensé. Ese comentario me hizo sonreír un poco.

—Solo necesito tiempo para... ordenar mis pensamientos. ¿De acuerdo?

—Un par de días, tiene un pase, y hasta un par de semanas. Pero ¿esto? Ya llevas así casi un mes. Hasta tus pensamientos deberían estar ordenados ya. — Se levantó de la cama y me destapó—. Levántate y dúchate, que hueles a perro muerto.

—Solo me he saltado un día —protesté.

—Me da igual lo que haya tardado esta peste en atufar mi habitación. Solo sé que aquí hace peste y que tiene que desaparecer.

De hecho, yo no creía que oliera mal: Raquel solo estaba desesperada por conseguir que yo me moviera. De manera que me moví, dándome obedientemente mi ducha y regresando a la habitación para encontrarme a Raquel haciéndome la cama, aunque casi nunca se hacía la suya. Había escondido las revistas.

—He preparado una ensalada de atún —dijo mientras alisaba una de las sábanas—. Para el almuerzo; nos la podemos comer al aire libre. Se lo podemos decir a Balthazar, a Vic y a Ranulf. ¿Qué me dices?

—¿Quieres comer al aire libre? —Ella se encogió de hombros—. Pareces otra.

—Y tú —señaló—. Mientras las cosas no vuelvan a la normalidad, no me queda más remedio que ser la más animada de las dos. Eso me fastidia bastante, así que ya puedes espabilar y venirte.

—Vale. —Iba a tener que comer en algún momento. Aunque la sangre cada vez era una parte más importante de mi dieta, aún necesitaba comer.

—¿Vas a decirme de una vez por todas qué mosca te ha picado?

—Probablemente, no. —¿Cómo iba a contarle que estaba disgustada por perder a Lucas? Que ella supiera, lo había perdido hacía casi un año, no el mes pasado—. Raquel, no es que no confíe en ti. Es solo que... no quiero decirlo en voz alta, ni siquiera quiero oírme diciendo las palabras.

—Tranquila —dijo—. Vamos a sacarte afuera.

Comimos los cinco (Balthazar y Ranulf masticando con mucho cuidado) en los jardines del internado. Uno de los pareos de Vic nos sirvió de mantel y hablamos principalmente de exámenes parciales y chismes. Balthazar estuvo sentado cerca de mí, nuestros brazos rozándose a veces, y su presencia me tranquilizó.

Solo en una ocasión tomó la conversación un derrotero peligroso. Mientras se ponía más patatas fritas en el plato, Vic dijo:

—Oye, ¿no se ha sabido nada más de Courtney?

—Dicen que ha vuelto a casa —se apresuró a decir Balthazar. Se estaba ciñendo a la versión oficial de Medianoche para cualquier alumno vampiro desaparecido, lo cual era habitualmente la verdad, aunque no esta vez—. Cada curso lo dejan unos cuantos alumnos.

—Es rarísimo —dijo Raquel—. El curso pasado, Erich; este, Courtney. Es decir, entiendo que alguien quiera largarse de este infierno, sobre todo teniendo fantasmas rondando por aquí, pero da la impresión de que a la dirección le traiga sin cuidado. ¿Y cómo es que los que se van son los alumnos más populares? El resto conseguimos aguantar.

—Courtney no estaba contenta —dijo Ranulf—. Se sentía sola. Se le notaba.

Aunque nunca lo había pensado, me di cuenta de que Ranulf tenía razón. Sabía que no podía permitir que nadie me viera conmovida por Courtney, por lo que apoyé la cabeza en el hombro de Balthazar. Él me dio una palmada en la espalda.

Raquel, por su parte, parecía escéptica.

—No sé por qué iba a estar más sola que el resto de nosotros la niña mona del internado.

—Todo el mundo se siente solo —dijo Ranulf, y sonrió—. Debemos recordar que la vida hay que vivirla día a día. No podemos preocuparnos ni por el pasado ni por el futuro. La felicidad reside en el presente.

Raquel se rió.

—Vic te ha lavado el cerebro a fondo.

Ahora que me fijaba, Ranulf parecía mucho más relajado y, sí, lo que llevaba en los pies eran unas deportivas de bota negras. Ahora, en vez de parecer un mártir cristiano sacado de algún texto medieval, Ranulf se vestía y movía casi como un chico normal. Aún hablaba de un modo extraño, pero no tanto como para llamar la atención. Y, lo que era más importante, por primera vez parecía feliz. Un año compartiendo habitación con Vic le había hecho mucho más bien del que jamás podría haberle hecho una década de instrucción en la Academia Medianoche.

—Tendrías que hacerle caso, Balty —dijo Vic empujando el zapato de Balthazar con el suyo—. Carpe diem,

—Lo intento. —Balthazar se esforzó por parecer animado, pero no fue muy convincente. Aquel mes no había estado mucho más contento que yo; el enfrentamiento con Charity le había afectado mucho, como a mí. Yo me sentía una estúpida por haber confiado en ella solo porque parecía inocente e indefensa. ¿Cuánto peor debía de sentirse Balthazar? No solo había preferido su hermana a la tribu en vez de a él, sino que se había convertido en uno de ellos, en un ser violento, despiadado y cruel. De una sola cuchillada, había puesto fin a la existencia de Courtney, además de mi relación con Lucas.

Puede que Raquel percibiera cierta melancolía en mis ojos, porque se apresuró a decir:

—El cielo está despejadísimo. Esta noche deberíamos salir a observar las estrellas. ¿Qué os parece?

—Esta noche no —dije—. He prometido ayudar a Balthazar con un trabajo de clase.

—Está bien —dijo Raquel—. Pero lo haremos pronto.

Recordé cuánto le aburría la astronomía y quise abrazarla por el empeño que estaba poniendo.

De hecho, el «trabajo de clase» consistía en jugar con una consola de vídeo, una pura diversión para mí, pero una asignatura difícil para Balthazar en el área de Tecnología Moderna.

—Esto debería dársete mejor —dije mientras mi guerrero apuñalaba fácilmente al suyo en la pantalla por duodécima vez—. Has combatido en varias guerras, ¿no?

—En muchas. —Balthazar fulminó los mandos con la mirada—. Para mí no tiene ningún sentido pensar en una batalla como en un juego.

—Entonces piensa que es como la esgrima —sugerí—. Ya sabes, movimientos que practicas para hacerlo bien. Un papel que encarnas.

—Eso tiene lógica. —Sonrió y se recostó en el sofá del aula de Tecnología Moderna, y yo me sentí muy orgullosa de mí misma. Entonces, su sonrisa cambió, haciéndose a la vez más dulce e intensa—. Bianca, ¿por qué seguimos haciendo esto?

—¿Haciendo qué?

—Estar juntos todo el tiempo. Mentir a nuestros amigos. —Me miró con sus ojos castaños—. Fingir que estamos juntos.

—Bueno, porque... —Me di cuenta de que ni siquiera me había hecho esa pregunta. Miré al suelo sin saber qué decir—. Tú sigues buscando a Charity. Eso significa que necesitas una excusa para salir del internado.

—Yo no necesito ninguna excusa para salir del internado. Puedo ir y venir cuando me plazca. Nuestra... lo que sea esto, no lo necesito para eso.

—Supongo que podemos dejarlo si tú quieres.

—Yo no quiero dejarlo especialmente —dijo Balthazar. Había bajado la voz.

—Voy... voy a buscar un poco de sangre, ¿vale? Me puse en pie y, con paso vacilante, fui al rincón del aula donde había una cocina americana del siglo **XXI**. Varios vampiros guardaban un poco de sangre allí para tomarse un refrigerio entre clase y clase, dado que aquella era la única aula que ningún humano

utilizaba, y me pareció que un poco de sangre me vendría bien para darme fuerzas.

No podía fingir que no sabía a qué se refería Balthazar, ni que me hubiera sorprendido. Lucas y yo ya no estábamos juntos y parecía imposible que alguna vez volviéramos a estarlo. Balthazar me había dado tiempo para asimilar su pérdida y ahora quería saber si las cosas podían ser distintas entre los dos.

Yo siempre me había dicho que Balthazar no era más que un amigo. Sabía que no lo amaba como seguía amando a Lucas; no sabía si alguna vez podría volver a amar de aquel modo tan apasionado.

Pero también sabía que durante aquel año había llegado a depender de Balthazar. Confiaba en él. En aquel momento, era probablemente uno de mis mejores amigos. Y nunca había fingido que no me pareciera atractivo, lo cual habría sido imposible.

No, nunca había sentido por Balthazar nada que se acercara a la pasión arrebatada que Lucas despertaba en mí. Pero si le daba una oportunidad...

Recordé a Lucas besándome bajo las estrellas en el observatorio, mi deseo de él tan lacerante que me dolió. El recuerdo se adueñó de mí justo cuando sacaba un vaso del armario. Distraída, me resbaló de la mano y se hizo añicos contra el suelo. Noté algo afilado clavándoseme en un dedo.

—¡Ay! —gemí sacándome un cristal de mi dedo ensangrentado.

Balthazar estuvo a mi lado al momento.

—No tiene mala pinta. —Se apresuró a recoger los cristales rotos y los tiró a la basura.

—No, solo necesito vendármelo. Luego pensé: «Un momento».

Estábamos muy cerca, tanto que casi nos tocábamos. En vez de abrir el grifo y poner el dedo debajo del chorro de agua, alcé inseguramente la mano hasta casi rozarle la cara.

Lo cogí por sorpresa; pareció tardar un segundo en darse cuenta de lo que estaba haciendo. Luego me cogió por la muñeca y se metió mi dedo en la boca, saboreando mi sangre. Cerró los ojos. Al notar el roce de su lengua en mi piel, el estómago me dio un vuelco y se me cortó la respiración.

Al cabo de un segundo, Balthazar apartó mi mano de sus labios. Ahora, el corte era únicamente una delgada línea rosa.

—¿Estás bien? —dijo.

—Sí. —Me sentía terriblemente expuesta. Mi sangre había permitido que Balthazar se introdujera fugazmente en mi mente; él acababa de sentir algunas de las emociones que yo sentía ahora. Me pregunté si no serían menos confusas para él de lo que eran para mí—. ¿Qué has visto?

Balthazar seguía con mi mano entre las suyas, rodeándome la muñeca con sus anchos dedos.

—Solo curiosidades, nada más. No he probado suficiente sangre para conocerte bien. —Tenía la voz extrañamente ronca—. Cuando por fin compartas sangre con alguien, entenderás la diferencia.

Recordé que solo había sentido un atisbo de las emociones de Balthazar al lamerle el dedo la noche del Baile de Otoño. Había más, tanto, que yo apenas me lo podía imaginar: los verdaderos misterios de ser un vampiro.

«Esto es lo que significa ser un vampiro.»

Había tenido momentos en que me había cuestionado si tenía que acabar convirtiéndome en un vampiro, incluso si era eso lo que yo quería. Ahora que había perdido a Lucas, no quería volver a plantearme aquellas cuestiones nunca más. Estaba harta de no saber qué era exactamente, cómo comportarme, qué pensar. Si pudiera comprender qué significaba ser un vampiro, puede que dejara de hacerme todas aquellas preguntas.

Miré a Balthazar y susurré: —Bebe mi sangre.

No se movió, pero percibí el cambio que se produjo en él, una especie de tensión que electrizó el aire de alrededor. —¿Ahora?

—Esta noche no va a venir nadie más. Estamos solos. Podemos hacer lo que nos apetezca.

—No me refería a eso. —El deseo de sus ojos me hizo sentirme débil, ligeramente asustada, pero de un modo agradable, como el momento antes de bajar una cuesta en una montaña rusa. Me pasó los dedos por la mejilla—. ¿Estás segura?

—Ya te lo he dicho. Sí. —Pero entonces me pareció que mi audacia se disolvía, porque no tenía la menor idea de cómo hacerlo—. ¿Nos...? ¿Te...?

«¿Tengo que destaparme el hombro y dejar simplemente que me muerda? ¿Me morderá primero en la mano?» Me sentí estúpida por no saberlo.

—Es mejor que te tumbes. A veces mareas. —Balthazar me apretó la mano—. ¿El sofá?

—Vale —dije apartándome el pelo de la cara como si aquello no fuera gran cosa. Lo cual fue una estupidez, porque sí lo era, y Balthazar y yo lo sabíamos, pero yo parecía incapaz de controlarme.

Las piernas me flaquearon cuando fuimos al sofá cogidos de la mano. Balthazar rebuscó en uno de los armarios y sacó un par de toallas oscuras. La pantalla del ordenador se había apagado, con lo que había más oscuridad en el aula, pero yo no encendí ninguna luz. Sería más fácil, pensé, si estábamos envueltos en sombras.

—Quizá quieras... No quiero estropear la blusa —dijo Balthazar con voz tensa—. Él ya se estaba desabrochando los puños de la camisa.

—Oh, vale. —Por suerte, llevaba una camiseta debajo de mi blusa de encaje. Me di la vuelta mientras me la desabrochaba y la dejaba doblada en una silla cercana. Aunque la camiseta y la falda eran más recatadas que nada de lo que hubiera llevado a la playa, me sentí enormemente desnuda.

Cuando me volví, Balthazar se había quitado la camisa. Jamás le había visto el cuerpo hasta entonces, y el mero hecho de mirarlo —pecho ancho, hombros esculturales, cintura musculosa— despertó mi deseo de tocarlo. En mi nerviosismo, imaginé que era casi dos veces más ancho que yo, que podía cubrirme por completo.

No lo toqué; no hice nada. Balthazar extendió las toallas en el sofá.

—Ven. Túmbate. —Yo lo hice, colocando el cuello de tal modo que la sangre que pudiera derramarse cayera en las toallas, pero tuve la sensación de que me movía a cámara lenta. Entonces Balthazar se tendió a mi lado, colocando su cuerpo junto al mío. El corazón me latía tan violentamente que parecía que iba a estallarme.

Balthazar me pasó una mano por el pelo y sonrió dulcemente. Parecía más relajado cuando dijo:

—¿Estás nerviosa?

—Un poco —admití.

—No lo estés. Cuidaré bien de ti, te lo prometo. —Cuanto más esperamos, más nerviosa me pongo. —Chist. —Balthazar me besó en la frente. Luego, casi sin despegar los labios de mi cara, bajó hasta el hueco de mi cuello. Al notar el roce de su boca en mi piel, me puse tensa de arriba abajo. Él me acarició el brazo y no hizo nada. Advertí que estaba esperando a que yo me relajara y me habituara a tenerlo tan cerca.

Jamás me habituara a aquello. El techo me pareció más bajo, como si todo se estuviera haciendo más pequeño a mi alrededor. Sabía que aquello no me transformaría en vampiro —solo beber sangre humana hasta que el humano muriera podía hacerlo—, pero, de todos modos, sabía que estaba cruzando una línea.

Obligué a mis músculos a que se relajaran. Balthazar respiró hondo y me mordió.

«Oh, oh, qué daño, ¡qué daño!» Lo agarré por los hombros, disponiéndome a apartarlo, pero entonces ya no me dolió tanto, y sentí una sacudida profundísima. Era la corriente de mi sangre fluyendo hacia él. Aunque mi cuerpo no se movía, tuve la sensación de estar meciéndome lentamente, relajada y mareada, y deseosa de más.

El mundo pareció desintegrarse debajo de mí. Fue como desmayarme, pero maravilloso en lugar de atemorizante. El cuerpo de Balthazar junto al mío era todo a lo que podía aferrarme, la única cosa que conocía.

Su lengua me lamió el cuello, la succión haciéndome cosquillas, hasta que se apartó.

—Bebe —me susurró—. Bianca, bebe mi sangre.

Yo lo atraje hacia mí, enterré mi cara en su hombro y sentí el familiar dolor en la mandíbula debido a mis colmillos. Balthazar olía bien y tenía la piel suave y, en una milésima de segundo, pasé de no saber si podría morderlo a saber que tenía que hacerlo. Le hiqué los colmillos.

La sangre me llenó la boca, tan caliente que quemaba, y, de inmediato, me inundó todo lo que Balthazar sentía, todo lo que veía. Balthazar sabía a nostalgia, a soledad y a una infinita necesidad de consuelo. Toda la parte de mí que conocía la soledad se inclinó hacia él, acoplándonos. Las imágenes que me cruzaron por la mente eran de mí —no, no de mí, sino de alguien tan parecida a mí que hasta yo podía confundirme—; era morena, y llevaba un

vestido largo, y corría por el bosque otoñal, riéndose, girando sobre sí misma en la hojarasca.

Él la amaba y quería que yo fuera ella. Yo quería ser ella. Yo quería ser cualquier persona menos yo.

Y también percibí su deseo: necesidad física, contundente, en estado puro. La cabeza se me llenó de imágenes y sensaciones veladas, del conocimiento del sexo que él poseía y del que yo carecía, o había carecido hasta entonces. Mi cuerpo respondió a su deseo y noté que me mordía con más fuerza al percibir mi excitación. Eso aumentó mi deseo de él, y su deseo de mí, la sensación multiplicándose interminablemente hasta que ya no pude soportarlo ni un segundo más...

Balthazar se separó de mi cuello, lo suficiente para que también yo tuviera que dejar de morderlo. Entonces me besó, no una vez, sino media docena, cada beso frenético y con un agradable sabor a sangre. Yo también lo besé, respirando el aire a bocanadas cada vez que nuestros labios se separaban.

—Bianca, di que sí —jadeó él entre ardientes besos—. Di que sí, por favor, di que sí.

Yo quería decir sí. Iba a hacerlo.

Pero al mirarlo, exhalé entrecortadamente, y advertí que podía ver el vaho de mi respiración. Los dos sentimos el frío al mismo tiempo y Balthazar abrió desmesuradamente los ojos al darse cuenta de lo mismo que yo.

Las ventanas y el techo comenzaron a cubrirse de escarcha y el resplandor verde azulado inundó el aula de tanto brillo que apenas pude ver nada. Lo único que oía era el sonido del hielo crepitando. Pero nada era comparable a lo que sentía.

«Me odia —había dicho Raquel—. Me odia. Quiere hacerme daño.» No había entendido a qué se refería hasta aquel momento.

Los fantasmas estaban enfadados y habían venido a por mí.

Capítulo Diecinueve

Bianca, venga! Balthazar me levantó del sofá de un tirón, agarrándome firmemente por el antebrazo. Yo lo seguí tropezándome, pero me volví para ver la alarmante transformación. La escarcha y el hielo habían dejado el aula completamente blanca y hacía más frío que en ningún lugar donde yo hubiera estado jamás, más incluso que en el Baile de Otoño. Estábamos resbalando en el hielo, a punto de caernos con cada paso que dábamos, y Balthazar se dio fuertemente de bruces contra una pared, manchándola con la sangre que le había dejado mi mordedura. Hizo una mueca de dolor, pero había que seguir: a cada segundo, aquello se volvía más extraño y peligroso.

Llegamos a la puerta y Balthazar intentó abrirla, pero no pudo. La cerradura estaba congelada y se había trabado. Tiró con fuerza, maldijo y luego embistió la puerta con el hombro. La madera crujió y, juntos, le dimos patadas hasta que comenzó a ceder. Se me clavaron numerosas astillas en piernas y manos mientras destrozábamos la puerta, mientras el aula se enfriaba cada vez más. A nuestro alrededor, se estaban formando cristales de hielo en el aire, espesándolo tanto que costaba respirar.

Y yo seguía notando aquella ira honda e implacable, arremolinándose a nuestro alrededor, tan real como el frío.

Por fin, Balthazar reventó la puerta. Tenía trozos de hielo en el pecho desnudo.

—¡Id a buscar a la señora Bethany! —gritó al pasillo mientras regresaba para sacarme—. ¡Que alguien nos ayude!

Yo saqué un pie del aula... y me quedé congelada.

Literalmente, quiero decir. El otro pie se me había congelado, quedándoseme pegado al suelo. Tiré para despegarlo, pero, mientras lo hacía, la capa de hielo se volvió más gruesa, cubriéndome el zapato. Me agaché, intentando despegarme, pero, de pronto, me costaba incluso moverme.

—¡Que alguien nos ayude! —gritó Balthazar. Estaba tirando de mi otro brazo con tanta fuerza que el hombro me dolía, pero yo no me movía ni un ápice. Ni siquiera oscilaba hacia atrás cuando él tiraba de mí. Estaba completamente paralizada, completamente atrapada. Por dentro, tenía la sensación de estar gritando, pero no habría podido emitir ni un solo sonido.

Dentro del aula de Tecnología Moderna, las leyes de la gravedad habían dejado de aplicarse. Mis cabellos flotaban a mi alrededor, como si estuviera bajo el agua, y todos los libros y pupitres se estaban desplazando lentamente, como si los arrastraran corrientes invisibles. Todo tenía la misma brillante tonalidad verde mar. Yo reconocía que hacía frío, pero estaba tan fría como el aula, con lo que ya no me dolía. Los gritos de Balthazar parecían venir de muy lejos.

Los relucientes copos de nieve que llenaban el aula se combinaron tomando forma. Para mi sorpresa, reconocí el rostro de la chica que se había aparecido en mi habitación. En vez de ser una persona de carne y hueso, solo era una imagen hecha de nieve.

«Tienes que quedarte.» Era mi propia voz, dentro de mi cabeza, diciendo palabras que no eran mías. Aquello era lo que debías de sentir cuando te volvías loco, pero yo sabía que no estaba hablando sola: era ella, la fantasma, hablando a través de mí. «Corres peligro.»

«¡Sí, contigo! — Al menos, podía seguir pensando—. ¡Déjame ir!»

Sus sobrenaturales ojos verde mar se agrandaron. «Pronto morirás congelada. Es la única forma de salvarte.»

¿Iban a matarme para salvarme? ¿Se habían vuelto locos los fantasmas? ¿Era aquella su forma de pensar? Yo no podía pactar con ellos, no podía hacerles razonar. Estaba atrapada allí, con ella en mi cabeza.

La nieve se arremolinó a nuestro alrededor, formando manos de color verde azulado que me tocaron las mejillas. Todo su cuerpo se solidificó y se tornó tangible: sus uñas me arañaron ligeramente la piel. Yo no podía apartarme. Sus pensamientos volvieron a penetrarme la mente: «Esto fue lo prometido».

«¿Prometido? ¿Qué promesa?»

Instantáneamente, el aula cambió, crujendo con el sonido del hielo resquebrajándose, parecido al metal partiéndose en dos. La chica gritó, un sonido agudo y metálico que pareció atravesar el aire. Los colores cambiaron, el verde mar transformándose súbitamente en añil, mientras la chica se agarraba el vientre, por el cual sobresalía un pincho de hierro. Se lo habían lanzado como un puñal de caza. En un instante, la chica se disolvió y desapareció. El pincho de hierro cayó al suelo.

— ¡Bianca! — Balthazar me sacó del aula mientras el hielo crujía bajo mis pies. El sonido y la sensación retornaron y advertí que el pasillo estaba lleno de gente, incluidos alumnos, profesores y mis horrorizados padres. La señora Bethany estaba junto a mí, con la mano que había lanzado el pincho de hierro aún

alzada, mirando con amarga satisfacción cómo el hielo del aula comenzaba a derretirse.

Mi madre corrió hasta mí y me abrazó con fuerza. Solo después de sentir su calor advertí cuan fría estaba yo, y empecé a tiritar.

—Usted lo sabía... es de hierro... el hierro los mata... po – por – que el hierro está en la sangre...

—Veo que sabe más del tema de lo que había dado a entender. Con suerte, esta noche también ha aprendido que no debe confiar en los fantasmas —dijo la señora Bethany arreglándose los almidonados puños de encaje de su blusa. Clavó su penetrante mirada en mi padre—. Adrián, basta de fingir. Tu hija no se puede quedar aquí durante mucho más tiempo.

—¿Qué pasa? —dijo una voz en el pasillo. Vi a Raquel mirándome entre el gentío, claramente aterrorizada. Era imposible que no viera que yo estaba medio congelada y tenía manchas de sangre en la garganta y en el brazo. Quise gritarle algo para tranquilizarla, aunque fuera una mentira, pero los dientes me castañeteaban tanto que me costaba hablar.

La señora Bethany dio una palmada.

—Ya es suficiente. Todo el mundo a su habitación.

Los alumnos obedecieron, aunque oí murmullos y susurros sobre «fantasmas» y «otra vez».

—¿Estás bien? —preguntó Balthazar.

Está bien —dijo tajantemente mi padre. Por primera vez, advertí que Balthazar y yo seguíamos medio desnudos. Aunque mis padres habían sido tremendamente permisivos con los dos, y sin duda habían supuesto que aquello ya lo habíamos hecho hacía mucho tiempo, era evidente que a mi padre no le gustaba tener la prueba delante de sus narices—. Balthazar, gracias por tu ayuda, pero puedes irte.

—Tienen que irse todos —dijo la señora Bethany, evaluando el estado del laboratorio de Tecnología Moderna, que ahora estaba empapado de hielo derritándose—. Celia, Adrián, hablaremos de esto mañana. —Dicho aquello, se alejó con paso airado sin decir una palabra más.

—Cariño, ¿seguro que te encuentras bien? —dijo mi padre.

—Estoy bien —mascullé—. Solo quiero irme a mi habitación, ¿vale?

Balthazar me sonrió torciendo la boca. Tenía la piel del pecho enrojecida y cuarteada a causa del frío y advertí que no soltarme lo había lastimado.

—Puedes saltarte las clases de mañana, supongo. El ataque de un fantasma debería servir al menos para eso.

—Quiero ir a clase. Estaré bien. Solo quiero meterme en la cama.

Por fin me creyeron y dejaron que me marchara.

Cuando abrí la puerta de mi habitación, Raquel estaba paseándose de arriba abajo. Abrió la boca para empezar a hacerme preguntas, pero, al parecer, verme la cara le bastó para cambiar de opinión. En vez de hablar, fue a mi cómoda, sacó mi chándal y lo arrojó a mi cama.

Pero había empezado a darme cuenta de que estar protegida tenía un precio.

Cuando me quité el uniforme aquella noche, me puse mis vaqueros más viejos y una de mis camisetas favoritas. Me resultaban tan familiares que eran como una parte de mí, como una armadura en un sentido que no sabía definir. Luego subí a encararme con mis padres y tener una conversación que ya debería haber tenido hacía mucho tiempo.

Mi madre sonrió al abrirme la puerta.

—Aquí estás. Teníamos la esperanza de que te pasaras esta noche, ¿verdad, Adrián? —Cuando entré, murmuró—: Tu padre está raro, y es posible que después tú y yo tengamos que hablar de Balthazar en privado, ¿vale?

Ignorando aquello, me dirigí al centro del salón y pregunté:

—¿Por qué me persiguen los fantasmas?

Mis padres se quedaron mirándome sin decir nada durante varios segundos. Luego mi madre comenzó a decir:

—Cielo, a lo mejor solo están... Este internado es probablemente un objetivo...

—El internado no es el objetivo, soy yo. Yo soy la única que los ha visto todas las veces que se han aparecido, y es a mí a quien quieren. Todas las apariciones han pasado justo después de que bebiera sangre. No creo que eso sea una coincidencia.

—Tú bebes sangre continuamente —dijo mi padre, esforzándose demasiado por parecer razonable—. Has bebido sangre desde el día que naciste.

—Ahora las cosas son distintas. Cada una de esas veces ha sido distinta, porque yo tenía más hambre, o porque la sangre era de un ser vivo o... —Bueno, no iba a entrar en por qué era distinto con Balthazar—. Cada vez tengo más parte de vampiro. Y la fantasma dijo que corría peligro.

—¿Qué? —Aquello había confundido sinceramente a mi madre, me daba cuenta, pero eso solo sirvió para demostrar lo mucho que sabía de aquello pero no decía—. ¡Los fantasmas son los que quieren hacerte daño!

—Creo que se refería a que cada vez estoy más cerca de transformarme en un vampiro. Para los fantasmas, creo, ser un vampiro es incluso peor que estar muerto. —Me crucé de brazos—. Luego dijo que yo no podía romper la promesa. Que lo que hacen los fantasmas es lo que les han prometido. ¿A qué promesa se refieren?

Mis padres se quedaron mudos. Se miraron horrorizados y con cara de culpa, y yo sentí un pavor que casi me dio náuseas. Aunque sabía que tenía que oír aquella respuesta, mi impulso era salir huyendo. La verdad iba a dolerme, lo presentía.

—Lo habéis sabido desde el principio —dije—. ¿No es así? Que los fantasmas venían a por mí, pero no me habéis dicho por qué.

—Lo sabíamos —respondió mi padre—. Y sí, no te lo hemos dicho.

Fue como si algo se me hubiera roto por dentro. Mis padres, las personas que más quería en el mundo, las personas a las que siempre había confiado todos mis secretos, las personas con las que había querido esconderme lejos del resto del mundo, me habían mentido y yo no alcanzaba a imaginar por qué, por muy importante que fuera.

—Cielo... —Mi madre dio unos pasos hacia mí, pero, al verme la cara, se detuvo—. No queríamos asustarte.

—Dime por qué. —La voz me tembló—. Dímelo ahora mismo. Ella se retorció las manos.

—Tú sabes que creíamos que nunca podríamos tenerte.

—Por favor, ¡no volváis otra vez con el discursito de que mi concepción fue un milagro!

—Creíamos que nunca podríamos tenerte —repitió mi padre—. Los vampiros no pueden tener hijos.

En mi frustración, podría haberle arrojado algo.

—Salvo dos o tres veces en todo un siglo, lo sé. Lo entiendo, ¿vale?

Mi madre estaba muy seria.

—Los vampiros nunca pueden tener hijos solos, Bianca. No tenemos vida que dar. Solo... media vida. La vida del cuerpo.

—¿Qué se supone que significa eso? —Se me ocurrió algo horrible y creí que iba a vomitar—. ¿No soy vuestra?

Mi padre negó con la cabeza.

—Eres totalmente nuestra. Pero, para tenerte, nos hizo falta ayuda.

Confundida, en lo primero que pensé fue en clínicas de fecundación. No creía que admitieran pacientes vampiro. Pero entonces reparé en las últimas palabras de mi madre: «Media vida. La vida del cuerpo». La señora Bethany ya había mencionado aquello, cuando me habló por primera vez de los fantasmas. Los vampiros representaban el cuerpo. Los fantasmas representaban el espíritu.

—Hicisteis un trato con los fantasmas —dije despacio—. Ellos... ellos hicieron posible que vosotros me concibierais.

De hecho, mis padres parecieron aliviados de que lo hubiera dicho, aunque el alivio estaba a mil años luz de cómo me sentía yo.

—Los encontramos —dijo mi madre—. Les pedimos ayuda. No sabíamos lo que nos pedirían. La mayoría de los vampiros no saben esto, y nosotros solo habíamos oído cuchicheos, rumores...

Mi padre la interrumpió.

—Los espíritus... nos poseyeron, supongo. Solo por un instante.

Hice una mueca.

—¿Mientras estabais...?

—¡No, cielo, no! —Mi madre cruzó varias veces las manos delante de ella como si intentara borrar aquellas palabras de la faz de la Tierra—. ¡No fue así! No sé qué hicieron, pero, efectivamente, uno meses después, tú estabas en camino. Volvimos para darles las gracias. —Repitió amargamente—: Para darles las gracias.

—Y ellos dijeron que tú les pertenecías. —Mi padre tenía la expresión grave—. Dijeron que, cuando te hicieras mayor, tendríamos que dejar que te transformaras en fantasma en vez de en vampiro. Ahora están intentando

matarte, asesinarte, porque el asesinato crea fantasmas. Están intentando robarte, Bianca. Pero no debes tener miedo, no se lo permitiremos.

Durante toda mi vida me había sentido tremendamente especial y querida, porque mis padres me habían dicho que era su niña milagro. Siempre me había sentido segura con ellos.

Pero yo no era ningún milagro. Yo era fruto de un sucio trato que ninguna de las dos partes había cumplido. Y los padres en quienes yo siempre había confiado con toda mi alma me habían mentido desde que nací.

—Me voy —dije. Mi voz me pareció extraña. Me arranqué el colgante que me habían regalado y lo arrojé al suelo.

—Bianca —dijo mi padre—, necesitas quedarte y asimilar esto.

—Me voy y no te atrevas a impedírmelo.

Eché a correr, obligándome a no llorar hasta haber bajado al menos las escaleras.

Capítulo Veinte

Creía que nada podía ser peor que perder a Lucas, pero me equivocaba. Lo peor fue darme cuenta de que lo había perdido por nada, porque él había tenido razón desde el principio con respecto a los vampiros, a mis padres y a todo.

Me había dicho que mis padres mentían. Yo le había levantado la voz por eso. El me había perdonado.

Me había dicho que los vampiros eran asesinos. Yo lo había negado, incluso después de que uno acechara a Raquel.

Me había dicho que Charity era peligrosa. Yo no le había hecho caso, y ella había matado a Courtney.

Me había dicho que los vampiros eran traicioneros y ¿había captado yo el mensaje? No hasta que la confesión de mis padres destrozara todas mis ilusiones.

Decidí que el único vampiro que jamás me había mentido era Balthazar, pero, después de ver de qué era capaz Charity, pensé que probablemente lo que él hacía era mentirse a sí mismo. Todos los demás vampiros, incluidos a mis padres, eran falsos y manipuladores.

Bueno, quizá Ranulf no. Pero el resto, sí.

¿Y Lucas? Lucas solo me había mentido una vez; había guardado el secreto de la Cruz Negra porque no le atañía únicamente a él. En todos los demás aspectos, había sido sincero conmigo y no me había ocultado la cruda verdad que nadie más pensaba que merecía saber.

Por supuesto, no solo estaba lamentando su pérdida. Demasiadas cosas habían salido mal. Pero el dolor era más hondo ahora que sabía que, de haberle hecho caso, todo podría haber sido distinto. Mejor. Feliz. En vez de como era ahora.

Abril fue el peor mes de mi vida. Mis padres intentaron hablar conmigo un par de veces, pero yo no quise saber nada; al cabo de una semana más o menos, desistieron. Probablemente pensaban que estaba enfurruñada, que simplemente «superaría» el hecho de haberme enterado de que toda mi vida era una mentira y un domingo volvería a aparecer en su casa con el rabo entre las piernas para cenar con ellos. Yo sabía que no volvería a hacer eso jamás, y lo iban a descubrir bien pronto.

El segundo domingo que no fui, Raquel dijo:

— ¿No vas?

— No.

— La semana pasada pensé... ya sabes, que a lo mejor os estabais tomando una semana de descanso. — No pienso ir.

— Pensaba que tus padres eran mejores que los míos — dijo ella en voz baja.

¿Cuántas veces habían intentado mis padres disuadirme de que me relacionara con Raquel solo porque era humana? Ella les había reconocido más méritos de los que ellos le habían reconocido a ella. Podría haberla abrazado, pero a ella no le habría gustado.

— A lo mejor prefiero quedarme contigo.

— Tengo deberes.

— Pues haremos deberes.

A mí me iba bien. Hasta documentarnos para un trabajo de Psicología leyendo aburridos artículos era preferible a volver a encararme con mis padres.

Balthazar y yo habíamos «roto» oficialmente, que el alumnado supiera. Vic había hecho algunos desmañados intentos de mediar para que nos hiciéramos amigos y volviéramos a relacionarnos; yo no había tenido valor para desalentarlo, pero, tras su brusca retirada, advertí que Balthazar no se había tomado bien la sugerencia. No estaba enfadado conmigo, exactamente, sino con el mundo en general, y quería que lo dejaran tranquilo.

Probablemente nos convenía pasar algún tiempo separados. Yo lo entendía, pero durante aquel curso había pasado más tiempo con él que con cualquier otra persona, incluida Raquel. No me había dado cuenta de cuánto había llegado a depender de él para que me levantara el ánimo después de un mal día o simplemente me sonriera cuando yo salía de clase, hasta que ya no estuvo.

Aún tenía a Vic y a Raquel, pero, si la señora Bethany se salía con la suya, ni tan siquiera a ellos iba a tenerlos durante mucho más tiempo.

— Su lamentable negativa a hablar de esto con sus padres me obliga a tratar personalmente el asunto con usted — dijo la señora Bethany, regando las macetas de violetas que tenía en su alféizar. Yo estaba sentada en una de las incómodas sillas de respaldo alto de su cochera—. Se habrá dado cuenta de que es usted el objetivo de los fantasmas. — Sí.

—¿Sabe la razón? —Casi parecía alegrarse de que mis ilusiones estuvieran rotas.

Apreté los dientes. —Sí.

—El hecho de que sea un objetivo, a su vez, pone en peligro a los demás alumnos. Hasta ahora, hemos conseguido mantener a los fantasmas a raya con las piedras, pero tenemos limitaciones. Ellos están más decididos de lo que yo pensaba.

—Eso me halaga.

La señora Bethany dejó la regadera.

—Por favor, resérvese su sarcasmo para sus amigos, señorita Olivier. Hoy está aquí para que hablemos de cómo abordar su situación. No soy tan cruel como para obligarla a abandonar la Academia Medianoche. En el mundo exterior, carecería por completo de protección.

—Durante este curso he salido muchas veces del internado con Balthazar, pero los fantasmas nunca me han buscado en ningún otro sitio.

—Supongo que, sencillamente, no sabían dónde estaba. Con el tiempo, terminarían encontrándola en cualquier parte del mundo. Nunca lo había pensado.

—¿Por qué insisten tanto? ¿No hay suficientes fantasmas en el mundo?

—Imagino que la promesa rota les importa más que cualquier otra cosa. Cuando se creen traicionados, son implacables. —Los tacones de la señora Bethany resonaron en el suelo de madera cuando vino hacia mí con las manos entrelazadas a la espalda—. Hay muchos apartamentos de profesores vacíos en Medianoche. Me trasladaré a uno durante lo que queda de curso. Usted puede venir aquí.

—¿Aquí? —No podía haberlo entendido bien—. ¿A su casa?

—Sí. Creo que podrá seguir asistiendo a las clases, si se pone esto. —Me entregó un colgante, el colgante de obsidiana que mis padres me habían regalado en Navidad, el que yo había arrojado a sus pies—. Es una protección para usted, aunque no debe de haberse dado cuenta. Su protección no es infalible, por lo que estará más segura en mi casa por las noches.

—Un momento, no lo comprendo. Si corro peligro en el internado, ¿por qué aquí no?

—Quizá se haya fijado en que el tejado es de cobre —dijo la señora Bethany—. Como parece que ya sabe, los fantasmas son especialmente vulnerables a los metales y minerales que contiene la sangre humana, tales como el hierro y el cobre. Mi residencia no puede ser embrujada. Ningún fantasma puede entrar.

—Entonces, ¿por qué no hace lo mismo con el internado para que sea totalmente seguro?

Fue una pregunta automática; imaginaba que la señora Bethany tendría una buena respuesta. El cobre es caro, quizá. En cambio, ladeó la cabeza poniéndose en guardia.

—Hay razones para no hacerlo —dijo, como si aquello fuera una respuesta.

Pero supe la respuesta casi al instante. Quizá fuera porque me encontraba en la misma habitación donde había perpetrado mi primer allanamiento de morada en un intento de entender por qué había admitido la señora Bethany alumnos humanos en Medianoche. Recordé haberlo resuelto con Balthazar: los humanos estaban vinculados a los fantasmas. Había pensado que ella quería saber más sobre los enemigos de los vampiros. Desde entonces, la había visto atacar a una fantasma, destruyéndola casi al instante. Había visto que sabía cómo cerrarles la puerta para siempre y, no obstante, no lo había hecho. La señora Bethany quería otra cosa.

—Está cazando fantasmas —dije—. Necesita que vengan a Medianoche para poder capturarlos.

Extrañamente, la mirada se le iluminó, como si casi le entusiasmara que alguien hubiera caído en la cuenta. Pero solo dijo:

—Sus teorías son irrelevantes, señorita Olivier. Los fantasmas son un peligro para usted y para quienes son como usted. Estará mejor protegida aquí.

—No va a decirme por qué los caza. —Advertí que tampoco lo había negado.

—¿Acepta mi ofrecimiento?

—¿Tengo opción?

—En verdad, no.

Me habría gustado decirle dónde podía meterse su ofrecimiento. Pero tenía razón en que yo era un peligro para los demás alumnos. Por su seguridad, además de por la mía, iba a tener que trasladarme al campamento enemigo.

La cochera de la señora Bethany era, de hecho, bastante bonita cuando te habituabas a ella, pero vivir allí me desconcertaba. Por muchas veces que abriera las ventanas o rociara el aire con un poco de mi perfume, la casa siempre olía a lavanda, recordándome a su verdadera dueña.

Me fijé en que había vaciado todos los cajones y armarios antes de que yo me mudara. No me había dejado ninguna oportunidad más para fisgar.

Mis amigos humanos no entendían por qué la casa de la señora Bethany era más segura que la Academia Medianoche, pero, después de hacerles una descripción (censurada) del ataque de la fantasma, no pusieron en duda que había que hacer algo al respecto. Raquel me ayudó a hacer las maletas y Vic me ayudó a llevarlas a la cochera mientras ella cargaba con el telescopio. No lo cogí todo; de nada servía fingir siquiera que podía llegar a sentirme cómoda allí. No obstante, conseguí llevarme el broche negro azabache que Lucas me había regalado el año anterior. Para mí, era mi piedra mágica, mi talismán, mi protección contra la lobretez de aquel lugar.

A altas horas de la noche, acostada en la inmensa cama de dosel de la señora Bethany, imaginaba que las sombras del rincón del dormitorio comenzaban a moverse, o que el aire estaba más frío de lo que debía, o cualquier otro disparate. Entonces cogía el broche de la mesilla y lo apretaba en el puño, ahuyentando todo mi miedo y soledad. No importaba que hubiera perdido a Lucas. Recordarlo siempre me daría fuerzas.

A finales de abril, Medianoche se quedó muy tranquilo. Tras mi encontronazo con la fantasma, incluso más alumnos habían huido del internado; probablemente, solo quedaban dos tercios de los estudiantes. Los vampiros habían sido mucho más propensos a marcharse, lo cual significaba que los humanos representaban ahora casi la mitad del alumnado. En conjunto, el clima era más cordial y, como muchos de los alumnos humanos no daban demasiada importancia al asunto de los fantasmas, el ambiente se tornó casi relajado. Yo podría haberlo disfrutado, de no haber sido una exiliada.

No obstante, la penúltima noche de abril me ofreció un pequeño regalo: una luna azul.

No es que una luna azul sea un evento astronómico extraordinario o increíble. Lo único que significa es que hay una segunda luna llena en un mismo mes. Pero a mí siempre me gustaba celebrarlo, observar el cielo y recordar que noches como aquella no sucedían muy a menudo.

Esperé a que fuera noche cerrada para salir sigilosamente a fuera en vaqueros y camiseta. Quería estar sola. El cielo estaba demasiado encapotado para ver bien

las estrellas, pero la luna pronto brilló con intensidad, tiñendo las nubes cercanas de su pálida luz.

Crucé rápidamente los jardines de camino al cenador, donde podría sentarme a ver la luna a través de la celosía de hierro colado. Tenía recuerdos de Lucas en el cenador. Aquel era el primer sitio donde nos habíamos besado.

—Sigue gustándote la luna azul.

Giré sobre mis talones y vi a Lucas, detrás de mí.

Al principio, creí que me lo estaba imaginando. Pero Lucas subió al cenador, haciendo crujir el suelo bajo el peso de sus desgastadas botas, y me di cuenta de que tenía que ser real.

—¿Lucas? ¿Qué... estás haciendo aquí? —Me apresuré a mirar a mi alrededor—. Es peligroso. Si te encuentran...

—No van a encontrarme.

—¡Lo harán si te quedas! —Ahora que por fin había aceptado que Lucas había regresado a Medianoche, estaba incluso más asombrada que antes; aquello era temerario hasta un punto rayano en el suicidio—. ¡Puede venir alguien en cualquier momento!

—No voy a quedarme mucho más. —Lucas se metió las manos en los bolsillos de sus pantalones de pana. Llevaba una vieja camisa de franela con una camiseta debajo y estaba encorvado y tenso, alerta y listo para pelear. Pero nada de aquella feroz energía iba dirigida a mí. Cuando Lucas me miró, su mirada era triste—. He pensado que esta noche tendría posibilidades de encontrarte fuera del internado viendo la luna azul.

—Sí. Me has encontrado. —No se me ocurrió qué decir. Era incapaz de expresar en palabras cuánto lo había echado de menos y estaba demasiado sorprendida para saber qué hacer—. ¿Cuánto llevas esperando?

—Desde que se ha puesto el sol.

Era casi medianoche. Lucas llevaba horas en los jardines del internado y podría haberlo visto cualquiera. Si la señora Bethany se hubiera enterado, ahora podría estar prisionero, o incluso muerto. Había sido tan temerario como siempre, pero esta vez no pude enfadarme.

—¿Por qué has venido?

—Porque no podía dejar las cosas así entre nosotros.

—Fui desagradable contigo —susurré—. Lucas, lo siento muchísimo.

—Estabas enfadada, y tenías derecho a estarlo.

—Al final, terminamos incinerando a Courtney.

—Vale, por eso no tenías derecho a enfadarte. —Esbozó una breve sonrisa. Le había crecido el pelo y volvía a llevarlo descuidado. Me pareció que había adelgazado. ¿Había dejado de cuidarse?—. Dijiste que no aceptaba que fueras un vampiro, Bianca. Creo que... a lo mejor tenías razón.

Aunque ya lo sabía, me dolió oírsele decir.

—Una vez dijiste que me querías fuera lo que fuese.

—Así es —dijo Lucas, inspirando entrecortadamente—. Pero cuando lo dije... fue como si lo que sentía por ti lo sintiera a pesar de que fueras un vampiro. En el fondo, fue como... si te estuviera perdonando por ser lo que eres. Eso es probablemente lo más chungo que le he hecho nunca a nadie, no darme cuenta de lo burro que soy. Si me hubiera dado cuenta antes, podría haber sido para ti... lo que debería haber sido para ti. Lo que quería ser.

—Lucas...

—Déjame terminar, ¿vale? Ya sabes que se me da fatal hablar de sentimientos. Solo quería decir que... —Arrastró un pie por el suelo del cenador—. Sea lo que sea lo que te convierte en la persona que eres... eso es lo que me gusta. Todo ello, incluido el hecho de que seas un vampiro. No deberías haber tenido que defender eso nunca; yo debería haberlo aceptado hace mucho tiempo. De haberlo hecho, a lo mejor no te habría perdido. Es culpa mía, y lo sé.

Se estaba mirando las botas. Pensé que, si en ese instante me hubiera estado mirando a la cara, se habría dado perfecta cuenta de que no me había perdido.

—Lo de Balthazar lo vi venir —continuó con más calma—. Me volvió loco. Pero... ¿sabes?, para ser un... para ser lo que sea, es un tío decente y supongo que nunca te ha pedido que finjas no ser la persona que en verdad eres. Así que a lo mejor has elegido bien. Solo quería decir... Bianca, si tú eres feliz, me alegro. Deberías ser feliz, te lo mereces.

—No estoy con Balthazar.

Lucas alzó la cabeza con expresión incrédula.

—¿No?

—No. Nunca hemos estado juntos, no de verdad.

—Oh, vale. —Lucas cambió el peso de una pierna a otra, debatiéndose claramente entre la esperanza y la incertidumbre—. Oye... sé que la he cagado, pero si pudiera...

Me levanté de un salto y le eché los brazos al cuello. Lucas me abrazó con fuerza mientras yo enterraba la cara en el hueco de su cuello. Al principio, ninguno de los dos dijo nada; no creo que pudiéramos hablar. Era tan agradable volver a abrazarlo, sentirlo junto a mí, cuando creía haberlo perdido para siempre... ¿No le había dicho que tuviera fe en que siempre volveríamos a encontrarnos? Debería haber hecho más caso a mis propios consejos.

—Te quiero tanto —susurré por fin.

—Yo también te quiero. Juro por Dios que no volveré a cagarla nunca más.

—Pero tenías razón en todo.

Lucas me pasó las manos por el pelo.

—Qué va.

—Lucas, lo digo en serio. Tú sabías que mis padres me estaban mintiendo. Tú sabías cómo eran realmente los vampiros. Si te hubiera hecho caso, nada de esto habría pasado.

—Caramba. —Lucas me cogió las manos y me sentó en el banco del cenador. La luna azul nos alumbraba a través de las hojas de hiedra—. ¿De qué estás hablando?

Se lo conté todo: la verdad sobre mi nacimiento, sobre qué querían los fantasmas de mí, sobre cómo era ser un peón en una guerra entre fantasmas y vampiros donde ambos bandos eran malvados. Ni siquiera me salté lo que a punto estuvo de ocurrir entre Balthazar y yo, porque estaba harta de secretos. Esa parte obligó a Lucas a apretar los labios, pero me escuchó sin decir una palabra.

Cuando hube terminado, con la cabeza apoyada en su ancho hombro y sus brazos rodeándome, se limitó a decir:

—Tenemos que sacarte de aquí.

—¿Me estás volviendo a pedir que me fugue contigo?

—Sí, pero esta vez para siempre.

—Los fantasmas seguirán persiguiéndome.

—Hay personas en la Cruz Negra que saben más de fantasmas. Deberíamos poder ayudarte, aunque no vengas conmigo, pero ojalá lo hagas.

—Iré contigo. —Sabía que podía hacerlo. Para mí no había futuro en el mundo de los vampiros—. Solo me gustaría saber en qué voy a convertirme.

—¿Qué quieres decir?

—No quiero convertirme en un vampiro completo. Nunca. —Volví mi rostro hacia el suyo—. Pero, si no voy a ser un vampiro, ¿en qué se convierte alguien como yo?

Lucas me sonrió torciendo la boca.

—No lo sé, Bianca. Pero me imagino que será en lo que tú quieras.

Nos besamos tiernamente y, luego, por un momento, simplemente nos miramos. Hubo veces durante el curso anterior en que no tocarnos nos había resultado casi imposible, pero aquella noche era distinta, más tranquila. Creo que los dos sabíamos lo importante que iba a ser aquel momento.

—El último viernes de mayo —dije por fin.

—¿Es el día que terminan los exámenes?

—Sí. Eso significa que también es el día que vendrán montones de coches para llevarse a los alumnos a casa. Podré escabullirme fácilmente entre tanta gente. Mis padres supondrán que me he ido con Raquel o alguien. Eso nos dará unos días antes de que se pongan a buscarme. —Pese a todo, no dudé que me buscarían—. Podría irme esta noche, ojalá pudiera, pero ellos se darían cuenta de inmediato. Si esperamos al último viernes de mayo, jugaremos con ventaja.

—Solo queda un mes, entonces.

—Para poder estar siempre juntos.

—Me refería a que solo queda un mes para decidir qué hacemos después —dijo Lucas—. Pero lo arreglaré. Te lo prometo, Bianca. Cuidaré de ti.

Le aparté el alborotado pelo de la cara.

—Yo también cuidaré de ti.

A lo lejos se oyó un fuerte chasquido de algo quebrándose. Lucas y yo nos erguimos al instante, pero, para mi alivio, resultó no ser nada, una rama, probablemente. Aun así, el ruido nos había recordado el peligro que Lucas corría estando allí.

—Tienes que irte —dije—. Ya.

—Me voy. Te quiero. —Lucas me besó bruscamente, lastimándome la boca. Me agarró por las caderas y yo deseé poder quedarme pegada a él. Pero, cuando se separó, no lo retuve. Él corrió hacia los matorrales sin volver la cabeza atrás. Supe qué le había dado fuerzas para hacerlo. Despedirse costaba menos cuando no era para mucho tiempo.

Mayo fue casi el mejor mes de toda mi vida; al menos, al principio.

Cada día era solo una casilla del calendario que yo podía tachar de rojo y que me acercaba más a Lucas y a la libertad. Me pasaba las clases soñando despierta y recibiendo reprimendas, no solo de la señora Bethany sino también de mis otros profesores. ¿Qué más me daba? Si suspendía todos los exámenes, no estaría para recoger el boletín. Me resultaba más fácil mirar por la ventana y fantasear con Lucas, jugar con el colgante de obsidiana que llevaba en el cuello, que concentrarme en Enrique V.

A veces me invadía una rara incertidumbre: «Ya no iré a la universidad. ¿Cómo me mantendré en contacto con Vic y Raquel? ¿Volveré alguna vez a ver a Balthazar? ¿Cómo me protegeré de los fantasmas? ¿Podré llevarme el telescopio?». Pero nada era tan importante como escapar de Medianoche o del «destino» que mis padres y profesores habían decidido para mí. Solo tenía una oportunidad de ser libre y estar con el chico que amaba. Y pensaba aprovecharla.

Hasta comencé a meter en mi bolsa la poca ropa que tenía en la cochera de la señora Bethany. Eso era lo que estaba haciendo una noche de mediados de mayo cuando llamaron inesperadamente a la puerta.

¿Quién podía ser? Metí rápidamente mi bolsa a medio llenar debajo de la cama, corrí al salón y dije: —¡Adelante!

Entró la señora Bethany, imponente con una larga falda negra y una blusa gris de cuello alto.

—Qué lata —dijo, al parecer, para sí—. Tener que llamar a la puerta de tu propia casa.

—Hola, señora Bethany. ¿Necesita algo? —Si me mostraba servicial, razoné, ella se iría antes.

La señora Bethany pasó por delante de mí y entró en su dormitorio.

—Necesito algunas de mis cosas y quería asegurarme de que no te habías olvidado de regarme las violetas. —Están crecidísimas, de hecho.

—Ya veo. —La señora Bethany se quedó paralizada, mirando fijamente la pared—. ¿Se puede saber qué es esa monstruosidad?

—Oh, ¿se refiere al mural? Es uno de los collages de Raquel. Ella lo llama Esos labios te mentirán. —Era un mural enorme con bocas de todo tipo, pintadas con carmín de labios magenta, amarillo y naranja, alternadas con rayas en zigzag negras. También había cuchillos y pistolas, porque Raquel decía que ninguna obra de arte sobre la decepción del amor estaría completa sin un símbolo fálico hostil—. ¿Le gusta?

La señora Bethany se llevó una mano a la garganta.

—Piensa quitarlo cuando se vaya, ¿no?

No me lo había planteado, pero entonces decidí dejárselo como recuerdo.

—¿Cuándo cree que podré volver a vivir en el internado, señora Bethany? —pregunté, como si no fuera a fugarme.

—Le informaremos a su debido tiempo.

Entonces volvieron a llamar a la puerta. De pronto estaba solicitadísima. Fui a abrir, diciendo:

—¿Hola?

Mientras abría, reparé en el peligro. «¿Y si es Lucas? ¿Y si ha vuelto y la señora Bethany lo ve?» Pero no era Lucas.

Charity estaba en el umbral, con el pelo recogido en un moño y envuelta en una capa de color rojo oscuro. Con su rostro aniñado y su candorosa mirada, casi parecía caperucita roja, aunque yo sabía que en verdad era un lobo.

—No eres quien esperaba encontrar —dijo sonriendo. Ilógicamente, había algo en ella que seguía despertando mi instinto protector—. ¿Ha habido un motín?

—¿Quién es? —inquirió la señora Bethany mientras salía al recibidor. Entonces se irguió—. Dios mío, señorita Moore.

Casi pude palpar el odio que se tenían. Pero Charity abrió los brazos como una niña suplicante.

—Solicito refugio en Medianoche —dijo.

Capítulo Veintiuno

En unas pocas horas, el profesorado entero estaba tan consternado como yo.

"Entiendes las normas de conducta de esta escuela? Incluso en mi escondite fuera de la cochera, donde me agache detrás de los arbustos, escuche disimuladamente la voz de la Sra. Bethany diciendo con voz brusca "Tu elegiste ignorarlas en el pasado"

"La primera regla de medianoche es que todo vampiro que busque refugio" Charity parecía completamente tranquila. "Obedeceré las reglas"

Los profesores que se encontraban alrededor murmuraron. No me arriesgue a mirar por encima del alfeicer para ver como continuaba, pero básicamente parecía que Charity quería unirse a la escuela como estudiante y ellos iban a tener que dejarla entrar. Pero esto no les gusto.

El Sr Yee dijo "Tenemos un pequeño problema con una fantasma"

"Por culpa del pequeño bebe. Pero esto se arreglara pronto seguro? de una u otra manera" Charity no se preocupaba si vivía o moría , el sentimiento rápidamente se hizo mutuo.

Me estremecí cuando reconocí la voz de mi madre "hay estudiantes humanos aquí ahora. Y tenemos que protegerles de cualquier daño, sus antecedentes en este tema, dejan mucho que desear..."

" lo prometo, juro sobre mi propia tumba que no seré yo la que rompa la paz en medianoche"

Después de un momento de silencio, la Sra. Bethany dijo "Muy bien, cuánto tiempo tiene intención de quedarse?"

"No mucho tiempo, presiento en el corazón, que estaré fuera antes de junio"

"Entonces le encontraremos un lugar en las habitaciones de la facultad. Tú deberías permanecer allí tanto tiempo como fuera posible hasta final de semestre. Seria difícil de explicar que llegue una nueva alumna tan cerca de

final de semestre, y cuanto menos preguntas mejor." dijo la Sra. Bethany "Deberíamos repasar las nuevas reglas sobre el consumo de sangre que han sido instauradas después de la nueva política de admisiones"

"¡Eh!" susurro alguien a mi oído y me subió el miedo, luego respire con alivio cuando comprendí que era Balthazar. "Que ocurre ahí dentro?"

"Casi me das un susto de muerte" dimos un paseo lejos del edificio juntos " Porque viniste donde estaba?"

"No vine dónde estabas tú, solo me acerque a la casa y tu ya estabas allí, haciendo el trabajo de espionaje por mi"

Me reí un poco al oír esto. Solo entonces comprendí que nosotros nos volvíamos a hablar y que no había sido tan terrible como yo creía. Podría ser solo porque él estaba demasiado concentrado con la casa. Los ojos de Balthazar permanecían fijos en la casa, como si él tuviera visión de rayos X y pudiera ver a su hermana a través de las paredes.

"Ellos van a dejar que se quede" dije " Ella tiene que ocultarse en la torre, para que nadie pregunte porque viene un nuevo estudiante para hacer solo los finales. La Sra. Bethany estaba muy enojada con esto, pero por lo visto tiene derecho a refugiarse"

"Refugio" Su cara se encendió con esperanza."Eso quiere decir que ella está escapando de alguien. Puede significar que se escapa de la tribu. Ella se ha escapado de ellos"

"Tal vez"

"Lo he conseguido" él quería creer que ella no estaba mal. Yo no confiaba en Charity, no estaba segura de esto, pero yo no le dije nada. Por el bien de Balthazar tenía la esperanza de que Charity se comportara y él pudiera verla de nuevo. "Vas a entrar a verla?"

"La Sra. Bethany no querrá que yo interrumpa. Puedo verla más tarde, esta noche" Balthazar puso una mano sobre mi hombro. "Estas bien?"

"Si " , yo no podía compartir mis decepciones o mi entusiasmo por mi fuga

inminente. Yo solo podía preguntar "Como estas tu?"

"Creo que a partir de ahora va a estar todo bien" el sonrió abiertamente.

"Tal vez" pensé en Lucas y le devolví la sonrisa. "Tal vez para nosotros dos sí".

Al día siguiente , cuando nos reunimos en el vestíbulo , Vic dijo " soy solo yo , o el tiempo ha ido más lento , es como si el verano cada vez estuviera más lejos no más cerca."

" se a que te refieres" dije. "Donde estará tu familia este verano?"

"Me parece que alquilaremos una villa en la Toscana!" contesto Vic, con un tono despreocupado que solo alguien súper rico podría usar anunciando una noticia como esta. A su lado, los ojos de Raquel se abrieron desmesuradamente.

"Yo, si yo estuviera en Italia, me gustaría estar en Roma, visitar las ruinas, donde los gladiadores lucharon y los mataron. Yo siempre he soñado con estar en una casa en medio del país del vino, aunque yo no tenga edad para beber aun"

"Siempre he escuchado que la edad legal para beber, es inferior en Europa" dijo Raquel.

"Lo es, pero intenta explicárselo a mi madre" Vic paro cuando alcanzamos la entrada de la torre norte donde estaban los dormitorios de los chicos. Creí que él nos diría adiós, pero en cambio, miro detenidamente hacia arriba de la escalera de espiral. "Algo extraño continua allá arriba"

"Extraño?" Raquel apretó sus libros más cerca de su pecho." Tan extraño como un fantasma?"

"No no creo, es otra clase de cosa extraña. Normalmente ellos no se preocupan acerca de quien se ha sentado en las escaleras por la tarde- ya sabes, solo se quedan en sus habitaciones sin molesta, o de vez en cuando Balthazar tiene un cigarrillo , y saca el humo golpeando la ventana. Pero la otra noche, Ranulf y yo nos movimos hacia la escalera , y de repente el profesor Iwerebon apareció de la nada y nos riño por el disturbio , y nos dijo que no subiéramos de esa manera"

"Apuesto a que tiene algo que ver con esto" dijo Raquel " con los fantasmas digo. Esta es la razón principal por la que la gente ha actuado raro este año"

Yo sabía que ellos solo estaban tratando de mantener a los estudiantes lejos de Charity o viceversa. "Yo no me preocuparía por ello" dije " independientemente de lo que sea, en dos semanas estaremos todos fuera de aquí"

"A no ser que esa cosa que esta allá arriba siga aquí al volver" Vic sonrió abiertamente dándose la vuelta hacia los dormitorios.

Raquel y yo nos dirigimos pasillo atrás, hacia nuestra propia torre. Ella dijo "aquí viene el problema", yo eche un vistazo a mi derecha y vi a mi padre andar hacia nosotras.

" Oh no " no había ningún sitio al que pudiera correr. "Estarás aquí conmigo?"

"Tú sabes que el va a decirme que me vaya tarde o temprano. Cuanto antes me vaya, antes terminaras con esto." Ella tenía razón. Suspire.

"bien, hablamos más tarde"

Raquel se dirijo hacia la habitación que una vez habíamos compartido, dejándome sola cuando mi padre se acerco.

"quiero hablar contigo" dijo él.

"Eso está haciendo uno de nosotros" Mi padre no respondió, pero yo vi que tuvo que guardarse una respuesta enfurecido."Estas alterada. Entiendo que tu estés alterada. Supongo que tienes derecho a estarlo"

"Supones?"

"Si necesitas estar enfadada con alguien? enfádate conmigo , fue mi decisión el manejar las cosas de esta manera , y si me equivoque , lo siento." Antes de que yo pudiera preguntar que había querido decir, siguió. " pero cuanto tiempo le vas a estar haciendo esto a tu madre?!"

"No le hago nada!"

"Tú te has alejado de ella, no le haces caso. ¿Piensas que no dañas sus sentimientos? ¿Piensas que eres la única persona en esta familia a la que le han hecho daño? Porque esto la está rompiendo por dentro. No puedo soportar verla sufrir así, yo no creí que tu pudieras soportarlo también, tan poco responsable"

Recordé una imagen de mi madre trenzando mi pelo para el baile de otoño. Intente no hablar mucho de ello "No puedo tener una relación con alguien que no ha sido honesto conmigo"

"tu miras esta situación desde un punto de vista extremo. Eres una adolescente, supongo que es lo que haces"

"Esto no es porque sea una adolescente!" Rápidamente eche un vistazo a mi alrededor, no se veía a nadie, ni humano ni vampiro. "Dime que ocurrirá si alguna vez rechazo matar a alguien"

"Esta opción no existe para ti"

"Pienso que lo es" De todos modos él no podía decirme la verdad. Daba igual si yo tenía derecho a estar alterada, o si papa reconocía que se había equivocado. "Y si esta es mi elección?"

"Bianca, esto no es algo que puedes escoger. Nunca. No dejes que tu carácter interfiera a la razón."

"Que así sea" dije, marchándome. Me pregunté si él me seguiría, pero no lo hizo.

Esa noche me puse en la cama de la Sra. Bethany. Mi broche estaba en mi mesita de noche, el poster de Raquel era casi tan brillante como una lámpara sobre la pared y trate de encontrar placer en los colores y en mis proyectos, como yo hacía antes. Pero seguí pensando en mi madre. Esto la estaba desgarrando.

Mientras yo estuviera enfadada con mamá y papá - yo estaba todavía realmente furiosa- la separación no tenía que doler. Recordé como en otros momentos habíamos estado tan cerca los unos de los otros y lo eche de menos, me dolió.

Lo que yo había perdido, lo había perdido para siempre ¿No era eso? yo no sabía mirarles después de la mentira, no había otro camino.

Golpearon la puerta de la cochera para abrirla. Salte de la cama. ¿Quién hay ahí? grite, antes de pensar que si era un intruso yo podría haberme callado. El intruso resulto ser la Sra. Bethany. Aunque era tarde, ella aun llevaba puesto el vestido que ella llevaba en la clase de hoy, como si ella hubiera estado trabajando todo este tiempo. Sus ojos ardieron. "Ven conmigo"

"donde vamos?"

"A enfrentar a su acusadora con la esperanza de que la desacredite."

Que se suponía que significaba aquello? Mi estomago se hundo con temor. "bien- solo déjeme ponerme un vestido"

"su ropa será suficiente. Debemos aclarar esta cuestión inmediatamente".

Obviamente no me daría ninguna explicación. Con mis manos temblando, me puse mi albornoz y ate el cinturón. Logre meter el broche en mi bolsillo sin que la Sra. Bethany lo notara. Necesitaba tenerlo cerca.

Una vez tuve puesto el colgante de obsidiana alrededor de mi cuello, la Sra. Bethany me condujo a través de los terrenos hacia la escuela. Arriba, en la torre norte, varias ventanas ardían intensamente, incluyendo la que yo había adivinado era la de Charity. "Están mis padres allá arriba?"

"Yo tenía la impresión de que a usted ya no le interesaban sus padres" dijo la Sra. Bethany arrastrando su larga falda por la hierba. Ella no miro en ningún momento hacia atrás, dando por sentado que yo la seguiría donde fuera.

"Tú puedes manejarlo sola estoy completamente segura." Yo no estaba segura de que ella realmente quisiera que yo fuera capaz. La Sra. Bethany estaba claramente furiosa, pero yo no podía adivinar aun si era conmigo o con otra persona. Considerando que nos dirigíamos a la habitación de Charity, considere que era con alguien más.

Ascendimos por las piedras silenciosamente, mientras yo tocaba mi cinturón de forma nerviosa. Yo sabía que mi "acusadora" tenía que ser Charity, pero de que podía acusarme ella?

Entonces yo lo supe. El miedo me golpeo fuertemente como un puño. Me pare delante de la puerta, no muy dispuesta a entrar. "Sra. Bethany- si tu y yo solo

pudiéramos hablar-"

Ella paso delante de mí para abrir la puerta y luego me empujo dentro.

Charity estaba sentada en una silla alta situada en el centro de la habitación, llevando el uniforme de Medianoche, la única ropa intacta que le había visto llevar alguna vez. Remilgadamente, ella cruzo sus manos encima de su regazo. Ella me miro de forma normal. Entendí al momento que había alguien más en la habitación. Balthazar se sentó en un pequeño banco en la esquina. Juzgando su postura caída y la expresión enferma de su cara, yo sabía que Balthazar no se había unido a la acusación de ella contra mí. El, también, era uno de los acusados.

Me senté al lado suyo en el banquito. Balthazar me miro con la mirada más desolada que yo jamás había visto.

La Sra. Bethany exigió "Srta. More, por favor, repita lo que usted qué me ha contado esta tarde"

"estoy tan contenta de haberla podido poner al corriente Sra. Bethany" Charity rio "Esto me recordó que nosotras tuvimos buenos momentos - Antes de conocernos realmente la una a la otra"

No me sorprendió ver que la Sra. Bethany no quiso deleitarse en los buenos momentos que habían tenido. "Repita la acusación"

"Estos dos han estado persiguiéndome a lo largo del año escolar" Charity nos rio como si ella saludara a unos viejos amigos. "Pero no solo ellos, ellos iban con un amigo. Alguien llamado Lucas - Verdad? , Quien sé a ciencia cierta, que es miembro de la Cruz negra"

Nosotros habíamos hecho un gran trabajo escondiendo el secreto. Nosotros nunca pensamos que Charity lo contaría y lo arruinaría todo.

"Entonces es verdad" Hasta ese momento yo había visto como la Sra. Bethany había espera que ella dijera una mentira y así tendría una excusa para expulsarla de Medianoche.

"Es verdad" cabeceo Balthazar.

"Ir con un miembro de la cruz negra. Un crimen grave de verdad" La Sra. Bethany cruzo sus brazos cuando ella estuvo de pie delante de Balthazar y yo.

"El año pasado señorita Olivier, no conocía la conexión del Sr Ross y la perdone. Este año no puedo ser tan clemente. Y usted Sr More! De cualquier persona podría esperarlo, excepto de usted."

"Quise encontrar a mi hermana " dijo Balthazar de forma aburrida. Sus hombros se encorvaron como alguien que siente un dolor profundo. "Yo pensaba que usted lo entendería, que ella lo entendería"

"Cazadores de la cruz negra- ellos son horribles" Charity balanceo sus pies hacia delante y hacia atrás bajo su silla como un niño pequeño que se divierte. " violentos, viciosos"

"Ustedes dos han mentido y han abusado de la hospitalidad de esta escuela. Han roto cada regla que tenemos y cometimos algunos errores tan tontos que nunca se nos ocurrió hacer una regla de ellos. No puedo apoyar esto"

"Múlteme, expúlseme" me puse de pie. ¿Qué era lo peor que ella podía hacerme? ¿Echarme de medianoche? No necesitaba una escuela para enseñarme a ser un vampiro cuando ya no tenía la intención de serlo. "Si usted me permite que les deje escrito para que pueda mostrárselo a mis padres más tarde, bien. Si usted no quiere darme posibilidad de hacer las maletas, está bien también. No me preocupa".

"viciosos" repitió Charity "pienso que los cazadores de la cruz negra piensan que ellos hacen lo correcto. Como usted Sra. Bethany"

La Sra. Bethany se giro aun mas enfadada de lo que había estado antes. Ella me tenia aversión, pero odiaba a Charity." Como se atreve usted a compararme con esos bichos?

"Cada uno de ustedes caza" Charity se levanto, la más alta de todos los que estábamos en la habitación, pero ella ya no se parecía a una niña. "Todos cazan. La cruz negra caza vampiros. Usted caza fantasmas. Los fantasmas cazan a Bianca. Y Bianca me caza a mí. Esto es una cadena perfecta y usted forma parte de ella."

Como sabia Charity que cazaba fantasmas? A mí me costó meses llegar a saberlo? Que sabia ella?.

Charity dio un paso más cerca de la Sra. Bethany. Ella podía mirarla ahí abajo.

"Pienso que cada uno debería seguir su caza. Mi hermano y su novia usaron a

la cruz negra para cazarme, entonces pensé que yo debería hacerles lo mismo"

La Sra. Bethany se giro. " Tú crees que me estas usando?"

"No , uso a la cruz negra."

Balthazar se puso de pie. Algo de lo que había dicho le había hecho reaccionar.
"Charity, de que estás hablando? dime"

Su tono de voz resonó en la habitación, haciéndome temblar. Esto afecto a Charity aun mas, porque ella se giro una vez más como una niña obediente, con su voz rota ella dijo "Porque lo hiciste? ¿Porque?"

"Yo estaba fuera de control, con el hambre. Ellos nos habían torturado durante días, tú estabas allí, tú estabas allí, no recuerdas?"

"Tú no tenías que hacer lo que ellos querían. Tú no tenias que matarme"

Mi cuerpo entero se congelo. Balthazar era el que había convertido a Charity en vampiro? No podía ser cierto. No podía. Sin embargo -

"Castígame más tarde" Dijo Balthazar. Las sombras oscurecieron su rostro y su mirada. "Dime lo de la cruz negra"

"Odio este lugar, tu sabes que siempre lo he odiado, y la odio a ella" Charity dijo, mirando a la Sra. Bethany, quien pensaba que estaba al borde de atacarnos a cualquiera de nosotros si no a todos. "odio el modo en que ella pretende ser la autoridad suprema sobre todo lo que quiere decir ser un vampiro, cuando ella misma no hace caso de lo que esto quiere decir. Ella no mata personas, ella no entiende que es lo que hacemos"

Balthazar sacudió la cabeza. "no digas eso"

Charity no dejo de mirar malévolamente a la señorita Bethany "Ella se desharía de todos nosotros si pudiera. Ella pretende proteger a los vampiros, pero ella será el final de nuestra clase si consigue lo que quiere"

"Tú, muchacha desgraciada" Sra. Bethany estaba tan furiosa en ese momento con Charity que se había olvidado de Balthazar y yo. Me pregunte si podría correr hasta la puerta, si alguien lo notaria. "Tú nunca aprenderás"

"He aprendido más de lo que ustedes piensan" Charity echo un vistazo al

delicado reloj de pulsera que llevaba. "Medianoche"

"La Cruz Negra, " Balthazar repitió, " Que has querido decir con que usabas a la Cruz Negra?"

"Ellos siempre han dejado tranquila a medianoche, porque ellos piensan que todos los vampiros de aquí se comportan correctamente" dijo Charity. Ella tenía razón, Lucas me lo había dicho. "Pero últimamente ellos han encontrado tantos cuerpos alrededor en los bosques cercanos que ellos están seguros de que algo terrible está pasando. Algo que ellos tienen que parar"

Abajo oí a alguien gritar.

La cara de Charity cambio a una amplia sonrisa más feliz que antes. "La hora ha llegado"

Balthazar dijo "Charity, más vale que lo digas"

Alguien más gritaba en la escalera, ahora más fuerte. Luego, otra persona grito. Todos nosotros nos dimos la vuelta hacia la entrada con horror.

"Tuve que conseguir que me arrinconaran para hacerlo" dijo Charity " yo podría haber muerto. Pero el hombre de la cicatriz me creyó."

Eduardo, el padrastro de Lucas. El miembro más incondicional de la cruz roja que podía existir.

"¿Qué le hiciste creer?" dije.

Charity levanto su cara triunfalmente. "Los vampiros de medianoche masacrarían a los estudiantes humanos esta noche. Entonces la cruz negra ha venido para masacrarlos a vosotros a cambio"

Capítulo Veintidós

La Sra. Bethany corrió a abrir la puerta. Al instante los gritos doblaron su volumen y erizo cada pelo de mis brazos.

"Balthazar, ven conmigo" Charity le ofreció su mano. "podemos dejar este sitio. Puedes dejar de fingir ser algo que no eres. Podemos estar juntos si tu dejas de fingir"

"Vete". Él le dio la espalda. "Tengo que hacer lo que pueda aquí."

Charity se mantuvo ahí de pie por un momento, con la mano abierta de par en par y por un momento ella fue la única desesperada esperando que su hermano se girara. El era ahora el único que no la necesitaba a ella.

"Tu no estás en el bando correcto!" grito ella. Balthazar rehusó el moverse. Charity se estremeció, pensé que tal vez Charity lloraba. Ella se tambaleo hacia la ventana. Tiro de ella para abrirla y susurro. "Realmente creía que tu vendrías".

Balthazar entro corriendo en el vestíbulo, ignorándola. Charity salto por la ventana haciéndome jadear- hasta que yo comprendí lo estúpida que era. Charity era la que estaba más segura de todos nosotros. Podíamos tener muchas cosas, pero una caída larga no podía dañar a un inmortal.

"Como podemos sacarlos a todos de aquí?" dije " Sin dejar de lado las reglas que tenemos".

La Sra. Bethany se apresuro hacia el vestíbulo para tirar de algo tan rutinario y normal como una alarma de contra incendios, como no se me había ocurrido. Al instante una sirena empezó a sonar, ensordecedoramente ruidosa cuando esta choco contra las piedras. Yo chille y cubrí mis oídos.

"Ve a los dormitorios de las chicas!" me grito Balthazar por encima del alboroto. El se encontraba al final del vestíbulo, casi fuera de mi vista. " Voy a ayudar a los chicos!".

Por su parte Sra. Bethany ya bajaba las escaleras corriendo. Incluso aunque ella fuera desarmada, no quise ser el primer cazador de la cruz negra que ella encontrara.

¿Pero y si ese cazador era Lucas?

Corrí detrás de la Sra. Bethany, pero yo no podía ir tan rápido como ella. Las piedras me hicieron tropezar y tuve un atisbo. Todos están en peligro. Todos. Lucas. Balthazar. Mamá. Papá. Raquel. Ranulf. Dana. Vic. Lo que yo sentí, iba más allá del miedo. Esto era un blanco. Desgarradora necesidad de sobrevivir y de salvar - luchar y volar - pero con quien se suponía que luchaba?

Alguien grito, y luego hubo un crujido mojado y un ruido sordo. Yo corrí abajo y vi la forma arrugada de un hombre en el suelo, con una estaca todavía agarrada en una de sus manos. La sangre salpico la pared detrás de él y la Sra. Bethany ahí, de pie, admirando su obra, pero solo durante un instante.

Entonces ella corrió hacia el alboroto. Creo que reconocí al hombre de la cruz negra que estuvo en Amherst, pero yo no podía decirlo. La sangre cubrió su cara. Los gritos a mí alrededor se hacían más fuertes y yo podía oír cada vez más pasos sobre la escalera, como los estudiantes empezaron a escapar. Perseguí a la Sra. Bethany-

- entre en la batalla.-

El pasillo principal de las aulas estaba abarrotado de cazadores de la cruz negra. Reconocí al pequeño sr Watanabe con una ballesta en sus manos, y Kate, que luchaba mano a mano con el profesor Iwerebon abajo en el pasillo. Al lado mío, la Sra. Bethany esquivo una flecha hábilmente, balanceándose alrededor y cerro de golpe su puño en la garganta de un cazador.

Cuando él se tropezó yendo hacia atrás, ella consiguió poner su cuello estirado y lo torció bruscamente. Oí como se agrietaba de forma terrible antes de que cayera al suelo. Al instante la Sra. Bethany se giraba hacia el siguiente cazador de la cruz negra, dándole una patada en las rodillas y cogió su ballesta. Cuando el cayo, ella le pego un tiro a él con su propia arma. Dos muertes en diez segundos,- y ella aún seguía, sigue luchando, mientras que yo sólo podía mirar con horror.

"Bianca!" esta era Dana, más abajo en el pasillo. "Sal de esta infierno!"

"Vete!" , esa era mi madre en guardia delante de Dana."Cariño, vete!" Ella y Dana se miraron la una a la otra en un segundo de reconocimiento confuso, pero entonces mi madre salto encima de Dana y la tumbó al suelo.

Yo corrí. Alguien tenía que parar esto, pero yo no podía. Yo no sabía cómo. Si pudiera encontrar a Lucas, el sabría cómo hacerlo. Seguramente el podría

suspender a la cruz negra. ¿Pero dónde estaba él?

"Todo el mundo fuera!" era Balthazar. Me gire para verlo empujar estudiantes hacia abajo por la escalera y vislumbre a Vic en bóxers y una camiseta, mirando el caos y la consternación, pero corriendo lo más rápido que podía.

Incluso aunque él no se giro para haberme visto, Baltasar debía haber sentido que yo estaba allí, porque él me grito. " Ve a los dormitorios de las chicas!!"

"No puedo! Hay lucha en la mayoría del edificio- estamos aislados!

"Planearemos algo!" Entonces oí una voz, audible por encima de los gritos y el gemido de la alarma contra incendios, me dijo "No le escuches Bianca. Tienes que salir de la escuela inmediatamente."

Me di la vuelta para ver a Eduardo, con sus armas atadas en una correa en forma de bandolera alrededor de su pecho y mucha sangre sobre su mejilla llena de cicatrices. Porque tuvo que ser él?. Rápidamente levante mis manos. "tú no tienes que perseguir a Balthazar, el es seguro, lo prometo"

"Tú no sabes distinguir a un vampiro de un humano aun" dijo Eduardo. Su risa torció las cicatrices sobre sus mejillas. "Déjame que te cuente un secreto, solo los vampiros permanecerían en este edificio ahora para defenderlo. Esto significa que podemos terminar el trabajo".

"Por favor, te han mentido. Charity - el vampiro que tu cogiste, el que le dijo que algo pasaba aquí- ella no decía la verdad!"

"Tú no eres la más adecuada para saber cuándo te han mentido Bianca. Te sugiero que confíes en mí. Baja abajo. Si no lo haces será tu cabeza." Entonces el sostuvo el Walky-talky que tenía en el cinturón. "la antorcha".

Fuego. Una de las pocas cosas que de verdad mataba a un vampiro. Los cazadores de la cruz negra querían quemar medianoche.

Balthazar me agarro y me arrastro hacia la escalera, pero cuando el intento hacerme bajar, me solté. "Bianca tenemos que irnos!" el grito.

"Tengo que ir a los dormitorios de las chicas!"

" Tu dijiste que no se podía! Bianca!"

No le hice caso y subí las escaleras con dos saltos, hasta que yo me encontré corriendo en los dormitorios de los hombres - el nivel que se veía a lo largo de la azotea principal. Un par de luces parpadeaban abajo en el vestíbulo, pero no mire muy expresamente. Solo salte a la azotea.

Algunas personas habían tenido la misma idea -podía ver a muchos estudiantes correr atropelladamente de un lado a otro de la azotea del edificio principal. Unos eran vampiros, otros humanos. Eduardo había dado la orden demasiado pronto, toda la gente que yo vi solo trataba de salvarse y yo no podía culparlos.

Pero yo era la única que entendía que ocurría, y quería decir que era mi responsabilidad alcanzar el dormitorio de las muchachas y asegurarme de que todas escaparon. Corrí a través de la azotea, arriba y abajo, resbalándome encima de las ripias, pero manteniéndome de pie. Mi bata se había desatado y estaba ondeando tras de mí. El calor del fuego estaba tan cercano que parecía que quemaba mi camiseta y el pijama.

Un ruidoso crujido detrás de mí me hizo girarme hacia atrás. Parte de la azotea brillaba con una llama naranja, luego la madera cedió llena de hollín. Había chispas que fusilaban el aire y empecé a toser, pero seguí corriendo. "Más rápido, tienes que mas rápido!- No! ,

Perdí mi equilibrio y me caí rodando una y otra vez hacia el borde del edificio. Aunque yo quisiera trepar y agarrarme a algo, no había nada a lo que agarrarse, hasta que la azotea desapareció debajo de mí y yo caía –

Algo hecho de piedra golpeo mi espalda y a ciegas me agarre a ello. Me quede sostenida. Pendí de un lado del edificio durante un momento, mientras trataba de impedir que me sobrepasara el dolor y la conmoción.

Cuando mi visión se despejo, yo pude ver que paro mi caída, una de las gárgolas, idéntica a la que yo siempre odiaba frente a mi ventana. Cerré mis manos alrededor de su cuello.

"Gracias" susurré cuando me enganche con uno de mis pies contra sus garras y me impulse para ponerme de pie otra vez. Cuando recordé la carrera, yo podía notar el dolor de mi cuerpo, pero el humo ahora era espeso en el aire y no tenía tiempo de vacilar.

Finalmente me subí a la torre sur trepando y entre, entonces comprendí que el resplandor era mucho peor aquí. Mi intento de rescate no pareció importante - como yo podía ver, todos se habían ido. Entonces yo vi una figura moverse a

través del humo. "Hola?" llame.

"Bianca!" era Lucas. El corrió hacia mí y me abrazo. Mi espalda protesto por el dolor, pero no me preocupe. "He estado buscándote por todas partes, - la cochera, aquí- "

"Tú tienes que pararlos, Lucas. Tienes que decirles que Charity mintió!"

"Espera – el vampiro del cual Eduardo consiguió la información era Charity?" Lucas juro. "yo sabía que una masacre de estudiantes no podía formar parte del juego de la Sra. Bethany, se lo dije, pero Eduardo no quiso escucharme. El bastardo nunca escucha"

"Mamá – Dana- todo el mundo- ellos están en peligro, tenemos que parar esto!"

"No podemos" Lucas sostuvo mi cara en sus manos. Sus rasgos estaban borrosos debido al hinchazón de mis ojos por el humo. "No podemos parar esto. Solo podemos sacarte de aquí"

Odié eso, pero yo sabía que el tenía razón.

Juntos entramos corriendo por el hueco de la escalera, gritando a cualquier persona que viera para que escapara, y bajando a la planta baja. Pero ahora el olor a ceniza en el aire era espeso en el aire y tuve que poner el cuello de mi camisa sobre mi boca para impedir que me ahogara. Me imagine la lámina de "el beso" de Klimt en mi dormitorio, encima de nosotros, ennegreciendo mientras el fuego consumía a los amantes para siempre.

Lucas coloco su antebrazo atravesando su rostro. "Ya casi llegamos" grito. "Vamos!".

Cuando salimos corriendo a los terrenos, corrimos directamente hacia una pelea.- un cazador de la cruz negra, una mujer que no conocía, rodeaban a la Sra. Bethany. Pero ahora el moño de la Sra. Bethany estaba completamente suelto. Su pelo oscuro le caía por la espalda y su cara de arrogancia ahora estaba manchada y sucia. La luz del fuego perfilo sus pómulos altos y a pesar de toda la destrucción de nuestro alrededor, ella reía. Por primera vez, yo vi sus colmillos.

Lucas me separo de la lucha, pero seguimos mirando hacia atrás una vez los

pasamos. Una voz cerca dijo mi nombre, pero yo no podía reconocer la voz o darme la vuelta.

La Sra. Bethany cambio de lado y entonces salto hacia el otro. La cazadora trato de esquivarla pero ella era demasiado lenta. Yo no podía hacer nada cuando la Sra. Bethany torció el cuerpo de la cazadora y hundió sus colmillos en el cuello de la mujer.

El grito que oí detrás de mi era de puro terror. Me di la vuelta para ver a Raquel, subida en algo y en ropa interior, chillando mientras veía como la Sra. Bethany bebía la sangre de la cazadora. No había ninguna confusión en lo que estaba ocurriendo, sobre todo si tu entendías que lo sobrenatural existía, como entendía Raquel. Ahora ella sabía que los vampiros existían.

"Oh Dios mío! Oh Dios mío!" ella grito " Bianca, tu...- Sra. Bethany – ella..- " Entonces Raquel paró en seco. " Lucas?"

Lucas dijo. "Corre, las explicaciones más tarde".

Corrimos. Solo eche una mirada más cuando nos dirigimos al bosque. La mayor parte de medianoche todavía estaba en pie, aparentemente tan impenetrable como siempre, pero la torre sur y la azotea, ardían con un color naranja. Las gárgolas eran siluetas entre las llamas. Esto parecía el final del mundo, entonces oí las sirenas.

"Que es esto?" gritó Raquel aun con el pánico en la voz.

Comprendí la respuesta casi al instante. Coches de bomberos! La alarma contra incendios que la Sra. Bethany había presionado.- Ellos está viniendo!"

"No podemos dejar que las autoridades nos encuentren aquí" insistió Lucas." Hay un transporte cerca de aquí. Moveros." Hicimos lo que él dijo, yendo tan rápido como nosotras podíamos, por el bosque.- pero cuando esquivamos los arboles, yo vi una figura delante nuestro. Y casi sin aliente dije en voz alta a todos que se pararan. Charity bloqueo nuestro camino.

"Se van tan pronto?" Movió su cabeza. Si su caída desde la torre norte le había hecho algo, no había dejado señal. "Tu odias medianoche casi tanto como yo, Bianca. Pensé que te gustaría mi sorpresa"

" La gente podría estar muerta" dije. "Balthazar podría no conseguirlo"

"Dudas de mi hermano" sus ojos estaban oscuros "Creo en el. Es demasiado fuerte para que cualquier cazador de la Cruz Negra le haga nada"

"Confíe en ti" dije "No cometeré el mismo error otra vez".

Entonces Raquel dijo. "Chicos, Quien es esta chica? es la hermana de Balthazar o algo?"

Charity miro a Raquel airadamente, luego rio. "Me han traído un aperitivo"

"Al infierno" Lucas balanceo su puño enfrente de la cara de Charity, pero ella le esquivo fácilmente- pero ella no conto con la velocidad de vampiro. Mas rápido de lo que yo podía ver, Lucas se giro agarrando uno de los brazos de Charity torciéndolo en su espalda.

"Muchacho estúpido" silbo ella, tratando de salir del apretón. Yo sabía que con lo fuerte que ella era podía hacerlo en un segundo. Raquel trato de precipitarse, pero la previne.

"Te he cortado flojo por el bien de Bianca" dijo Lucas. El y Charity luchaban en la maleza del bosque; el lograba contener el brazo de ella pero solo apenas. "No más"

Con esto él la empujo con fuerza y avanzaron hasta dar de lleno con un árbol. Charity lo rompió primero con la cara. Al principio esperaba que ella gritara indignada, pero en cambio ella cayo inconsciente. Lucas todavía la sostenía contra el árbol - yo comprendí, el había roto una rama que sobresalía del tronco y la había usado como estaca.

"Tu la has matado!" Jadeo Raquel.

"No puedo hacer que esto sea cierto." Lucas miro disgustado " Ella robo mi cuchillo".

"Solo la derribo" dije " sé que esto no es igual, pero va a tardar unos minutos antes de que pueda perseguirnos. Podemos alcanzar el transporte en este tiempo?"

A Lucas no le gusto este plan, pero él sabía que era nuestra única opción. El empezó a correr y Raquel y yo le seguimos. Vi a Charity dejarse caer en el suelo

de bosque.

El "transporte" resulto ser la furgoneta que yo ya había visto antes. Cuando entramos, algunas personas ya estaban esperando – Kate estaba en el asiento del conductor, y Dana, que tenía un ojo morado y un corte en el labio. Su mirada me mareo por dentro. ¿mi madre había sido la persona que le hizo esto a Dana?, pero si ellas lucharon y Dana estaba aquí... " que paso?" susurre, "Que le paso al vampiro con el que tu luchabas?"

"La mujer salto por la ventana" su palabras sonaron difícil debido al hinchazón del labio. "si tú me preguntas, ella hizo trampa"

Mi madre lo había hecho. Me recosté contra Lucas con alivio. Vic y Balthazar probablemente también estaban a salvo. ¿Pero y mi padre?, o los profesores que yo conocía, o Ranulf o tantas personas – también los humanos, porque el fuego no discrimina cuando actúa.

Lucas puso su brazo alrededor de mí mientras preguntaba "donde está el señor Watanabe?"

"Ellos lo atraparon" dijo Dana.

Un silencio terrible cayó en la furgoneta. Raquel miraba de Dana a Lucas y de Lucas a mí, claramente muy confusa, pero ella debió entender que este no era el momento para preguntas. Lucas puso su frente contra mi hombro y lo agarre fuertemente.

Disfruten el uno del otro, había dicho el Sr Watanabe. El había sonreído dulcemente. Me pregunte si el estaría con Noriko ahora? si había algo después de la muerte para la gente que era un vampiro o un fantasma? yo nunca me había hecho estas preguntas antes.

Kate encendió la furgoneta. Cuando arrancamos, mire la silueta de fuego que era la Academia Medianoche hasta que desapareció completamente. El punto de queda resulto ser un depósito en medio de ninguna parte, medio lleno de cajas. No tenía ni idea de que había dentro de ellas y pensé que la cruz negra tampoco debía saberlo. Esto solo era un lugar donde los cazadores podían reagruparse.

Dana sostuvo una compresa de hielo en su cara, y Eduardo tuvo trabajo vendando un corte sobre la espinilla de Kate. Mientras ellos limpiaban y reparaban la mayor parte de sus armas, la mayoría de ellos permanecieron callados ya fuera de pena o de agotamiento. Pero yo podía decir que sabía que

todos ellos pensaba que habían hecho lo que debían. Quise decirles que se habían equivocado, – que ellos habían sido engañados, – pero yo sabía que no me escucharían.

Lucas y yo nos sentamos sobre una de las cajas, apoyando nuestras espaldas el uno contra el otro. Raquel se quedó de pie al lado nuestro y se abrigó con un abrigo que le había dado uno de los cazadores. "Toda la escuela estaba llena de vampiros. Todo el tiempo".

"Básicamente" dije "había estudiantes humanos también – tu no eras la única. Vic por ejemplo."

"Y Ranulf" ella dijo. Sacudí mi cabeza. Ella se quedó boquiabierta. "Ranulf?, pero – Balthazar – era él, era un vampiro también?, asentí.

Lucas dijo." y todos los profesores. Hasta hace un año eran solamente vampiros."

"Esperen, esperen. Esto no puede ser cierto. Bianca tus padres son profesores."

Con mi cansancio habría soltado la verdad de no ser por la advertencia de Lucas. Revelar que yo era un vampiro en medio de un grupo de cazadores de la cruz negra podría ser la última cosa que yo hiciera.

Eduardo contesto la pregunta por mí. "creemos que Bianca fue secuestrada cuando era un bebe. Probablemente sus verdades padres fueron asesinados y los dos vampiros podían jugar a ser papas"

Raquel cubrió su boca con sus manos. "Cuando averiguaste todo esto? oh Bianca lo siento tanto".

Entonces Lucas corto la conversación para que yo no tuviera que revelarle cuanto hacia que lo sabía y dijo " vine a medianoche el año pasado para investigar porque ellos estaban dejando entrar estudiantes humanos"

"Es por eso que tu tuviste todas esas peleas!" dijo Raquel. "Dios , yo siempre pensaba que tu eres un chico muy violento"

"Wow" dijo Lucas " me consta que era así" Yo puedo escuchar la risa en su voz.

"Lo siento de verdad, francamente pensé que tú... Obviamente no soy muy buena juzgando a la gente" Raquel se sentó sobre una caja cercana, sacudiendo su cabeza aturdida. Entonces su expresión cambio de la confusión a la conciencia y ella encontró mis ojos con nueva comprensión. "Lo de los vampiros explica lo de Erich verdad? "

"Si" ella cayo. "yo sabía que la escuela no estaba bien"

"Dudo que ellos tengan más estudiantes humanos en mucho tiempo." dijo Kate. "o cualquier estudiante, considerando los daños que les causamos. Esto quiere decir que podemos quitar Medianoche de nuestra lista de preocupaciones."

Tal vez ellos podrían, pero yo no podría hacerlo. Yo sabía que tenía que regresar allí y averiguar quién había sobrevivido y quien había muerto. Como mis padres. Pero como podía yo volver? ahora que la Sra. Bethany sabía que yo había estado viendo a Lucas todo este año. Pero no solo eso, yo sabía que ella podía culparme por el papel que yo había jugado en atraer la atención de Charity y que hubiera pasado todo esto. Yo sabía por primera vez lo lenta que podía ser la Sra. Bethany. Yo tendría que esperar.

"Sra. Bethany me lo hizo" se estremeció Kate cuando Eduardo aliso la ultima venda sobre su corte en la pierna. "Esto significa que ella va a querer venganza. Esto quiere decir que hemos conseguido que todo se ponga en movimiento. Esta célula esta en arresto, inmediatamente. Tendremos que escondernos durante un largo tiempo después de esto. Raquel, si tu quieres irte a casa nosotros podemos darle algún dinero para ponerse en contacto. Después ya depende de ti."

"Volver a casa?" Raquel se puso en pie inmediatamente. "Están locos?"

"Raquel?" pregunte, "que quieres decir?"

"Todo este mal en el mundo- los fantasmas, los vampiros, toda esta \$%&\$ ha arruinado nuestras vidas para siempre- tiene que haber un modo de combatirlo! Esta gente lucha!" Ella se dirigió hacia el centro de la habitación con su manta fluyéndole en los hombros como si fuera la capa de un súper héroe. "como se supone que voy a volver a Boston, y dormir en el canapé de mi hermana ignorando que no está en mi casa. Que todo este mal estará ahí? De ninguna manera. Quiero formar parte de esto"

Eduardo sacudió la cabeza. "no aceptamos aficionados"

"Todo el mundo es aficionado cuando empieza" advirtió Kate. "tú lo dijiste, necesitamos sangre fresca"

Mi estomago retumbaba. Cuando iba a ser capaz de beber sangre otra vez?

Raquel miro primero a uno y luego al otro con la esperanza en su cara. "No quería irme a casa este verano de todos modos. No es como si rompiera mi familia feliz, – créanme. No tengo otro lugar al que ir, y las cosas que ustedes están haciendo – llevo toda mi vida esperando esta batalla. Solo denme una oportunidad y les demostrare"

Dana sonrió abiertamente "Creo que la cruz negra consiguió otro luchador"

La mayoría de la gente miro satisfecha, pero la cara de Eduardo permaneció severa. "tu tendrás que entrenarte muy duramente. Es difícil, y es peligroso. La mayoría de la gente de la cruz negra no vive tanto tiempo como Watanabe; la mayoría de ellos ni siquiera tanto como yo tengo. Tú lo dejaras todo. Solo el compromiso total es aceptable."

Raquel dijo "Lo estoy absolutamente. A partir de este momento lo estoy" entonces ella se dio la vuelta hacia mi "Bianca?"

Yo? una de la cruz negra? yo no podía ser un cazador de vampiros. Yo era un vampiro. Al menos una clase de vampiro, – lo suficiente como para que todos ellos me hicieran desaparecer si sabían la verdad.

Mire a Lucas, pensando que el tendría una salida para esto. En cambio yo solo vi consternación. Obviamente el comprendió el problema, la Cruz Negra había interferido en nuestro plan de escaparse conmigo. Estábamos atrapados.

"Sé que es duro para ti Bianca" dijo Kate "Tú pensaste durante mucho tiempo que ellos realmente eran tus padres, y puedo imaginarme el tipo de mentiras que ellos pueden haberte dicho acerca de la Cruz negra. Pero tú sabes la verdad ahora. Tú demostraste tu coraje. Y francamente estoy harta de que Lucas se escape todo el tiempo, le necesitamos con nosotros." Ella trato de reír "Esto quiere decir que te necesitamos!"

"Vamos Bianca" dijo Raquel intentando contener su entusiasmo. Para ella esto era una gran aventura. "Estas con nosotros?"

No tenía otro lugar a donde ir. Pero mientras yo estaría con Lucas – y mientras nosotros estuviéramos juntos siempre habría una esperanza.

"Sí". Mire a Lucas mientras cogía su mano entre la mía " Estoy contigo".



Sobre el Autor

CLAUDIA GRAY es el seudónimo de Nueva York, basada en la escritora Amy Vincent. Ha trabajado como abogada, periodista, un disc jockey, y una camarera extremadamente pobre. Sus intereses de toda la vida son casas antiguas clásico películas, el estilo de época, la historia y todos los que desempeñan una parte en la creación de la mundo de Medianoche.

Visita pagina www.claudiagray.com.

Visita www.AuthorTracker.com para información exclusiva sobre su autor favorito HarperCollins.

También por Claudia Gray
Medianoche

Créditos

Carpeta de fotos © 2009 por Karen Pearson, MergeLeft Reps, Inc.

Letras de Sarah Jane Coleman

Carpeta de diseño por Alison Klapthor

Derecho de Autor

Stargazer. Copyright © 2009 por Amy Vincent. Todos los derechos reservados bajo Internacional y Pan-American Copyright convenios. Mediante el pago de las tasas exigidas, se le ha concedido la no exclusiva, intransferible y derecho de acceso a leer el texto de este libro en la pantalla. Ninguna parte de este texto puede ser reproducido, transmitido, descarga, descompilado, ingeniería inversa, o almacenada o introducida en cualquier almacenamiento de información y sistema de recuperación, en cualquier forma o por cualquier medio, ya sea electrónico o mecánico, conocido o inventado en lo sucesivo, sin el permiso expreso por escrito de HarperCollins ebooks.

Microsoft Reader febrero 2009 ISBN 978-0-06-178682-2

10 9 8 7 6 5 4 3 2 1

By SHOM